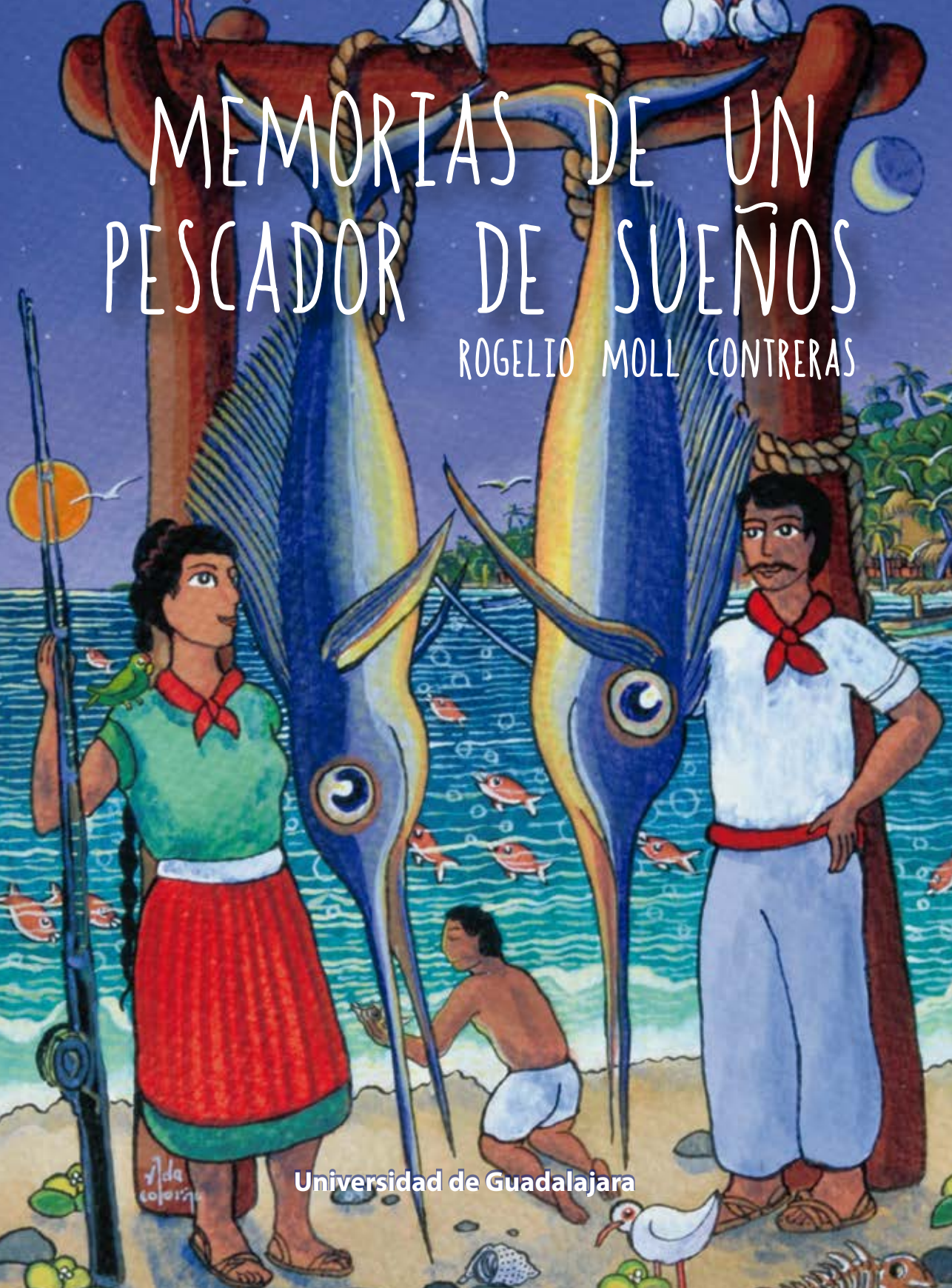


MEMORIAS DE UN PESCADOR DE SUEÑOS

ROGELIO MOLL CONTRERAS



Universidad de Guadalajara

MEMORIAS DE UN
PESCADOR DE SUEÑOS

MEMORIAS DE UN PESCADOR DE SUEÑOS

ROGELIO MOLL CONTRERAS

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
2014

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rector general

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrector ejecutivo

José Alfredo Peña Ramos
Secretario general

Centro Universitario de la Costa

Marco Antonio Cortés Guardado
Rector

Remberto Castro Castañeda
Secretario académico

Gloria Angélica Hernández Obledo
Secretaria administrativa

Editor literario: Rafael Guzmán Mejía
Pintura *Empatados, casados y pescados*, acrílico/papel, 2004.
Ada Inchaurregui Ávalos, *Ada Colorina*

Primera edición, 2014

D.R. © 2014 Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de la Costa
Av. Universidad 203, Delegación Ixtapa
48280 Puerto Vallarta, Jalisco

ISBN: 978-607-742-003-3

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Catalina Montes de Oca Aguilar †

Pionera de la historia escrita de Puerto Vallarta. Cronista de la ciudad
Autora en 1983 de la obra *Puerto Vallarta en mis recuerdos*



*¡Soy un pescador!
No es simplemente algo que hago,
¡es quién soy!
Pescar no es solo mi escape
es a donde verdaderamente pertenezco,
¡donde debo estar!
No es un lugar al que voy,
sino un viaje de vida que estoy tomando.
Es un pasaje que mi padre me enseñó,
y que yo enseñaré a otros.
Cuando entiendas todo esto,
entonces me conocerás,
y pescaremos juntos.*

Anónimo

Agradecimientos

Con el corazón en la mano agradezco infinitamente a:

 Mi familia querida, mis grandes amores Olga, hijos y nietos.

 Maestros, compañeros y amigos.

 Mi *Alma Mater*, la Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de la Costa, representada en 2013, por el rector Dr. Maximilian Andrew Greig.

 María del Carmen Anaya Corona, por su apoyo y consejos en la realización de esta tarea que llegó a feliz término.

 Mi gran amigo casi hermano C.P. Joaquín Humberto Famanía Ortega.

 Francis Roxana Estrada Ponce por su tiempo y ayuda en la captura de la versión original de este texto.

 Laura Biurcos Hernández por su acuciosa revisión y formateo de este documento.

Rogelio Moll Contreras

Proemio

Un pueblo sin memoria histórica está listo para ser conquistado

Memorias de un pescador de sueños es una historia de vida de un vallartense con denominación de origen. Es un recuento pormenorizado de 60 años de evolución cultural de Puerto Vallarta. El autor, al narrar su propia experiencia, describe a detalle el estilo de vida asociado a saltos culturales intrínsecamente ligados, en turno, a cambios entrañables en el paisaje natural y la calidad de vida de los vallartenses que fincaron las bases del Vallarta contemporáneo.

Aunque hoy el autor quisiera heredar a las generaciones contemporáneas la cultura que él vivió, tal aspiración resulta imposible. Quienes fincaron el Vallarta que hoy vemos, modificaron para siempre rasgos fundamentales de lo que aquellas generaciones vivieron. Ecosistemas completos de humedales, ríos, arroyos, médanos, palmares y bosques fueron reemplazados por estructuras antrópicas a base de cemento, fierro y ladrillo. Una masa humana cuyo progreso y bienestar se fundamenta en un metabolismo exobiológico, reemplazó a la otrora magnífica diversidad natural. Pero además, una cultura fincada en la honorabilidad, amistad y respeto mutuo, evolucionó a otra en la que se privilegia la ventaja de unos sobre los otros. Gusto y aprecio por la diversidad natural ha sido también reemplazada, en este proceso, por la búsqueda de un entorno artificial y una naturaleza tecnológica.

Este libro es el testimonio de un vallartense que nació, creció y construyó una familia en Puerto Vallarta. Da cuenta de gustos, valores, creencias y percepciones, de un sistema socio cultural durante el tránsito a través de los embates sociales, culturales y económicos durante seis décadas. El eje en el que se desenvuelve la historia, es el deporte de la pesca, actividad que ha dado prestigio internacional a Puerto Vallarta. No hace mucho, narra el libro, la pesca era profusa, diversa; los paisajes con nula y escasa presencia humana. Las palabras de Nelly viuda de Barquet en una entrevista en diciembre de 2012 con el autor del libro y con quien esto escribe, hoy por hoy

tipifican de manera certera la evolución que ha experimentado Puerto Vallarta. Ella nos dijo, a la pregunta de los cambios de Vallarta, [...] *Vallarta ha evolucionado igual que yo; no hace mucho, era yo una mujer joven, llena de vigor; ... véanme ahora [...].*

Chimo, vertiente Sur de la Bahía de Banderas, enero de 2013,
Dr. en Cs. Rafael Guzmán Mejía
Editor literario

Prólogo

Cuando se tiene el don de la escritura y se quiere trascender en la historia de un pueblo, basta plasmar en un texto los pensamientos más hermosos de una vida llena de momentos sublimes. Recordar el paso por la vida, pero sobre todo, ser hijo de una tierra prodigiosa, es rendir homenaje a quien te llevó por los senderos de una formación llena de valores humanos. La magia de nuestra región de Puerto Vallarta, Jalisco, transforma en muchos de sus hijos su mente para poderla servir con amor en todos los aspectos. Es así que Rogelio Moll Contreras, hace gala de la actividad más ligada a la vocación de un puerto: *La pesca*; y se envuelve en ella para relatar en forma sencilla desde su niñez hasta la madurez, su cercanía a este deporte; el cual describe de forma que hace al lector vivir esos momentos por su constante incursión a estos menesteres muy ligados a la forma de vivir en la costa.

Este documento es un reconocimiento a su estirpe, valor muy importante para con orgullo seguir adelante, para ir dejando profunda huella. Vemos cómo en su investigación para saber sus orígenes encuentra en sus ancestros paternos, la justificación por el deporte de la pesca. En sus genes, ya traía la afición por el mar; es por eso que desde la niñez entró en contacto con el mar, elemento esencial para encontrar especies marinas cuya contrastante diversidad lo llevó a enfrentarse con peces que luchan con fuerza en el momento de atraparlos; la destreza del pescador es importante para vencerlos.

Por otro lado, en las raíces por la línea materna, su principal inspiración ha sido su abuela doña Catalina Montes de Oca de Contreras†, primera cronista de la ciudad de Puerto Vallarta, Jalisco y autora de la prestigiada obra *Puerto Vallarta en mis recuerdos*. En cierto sentido, la presente obra es continuidad del trabajo de Catalina Montes de Oca porque es un relato personal; el documento describe la relación de Rogelio Moll con la sociedad donde convivió desde su niñez hasta 2014, año donde el Creador le ha permitido llegar con salud y bienestar total.

El libro narra aquellos ayer en donde el disfrute con la naturaleza era sinónimo de respeto para lograr su conservación; en aquella odisea, los múltiples momentos de alegría se fundían con la amistad al practicar en sana convivencia el entorno tropical. El autor nos traslada a través de cada capítulo, a las épocas de los años cincuenta, sesenta, setenta y ochenta del siglo pasado, tiempos cuando este destino turístico inicia su despegue y reconocimiento como espacio en donde se encuentra plasmada la gracia de Dios por su belleza natural; por cierto, el paisaje natural de Vallarta hoy día permite ocupar los primeros lugares en la actividad turística y pesca deportiva de nuestro país.

Analizando la narración de Rogelio en su libro, encontré datos por demás interesantes en el campo de la pesca. En 1958, el Capitán del Puerto de Vallarta Antonio Moll Gil —padre de Rogelio—, obtuvo el primer lugar en el III Torneo Internacional de Pez Vela con un ejemplar de 70.600 kg de peso y 3.18 metros de largo; estableciendo un registro hasta hoy imbatible. Además, ocupó el segundo lugar mundial en ese año en los torneos realizados. También Juan Moll en 1976 y Juan Pablo Moll —hermano y sobrino respectivamente de Rogelio—, en 1991 fueron ganadores del primer lugar en pez vela en los torneos internacionales y nacionales organizados en Puerto Vallarta, Jalisco. Toda una dinastía de la familia Moll, ha sido pilar en estos torneos, contribuyendo a darle fama nacional e internacional, desde el año de 1956, al Club de Pesca de Puerto Vallarta A.C. y, por supuesto, a este destino turístico. Tanto Juan como Rogelio son socios de este importante club, en donde siguen contribuyendo en forma activa a su superación, mostrando siempre el orgullo de ser vallartenses. Estos torneos contribuyen desde luego, a la atracción del puerto como destino turístico.

Definitivamente, su superación profesional es importante al proceder de una familia unida, logrando la formación de la suya propia exitosamente. Lo anterior, viene a darle un nuevo cauce a la historia de este pujante y dinámico municipio. Siempre en su mente y corazón, con orgullo relata sus relaciones con abuelos, tíos, padres, hermanos, esposa, hijos y nietos, valorando mucho la amistad con amigos, tanto de la niñez, juventud y ahora en día, en su reencuentro con muchos de ellos con los que vivió las bases de su formación. Recordar anécdotas y darlas a conocer, en muchas de ellas demuestra que se forjó en aquellos tiempos con disciplina, nunca olvidando la honra y respeto a sus mayores.

Un libro como este, contribuye a aumentar nuestro acervo cultural; en él se manifiesta un vallartense verdadero que vivió y sigue viviendo el orgu-

llo de haber nacido en esta tierra prodigiosa; que cumplió su objetivo al regresar después de casi treinta años a su amado pueblo y que ahora está dejando una semilla que habrá de fructificar y un legado cultural para las generaciones subsecuentes. Fui testigo presencial de muchos de los hechos que relata Rogelio; al leer cada una de las páginas reviví con emoción esos momentos inolvidables de mi niñez y juventud; ahora en la madurez digo, gracias Roger, me has llenado de energías renovadas.

Al analizar los documentos y fotografías que integran este libro, lleno de añoranzas me puse a reflexionar, que nuestros hijos necesitan que nos esforcemos en crear un sistema de valores y creencias, que la formación integre a la familia para que sean ciudadanos de bien. Las mentes frágiles de los jóvenes no pueden distinguir el mérito de valores y creencias a los que con frecuencia se enfrentan; tienden a aceptar antivalores que dañan su integridad. Es por eso que debemos fomentar amor a la familia, arraigo a la tierra, convivencia en paz y armonía para ser mejores mexicanos.

Felicito de una manera muy especial el esfuerzo hecho por mi amigo el cirujano dentista y maestro en ciencias Rogelio Moll Contreras por esta extraordinaria aportación. Realmente es digno de admiración por el tiempo que dedicó a escribir estas líneas que ponen muy en alto a Puerto Vallarta. Lo que me queda muy claro es que el autor de este formidable libro, es parte de un proyecto de vallartenses con denominación de origen.

C.P. Joaquín Humberto Famanía Ortega

Introducción

Esta es una historia de vida que inició a finales de los años cuarenta del siglo pasado y marcó una época maravillosa de mi existencia. En ella he tratado de hilvanar y recopilar experiencias vividas desde mi niñez. Mi intención ha sido realizar una radiografía biográfica, para lo cual desperté de sus sueños a mis más profundas y sensibles neuronas cerebrales que me ayudaron a dar forma con palabras a mi historia de vida en el marco de la ciudad de Puerto Vallarta. Esta historia inicia desde los orígenes de mis apellidos, los cuales hunden sus raíces en los tiempos en que estos se describían con signos o símbolos y se utilizaban por los pobladores de pequeñas aldeas, villas en diversos lugares del mundo. Este linaje quedó inmortalizado en escudos heráldicos que aún cubren con su manto a los descendientes y herederos actuales.

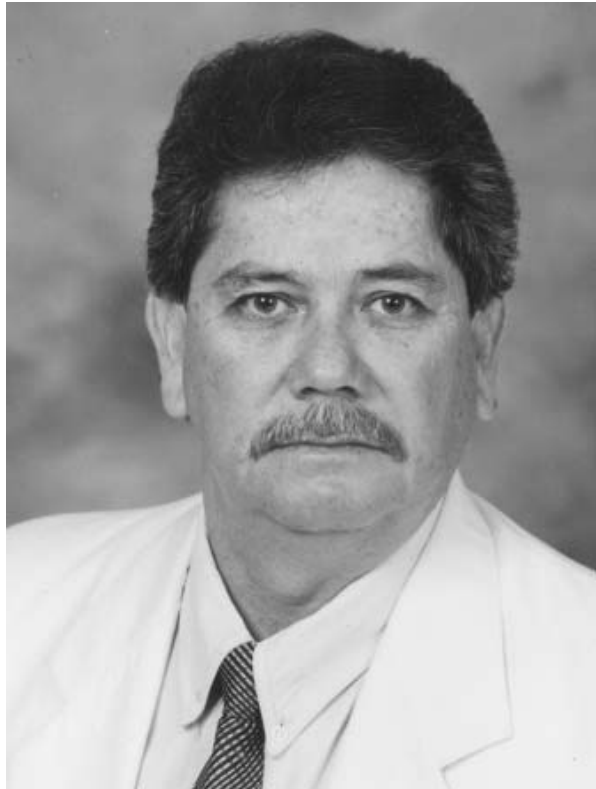
Lo narrado en este libro son pasajes que marcaron para siempre mi vida; espero motiven a los lectores al manifestarles que «recordar es vivir». Claro está que lo anterior fue sólo posible dentro de una vida llena de gozo en la que el tiempo libre, además de aprovecharlo en compañía de familia y amigos, también logré invertirlo en momentos alegres desde mi niñez hasta la edad adulta al sumergirme en el mundo fascinante de la pesca deportiva.

Al escribir este libro me pregunté, ¿por qué? Porque, después de tomar un curso de Antropología, nos dieron la tarea de elaborar un ensayo para aplicar lo aprendido. Así, mi tema de interés lo desarrollé en dos hojas tamaño carta de lo que más nos gustaba describir, saber o aprender. De esta forma, el instructor, y uno también, sabría si las habilidades de expresión literaria desarrolladas en la clase funcionaron en cada uno de los alumnos. Y así se hizo, ya que el siguiente paso fue plantearme un objetivo y concretarlo. Decidí aprovechar esa oportunidad, momento o tiempo de salud física y mental para recordar mis vivencias, experiencias inolvidables de vida y, por supuesto, de la pesca; esa actividad entusiasma y cambia la perspectiva para siempre. Este es un ejercicio por el gusto de escribir, que espero cambie —o al

menos perturbe— la forma de pensar del lector, para así seguir creciendo cada día más, sin importar edad. Nunca es tarde.

Soy gran aficionado a la pesca deportiva. Empecé en 1956, cuando tenía siete años de edad. Siempre me gustó este deporte y sigo haciéndolo a mi edad. Se dice que el paso del tiempo es un compañero inolvidable y persistente, que nos recuerda lo que hemos vivido, soñado y disfrutado. A mí me ha traído pasajes de la pesca, los mejores momentos de la vida para cobijarme en el pensamiento de añoranzas de niño, recuerdos de adolescente, experiencias de joven y adulto en los mejores tiempos y épocas pasadas de mi existencia. Así, amigos, compañeros, maestros, hermanos, familia querida y su descendencia, pongo a disposición de ustedes, la mejor parte de la historia de un vallartense aficionado a la pesca.

Hay un dicho que se menciona mucho sobre la pesca deportiva que dice cuando se está en contacto con el mar disfrutando de sol, luna, día, noche y navegación, «esto no es vida, es *vidaza*»; es un esparcimiento total que inte-



Fotografía 1. «Pescador de perlas» fue el calificativo que me dio mi abuelita, Catalina Montes de Oca Aguilar, en la dedicatoria de su libro *Puerto Vallarta en mis recuerdos*.

gra un todo, relajamiento completo que despeja los sentidos y contribuye especialmente al desahogo, descanso físico y mental. Bueno, descanso físico no tanto; es una *chinga* andar llevando, trayendo, cargando; que pásame, dámelo, la panga, el motor, ahora sigues tú de subir y bajar las cañas de pesca, carretes, hieleras, mochilas, víveres, tanque de gas, agua, tanque de gasolina, además de ponerte a atarrayar la carnada, todo seguido de un largo etcétera.

Hay que aguantar vara una vez, dos, o tres veces; no importa hacer lo mismo si el fin es disfrutar de un día o dos de pesca, ya sea por tierra y acampando o navegando en el mar. Se compensa todo el cansancio físico; a cambio del esfuerzo, uno activa la parte esquelética, muscular, digestiva, respiratoria y circulatoria del cuerpo. Y en sí este ejercicio, es ya una ganancia.

Después del cansancio e insolación de la pesca del día, por la noche duermes y sueñas como angelito. Mente y cuerpo descansan; estás en otro mundo; se te olvida estrés y problemas. Viene relajamiento mental y desahogo a través del convivio con amigos, acompañado de chistes de todos colores y sabores, de la broma, o de porqué fuiste tan *pendejo* que no jalaste a tiempo la línea y dejaste escapar el pez. Cada vez que voy de pesca se dan momentos de risa y felicidad inolvidables e inigualables. Cada experiencia es diferente, aunque algunas veces no pique ni saques más que la cuerda mojada¹. Te divierte que la palomilla de amigos se desahogue, hable malas palabras, profiera *madres*; que más de uno diga: *Se me fue un pez realmente grande. ¿Un qué? Un pez grande, el más grande que había anzueliado*. Sabes que esta es la mentira también más grande de todo pescador, mentira que nadie cree.

Soy una persona de más de seis décadas de edad. Lo aquí narrado, son anécdotas, experiencias y acontecimientos que me sucedieron de niño, en la pubertad, de joven y adulto. Las desarrollo y describo de forma simple, con mi peculiar forma de pensar; para la gente afín a la pesca; para que lectores en general, capten algunos *tips* de este deporte. Con la voluntad de Dios y una vez jubilado de mi trabajo y sin problemas de salud, espero disfrutar de esta actividad muchos años más.

Rogelio Moll Contreras

1 Cuando uno regresa de un viaje de pesca en el que te fue mal, si te preguntan, ¿qué sacaste?; la respuesta suele ser, «lisas y dorados»; lisas las nalgas de estar sentado todo el *cabrón* día y los lomos dorados por el sol.



1. Mis orígenes

Origen del apellido Moll

Mi curiosidad por saber la ascendencia del apellido Moll me llevó a investigar los registros históricos de *The Historical Research Center, Inc.* Los resultados de esta búsqueda los muestro en los siguientes párrafos.

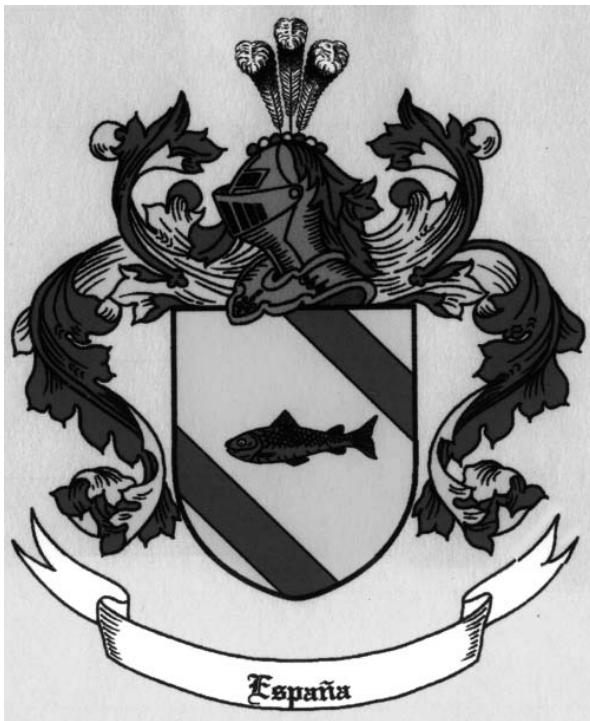
Etimológicamente Moll viene de la palabra *menor* en la nomenclatura musical alemana. Según algunos autores, quien primero usó esta expresión fue Odón de Clugny en el siglo X para determinar la *b* redonda o bemol. El significado de un apellido puede ser de distintos tipos; con frecuencia un apellido es derivado de la ocupación desempeñada por algún antepasado —ocupacionales—; otros derivan del lugar donde este vivía —toponímicos—; unos provienen de un nombre de pila —patronímicos—; y, finalmente, hay los que derivan de características físicas, nombres de animales o de personajes bíblicos.

Los apellidos comenzaron a utilizarse desde hace mucho tiempo. En China aparecieron por primera vez hacia el año 2005 a.C. Servían para mantener registros precisos, cobrar impuestos, posesión de tierras, herencias y otros. Su uso se generalizó hace más de 1,000 años. Algunos apellidos aparecieron al mismo tiempo en distintos países. Cada apellido fue apareciendo a medida que la gente se desplazaba de un país a otro, pero su origen se mantuvo constante y es fuente de orgullo para quienes lo llevan. Los investigadores de apellidos buscan en libros, manuscritos y otras fuentes históricas, la referencia más antigua de cada uno. En el caso Moll, el registro más antiguo data del año 1593 e indica que proviene de España.

Moll es un apellido de antiguo y noble linaje Catalán que adoptó una familia de la Villa de Molló, Gerona. La familia Moll tuvo casa solar en Mallorca, de donde fue su progenitor don Pedro Moll, doctor en ambos derechos; graduado en la Universidad de Bolonia y uno de los juristas más sabios

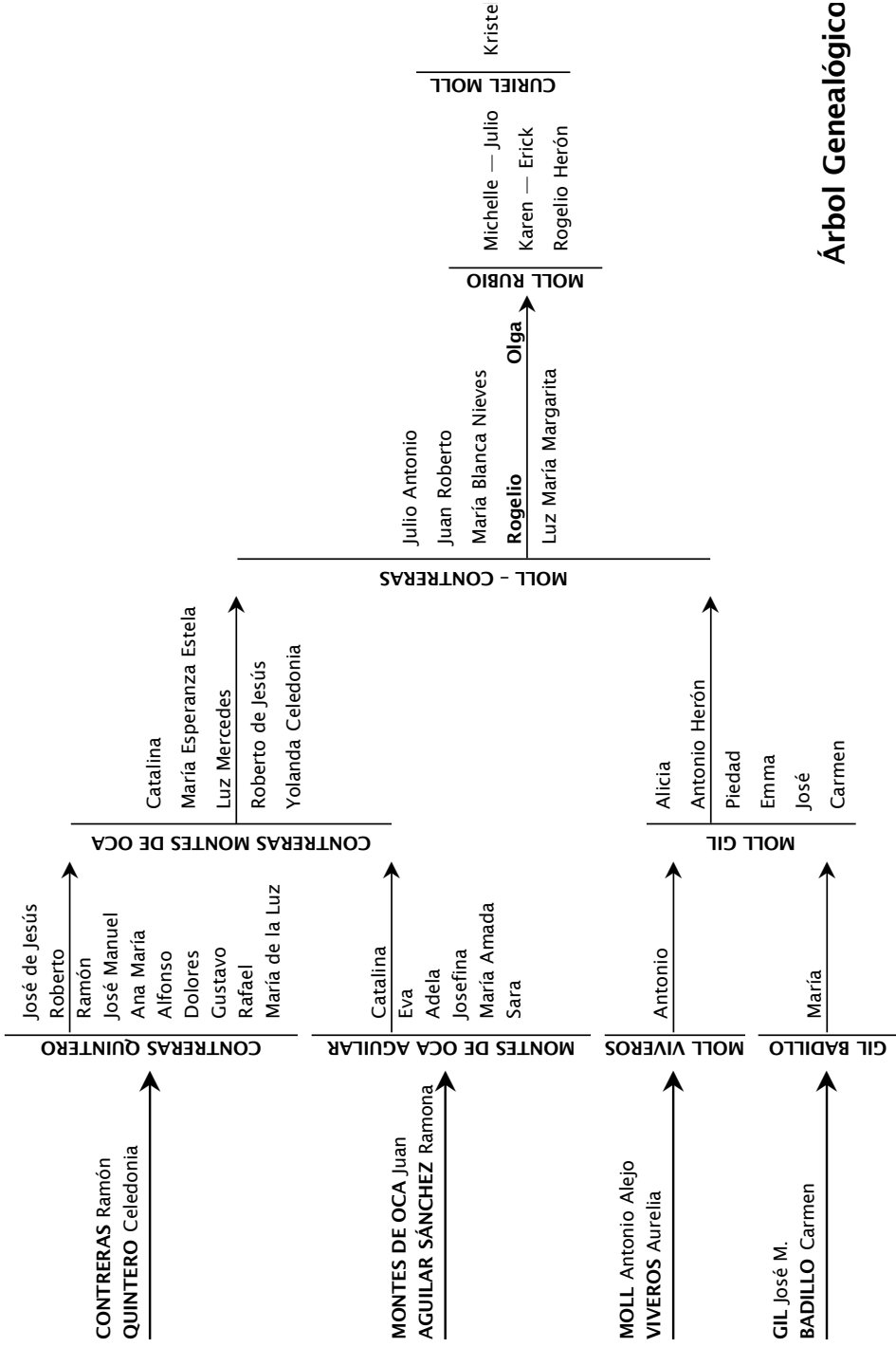
del siglo XVI. Antes de cumplir los 20 años de edad, era catedrático de derecho de la Universidad de Lérida. Otro, Pedro Moll, también doctor en ambos derechos, sirvió al rey don Felipe II, quien le concedió privilegios de caballero el 17 de marzo de 1593 y fue armado por el virrey de Mallorca el 8 de mayo del mismo año.

Por su parte, Juan Moll obtuvo el privilegio perpetuo de caballero el 16 de diciembre de 1630, con sucesión de escudo de armas; el 3 de junio de 1635 se le concedió el título de noble; jurado de la ciudad y reino de Mallorca en 1633 y, durante las guerras de Cataluña, hizo considerables préstamos al Estado. El capitán Onofre Moll, sirvió en las guerras de Nápoles y Sicilia en 1636. Y por lo que respecta a Antonio Moll, fue oidor de la real audiencia de Mallorca y obtuvo privilegio de nobleza y concesión de escudo de armas por Real título de 29 de mayo de 1637. Interesante es el hecho de que en el índice de expedientes personales del Archivo General Militar de Segovia, se registran descendientes de este linaje que sirvieron en las filas del regimiento de infantería del Real Ejército de España. Entre ellos se destaca a Francisco Moll (1799), Cristóbal Moll Sapoter (1790), Bernardo Moll y Palmer (1852) y José Moll Girad (1824).



Blasón de armas, de oro,
un pez de gules entre dos bandas
del mismo color.
Timbre: Tres plumas de avestruz.
Origen: España.

Bisabuelos Abuelos Padres Hermanos Esposa Hijos Yerno Niete



Árbol Genealógico

En mi viaje de luna de miel por Barcelona, España, recorrí con mi esposa, caminando muy cerca del mar, gran parte de una avenida llamada *Avenida Moll*. Dicha experiencia significó darle un sentido a mi apellido: *Moll = hombre de mar*. ¿Será qué por esto me gusta la pesca? ¿Es casualidad o coincidencia? Me pregunto porqué nací a una cuadra del mar y viví los primeros años de mi niñez cerca del océano Pacífico, en la Bahía de Banderas y río Cuale, aquí en Puerto Vallarta. Además, al centro del blasón de armas de la familia está un *pez*, ¿qué mejor significado que este, no cree?

Descendencia

Menciono a bisabuelos paternos para recordar el árbol genealógico de donde vengo. Los padres de mi abuelo fueron Antonio Alejo Moll y Aurelia Viveros; ambos nacieron en el año de 1849. Los de mi abuela llevaban por nombre José M. Gil, nacido en 1849 y Carmen Badillo.



Fotografía 2. Mis abuelos paternos María Gil Badillo y Antonio Moll Viveros. Puerto de Veracruz, 1957.



Fotografía 3. Los abuelos paternos María Gil y Antonio Moll Viveros con mis tías Piedad, Carmen y Alicia. Puerto de Veracruz, 1957.

Por la línea de mis abuelos paternos, María Gil Badillo nació en 1887, originaria de Ciudad del Carmen y se dedicaba a las labores del hogar; de tez blanca y mirada triste en sus ojos azules. Por una enfermedad le amputaron ambas piernas; la recuerdo en silla de ruedas. Murió en 1959 de diabetes mellitus en la ciudad de Veracruz, a la edad de 72 años. Dicen que su mirada se parecía a la mía.

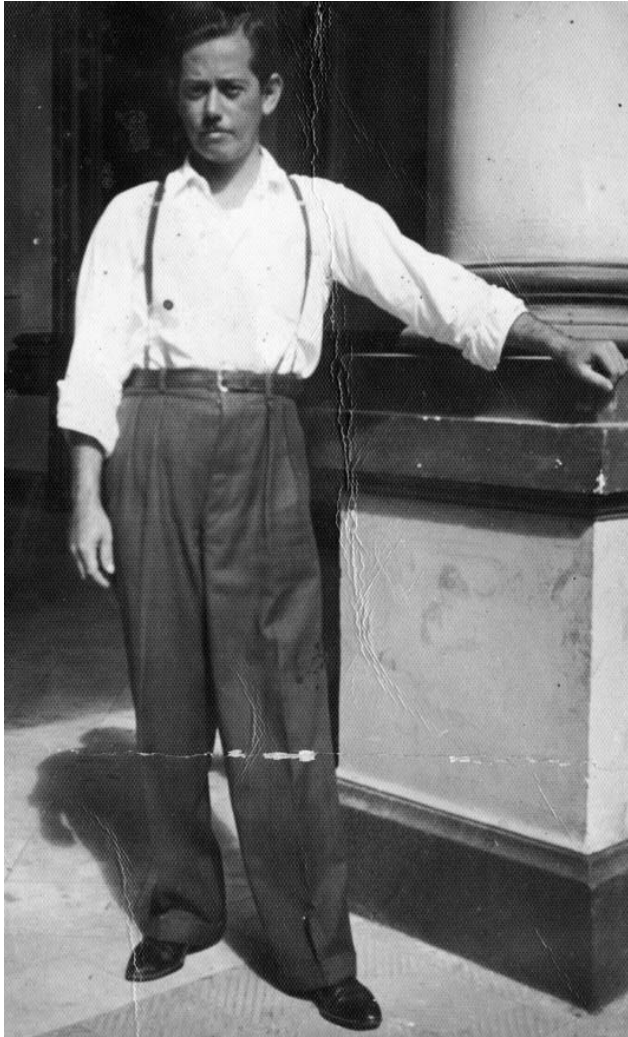
Mi abuelo Antonio Moll Viveros nació en 1878; se desempeñaba como comerciante veracruzano. Moreno claro, ojos color café, nariz ligeramente chata y boca regular. Los visité a la edad de 8 años; son pocos los recuerdos que tengo de ellos por la poca convivencia y los tiempos tan separados para visitarlos.

Sus hijos fueron, de mayor a menor: Alicia, Antonio Herón —mi padre—, Piedad, Carmen, José y Emma.

Una vez pregunté a mi padre Antonio: *¿Papá, por qué llevas el nombre de Herón?* Él, contestó: *En el año de 1914, fecha en que nací, vivía un líder sindical en los muelles de Veracruz; era un gran personaje de aquellos tiempos, buen orador; ayudaba a sus compañeros; ese nombre le gustó a mi padre para llamarme así.* Y, siguiendo esta tradición, bauticé a mi hijo varón con el nombre de Rogelio Herón Moll Rubio.

Antonio Herón Moll Gil, nació el 17 de octubre de 1914 en el Puerto de Veracruz. Antonio, hombre de mar, era muy trabajador; tez blanca, cara redonda, ojos café claro, nariz regular, boca grande, labios delgados. Le decían

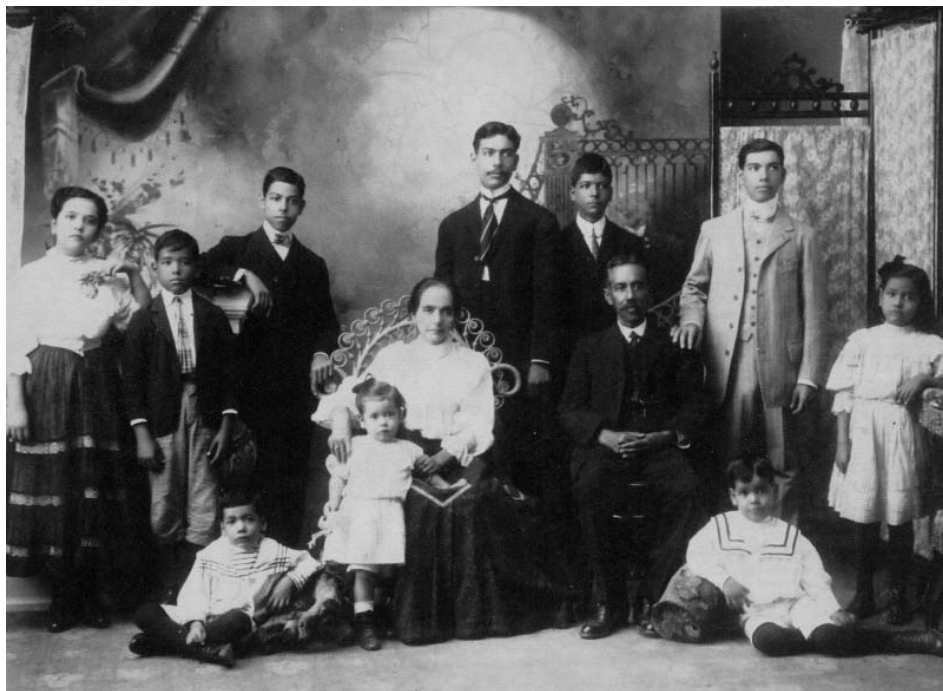
Fotografía 4. Mi madre Luz, de pie, con mis abuelos paternos María Gil y Antonio Moll Viveros. Puerto de Veracruz, 1943.



Fotografía 5. Mi padre el capitán Antonio Moll Gil a los 20 años de edad en los portales del Puerto de Veracruz, 1934.

El Güero; estatura regular de 1.66 metros. Fue carpintero y empleado federal de la Secretaría de Marina Mercante y capitán del Puerto de Vallarta durante veinticinco años. Durante el sexenio del presidente Gustavo Díaz Ordaz, cambió de adscripción hasta Matamoros, Tamaulipas, frontera con Brownsville, Texas, para administrar, registrar y controlar las embarcaciones de pesca y particulares deportivas. Nunca he olvidado una frase que me repetía: «No hay situación más dura en la vida que la soledad misma». Cumplió cincuenta años al servicio de la Secretaría de Marina. Fue hombre noble y cabal. Así, era mi padre.

Mis bisabuelos maternos fueron Ramón Contreras González y Celedonia Quintero Rodríguez (1866-1970), imurió a los 104 años de edad! Ambos eran oriundos de Mascota, Jalisco. Engendraron tres mujeres y siete varones. A la bisabuela Celedonia apenas la conocí cuando ingresé a la Facultad de Odontología, en 1968. También tuve la oportunidad de conocer a algunos de mis tíos abuelos, María de la Luz Contreras de Lemus —1906-1994—, maes-



Fotografía 6. Familia Contreras Quintero. Mis bisabuelos, mi abuelo y mis nueve tíos abuelos: Ana María, Alfonso, abuelo Roberto, Gustavo, María de la Luz, bisabuela Celedonia, José de Jesús, José Manuel, bisabuelo Ramón, Ramón, Rafael y Dolores. Mascota, Jalisco, 1909.

tra y comerciante de instrumentos musicales, falleció ya hace algunos años; a los tíos abuelos Dolores, Ramón y José Manuel Contreras². Vivían en la calle Prado 564, una cuadra arriba de Tolsá, esquina con Niños Héroes en la ciudad de Guadalajara, Jalisco. Una cosa muy curiosa le sucedió a mamá *Cele*; se casó vestida de negro con mi bisabuelo Ramón Contreras como muestra de respeto a su suegro recientemente fallecido cuando aún eran novios.

Mi tatarabuelo le decía a mi bisabuelo mascotense que estudiara para cura mientras él viviera; a lo cual él se oponía. Posteriormente, se dedicó a la farmacéutica, actividad que heredó a varios descendientes dentro de la familia Contreras Quintero. Además, se puede asegurar que también fue fundador de la Universidad de Guadalajara porque fue invitado por el primer rector, Enrique Díaz de León, a formar parte de la dirección de la carrera de Ciencias Químicas en 1925. Igualmente, fundó la farmacia de Las Nueve Esquinas en la ciudad de Guadalajara, Jalisco³.



Fotografía 7. Ramona Aguilar,
mi bisabuela materna.

2 Padecía de vitiligo —enfermedad de la piel—; murió trágicamente durante un robo en su casa. Los ladrones creyeron que por ser usurero tenía mucho dinero. Pero no.

3 Este dato me lo proporcionó un tío, el Ing. Ernesto Lemus Contreras, hijo de mi tía abuela María de la Luz Contreras de Lemus.

Por parte de mi abuela materna Catalina Montes de Oca Aguilar, guardo en mi memoria que fue hija de Juan Montes de Oca y de Ramona Aguilar. Ellos tuvieron seis hijas llamadas: Catalina, Eva, Adela, Josefina, María Amada y Sara.

Mis abuelos maternos fueron Catalina Montes de Oca Aguilar y Roberto Contreras Quintero, ambos procedentes de *tierras frías*.

A la abuela *Cata* no le gustaba que le llamáramos abuela y le decíamos mamá *Cata*. Era de tez blanca, chapeteada, cara redonda, ojos color café oscuro, nariz recta, boca regular, labios no muy gruesos, bien parecida, de 1.65 metros de estatura, de carácter posesivo y fuerte, con gran determinación para realizar sus ideas. Era un personaje de mente brillante y fantasiosa. Muy bondadosa y platicadora; le gustaba escribir uno que otro poema para la radio XEW; escribía artículos en el periódico *Vallarta Opina* de Luis Reyes Brambila, gran periodista e investigador, del Vallarta antiguo y actual.



Fotografía 8. De izquierda a derecha, mi tía abuela Eva y mi abuela Catalina Montes de Oca en la ciudad de Tampico, Tamaulipas, 1960.



Fotografía 9. Mi tía abuela Sara, la menor. Hermana de mi abuela Catalina, 1928.

Fotografía 10. Boda de Catalina Montes de Oca Aguilar, a la edad de 16 años, con Roberto Contreras Quintero, a la edad de 27 años. Templo de San Gabriel, México, Distrito Federal, 1916.



Fotografía 11. Familia Contreras Montes de Oca. De izquierda a derecha: abajo la tía Yolanda Celedonia. Arriba sentados: mi madre Luz Mercedes, la tía Catalina†, la tía María Esperanza Estela, el tío Roberto de Jesús. De pie, mis abuelos Catalina Montes de Oca y Roberto Contreras. Puerto Vallarta, Jalisco, 1930.



Nacida en el año de 1900, era originaria de un pueblito llamado San Gabriel, Jalisco, cerca de la serranía de Tapalpa, junto a Ciudad Guzmán; el pueblo con el tiempo cambió de nombre a Venustiano Carranza y de nuevo a San Gabriel; así se mantiene hasta la fecha.

La abuela Catalina fue una gran mujer en la historia de Puerto Vallarta. Tuvo la visión de hacer y llevar a cabo la primera guía para los turistas que visitaban Puerto Vallarta. En la guía daba indicaciones para localizar y ubicar los mejores lugares: restaurantes, bares, discotecas, playas, centros nocturnos; además de paseos por la bahía en lanchas para visitar Las Peñas —hoy Los Arcos—, Boca de Mismaloya, Boca de Tomatlán, Las Ánimas, Quimixto, Majahuitas, Yelapa y Corrales.

El Gobierno del Estado y la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco financiaron la primera edición de la guía de turistas de 1958 y la segunda de 1962. En todo ello ayudó el Sr. Rogelio Álvarez —falleció en enero de 2011—, gran historiador mexicano, coautor de la *Enciclopedia de México* en doce tomos. La guía se vendió «como agua para chocolate». De esta experiencia surgió a mi abuela la idea de escribir sus recuerdos de vivencia en Vallarta.

Al pasar de los años el Ayuntamiento de Puerto Vallarta realizó a mi abuela un homenaje por haber sido la primera cronista de la ciudad al plasmar sus memorias en el libro *Puerto Vallarta en mis recuerdos*. Mamá *Cata* era admirada por muchos. Por su tesón, realizaba casi todos sus proyectos. Estoy seguro que las montañas de clima frío fueron fuente de inspiración de sus poemas y leyendas. Cuando en el año de 1918 llegó a vivir al puerto, su *guerrero dormido* interior despertó para fusionarse con figuras e imágenes de los cerros que cautivaron su mente brillante para imaginar lo inimaginable; es decir, hacer magia con su pensamiento⁴.

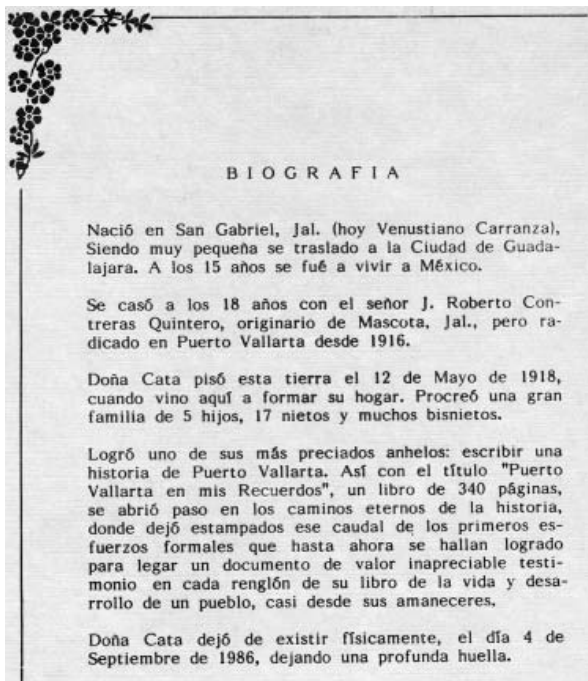
Fueron memorables las conversaciones que mamá *Cata* promovía por las tardes. Después de los quehaceres del hogar, ella bajaba a la botica que tenía mi abuelo Roberto, para reunirse una o dos veces por semana con Agustín Flores Contreras, la comadre Jovita Rosales —quien vivía en la cuadra de enfrente— y mi papá Beto. Nada más se escuchaban las carcajadas de todos ellos ahí reunidos; eran tiempos de bonanza. La casa donde vivía era de dos plantas, se ubicaba en las calles Juárez 123 e Iturbide 13, en pleno centro de la ciudad. Habitaba en la planta alta.

4 Existe un ensayo monográfico escrito sobre la historia de Vallarta por la señora Margarita de Mantecón de Garza, publicado en el centenario de Puerto Vallarta en 1951. Véase fotografía 15.

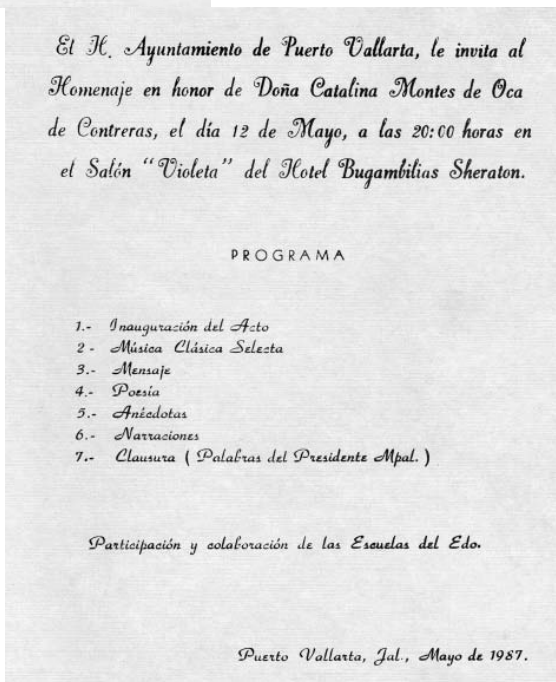
Anécdota interesante fue la de mamá *Cata* y con dos primos hermanos, Roberto Alfredo y Enrique Contreras, hijos de mi tío Roberto; ellos fueron a la playa y pasaron todo el día bañándose al sol. Llegó el atardecer y ellos no habían comido. Al llegar de regreso a casa con mamá *Cata* para ir al baño, ella los vio hambreados, asoleados y temerosos; razón por ella preguntó a Roberto el mayor: *¿Ya comieron? Sí, mamá Cata. ¿Qué comieron? Carne, sopa y frijoles.* Enrique intervino en la plática preguntando: *¿A qué horas Beto?; porque ni cuenta me di.* La situación surgida causó hilaridad en los ahí reunidos.



Fotografía 12. Portada del programa al homenaje a Catalina Montes de Oca, 1987.



Fotografía 13. Resumen biográfico del programa al homenaje a Catalina Montes de Oca, 1987.



Fotografía 14. Programa del homenaje a Catalina Montes de Oca, 1987.

ESTE ensayo monográfico, social y económico de lo que significa Puerto Vallarta; tierra donde vi la luz primera, no tiene pretensiones de ninguna naturaleza y mucho menos literaria, sino el firme deseo de una sencilla hija de Puerto Vallarta, de aportar su grano de arena al engrandecimiento y amplia difusión de las riquezas bellezas y grandezas de mi patria chica, y sobre todo a la nobleza de sus habitantes.

Margarita M. de Garza.

Fotografía 15. Ensayo monográfico de Puerto Vallarta, 1951.

Doña Cata solía saludar a quienes acudían por las tardes a la botica a surtirse de medicamentos; era siempre muy sociable y respetada; toda una dama de gran corazón, muy dadivosa con los *domingos* para sus nietos y gente humilde que se acercaba. Quien pasaba por la botica, en Juárez 123 y el malecón por la calle Morelos e Iturbide, y veían a mi abuelo descansando en una banca de madera o simplemente platicando con amigos después de un ajetreado día de trabajo, lo saludaban como don Roberto o don *Rober*. Personaje notable en el despegue de Vallarta por ser tres veces presidente municipal; hombre cabal como pocos, de gran estima y aprecio por el pueblo de Puerto Vallarta.

Él nació en 1889 en Mascota, Jalisco, tierra de clima templado. Descendiente de boticarios, empezó como tal en Mascota. En sus años mozos fue administrador de ranchos y haciendas en las localidades de El Guayabo y La Yerbabuena. Posteriormente, su caballerango fue Miguel Montes. Tuvo cinco hijos, Catalina, ya fallecida; Estela; mi madre, Luz Mercedes; Roberto, también fallecido en abril de 2010; y Yolanda.

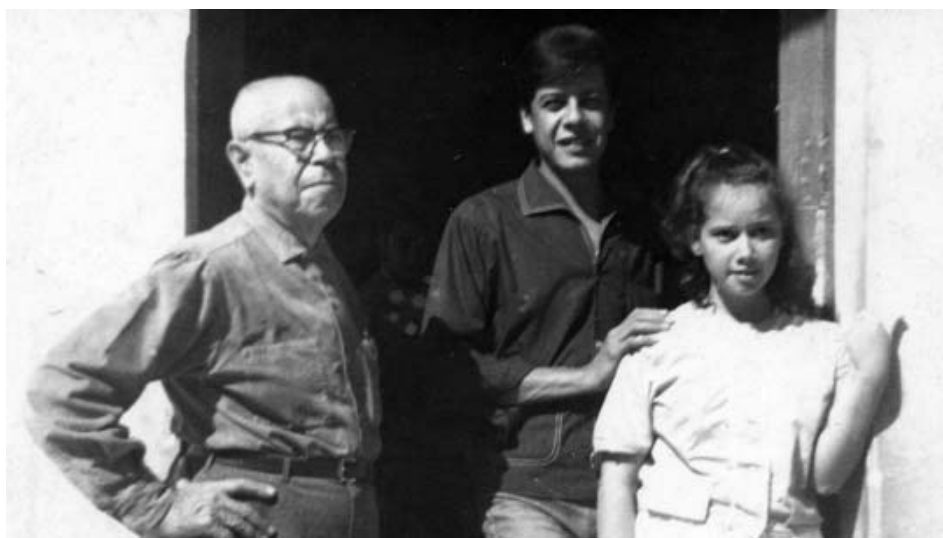
Don Roberto era de facciones rudas y de cara ovalada, ligeramente *despiochado*, de color apiñonado, entre moreno y blanco, ojos color café claro, nariz recta, boca regular, labios delgados, de 1.70 metros de estatura. Era el boticario y político del Vallarta de aquellos años. Cuando elaboraba sus me-



Fotografía 16. Roberto Contreras Quintero, caballerango en la población de Mascota, Jalisco, 1917.



Fotografía 17. Familia Contreras Montes de Oca. De izquierda a derecha: Catalina, Estela, Roberto, Luz Mercedes y Yolanda. En el centro los abuelos Roberto y Catalina. Mascota, Jalisco, 1940.



Fotografía 18. De izquierda a derecha, Roberto Contreras Quintero; el gran pintor artístico, Rafael Contreras, mi tío; Margarita Moll Contreras, mi hermana. Puerto Vallarta, Jalisco, 1977.



Fotografía 19. En casa de los abuelos con los nietos de diferentes apellidos: Moll, Garduño, Contreras, Arrillaga y Manuel. Fila superior, de izquierda a derecha, Enrique Emanuel Contreras, Carlos Garduño Contreras, Eduardo Manuel Contreras, Julio Moll Contreras, mamá Cata y papá Beto, Blanca Moll Contreras, Guillermo Arrillaga Contreras y Juan Roberto Moll Contreras. Fila inferior, de derecha a izquierda: Rogelio Moll Contreras, Margarita Moll Contreras, Ivonne Manuel Contreras, Patricia, Enrique y Roberto Contreras Saruwatari, Hugo, Lupita y Humberto Garduño Contreras. Puerto Vallarta, Jalisco, 1956.

dicamentos mezclándolos en un mortero y pistilo de porcelana, los pesaba muy bien en una balanza con precisión de miligramos; luego los envolvía haciendo sobres con papel de estraza; daba a los pacientes indicaciones verbales en dosis y tiempos. Hacía también pequeñas curaciones e inyectaba a los enfermos. Era boticario eficiente y político honorable, aficionado a los caballos. Falleció en el año de 1981 a la edad de 92 años.

Mi madre, tercera hija de cinco hermanos, ha sido una mujer trabajadora de carácter dominante. Su nombre es Luz Mercedes Contreras Montes de Oca. De tez blanca, ojos color café, cara ligeramente redonda, nariz recta y boca regular, guapa ella; de 1.69 metros de estatura; ama de casa y comerciante, nacida en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, el 27 de noviembre de 1922. En el año de 2014, aún vive con 92 años de edad; es muy segura de sí misma, siempre quiere imponer sus ideas; de sangre y raíces serranas mascotenses por parte de mis abuelos maternos.



Fotografía 20. Mi madre, Luz Contreras, a los 15 años en el río Cuale, 1937.



Fotografía 21. De izquierda a derecha mi hermana Luz María Margarita, mi madre Luz Mercedes Contreras Montes de Oca a los 87 años y mi hermana María Blanca Nieves.



Fotografía 22. De izquierda a derecha, últimas generaciones de los Contreras: tío Ramón y tía María Elena Contreras Montes de Oca, prima hermana de mi mamá. Guadalajara, Jalisco, octubre, 2009.



2. Mi tierra natal «pata salada»

Puerto Vallarta

La historia oficial dice que Puerto Vallarta se fundó el 12 de diciembre de 1851 por Guadalupe Sánchez Torres. Él vino de Cihuatlán, Jalisco con su familia. El lugar se llamó Las Peñas de Santa María de Guadalupe; estas tierras pertenecían a los hermanos Camarena de Guadalajara, Jalisco; tiempo después a la compañía minera Unión en Cuale, en el municipio de Talpa de Allende. El 14 de julio de 1885 la población fue erigida a comisaría según Decreto No. 210 del H. Congreso del Estado. El 2 de mayo de 1888, la comisaría de Las Peñas fue anexada al municipio de San Sebastián del Oeste.

Puerto Vallarta cumplió 96 años de ser municipio y 46 de ciudad el 31 de mayo de 2014, ya que el 31 de mayo de 1918, la comisaría de Las Peñas se convirtió en el municipio de Puerto Vallarta por medio del Decreto No. 1889 del H. Congreso del Estado. Cincuenta años después, en 1968, el pueblo de Vallarta fue elevado a la categoría de ciudad, según el Decreto No. 8366 del H. Congreso del Estado de Jalisco.

Vallarta se localiza en la gran Bahía de Banderas, lugar que ha maravillado a gran cantidad de turismo de talla internacional por sus bellezas naturales, clima tropical y la calidez humana. Dichosos los nacidos aquí.

Nací en esta tierra de magia y encanto; plena de sol, cielo, mar, selva, luna y arena; lugar de amaneceres y atardeceres iluminados; cielo pintado de azul y de muchos otros colores; donde se puede observar la última chispa del rayo verde al ocultarse el sol en el poniente. En Vallarta se tienen noches maravillosas de luna, para realizar placenteras caminatas por cálidas y blancas arenas de playa. Este es el pueblo mágico de mis ayeres; pueblo de pescadores que al izar la vela en canoas de parota rumbo a alta mar, la luna iluminaba el trayecto en donde capturaban toda clase de peces para la venta al día siguiente; la gente salía al escuchar el golpeteo del cuchillo sobre el



"LA CORONA DE NUESTRA SEÑORA"

(10.00 mts. diámetro x 15.50 mts. altura; escultura en terroca)
 ESCULTOR. CARLOS TERRES
 PARROQUIA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE
 PUERTO VALLARTA, JAL.



BENDICION POR EL SR. OBISPO
 S.E. MONS. RICARDO WATTY URQUIDI, MSP.S.
 12 OCTUBRE 2009

LA TORRE DE LA "PARROQUIA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE" Y SU "CORONA", SE HAN CONVERTIDO EN EL SIMBOLO QUE IDENTIFICA MUNDIALMENTE A PUERTO VALLARTA.

LA MONUMENTAL OBRA DE ARTE, FUE MODELADA POR EL MAESTRO ESCULTOR Y PINTOR, CARLOS TERRES, BAJO LA TECNICA DE TERROCA, "ROCA DE TERRES" RECUPERANDO, REFRESCANDO Y ENRIQUECIENDO EL SIMBOLO VALLARTENSE, ELABORADO POR ARTESANOS EN EL AÑO DE 1963, Y DESAPARECIDO A RAIZ DEL TEMBLOR DE 1995.

EL MAESTRO ESCULTOR Y PINTOR CARLOS TERRES, RECIBIO LA COMISION DE CREAR LA NUEVA CORONA, ELABORANDO UNA OBRA ORIGINAL QUE REPRESENTA EL VALIOSO TEMA DE "LA CORONA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE", BASANDO SU MONUMENTAL ESCULTURA EN LA PALABRA "TECUNTLANOPEUH" QUE EN LENGUA NAHUATL QUIERE DECIR "LA QUE TUVO ORIGEN EN LA CUMBRE DE LAS PEÑAS", HACIENDO ALUSION AL ANTIGUO NOMBRE DEL PUERTO "LAS PEÑAS DE SANTA MARIA DE GUADALUPE", HOY "PUERTO VALLARTA"

ELEMENTOS SIMBOLICOS DE LA ESCULTURA

- OCHO ANGELES SOSTIENEN LA CORONA Y PORTAN EN EL PECHO SIMBOLOS MARIANOS.
- LOS JOYEROS DEL ANILLO, REPRESENTAN LAS 24 HORAS DEL DIA
- LAS CINCO PALMAS CHICAS REPRESENTAN: LOS MISTERIOS GOZOSOS DEL ROSARIO MARIANO.
- LAS 5 PALMAS GRANDES REPRESENTAN: LA FUNDACION DE PUERTO VALLARTA 12 DE DICIEMBRE DE 1851
- EL INICIO DE LOS TRABAJOS DE LA CONSTRUCCION DE LA PARROQUIA EL 15 DE ABRIL DE 1883.
- LA SEGUNDA ETAPA DE LOS TRABAJOS DE LA PARROQUIA EN 1915:
- EL NOMBRAMIENTO COMO PARROQUIA EN 1921.
- EL TERMINO DE LA OBRA PARROQUIAL EN 1987.
- EL REMATE DE LA ESCULTURA LO FORMAN UN MUNDO DE CRISTAL Y UNA CRUZ



LA ESCULTURA "LA CORONA DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE", ES UNA MONUMENTAL OBRA DE ARTE QUE REPRESENTA A "NUESTRA SEÑORA DE TECUNTLANOPEUH" Y ES ADEMAS, UNA ORACION CONSTANTE PARA QUE LOS QUE OBSERVEN LA CORONA, COMPARTAN LOS SENTIMIENTOS DEL ESCULTOR CARLOS TERRES, QUE COMO UN "NIMITZITLANI" ES:

"Un Mensajero Del Amor Guadalupano".

"TERROCA"

LA TECNICA CON LA QUE SE CREO LA NUEVA CORONA.

TERROCA, "ROCA DE TERRES" ES UNA ROCA CEMENTADA, CALIZA Y MARMOREA, ELABORADA BAJO LA TECNICA PRODUCIDA POR EL ESCULTOR CARLOS TERRES, LA CUAL ESTA CONFORMADA PRINCIPALMENTE POR SILICATOS Y ENRIQUECIDA POR UNA CUARCITA OAXAQUEÑA LLAMADA "SIOLITA", MATERIA UNIVERSAL FORMADA EN EL INTERIOR DE LA CORTEZA TERRESTRE, ELEMENTO QUE CONCENTRA LA ENERGIA PROVENIENTE DEL SOL Y LAS ESTRELLAS, DANDOLE ENERGIA VITAL A LAS OBRAS ESCULTORICAS QUE SE ELABORAN CON ESTE MATERIAL, PREDISPUESO A LA BELLEZA Y A LA NOBLE APLICACION DEL ARTE.

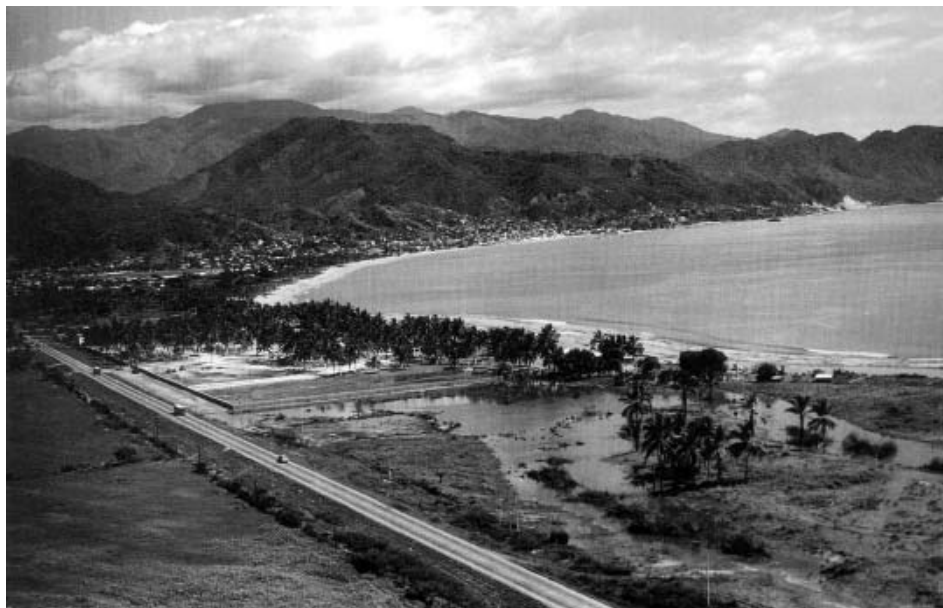


Fotografías 23 y 24. Descripción de la Torre de la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe. Puerto Vallarta, Jalisco.

remo de madera de la embarcación; el pescador traía el pescado colgado en ambos extremos del remo, balanceando su carga, llamando la atención por las calles con sus piezas frescas de guachos, sierra, pargo, toros, bacalaos y curvinas. Ese era el pueblo de Vallarta, hoy ya rebasado por grandes estructuras y superestructuras, desarrollos turísticos, hoteles y condominios; con cambios frecuentes en el uso de suelo, contaminación de ríos, mares, esteros y presas.

Las montañas rodean y protegen a Vallarta de las depresiones tropicales; al oriente el contorno de sus cerros dibujan formas y figuras de máscaras vivientes y momias milenarias resguardando los tesoros del interior de la tierra vallartense. Al sur, al terminar los cerros de la bahía rumbo al faro de Cabo Corrientes, observamos la figura y forma de una gran cabeza de caimán acechando una presa. Al norte, los desarrollos de la Riviera Nayarit separados por el río Ameca, con playas hermosas y gran planicie con agricultura de tabaco y ganadería. Al poniente observamos mar y, en la lejanía, las islas Marietas.

La Bahía de Banderas tiene playas hermosas, para todos los gustos; para disfrutar del sol, convivir con amigos y familia, ir de pesca; por supuesto, hay muchas muy especiales para enamorados.



Fotografía 25. Vista aérea de Los Tules. Al fondo el Vallarta Antiguo, 1957.



Fotografía 26. Antiguo puente de piedra soportado en vigas de madera y tablas, 1958.



Fotografía 27. Embarcación de pescadores, hecha de huanacaxtle impulsada con vela.



Fotografía 28. Playa Los Muertos, Murillo y La Palapa. Embarcadero de pescadores, 1955.



Fotografía 29. Vista aérea de la playa de Los Muertos en Puerto Vallarta, Jalisco, 1990.

Si las playas hablaran, qué nos dirían; han sido testigos de risas, llantos, gritos y lamentos. El murmullo de las olas del mar al reventar entre las rocas, da vida a la brisa marina para bañar a los enamorados cuando disfrutan con pasión del mar y dan rienda suelta al placer. Hacer el amor sobre la blanca y fina arena de la playa; sostener entre las olas a una hermosa mujer morena de senos grandes, cuerpo esbelto y tupida cabellera; experimentar noches plenas de pasión y placer; y que las parejas se fusionen con un paisaje que sólo soñamos e imaginamos una vez en la vida, son fantasías que se hacen realidad en las playas de Vallarta; es magia, vivir la naturaleza misma al desnudo.

La Bahía de Banderas, de exuberante flora y fauna en la vertiente Este y Sur, se conforma por ranchos, playas y pueblos a orillas del mar. Los ríos, en su camino rumbo al mar, forman cascadas, pozos y remolinos profundos que muchos aprovechan para bañarse. Algunos riachuelos de aguas frescas y cristalinas, descienden por las laderas y faldas de las montañas con exuberante selva, rica en palmeras de coquito de aceite, árbol de chilte, platanares y gran variedad de maderas finas. Durante los meses lluviosos de julio, agosto, septiembre y octubre, troncos, ramas, hojas y flores de amapa, tampisirán, papayillo, rosamorada, primavera, árbol del Brasil y muchos otros, terminan en el mar arrastrados por corrientes pluviales. Tierra y materia orgánica, pintan el



Fotografía 30. Playa Los Colomitos en Puerto Vallarta, Jalisco, 2009.

mar de color tamarindo y proveen alimento y refugio a la vida marina. De igual forma, lirios de esteros de agua dulce, desechos de envases, bolsas de plástico, uno que otro paquete olvidado de marihuana bien empacado y *bulingas* con gasolinas —cubiertas por costras de conchas formadas a lo largo del tiempo que han permanecido al garete en altamar—, son resguardo para diversas especies de peces aptos para la pesca.

Lo de la marihuana ocurre porque los narcotraficantes naufragaron y fallecieron en altamar, o la Marina los venía siguiendo y lanzaron al agua los paquetes de droga. Las *bulingas* de gasolina se colocan en coordenadas con sabidas para que embarcaciones rápidas en actividades ilegales —con cuatro motores de turbina de 250 caballos de fuerza cada uno—, puedan recargar para llegar al destino de entrega del cargamento ilegal. Esto que escribo es verídico, más de una vez hemos encontrado estos contenedores. Asimismo, pienso que las corrientes marinas se encargan de desplazar la droga hacia diferentes direcciones hasta llegar a la playa; ahí, pescadores que la encuentran, la consumen o venden.

Las actividades ilegales favorecen la vida marina. Muchos peces se protegen entre los contenedores para evitar ser devorados por depredadores. Pescadores o capitanes de embarcaciones de pesca deportiva, cuando visualizan troncos y ramas —arrastrados por los ríos—, al garete en el mar, saben que ahí puede haber buena pesca; ellos saben que al pasar junto a esta palizada a flote, hay alta probabilidad de capturar buenas piezas. Tan es así que, quienes se dedican a la pesca comercial lanzan al mar en abundancia palapas de palmera, amarradas entre si con cuerdas muy largas y anclas que las fijan al fondo marino a modo que se mantengan a flote en la superficie durante varios días. Con carnada de sardina viva, calamar y peces ojotones, hacen fácil y abundante la captura en estos sitios preparados. Hay que reconocer, sin embargo, que este método es en realidad artesanal; pero la pesca con cimbra devasta grandes volúmenes de peces a lo largo de kilómetros acabando con el equilibrio de ecosistemas marinos. Las autoridades no hacen nada para regular tales actividades.

Las aguas limpias del mar son azul marino fuerte, de color parecido al petróleo. Las corrientes marinas de aguas cálidas llevan y traen alimento a las especies de macanudos —marlín y vela—, durante algunos meses del año. Abundan desde principios de julio a diciembre: marlín azul, marlín negro y marlín rayado, pez vela, pez espada, dorado, atún, guajo y pez gallo. Otras especies relativamente pequeñas de pargos, sierras, bonitas, choras, maranguanas, meros, robalos, curvina plateada y pez toro, se capturan todo el año.



Fotografía 31. Pesca de bonitas, sierras, lunarejas, garlopas y pargos. Playa Corrales del faro de Cabo Corrientes, 1995.

En Puerto Vallarta en los años cincuenta, ya había lanchas en renta para la pesca deportiva, ya que en aquél tiempo abundaban muchas especies de peces. Entre aquellas lanchas estaban *La Santa Lucía* y *San Ignacio* de mi padre Antonio Moll; *El Cielito Lindo* de don Pedro Carrillo; la *Atenea* de Fernando *El Boga*; *Punta Mita*, *Las Peñas* y *La Corbeteña* las administraba Gustavo Ruelas —aunque el propietario era de un medio hermano de Roberto García *El Me Entiendes*—; *El Bonito* pertenecía a un americano de apellido Pivari; *El Paladín* I y II de Chinta Gómez; *El Salpíri* y *La Marciana* de Flippen; *Los Tigres* y *Dos Elenas* de Escontría; *Elena* y *El Activo* de Alberto *El Güero Mangos* Gómez y el *Marlincito* de Marcos Joya Cruz. Esta diversidad de lanchas de motor, canoas de remo y de vela de manta blanca, demuestra que Vallarta era un pueblo de pescadores.

Mis prioridades de vida son, en este orden, familia, trabajo, estudio y pesca. La pesca es por el gusto al deporte y la diversión. Algunos aficionados como yo la disfrutaban desde los siete años de edad, siempre a la espera de cualquier tiempo y espacio libre para disfrutarla.

En los atardeceres, al ocultarse el sol es tiempo y momento preciso de lanzar la línea de la caña de pescar con el señuelo puesto; desde luego que es importante levantar el aro del carrete para que corra la línea, soportando



Fotografías 32. Ejemplares de pez vela, 1970.



Fotografía 33. Ejemplares de marlín.
Cabo San Lucas, julio de 1986.



Fotografía 34. Lancha *Dos Elenas* de pesca deportiva en reparación. Playa de Los Muertos, Puerto Vallarta, Jalisco, 1952.

con el dedo índice y haciendo un movimiento hacia atrás con tu caña. Lanzas la línea hacia adelante fuertemente con un movimiento elipsoidal para que llegue lo más lejos posible, más allá de la reventón de la ola, entre la espuma del agua para que *pique* un robalo, gallo, toro o furel. Lo mismo ocurre si usas carnada viva en una cuerda enrollada en una rueda de plástico en forma de yoyo, sin caña; de esta forma es posible prender peces más grandes. En los amaneceres, en las primeras horas de la mañana, todavía a oscuras, antes que amanezca y salga el sol; la oscuridad nos dará buena suerte en la captura de macanudos; aunque, por las noches de luna llena y nueva, con mareas amplias, el pez se acerca más a la orilla y lo puedes capturar con carnada viva iluminada por la luna o la brillantez de un señuelo color plateado que llame la atención.

Testimonio vallartense

Eduardo Güereña da testimonio de la pesca de hace 50 años en Puerto Vallarta y la Bahía de Banderas. Narra cómo se trabajaba en el mar, en las desembocaduras de ríos y esteros. Era abundante la captura de peces, cocodrilos, tortugas y otras especies; así como la explotación de maderas finas. Cuenta que el procesamiento, conservación y comercialización era local, regional e internacional. La abundancia de peces daba muchos réditos económicos. La



Fotografía 35. Con cañas y carretes de pesca en la oficina de renta de lanchas de Puerto Vallarta, Jalisco. Rogelio y Juan Roberto Moll Contreras de 6 y 9 años de edad, 1955.

cercanía en la captura de grandes peces era sin alejarse grandes distancias de la costa, todo ello enmarcado en un entorno ecológico prácticamente virgen, rico en recursos naturales.

Ese testimonio reseña una época de relevancia en la vida de Puerto Vallarta y de la región, digna de ser conocida por las nuevas generaciones de vallartenses.

Entre los años de 1930 a 1960 Eduardo Güereña especifica en su testimonio de la gran sobreexplotación de recursos naturales de varias especies marinas y terrestres. Sobre el usufructo de chilte y plátano, menciona que Modesto Güereña, su padre, originario de Álamos, Sonora, era el comerciante local y distribuía sus productos en la región.

Hacían la pesca en canoas de remo y vela en los pescaderos de las islas Marietas. Las primeras veces de fondo, posteriormente, usaron chinchorros de arrastre en playas y desembocaduras de los ríos Ameca, Boca de Chila,

Fotografía 36. Cañas y carretes para pesca mayor; pez vela, marlín, atún y dorado.



San Blas, Guayabitos, La Peñita de Jaltemba y Santa Cruz en Nayarit y el Chamela y Agua Dulce en Jalisco.

Al no contar con motores de combustión interna fuera de borda, recorrían en canoas a remo y vela, grandes distancias. Las jornadas comprendían de seis de la mañana a tres de la tarde. Paraban a comer y después a sajar —filetear— el pescado para salarlo y conservarlo; no había aún fábricas de hielo para conservarlo fresco. Por lo que terminaban un día de labores entre ocho a nueve de la noche. Así, era la pesca durante una semana. Se seleccionaban las piezas más grandes de 60, 70 y 80 cm, ya sin cabeza y cola para exportación.

Las primeras lanchas de pesca de escama y de tiburón, fueron las de Modesto Güereña, quien en 1938 las compró a la compañía Montgomery en 45 mil pesos. Siendo gerente de la Montgomery Eduardo Guzmán, había una embarcación llamada *Ixtapita* usada para remolcar pangas con plátano por el río Ameca, de Ixtapa a Boca de Tomates; ahí se embarcaba el producto a Estados Unidos. Modesto Güereña compró después tres motores para sus lanchas. Llegó a tener, hasta 60 pangas para la pesca con motor fuera de borda, entre las que destacan, además de la *Ixtapita*, *Lupita I y II*, *San Ignacio*, *Vallarta*, *Esperanza* y *Margarita*.

Modesto formó en 1930 la cooperativa Vicente Rivapalacio, donde únicamente ellos, por órdenes del general Lázaro Cárdenas, podían explotar los recursos pesqueros desde el Golfo de México hasta el Pacífico. Lanzar el chinchorro una vez, era suficiente para llenar una canoa grande de pescado de primera; suficiente para trabajar durante todo el día. Para la pesca de fondo en aguas profundas utilizaban cuerda de mano y anzuelo. No había mala pesca en ese entonces; con cualquier carnada pegaban los peces. Se vendía a gran escala y únicamente por pieza; no se pesaba pues no existían básculas romanas. En cuaresma se regalaba el pescado.

Eduardo trabajó muy duro al lado de su padre Modesto Güereña; fue segundo de cuatro hermanos: Carmen, Eduardo, Rosa y Nacho. Se retiró de la pesca a los 40 años para dedicarse a comerciante. Murió en 2011 a la edad de 90 años.

Fotografía 37. Banda de pescadores de Modesto Güereña Castelo, *Yayón*, tercero de izquierda a derecha, fila superior; Cayetano Rodríguez, a la derecha de *Yayón*; Rosendo Robles Nava *El Blanca*, segundo de derecha a izquierda, fila inferior.

Otros integrantes de este grupo fueron José Martín del Campo; Serafín, Lupe y Trinidad Chavarín; Bartolomé Tovar; Gilberto Flores *El Tripas*; Álvaro Espinoza *El Cuyo*; Francisco, Néstor, Librado y Emiglio Carrillo; José Flores *El Caguamo*; Evaristo Ramos y otros personajes. Puerto Vallarta, Jalisco, 1933.





3. Infancia -1949-1954-

Nacimiento

Salí del vientre materno un 29 de julio de 1949, en Puerto Vallarta, Jalisco, México. Eran las 4:45 de la tarde. La casa de mis padres se ubicaba frente a la de la familia Gómez Bernal, por la calle José María Morelos y Pavón número 60, esquina con Josefa Ortiz de Domínguez, a una cuadra del mar, muy cerca del centro de Vallarta. Era casa y a la vez carpintería, cuyo dueño era mi padre que en aquel entonces contaba con 34 años de edad. Aquel inmueble albergó un restaurante japonés por buen tiempo. En 2014, es local vacío.

Según mi madre, de 25 años de edad, aquella fue una tarde hermosa. Ella me contó que mi padre me recibió en sus brazos al momento de mi nacimiento. Esta experiencia me recuerda algo muy triste en mi vida, mi padre



Fotografía 38. De izquierda a derecha: mujer norteamericana, amiga de mi madre, y su hijo; Rogelio Moll —2 años de edad— y mi madre Luz María Mercedes Contreras Montes de Oca. Puerto Vallarta, Jalisco, 1951. En este año se celebró el primer centenario de la fundación de Las Peñas; por este motivo hay un barco de la Marina que apoyó la celebración.



Fotografía 39. Rogelio Moll con 3 años de edad y mi hermano Julio con 8 años de edad, en la playa del malecón. Al fondo, la primera aduana y el hotel Océano. Puerto Vallarta, Jalisco, 1952.



Fotografía 40. Hermanos Moll Contreras en el Malecón de Puerto Vallarta. De izquierda a derecha, de mayor a menor, Julio Antonio, Juan Roberto, María Blanca Nieves, Rogelio y Luz María Margarita, 1954.

me recibió en sus brazos para incorporarme a la vida; yo también lo sostuve a él en mis brazos en el momento de su fallecimiento, un 6 de diciembre de 1989. Tristes recuerdos, uno para dar vida, otro para ayudar a bien morir; a pesar que es la ley natural, para mí es un recuerdo muy ingrato y amargo que tan sólo me lleva a decir: *Papá te quiero mucho*.

Pegado del ombligo al cordón umbilical, con la premura del tiempo, en ese momento mis padres no contaban con el médico partero. En esos minutos de emergencia, críticos para mí, mi madre dijo a mi padre: *Corre, Antonio, corre por doña María para que nos ayude*. En ese tiempo ella era la única partera en todo el pueblo de Vallarta. Doña María llegó lo más rápido junto con mi padre, pálido de la cara y asustado. La partera sudando cortó el cordón umbilical y logré dar mi primer llanto. Fui el cuarto hijo de una familia de cinco hermanos.

Jardín de Niños

A la edad de 5 años, en 1954, ingresé al Jardín de Niños «Ignacio L. Vallarta». El Jardín fue construido por los ingenieros Abel Villa, padre, y Juan de Dios de la Torre Valencia. Fue inaugurado en mayo de 1952 y continúa funcionan-



Fotografía 41. Rogelio Moll, cuarto de derecha a izquierda, fila inferior y compañeritos en el Jardín de Niños «Ignacio L. Vallarta», 1955.

do hasta la fecha. Se ubica entre las calles Pípila, Morelos, Juárez y Allende. Es un edificio de casi una cuadra de grande, viejo, pero firme en su estructura; ha recibido varias remodelaciones para su funcionalidad. Por este edificio han pasado muchas generaciones de vallartenses.

Las directoras de este plantel son, por orden cronológico, las maestras Graciela Padilla Zavala (1952-1956), quien tenía una hija que le decían Queru de querubín, por bonita; Magda Zavala, mamá de Graciela, nos tocaba el piano, bonitas melodías le escuchábamos; Esperanza Landeros Güitrón (1956-1980); María Pulido Gómez (1980-1995), jubilada en 1997; Lourdes Zerón Melo (1995-2013), titular comisionada hasta la fecha; Amparo Topete, también inspectora de preescolar, una de mis maestras muy querida; luego vinieron Rebeca Romero Bobadilla, Olga Elvira Quintero, Maribel Montoya Castañeda y, en función a la fecha, Leonora Rubio Martínez. También recuerdo al señor Bocho, conserje y cuidador del preescolar, ya fallecido. Mi niñez era feliz, viví mi inocencia. En mi mente se reflejan buenos recuerdos; nos enseñaban



Fotografía 42. Primera generación del Jardín de Niños «Ignacio L. Vallarta» en el área interior. De izquierda a derecha, Arturo Peña Dávalos, Bonifacio Aguirre, Guillermo Arrillaga, Carlos Gómez, José Manuel Macedo Baumgarten, Miguel Mantecón Montes, Eduardo Güereña, Humberto Vázquez, Rafael Macedo Baumgarten y Enrique Baumgarten Güereña, 1954.

a cantar, bailar, pintar y manejo de plastilina; en los descansos dormíamos y en los recreos, niños y niñas a jugar.

La maestra Magda de música nos tocaba el piano. Ella era de pelo cano, ya mayor. Nos hacía amena la cantada y la bailada; nos relajaba con su música para dormir. Fue una época de inocencia feliz.

En el kínder, cantaba una que dice, *Mi gato es blanco como el armiño, mucho cariño le tengo yo, busca mi mano que lo acaricia, es mi delicia es un primor miau miau.*

En una ocasión las maestras organizaron una actividad especial por ser el día de las madres; se presentó un escenario con niños vestidos de leones. Yo estaba en el evento en el papel de domador, chicote en la mano, botas cafés hechas de cartón y bigote color negro. Las melenas de los leones estaban confeccionadas con las pelucas de las mamás. Algunos de los compañeros de aque-



Fotografía 43. Rogelio Moll a los 5 años de edad caracterizando un domador de leones en el Jardín de Niños «Ignacio L. Vallarta», 1955.

lla escena son Fernando Solórzano Vargas, ex presidente del Club de Pesca en Puerto Vallarta; Alfonso Curiel Álvarez⁵; Luis Munguía Fregoso, hoy médico y promotor turístico de Vallarta; Humberto Famanía Ortega —secretario Técnico del Centro Universitario de la Costa en 2013—; José Manuel Macedo *El Mame* y Federico Vázquez Pulido, ex director de Turismo Municipal en el periodo de Efrén Calderón Arias. Todos los leones estaban bien caracterizados. El acto consistía en que yo, el domador, los hacía brincar por unos aros de plástico, moviéndolos de un lado a otro con el chicote; eran unos leones feroces que tropezaban y caían al brincar los aros, causando gran risión de mamás y papás ahí reunidos.

La casa de mi infancia

A mi padre le asignaron casa para vivir por ser empleado del gobierno federal. La casa estaba orientada hacia el mar mirando hacia el poniente, a una distancia de no más de cincuenta metros de la playa; en el frente había un muro de concreto de 80 cm de ancho por 80 cm de alto; el muro era un pequeño malecón que recorría una distancia de unos quinientos metros protegiendo de las olas del mar, cuatro casas ahí ubicadas. Las familias de esas residencias eran Moll Contreras; Fermín Michel y Luisa⁶; José Rodríguez y Beatriz Cruz Huppetter⁷; Eligio Cruz *El Guámaro* y Emilia Cázares⁸.

Al entrar a la casa, se encontraba un corredor grande; a mano izquierda estaba una pequeña sala; a la derecha la recámara de mis padres con dos puertas y dos ventanas, la primera puerta daba a la sala y la otra a un pequeño pasillo y al baño; al frente de la casa, hacia el poniente, había una ventana cuadrada metálica que *miraba* hacia el mar; las otras hacía el sur, tenían vista al jardín; enseguida un pequeño baño y una ventana pequeña que daba al

5 Fue gran médico y promotor turístico social de la época romántica de Puerto Vallarta; tenía rose social con artistas, políticos y modelos profesionales que visitaban el puerto; vivió una vida muy rápida, plena y desenfadada de millonario; murió en 2008 a la edad de 59 años. Fue un gran amigo.

6 Ellos procrearon a Roberto, Fermín *El Gordo*, Rosita y Beatriz. Nueras fueron Juana, Adelina; yernos José María Morado y *El Prieto* Ibarría.

7 Sus hijos fueron Gregorio, Beatriz, José, Gustavo, Raquel y Guillermo. José Rodríguez falleció y la señora Beatriz, se volvió a casar con Juan Curiel, de oficio talabartero; tuvieron a Isaac, Georgina y Álvaro Curiel Cruz.

8 Ellos engendraron a *El Cala*, Leopoldo, Yolanda, *El Chato* y Carlos.

exterior; en dos recámaras más, con ventanales exteriores, en una dormían mis dos hermanas Blanca y Margarita, en la otra estaba mi nana Herlinda Santiago Becerra⁹ —quien nos cuidaba y mimaba.

La cocina de la casa no era muy grande; contaba también con un patio y una escalera de fierro en forma de caracol que daba a la azotea de la casa. A un lado, frente a mi casa, había dos fincas de ladrillo. Una estaba enjarrada de mezcla y pintada de color blanco; en ella vivía la familia Michel; ellos tenían una tienda de abarrotes por la calle Morelos; vendían leche bronca, pan y abarrotes; producían la leche en una ordeña de un rancho de su propiedad; con el tiempo vendieron esa propiedad ubicada en la hoy avenida Francisco



Fotografía 44. Nana Herlinda Santiago Becerra e hija Esperanza Rivera Santiago. Julio, Juan, Blanca, Rogelio y Margarita Moll, Salvador y Rafael Macedo, Mechita, Natalia, Mago, Malena Guillen, Carlos y Ricardo Pedroza con amiguitos en unas piñatas. Puerto Vallarta, Jalisco, 1953.

9 Esta señora fue llevada a Londres, Inglaterra, para que cuidara a los hijos de unos ingleses; allí vivió la Segunda Guerra Mundial. Nos platicaba cómo se escuchaban las explosiones de las bombas cuando se encontraban protegidos en los subterráneos. Ella, murió ya grande, quedando ciega por colocarse gotas de limón en sus ojos. Nos decía que el limón era bueno para limpiar los ojos. Tanto le limpió que quedó ciega de por vida. Murió a lado de su hija y nietos. Que en paz descanses, nana querida, gracias por tus consejos y cuidados para con nosotros, te recordaremos siempre.

Villa, en donde se localiza la Macroplaza; se hicieron millonarios de la noche a la mañana con la venta de esos terrenos. En la otra finca de ladrillo rojo y sin enjarrar vivía la familia Rodríguez Cruz, José *El Che*, Guillermo, Álvaro, Georgina y *El Chapas*. Ellos fabricaban mosaico de varios colores¹⁰ para pisos.

En la esquina norte de la casa, sobre la calle Zaragoza, se localizaba la Capitanía de Puerto. Ahí terminaba esta pequeña cuadra, hoy Museo Histórico Naval de la Secretaría de Marina. La Capitanía tenía grandes ventanas con pequeños cuadros de vidrios y una puerta de madera que daba al jardín Aquiles Serdán. El tramo de la calle de Zaragoza esquina con Morelos, se nombraba Paseo Ocampo. Era un lugar de recreo de la juventud de 1928, adornado con palmeras. En 2011 aún estaban las palmeras, altas y hermosas, produciendo cocos. La administración municipal de ese año las derribó y plantó otras diferentes.

El jardín Aquiles Serdán era mi lugar de juegos; ahí había columpios, pasamanos, resbaladeras, argollas y un volantín de manos hecho de cadenas. Pasé feliz mi niñez jugando trompo, balero, canicas y rondanas o zumbadores de cuerda —peligrosísimas—. En una ocasión estaba mi madre en casa con una amiga llamada Biula —norteamericana, amiga de mi familia por muchos años—, cocinando pepinillos en conserva; yo tenía alrededor de 8 años cuando entré a la cocina interrumpiendo a mi madre en su labor diciendo: *Voy al parque a jugar zumbadores*; ella dijo tajantemente: *¡No vas!* Yo, terco, insistí, y no cedió; llorando y con berrinche, me fui sin permiso. No tardé en regresar, después que me cortaron no sólo la cuerda de mi zumbador sino mi cara; me habían derrotado con una hoja de la tapa de una lata de chiles jalapeños, mucho más grande que la mía, de lata de leche Nestlé. Me

10 Con una esponja, de hule espuma, se untaba aceite de linaza con petróleo a un molde metálico en forma de caja, en todas sus paredes. Enseguida, se depositaba pintura —el color variaba de acuerdo al gusto del cliente— en el centro de la base del molde, inclinándolo en diversos ángulos para distribuir bien el color. Sobre la pintura se cernía una mezcla de cemento y arena en una proporción de 3:2. Encima de esta llevaba una capa de cemento gris húmedo. El molde/caja metálico se llevaba a una compresora metálica a la medida de la caja. Se bajaba una palanca metálica hasta un tope saliente de 70 cm de alto; la palanca bajaba la compresora y presionaba los materiales que formarían el mosaico. Se sacaba y se desarmaba el molde para obtener el mosaico aún fresco. Sosteniendo el mosaico a mano, se limpiaban los excedentes de cemento con una brocha. El mosaico ya limpio, se colocaba en anaqueles de madera, para el secado. En esos tiempos de la elaboración de mosaicos un hermano mío, Juan, tuvo un accidente queriendo hacer mosaicos; en vez de mosaicos, se hizo una cortada en la mano al caer la palanca metálica con el tope de hule sobre la mano. La herida fue de más de 10 cm; tardó tiempo en sanar.



Fotografía 45. Paseo por el malecón, al fondo la garita y la Capitanía de Puerto, 1958.

presenté ensangrentado de la cara con mi madre; la gringa decía, casi llorando: *¡Lucha, Lucha!, mira nada más cómo está tu hijo*. Aún así de lastimado, mi madre me puso una *chinga* que no acabo de olvidar. Inmediatamente fuimos con el doctor Guillén, esposo de Meche Baumgarten, gran amiga de mi madre. El médico no tenía con qué suturarme; me puso anestesia local y dos grapas metálicas, porque la herida sangraba en abundancia. La herida estaba, por fortuna, en medio de los ojos, desde la mitad de la frente hasta junto a la terminación de la nariz. Casi se miraba el hueso frontal y el de la nariz. Todavía tengo la marca que me dejó aquella tapa metálica de chiles jalapeños. Jamás volví a jugar zumbas.

Hacia la parte oriente de la casa y la Capitanía estaba la calle Morelos; aquí se localizaba el cine Morelos al aire libre, único en su tiempo. Por esta calle estaban, la familia de Santiago Arreola; los Famanía; la tienda de abarrotes de Fermín Michel; el centro botanero «Punto Negro», administrado por un tal Márgaro; al frente de la acera se ubicaba la tienda de abarrotes del gran comerciante Rafael Curiel¹¹; enseguida del abarrotes había algunos locales comerciales contiguos a la casa del doctor Alfonso Rodríguez y de la familia de Gilberto Arreola.

11 Esta tienda estaba muy bien surtida de frijol, arroz, azúcar, café, sal, chiles secos de todas las variedades, avena, maicena y especias; daba servicio a los ranchitos de El Pitillal, San Vicente, El Porvenir, San José, San Juan, Valle, Bucerías y Mezcales.



Fotografía 46. Kiosco de la plaza central de Puerto Vallarta. Al fondo las palmeras en el parque Aquiles Serdán, anteriormente, Paseo Ocampo, 1957.



Fotografía 47. Los Arcos del Malecón, vista al teatro al aire libre donde antiguamente existía el parque Aquiles Serdán; hasta hace poco, aún se observaban siete u ocho palmeras de 85 años de edad. Puerto Vallarta, Jalisco, 2013.



Fotografía 48. De izquierda a derecha, abuelo Roberto Contreras Quintero con el Dr. José María Guillén. Calle Iturbide frente al Malecón, 1957.



Fotografía 49. Calle Morelos, a la izquierda el restaurante «Los Jardines», una óptica, casa del Dr. Alfonso Rodríguez y la de la familia Arreola. Al fondo el hotel Río, a la derecha el cine Morelos y las casas de las familias Silva, Famanía y Michel. Puerto Vallarta, Jalisco, 1959.

Familias vallartenses

Diversas familias de vallartenses de los años cuarenta del siglo pasado, han sobresalido hasta el presente contribuyendo y dando vida a Puerto Vallarta; mencionaré a las más importantes de su tiempo, a las *mazorcas* de la base familiar, aquellas que al desgranarse dieron origen a las nuevas generaciones que hoy conforma nuestro queridísimo Puerto Vallarta. Baumgarten Güereña, Solórzano Vargas, Nuño Díaz, Inda Carrillo, Zaragoza Camacho, González Lomelí, Torres Cortés, Lepe Macedo, Curiel Quintero, Gutiérrez Rizo, Calderón Ramírez, Gómez Tello, Cuevas Martínez, Dávalos Villanueva, Peña Dávalos, Gómez Uribe, Famanía Ortega, Baumgarten Macedo, López Rodríguez, Guillén Baumgarten, Peña Ríos, Vázquez Pulido, Serna Navarro, Contreras Montes de Oca, Garduño Contreras, Rodríguez Gómez, Jimé-



Fotografía 50. Personajes distinguidos que dieron vida y descendencia a las familias de Puerto Vallarta. En la foto en comisión con el C. General Francisco Olvera Contreras, director de las Islas Marías, Nayarit. También en la foto Luis González, Salvador Peña Dávalos, Adolfo Curiel Quintero,

Antonio Moll Gil (capitán de puerto), Rodolfo Rendón, Alfonso García, José Cervantes, Manuel Gómez, Agustín Ruiz, Félix de Dios, Modesto Güereña, Fernando Dávalos Curiel, Carlos Munguía Quijade, Manuel Gutiérrez, Peter Stein, Trinidad Chavarín, Salvador Preciado *El Güero Chon* Macedo,

Eliseo Villaseñor, Salvador González Gutiérrez, Carlos Morett, Eduardo Güereña Mendivil, José Manuel Preciado, Alberto Gómez *El Güero Mangos*, Máximo Cornejo Quiroz, José Vázquez Galván, Pedro Salazar Rosado, Cayetano Curiel y Lencho Torres, 1945.



Fotografía 51. Las muchachas del ayer y hoy, distinguidas damas del Vallarta actual. Arriba de izquierda a derecha: Guadalupe Chávez San Juan, Mercedes Macedo, Ofelia Vargas de Solórzano, Meche Baumgarten†, Teresa Saruwatari, Esperanza Álvarez de Manso†, Juanita Vargas viuda de Muñoz. Sentadas las hermanas Contreras Montes de Oca; Estela, Yolanda y Luz Mercedes. Puerto Vallarta, Jalisco, 2010.

nez Zepeda, Reséndiz Rivera, Betancourt Torres, Flores Flores, Sánchez Torres, Díaz Santos, Applegate Curiel, Robles Villalvazo, Moll Contreras, Contreras Saruwatari, Mantecón Montes, Rodríguez Cruz, Covarrubias Sánchez, Gómez Bernal, Joya Gutiérrez, Munguía Fregoso, Mora García, Cervantes Gómez, Güereña Castelo, Cornejo Pita, Gutiérrez Díaz, Joya Cruz, Sahagún Gross, Rosales Romero, Gutiérrez García, Sánchez Peña, Topete Camacho, Franco Machaín, Gómez Santana, Martínez Peña, Espinosa Garibaldi, Ibarría González, Gómez Sánchez, Mantecón Saleme, Curiel Montes, Fernández Flores, Mariscal Güereña, Quintero Pérez, Sánchez Cárdenas, Soto Chávez, Macedo Gómez, Ulloa Godínez, García García, Avalos Munguía, Robles Rojas, Pérez Rodríguez, Wulff Galván, Pérez Dávalos, González Torres, Meza Díaz, Quintero Langarica, Robles Herrera, Mercado Rodríguez, Chavarín Ruiz, Palacios Bernal, Preciado Fernández, Romero Figueroa, Munguía

García, González Arreola, Baumgarten Arreola, Peña Garibay, Covarrubias Parada, Preciado Ruelas, Alatorre Cruz, Rodríguez Betancourt, Sánchez Barcelata, Ruelas Joya, Macedo Baumgarten, Quintero Ibarra, Lepe Fischer, Gómez Estrada, Yerena Pérez, Dickey Pérez, Peña Santos, Niño Rodríguez, Gutiérrez Joya, Rodríguez Rodríguez, Rosales Rodríguez, Chávez Gómez, Alcaraz Güereña, Galindo Nolasco, González Pelayo, Sánchez Mora, Romero Bobadilla, Camacho Fregoso, Escontría Weil, Morett Cortés, Cortés Lugo, Macedo Serna, López Joya, González Pimienta, Bravo Ruiz y Moll Rubio.

Estos *granos de mazorcas* hicieron crecer y desarrollar a Puerto Vallarta. Cada familia sembró un grano; las milpas crecieron y la cosecha fue abundante. Sobresalieron personajes en la vida social, política, económica, profesional, deportiva, comercial y construcción. Han pasado 70 años y contribuirán, por muchos y muchos años más, para un futuro en el progreso de la vida de este hermoso Puerto Vallarta.

Personajes a través de la historia vallartense

Mencionaré, por orden de importancia, a grandes personajes de Vallarta, considerando a los ya fallecidos y a otros que aún viven. Ellos apoyaron el desarrollo de infraestructura, superestructura, turismo, artes y publicidad; otros se convirtieron en benefactores de la educación, cronistas de la ciudad o sobresalieron en el arte *naif*.

- **Francisco Medina Ascencio** (1910-1993). Ex gobernador del Estado de Jalisco, personaje importante en el desarrollo de Puerto Vallarta en infraestructura y superestructura, en vías de comunicación y urbanización.
- **Elizabeth Taylor** (27 de febrero de 1932 - 23 de marzo de 2011) y **Richard Burton** (10 de noviembre de 1925 - 5 de agosto de 1984). Famosos actores que dieron vida turística a Puerto Vallarta con su difusión a nivel internacional.
- **Agustín Flores Contreras**. Benefactor de la educación y el deporte en Puerto Vallarta.
- **Fernando Romero Escalante**. Pionero en la construcción de casas con teja y ladrillo rojo, materiales que caracterizan al pueblo de Vallarta en residencias de estadounidenses.
- **Marcial Reséndiz Galván**. Proyectista y dirigente de la obra del puente del río Cuale; esta permitió la comunicación entre la colonia Emiliano Zapata y el cen-

tro de la ciudad durante el aumento de caudal en tiempos de lluvia. La obra fue realizada con el esfuerzo colectivo y económico de todo el pueblo de Vallarta.

- **Roberto Franco Urrutia.** Uno de los iniciadores de las peregrinaciones decembrinas con danzas, música y ofrendas a la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe.
- **Catalina Montes de Oca Aguilar.** Primera cronista de la ciudad de Puerto Vallarta e iniciadora de la primera guía de turistas.
- **Manuel Lepe Macedo.** Plasmó en sus pinturas *naïf* la cultura vallartense y forma de vida del pueblo de pescadores del Puerto Las Peñas —hoy Puerto Vallarta.
- **Luis Reyes Brambila.** Comunicólogo, publicista y actual propietario del periódico vallartense *Vallarta Opina*; con él ha dado vida social ininterrumpida a Vallarta desde hace más de 30 años.
- **Luz Mercedes Contreras Montes de Oca.** Pionera, a partir de 1956, del vestido de manta bordado a mano en Puerto Vallarta.
- **Guillermo Wulff.** Promotor en infraestructura y superestructura en el desarrollo de Puerto Vallarta.
- **José Manuel Martínez Peña.** Pintor vallartense; diseñó el escudo de Puerto Vallarta.
- **Javier Niño Rodríguez y Ada Colorina.** Pintores sobresalientes de Puerto Vallarta, reconocidos a nivel internacional por plasmar en sus obras paisajes de la naturaleza y estilos de vida vallartense.

Otros caracteres relevantes de la vida cotidiana de Puerto Vallarta son, Juan Chavira *El Cacahuatero*; Jesús *El Churrero*; *Chilino El Aguas Frescas* —se le caía la mano izquierda—; *Márgaro*, cantinero famoso de el «Punto Negro»; *Petatán*, con su carrito de paletas; Juan *El Cañero*, *Elotero* y sus hermanas Victorinas *Las Pozoleras*; *El Colimote*¹², dulcero; Ismael Mariscal, paletero, vendedor de aguas frescas y de un centro botanero; *Sotero*, según él, soldado retirado que peleó con Francisco Villa, portaba medallas y condecoraciones en una chaqueta tipo militar; *El Chilisquei*; *El Ojo de Lisa*, opera-

12 Este personaje, tenía una canción muy típica por su tonada, que cantaba cuando ofrecía la mercancía. *Zapito, zapote el que vende Colimote; las bolas de a cinco las hago con un brinco; las bolas de a diez las hago con los pies; ya se va, ya se va a los malecones; traigo, borrachitos, charamuscas y huesitos; ya se va, ya se va a los malecones, se va el Colimote, puroo Colimote, a los malecones.* Esta glosa se integró con apoyo de Enrique Díaz Hernández, mejor conocido como El Guarache.

dor de los aparatos del Cine Morelos —cuando algo fallaba, la muchedumbre gritaba: *Inche cácaro*, *Ojo de Lisa*—; *Mamáchencha*, anunciante de eventos sociales, deportivos y políticos en los cruceros de las calles con una bocina confeccionada por él mismo; Pedro Beltrán, personaje dicharachero, mentiroso, hacía reír a la gente; *El Chuzas*, policía de aquellos años que llegó en un circo a Puerto Vallarta; *El Tarro*, personaje muy conocido por sus flatulencias; *El Truman*, soldado de la partida militar, famoso entre la tropa; Cándido Álvarez, pionero del mercado de la calle; Nazario, vendedor famoso de calabaza y camote; Benjamín Villalvazo, primer herrero que vivió en las calles Abasolo y Juárez, narraba *charritas* y *gallitos*; *El Pato*, *El cara de Palo*, personaje que toda su vida vistió calzón blanco de manta, ceñidor rojo, sombrero con mota colgante y guarache; Gerónimo *El Gran Taco*, originario de Navidad, Jalisco; *El Chavo*, vendía nieve de garrafa afuera de la iglesia de Guadalupe; don Pancho *El Porta*, uno de los primeros comerciantes de abarrotes; *El Pito Gordo*, carcelero, hermano de las señoritas Ruiz que asistían a Agustín Flores Contreras.

Dos mujeres notables por regentear servicios sexuales de 1965 a 1970, fueron *Susana* y *La Tigra*¹³. Muchos marineros gastaban los ingresos semanales —de unos mil dólares—, en los tugurios de ellas, únicos negocios con este giro ubicados en la calle Matamoros esquina con Allende; con el paso del tiempo cambiaron el negocio por el rumbo de Agua Zarca. Estos fueron los orígenes, muy simples, de la hoy amplia oferta de servicios sexuales en Puerto Vallarta.

13 La primera zona de tolerancia que existió en Puerto Vallarta estuvo al inicio de la calle Libertad, en donde hoy está ubicado el banco HSBC. En este lugar, además iniciaba el puente colgante para cruzar hacia la colonia Emiliano Zapata. Una mujer apodada *La Güera*, era la matrona de las prostitutas. Dato por demás interesante es que Rodrigo Sánchez Cruz, vallartense que aún vive en el año de 2014, en sus años de adolescencia, tiraba en un bote los orines de los borrachos y por ese trabajo recibía unas monedas. Carlos Arreola Lima, presidente municipal de aquellos entonces, cuando se enteró de esto, dio un empleo digno a Rodrigo.



4. Educación primaria -1955-1961-

Primaria 20 de Noviembre

En 1955 empezaba a dar mis primeras escapadas a la boca del río Cuale a bañarme y a hacer mis *pininos* en la pesca. Estudié primer año con la maestra Margarita Lepe. Ahí, aprendí a pelear con otros chiquillos, a jugar pelota, yoyo, zumbadores, canicas y a hacerme vago. A la edad de 6 años de vez en cuando me hacía la pinta de la escuela para, a escondidas, ir de pesca con otros amigos. La maestra Lepe me enseñó el abecedario, a coordinar y enlazar algunas letras para formar palabras y movimientos de caligrafía de mano y muñeca.

Una vez le pedí a la maestra Margarita Lepe salir al baño a hacer pipí; la maestra estaba tan ocupada con otros compañeritos que no me hizo caso; de repente, que me orino en mi *short* y huaraches de correas que usaba en ese entonces; no se me olvida la burla que hicieron de mí los compañeritos; la vergüenza de lo que hice me hizo llorar; los chiquillos me decían *chiñola*, por llorón y apestoso a orines; para colmo, la maestra me dio el trapeador y me dijo: *¡Limpia allí, muchacho! ¡Mira nada más cómo quedaste! Yo, contesté: ¡Usted no me dio permiso de ir al baño!* Transcurría el tiempo y algunos compañeritos aún me seguían diciendo *chiñola* al recordar lo sucedido en 1955 en la escuela 20 de Noviembre.

En aquel tiempo el director de la escuela era Arturo Arce Islas, *El Cascarillas*; posteriormente lo reemplazó, durante varios años, Sergio Rodríguez Rodríguez.

La escuela está ubicada entre las calles Juárez, Abasolo, Aldama y Morelos. El antiguo edificio aún sigue en funcionamiento en el mismo sitio, ocupando una manzana. La entrada es por la calle Juárez; posee grandes corredores y salones laterales, en ambos lados izquierdo derecho. En el centro hay una cancha de basquetbol, jardín con árboles alrededor, estrado al



Fotografía 52. Amigos inolvidables de la infancia leyendo cuentos en casa de Fernando Solórzano. De izquierda a derecha, Juan José Espinoza Garibay, Rogelio Moll Contreras, Fernando Solórzano Vargas, Humberto Famanía Ortega y Jaime Solórzano Vargas. Puerto Vallarta, Jalisco, 1958.

frente y al centro. La escuela fue construida con ladrillos de adobe, vigas de madera y teja roja; últimamente, fue acondicionada con ladrillo de barro rojo.

Algunos empresarios y gobierno municipal tuvieron en mente el proyecto de construir un estacionamiento —muy necesario para el centro de la ciudad—, en el espacio que actualmente alberga la escuela. El plan incluía construir otro edificio para la escuela en un sitio distante. Se argumentó que era peligro latente para los niños por la céntrica ubicación de la escuela; que era antifuncional, porque los escolares se desplazan de colonias lejanas y los trasladan en carros provocando congestionamientos viales y accidentes. Sin embargo, los padres de familia se opusieron al proyecto argumentando que la imagen del edificio antiguo, realmente una reliquia, les traía recuerdos de la infancia.

Pasé toda la primaria en esta escuela llena de bonitos momentos educativos, manualidades y una que otra pelea con los compañeros. Nunca se me ha olvidado la *madriza* que me puso un compañero y amigo, Jaime Jiménez Zepeda, nombre inolvidable para mí. Luis el *Mozo* acababa de limpiar los

corredores y Jaime vigilaba que nadie pasara por ahí, a modo de evitar que se ensuciaran de nuevo; cosa que, de forma inconsciente, lo hice. Jaime me persiguió enfurecido y me tiró de patadas.

Me puse al brinco; nos dimos una buena entrada, sacándome coraje por lo sucedido. Lo relevante es que él no contaba con brazos ni puños normales; sus brazos y manos eran flácidas; con ellas me chicoteaba en la cara cuando giraba un poco para agarrar aviada y vuelo; sus piernas volaban alrededor de mi cabeza y cuerpo; me golpeaba con patadas voladoras en la cara con el empeine del pie; la golpiza continuó hasta quedar yo tirado en el corredor sangrando por la nariz; cuando me levanté fue para que nos castigaran a ambos. Hoy día, entre risas recordamos aquellos pleitos de niños; el recuerdo queda, somos muy buenos amigos. Jaime nunca se avergonzó de la condición física que tenía de nacimiento; hoy, escribe con la boca, mueve y carga sacos de harina de más de 50 kg con sus dientes; tiene una fuerza impresionante en su columna vertebral y unas piernas largas listas para lo que se ofrezca —si lo sabré yo. Aquella riña fue en cuarto año, con la Srta. Chayo Peña. Ella, me impuso el castigo de asear el salón de clases durante un mes.

La maestra Luz Rodríguez era buena para el tiro al blanco. Cuando no poníamos atención, una regla de tampusirán o borrador volaban por el salón para aterrizar en la cabeza de un alumno. Si no atinaba, entonces decía: *¡Abre tus manos! ¡Zas!*, te sorrajaba un reglazo y las manos te quedaban ardiendo. Cuando no hacías la tarea, te mandaba a la esquina del salón, volteando hacia la pared y te ponía en la cabeza orejas de burro hechas de cartón. Muy estricta, empero, buena maestra.

La maestra Luz Rodríguez y mis compañeros de quinto grado de primaria (veáse fotografía 53). Parte inferior primera fila de izquierda a derecha: Florencio García López, Abel, Alejandro, Martín Castellón *El Calandriaco*, Feliciano Arreola *El Cabibis*, Agustín, Ramón Ramos, Jorge Andrade Soto *El Fisgo*, Fernando Padilla y Sergio Espinoza. Segunda fila: Alfonso Curiel Álvarez, Rogelio Moll Contreras, Cayetano Rodríguez, Abelardo Parra Estrada *El Nano Estrada*, Ezequiel Covarrubias, Manuel Meza, Esteban Ramos Joya, Miguel, David, Fernando Montes de Oca y Humberto Famanía Ortega. Tercera fila: Salvador Santos Peña, Humberto Joya, José Rentería *El Chilo Isidro*, Francisco Javier Salomón Sahagún Gross, Higinio, Santiago *El Bembo*, José Eduviges Peña, Jorge Álvarez *El Poca Luz*, *El Galletas*, Alejandro Padilla, Sergio y *El Guachito*. Cuarta fila: Juan Hernández *El Abejón*, Rodrigo Lepe Macedo, Ernesto Gómez Tello, Ismael Mariscal Güereña, Armando Rodríguez Rodríguez, Héctor Guerra Castellón, Gradilla, Rafael Macedo



Fotografía 53. Escuela 20 de Noviembre. Rogelio Moll, compañeros y la maestra Luz Rodríguez en quinto año de primaria. 1960.

Baumgarten *El Quiri*, Lorenzo García, Federico Vázquez Pulido, Ramón Flores Ocaranza *El Dormido* y Fernando Solórzano Vargas *El Bizco*. Quinta fila: Rodolfo Montes *El Galgo*, Guillermo Arrillaga Contreras, José María Rodríguez Rodríguez *El Guayabo*, Rodrigo Araiza Rodríguez, Manuel Rosas Colmenares, Miguel Mantecón Montes *El Chingalín*, Álvaro Zaragoza Barragán, David Ulloa, Raúl Reglas y José Palomera. 1960.

En sexto año me tocó la maestra *Chonita*; ella ha sido muy querida y respetada por todos quienes tuvimos la fortuna de ser sus alumnos. Una vez me dormí en clase; el tema era muy aburrido, ella estaba explicando números con décimos y centésimos. Cuando se percató de mi sueño, me preguntó: *A ver, Rogelio Moll, dígame, ¿en dónde vive la señora centésima?* Yo, no supe que contestar, un compañero me sopló en voz baja: *Dile que en su casa*; yo, contesté: *En su casa, maestra*. Ella, muy prudente, en ese momento perdió la compostura y dijo en voz alta: *¡Muchacho de porra! No estás poniendo atención a lo que estamos estudiando.*

Mi casa tenía a mi alrededor, al alcance de mi mano, escuela primaria, mar, montañas y río Cuale; todo lo disfrutaba a cada momento y oportunidad que se presentara. En este escenario tropical, tenía además muchos amigos de la escuela, del parque Aquiles Serdán, de la pesca y del vecindario. Ese era el mundo que rodeaba mi infancia.

Lavanderas en las piedras del río Cuale

Cuando salíamos a pescar al río Cuale, cuerquita de nylon en mano, lo hacíamos al desnudo, sin traje de baño; no existía morbo, éramos púberes. Una escena típica digna de narrar de aquellos parajes, eran las lavanderas a mano haciendo su labor sobre piedras a orillas del río. Era costumbre que por las tardes, mujeres vallartenses acudían a lavar la ropa y a refrescarse en sus aguas cristalinas. Las lavanderas buscaban la piedra más grande y plana para deslizar mejor la mano con la ropa y el jabón. Para protegerse del sol y de miradas indiscretas, las mujeres construían con palapas de palma de coquito de agua y de aceite, enramadas dentro del río; las enramadas estaban inclinadas, sostenidas por una horquilla. Nosotros, mientras tanto, jugábamos dentro del río pescando y observando las acciones de las mujeres ahí reunidas. Ellas, abiertas de piernas, posaban sus nalgas en otra piedra plana, baja, rodeando el lavadero improvisado, con el agua hasta rodillas y muslos. Inclinadas hacia adelante, ejecutaban movimientos rítmicos y constantes de vaivén con espalda y brazos; sin *brassier*, apenas cubrían el torso con un camisón que con frecuencia se desprendía de su sitio; los calzones cubrían en forma breve la entrepierna en la parte baja. Era de llamar la atención un triángulo oscuro abajo del ombligo bañado por el río; y, en la parte de arriba, resaltaban senos morenos de todos tamaños con pezones endurecidos por el frío; había mujeres de senos inmensos y hermosos pezones abultados de color oscuro. En ellas, dominaba la figura de mujeres gordas y una que otra señora bien formada; en cuanto a la fisonomía, había morenas, güeras, pelirrojas y apiñadas. Algunas veces eran observadas con morbo no solamente por chiquillos precoces de mi edad sino por hombres adultos al cruzar el río por un puente improvisado de tablas de madera y vigas sostenidas en las piedras más grandes; ellas se sabían observadas, pero seguían como si nada, ignorando a los mirones. Ir varias veces al río a ver mujeres desnudas, era un deporte que disfrutaban mucho los chiquillos de mi época. Aún se conservan pinturas al óleo y acuarelas de grandes pintores de la época con el tema de estas mujeres lavanderas a orillas del río Cuale; Daniel Lechón, Edgar y Berenice Star —ellos vendían tarjetas postales de pinturas para recaudar fondos para becar niños de escasos recursos para la escuela—, Manuel Lepe, Manuel Martínez Peña y Javier Niño Rodríguez tienen obras de arte con esos paisajes.

Hoy pienso que, a nuestra edad, entre los seis y siete años, había en aquella raza menuda, inocencia combinada con curiosidad por explorar la anatomía femenina.



Fotografía 54. Diferentes sombras de palapa de lavanderas de piedra río Cuale. Puerto Vallarta, Jalisco, 1956.

Bañándose en el río Cuale

Cuando me escapaba al río sin permiso de mis padres, siempre encontraba algún amigo con quien jugar; los más frecuentes eran *El Bellotas* Eduviges Peña, *El Poterolas*, Humberto Vázquez *El Cucui*, Federico Vázquez *El Mame*, José Manuel Macedo†, Juan Madero†, Juan Peña Santos o los hermanos Ignacio† y Rubén Palomera. Con ellos y otros jugaba a la pelota en el agua, a deslizarnos en salvavidas de llantas o en la bomba de agua —lugar exclusivo para clavados conformado por grandes rocas. Nos gustaba pasearnos en cámaras de llantas que servían de salvavidas, recorriendo rápido desde Las Canoas, El Remanse, Palito Verde, La Bomba y El Guaiparín, hasta la desembocadura del Cuale. Montados en llantas de hule, flotábamos arrastrados por el río; las distancias se nos hacían cortas. Hacíamos piruetas de saltos para librar las rocas que se cruzaban a nuestro paso, pero a veces la corriente nos volcaba. Cuando el río crecía después de una buena tormenta en las montañas, era ideal para este juego y entonces dábamos «vuelo a la hilacha»; con las crecientes, las corrientes o «burros de agua», eran más fuertes; cuando los burros chocaban contra las rocas sentías brinco alto y bajo que te lan-

zaban hacia los lados. Este era uno de los juegos más divertidos, pero nunca mediamos el peligro; hacíamos el recorrido hasta tres o cuatro veces al día; todos eran buenos nadadores.

También usamos en el río, las tablas de nuestras camas. Mi hermano Juan, a veces Julio, hermano mayor, y yo, nadábamos y surfeábamos las olas con tablas —cuando bajan las crecientes caudalosas del río Cuale, los «buros de agua» chocan con el mar formando grandes olas muy buenas para surfear. Hacíamos recorridos de más de 70 metros mar adentro, hasta la orilla del río en donde se desvanecían las olas; hacíamos estas hazañas encuerados, desnudos como Dios nos hecho al mundo; era una forma de convivencia con la naturaleza misma, sol, aire, río, mar y peligro. Algunas veces sentíamos sensaciones extrañas en el sexo; al colocar la tabla de madera por debajo del ombligo, en la parte media, el pene quedaba libre; así, al ir avanzando, la fuerza de la ola y la corriente lo estimulaban; nos daba risa decir que el pene era un tiburón feroz cortando a gran velocidad el agua con la aleta caudal. Era una sensación bonita, sin morbo. En ocasiones la fuerza con la que llegaban las corrientes de agua nos arrebatava las tablas de las manos y se perdía el control. Las olas alejaban las tablas hasta perderlas de vista. Así, desaparecieron muchas tablas de las camas; por lo que, al llegar el momento de dormir, mis hermanas Blanca y Margarita, y aún mis papás, se percataban que las camas no estaban parejas y que se sumían en los colchones. Nos pegaron varias veces por esas travesuras.



Fotografía 55. Desembocadura del río Cuale. Puerto Vallarta, Jalisco, 1956.



Fotografía 56. Desembocadura del río Cuale. Al fondo, el estacionamiento de autos y a un lado el puente del malecón. Puerto Vallarta, Jalisco, 2013.



Fotografía 57. Lugar de pesca, juegos de tablas y salvavidas en el río Cuale. Puerto Vallarta, Jalisco, 1956.



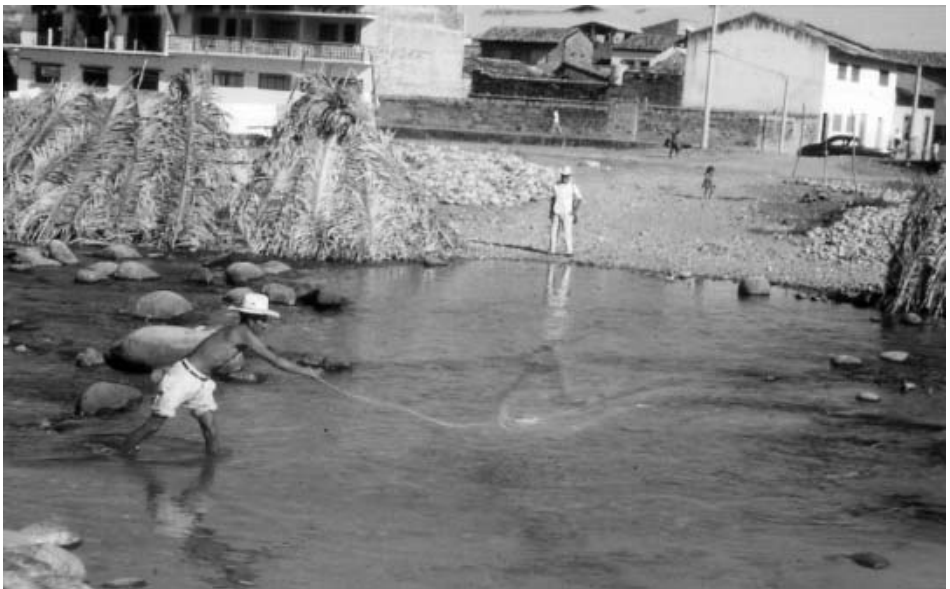
Fotografía 58. Lugar de pesca, juegos de tablas y salvavidas en el río Cuale, hoy con restaurantes, edificio y puente comunicando el centro de Vallarta con la playa Olas Altas y Los Muertos. Puerto Vallarta, Jalisco, 2013.

Pesca en el río Cuale

En el año de 1956, a mis 7 años de edad, teníamos un pasatiempo muy divertido. Al término de las corrientes fuertes, llegaban aguas limpias y suaves; con ello, la *muchachada* se dedicaba a la pesca. Primero había que capturar la carnada; la más frecuente eran camarones «guitarreros» color rojizo, azul y transparente —camuflaje que adoptan del color del agua para no ser detectados por el ojo humano—; mulitas —parecidas al camarón pero mejor manjar para peces roncadores—; guevinas —que se localizan debajo de las rocas, son de color negro, de aspecto desagradable pero de una carne blanca y deliciosa—, y no se diga para parguitos y mojarras. La trucha arcoíris y uno que otro robalo que entraba por la boca del río, se pescaban con pedacitos de camarón. Eran mis *pininos* en la pesca del río Cuale.



Fotografía 59. El caudaloso río Cuale en sus dos extremos laterales. Al centro la isla del río Cuale y el puente. Al fondo las canchas de juegos. Puerto Vallarta, Jalisco, 1970.



Fotografía 60. Hombre atarrayando truchas arcoíris en el río Cuale. Puerto Vallarta, 1956.

Un amigo, Eduviges Peña apodado *El Bellotas*, era bueno para capturar mulitas para carnada. En algunas ocasiones, le pedía: *Saca una mulita y dá-mela para poner a mi anzuelo*; él, decía: *Espérame, espérame tantito, ahoritita sacó una para ti*. Pero no cumplía, nada más capturaba las suyas; yo me desesperaba al ver que cuando él tiraba la cuerda con este tipo de carnada viva, al momento picaban roncadores y todo tipo de peces. Y así, me traía, siguiéndolo para arriba y para abajo; la verdad tenía pánico que me mordiera una culebra de agua o algún camarón grande con sus tenazas, al intentar atrapar una mulita. Así, pasaba buen rato; cuando *El Bellotas* se hartaba de pescar, se compadecía de mí y me regalaba una mulita; al lanzar con esta carnada, de inmediato capturaba mis propios peces. Con el tiempo, me hice experto en la pesca de carnada y jamás le volví a pedir nada a *El Bellotas*. En la actualidad aún somos muy buenos amigos; él tiene el grado de anciano en la religión testigos de Jehová.

Excursiones por el río Cuale

En el año de 1956, a la edad de 7 años, también hacía excursiones con los amigos río arriba. Nunca llegué más allá de El Charco Azul ni de Los Almacenes. En esa época encontrábamos excremento de nutrias o de perros de agua sobre las piedras y llegamos a avistar algunas; al vernos ellas, se escondían entre las piedras y en los charcos hondos; hace ya, años que no se miran. Para nosotros ir más arriba de esos lugares, por su lejanía, nos daba *cuscús* —miedillo—. Aunque hermosos, nos parecían lugares muy solitarios. Era sobrecogedor escuchar el murmullo del agua del río que produce al caer desde grandes rocas formando cascadas y estanques; grillos, chicharras, pájaros de varios colores, uno que otro perico verde, palomas y algunas chachalacas se oían en la lejanía al guardar silencio para escuchar, este tipo de concierto. Era algo nuevo y fascinante para nosotros. Se sentía en el cuerpo una sensación extraña a la vez desagradable, sintiendo que el corazón se te salía por lo desconocido. Aquellos sitios eran exuberantes; la naturaleza abrumaba los sentidos e imponía miedo ir más allá de lo conocido. Había una pequeña vereda que nos indicaba el camino; en ocasiones la vereda se perdía entre grandes matorrales y había que brincar por las piedras o por los bordes del río, hasta encontrar nuevamente el sendero y el lugar perfecto para bañarnos y aventarnos de clavado. Estas experiencias me dejaron recuerdos maravillosos e indelebles.

Vamos a la doctrina

Al mandarme a la doctrina los sábados, casi siempre me atoraba en el río Cuale para pescar. Poniéndome de acuerdo con los amigos, pescábamos con línea nylon o monofilamento —línea delgadita que apenas había aparecido en el mercado. Procurabas una línea transparente que no fuera detectada por los peces; la enrollas en tablas de madera de 15 cm de ancho por 30 cm de largo con el objetivo de que al correr para echarla a los peces entre las rocas, si te caías, no te fueras a cortar manos, brazos, el pie o una pierna. En cierta ocasión, un día sábado —todos los sábados nos mandaban a la doctrina—, cuando tenía unos 8 años de edad, en lugar de ir a la iglesia me hice la pinta con varios amigos y nos fuimos al río a pescar, bañarnos y echar clavados. Regresé a la casa a eso de las dos de la tarde muy despistadito; al entrar, mi



Fotografía 61. Otro grupo de damas importantes que le dieron vida a Puerto Vallarta.

Afuera de la iglesia de Guadalupe, grupo de oración La Acción Católica. Primera fila inferior, de izquierda a derecha: María Covarrubias, hermana de Salvador Covarrubias Parada; María Montes; Elvira Palacios, presidenta de la oración; María Macedo; Jovita Rodríguez de Rosales; mi nana Herlinda Santiago Becerra; Esperanza Rivera Santiago, hija de mi nana; la mamá del padre Parra.

Segunda fila de derecha a izquierda: tía del padre Parra y la hermana de los Boga. Arriba de Herlinda Santiago está Jacinta *Chinta* Gómez. Puerto Vallarta, Jalisco, 1957, nombres que recuerdo.



Fotografía 62. Plaza principal, presidencia municipal e iglesia de Guadalupe, sin corona, donde acudía a la doctrina. Al fondo el cerro del vigía. Puerto Vallarta, Jalisco, 1957.

madre, me dijo: *Hijo, ¿fuiste a la doctrina? Sí, mamá; conteste. ¿Qué aprendiste? El «yo pecador». ¿Ah, sí?, a ver, idímelo de memoria!* Por supuesto que no sabía ni por dónde empezar. Viendo lo quemado del sol en mi cara, pelos parados y mojados todavía del agua, mi madre, me dijo: *A ver, ven, ¿por qué estás quemado de la cara y traes mojado el pelo?* No me quedó otra que confesar que, estaba como chapulín en los clavados. Buena regañada me llevé; a partir de ese día mi nana Herlinda Santiago Becerra me acompañaba a la doctrina. Me dejaba en la iglesia; no podía escapar porque ella me vigilaba. Así, aprendí el catecismo, a tiras y tirones entre una que otra pinta.

Resbaladillas con tablas

En la primaria, en aquellos años de 1957, a la edad de 8 años, había en Vallarta apenas uno que otro automóvil que circulaba por calles empedradas, solitarias, llenas de baches. Si mal no recuerdo, en la manzana donde vivía, por



Fotografía 63. Plaza principal, presidencia municipal y parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe. Puerto Vallarta, 2013.

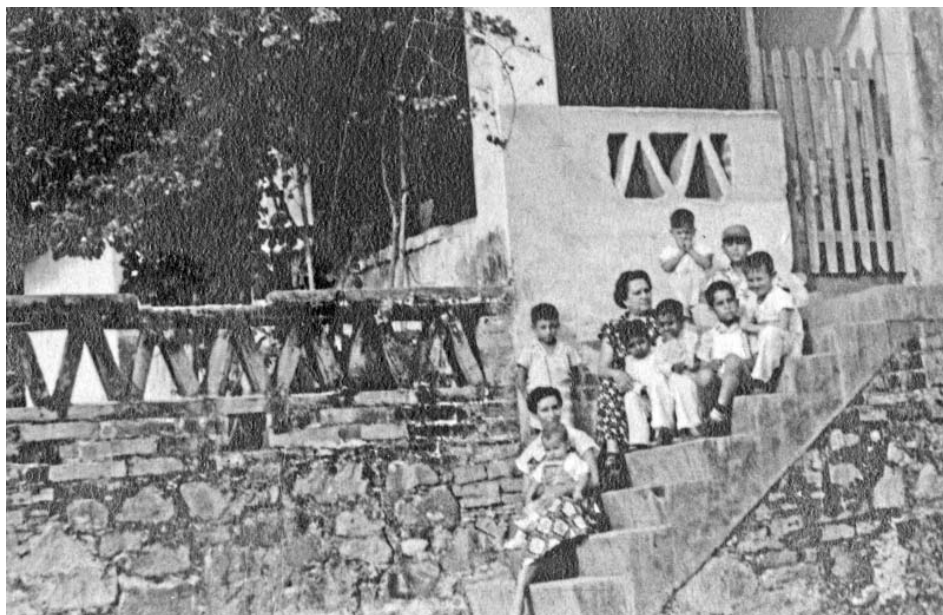
la calle Morelos, a un lado de la familia Arreola, vivía el señor Francisco Silva; él daba servicio de taxi¹⁴ con un automóvil viejo que tenía. Cada vez que salía el Sr. Silva a llevar a un pasajero, subía al cofre del automóvil un perro de la raza Lassie color café que tenía. Hacía el recorrido por las calles solitarias de Vallarta con el perro en equilibrio, llegando al lugar indicado por el pasajero.

El señor Silva también circulaba en ambos sentidos con el perro por la Iturbide, calle demasiado inclinada orientada hacia el cerro —en mis tiempos la calle estaba libre, hoy tiene algunas jardineras. Igual que el perro del Sr. Silva, en precario equilibrio en el cofre del carro, nosotros ideamos deslizarnos sobre la pendiente montados en tablas gruesas de madera. Conforme progresó el juego, depuramos la técnica en el deslizamiento; para disminuir la fricción, untamos las tablas con cebo; y, a modo de mejorar el deslizamiento, proteger al pasajero de piedras y raspones y evitar salir volando al topar una piedra, clavamos una defensa al frente con láminas de botes de aceite.

14 El primer taxi en Puerto Vallarta fue el de Chuy *El Alcahuete*. Así nombrado por llevar y traer damiselas, sexoservidoras y clientes a las prostitutas.

La tabla tomaba gran impulso desde la parte más inclinada y alejada de la calle. El juego era competencia de velocidad entre cuatro a cinco naves por vez que recorrían el trayecto sobre la pendiente de la Iturbide. Quien lograra llegar más cerca del malecón en menor tiempo, era el triunfador. Para evitar accidentes, uno de nosotros se turnaba para vigilar y alertar cuando había riesgo que en nuestra pista se interpusiera algún carro —por ejemplo, el Sr. Silva—, mujer distraída, niño, perro, gato o burro cargado de arena o grava. No existía mucho tráfico, por eso aprovechábamos para jugar resbaladillas en tablas para ver quién llegaba más lejos con ellas.

Los más frecuentes en este juego eran Juan y Toño Madero —quienes vivían en el cerro—, Guillermo Arrillaga Contreras, mi primo, Humberto Vázquez *El Poterolas* y su hermano Federico *El Cucui*, Humberto Famañá Ortega y José Manuel Macedo *El Mame*. Todos vivíamos en el centro, a una cuadra de la plaza. La diversión era en grande. Los niños de aquella época tuvimos el acierto de diseñar juegos y juguetes; hoy los papás pagan sumas importantes de dinero para que los hijos estén horas y horas frente a un juguete electrónico.



Fotografía 64. Calle Iturbide en la casa de la familia Gómez. Mamá Cata con su hija Catalina y los nietos Margarita Moll, Guillermo Arrillaga, Humberto y Carlos Garduño, Enrique Manuel, Juan, Julio y Rogelio Moll. Puerto Vallarta, Jalisco, 1953.

La Santa Cruz

Otras actividades de mi niñez era caminar hacia el cerro. El reto era llegar hasta el tope, en donde está la Santa Cruz y la Casa del Vigía. Por el camino había árboles de anonas, guamúchiles, tamarindos y coapinole; la anona es una fruta silvestre parecida a la guanábana, muy dulce y sabrosa. Era peligroso escalar el cerro, pero nunca pensamos en el riesgo que implicaba andar buscando anonas en aquellos acantilados; cuando estaban verdes, no podías comerlas; sólo las apartabas con una marca de tus iniciales y a la semana, regresabas por ellas. Algunos amigos de aquella pandilla, iban equipados con cuchillos; con ayuda de esta valiosa herramienta, hacíamos flechas empleando las ramas más derechas de algunos arbustos. El árbol de majagua, propio de los esteros, nos servía para confeccionar los arcos; esta madera es ideal por la buena flexibilidad para lanzar flechas a muy buena distancia. A veces solíamos organizar batallas campales entre bandos rivales, los niños del cerro contra los del centro de Vallarta. El punto de conflicto de las batallas eran los árboles de fruta que ellos consideraban propios; a nosotros nos veían como invasores, enemigos potenciales que iban depredar un recurso muy valioso. Por lo general, los de Vallarta salíamos corriendo bajo una lluvia de proyectiles de flechas y piedras lanzadas a mano y con resortera; analizando nuestras fuerzas y motivos de derrotas frecuentes, concluíamos que nos dominaban en número; que los muchachos del cerro tenían buenos escondites en cuevas que hacían por lo poblado de la maleza del cerro, entre árboles, arbustos y matorrales; y que sabían de muchas guaridas y caminos por donde solíamos nosotros pasar. En esas confrontaciones uno que otro de los nuestros fuimos abatidos, descalabrados con las resorteras. Estos juegos han dejado en quienes los vivimos, bonitos recuerdos, verídicos y nostálgicos de aquellas aventuras de mi niñez —aventuras de riesgo que sorteamos con el único afán de comer una fruta tropical de guamúchiles, tamarindos, anonas y coapinole.

Algunos aseguran que la Santa Cruz simbolizaba al pueblo católico de Las Peñas; que por eso se construyó en un punto estratégico alto. El vigía era una casa con vista hacia los cuatro puntos cardinales. En la actualidad, motivado por el desarrollo de Puerto Vallarta, se han instalado antenas en lo más alto de la cruz y el vigía para tener comunicación satelital de algunas estaciones de radio local y de telefonía celular. De la casa del vigía ya no existen vestigios. Todo evolucionó y sólo vive en recuerdos parecidos a los aquí narrados.

Cerro El Vigía

Por un lado de la Santa Cruz estaba una casa abandonada en el cerro llamado El Vigía. En tiempo de la Revolución cristera, los soldados disparaban sus fusiles desde ahí en contra de los pueblerinos. En esas trifulcas secuestraron a Modesto Güereña y otras personas del Vallarta antiguo. A la llegada de estos rebeldes, todo mundo huía hacia la colonia Emiliano Zapata; ahí era más fácil esconderse de estos bandidos entre la maleza y árboles grandes. Mi madre Luz me platicaba estos sucesos que vivió en carne propia.



Fotografía 65. Rogelio Moll Contreras a la edad de 8 años, era el tiempo de las vagancias. Puerto Vallarta, Jalisco, 1957.

Arponeando en mar y río

La pesca con cuerda no era mi único deporte; también me gustaba capturar peces con fisga o arpón; el arpón es un instrumento confeccionado con varilla de alambro, de 90 a 100 cm de largo, con un grosor de medio centímetro. La empuñadura estaba hecha con tubo de carrizo de una pulgada de grosor; con este diámetro se lograba que la fisga o varilla tuviera juego y se desplazara con libertad al impulsarla. Se colocan resortes en la parte posterior del tubo unidos con alambre; para lograr mejor agarre al estirar los resortes y por ende, dar mayor impulso a la varilla, el tubo lleva enrollada una línea gruesa enmanglada. En el río solía arponear roncadores, guevinas, parguitos, mojarras y otros. El arponazo debía ser en la cabeza, porque si no lograba un tiro así, la presa escapaba con todo y arpón. Si lo clavabas en otra parte diferente de la cabeza, lastimas el pez pero no muere. Si te acercas demasiado al pez, sueles herrar el tiro; el pez huye al verte muy próximo; al fallar el disparo, pierdes la fisga en la profundidad del mar. También puedes asegurar la fisga con una cuerda atada a tu muñeca; no amarré el arpón así, porque mi objetivo eran peces chicos y además, si ensartara un pez grande, corría el peligro que me arrastrara hacia lo profundo.

Algunos buzos artesanales —pescadores *a pulmón*, que no usan tanque de oxígeno ni esnórquel y toman aire en la superficie—, se sumergen 3 a 4 brazadas hacia el fondo con arpones asegurados a una línea y esta la mantienen fija a una boya o llanta de hule. Para atrapar robalos, pargos y curvinas plateadas, el buzo golpea con la palma de la mano cóncava la superficie del agua del mar, para provocar ondas sonoras que llaman la atención del pez; así lo acercan y arponean. Conocí a un gran pescador de arpón, José María Chema Torres *El Triquismoquis*, éste, padre de Manuel Torres *El Mane* y de Octavio Torres† *La Pecegalla*, y de Raúl Puga *El Güicaro* —medio hermano de *El Mane* y de *La Pecegalla*, finado en 2008, amigos muy conocidos de la infancia—; *El Triquismoquis* era el mejor pescador con fisga. Frente a mi casa lo observé dentro del mar cuando llegó a capturar robalos hasta de 20 kg de peso. Siempre se le miraba solo en su pesca de robalos, distante de la orilla de la playa unos 30 a 50 metros; golpeaba la superficie del agua para atraer a los peces. Cuando los capturaba, los traía a la orilla de la playa, los cubría con palapas y una que otra rama para protegerlos del sol. Esta era también medida preventiva para evitar que algún tiburón se arrimara y pusiera en peligro su vida; cuando mantienes mucho tiempo los peces arponeados en el agua, la sangre pueden atraer tiburones. Al término de su jornada diaria, en la mis-

ma playa vendía los robalos o los llevaba al mercado. Ahí la gente los compraba fresquecitos, recién saliditos del mar, para cocinar un buen caldo o un filete horneado. *Chema El Triquismoquis*, también elaboraba tarrayas sardineras o liseras de las que se utilizan para atrapar carnada de pesca menor o mayor. Este tipo de lucha diaria en el mar, le permitía mantener a la familia en este pueblo de Vallarta, pueblo de pescadores.

El soldado volador

La casa de mis abuelos, mamá *Cata* y papá *Beto*, era de dos pisos; en la azotea se lavaba y tendía la ropa; en la planta alta vivían los abuelos y una tía, la mayor, Catalina con su hijo, mi primo Guillermo Arrillaga Contreras. La casa estaba muy bien distribuida, con recámaras, sala, cocina, comedor, baños y balcón que daba a las calles Iturbide y Juárez. La casa estaba ubicada en una esquina; la planta baja tenía locales comerciales, la tienda «Luz Shop» de mi madre y la botica de mi abuelo. Leíamos cuentos en la botica de mi abuelo Roberto que, además de ser boticario, le dio por la venta de cuentos, novelas, periódicos y revistas. La botica era el punto de reunión de propios y extraños.

Mis primos Enrique y Roberto Alfredo Contreras Saruwatari me platicaron que con frecuencia jugaban a los paracaídas con soldaditos de plástico. Lanzaban a los paracaidistas desde la planta alta de la azotea para que descendieran hasta la calle. Ese juego me pareció un cuento de hadas y les dije: *Invítenme un día a jugar. Ven cuando quieras*; respondieron. Un día viernes me integré a este juego; ya en la azotea preparé un soldado con rifle al hombro, equipado con paracaídas de plástico; mis primos traían juguetes parecidos; lanzamos los paracaidistas para verlos volar y descender por los aires hasta llegar a las piedras de la calle; el que descendiera más lento era el ganador. Lanzamos los tres al mismo tiempo. Volaron el de Enrique y el mío, pero el de Roberto Alfredo se atoró en un cable de electricidad de los más altos. Roberto, dijo: *¡Ah, no!, no se vale, el mío se atoró, voy a descolgarlo para lanzarlo de nuevo*. Enrique, bajó a la calle para rescatar los paracaidistas que sí aterrizaron en la calle. Cuando me percaté que Roberto observaba su paracaídas sugerí: *Déjalo ahí. Quiero bajarlo*, dijo. Intentó con un palo de escoba, pero no alcanzo. Descubrió una varilla larga para construcción y pensó en voz alta: *Con esto, sí alcanzo*. Apenas la podía y me acomedí a ayudar. Entre ambos la levantamos verticalmente —yo tenía 10 años, ellos 8 y 7. Por ser más fuerte me quedé solo con la varilla; sentía que me temblaban las

manos por el peso al sostenerla. La llevé poco a poco, acercándola más y más para descolgar el paracaidista; pero antes de lograr mi meta, sentí en mi cuerpo una fuerza intensa que sacudió mi interior. Observé una gran chispa de fuego que se produjo en el instante que me sacudió la varilla. La descarga me tumbó hacia atrás; solté la varilla y perdí el conocimiento. Transcurrieron unos cinco minutos hasta recuperarme. Mi primo Roberto, asustado de verme tirado en el piso, sin saber qué hacer, casi llorando, me platicó el suceso. Me dijo que me desmayé un ratito. Sentí húmedo mi pantalón y al explorarme descubrí que me había orinado. También sentí dolor en un dedo de mi pie derecho. Me quité los tenis que traía puestos y descubrí que tenía quemada la uña del dedo de en medio —tal vez los tenis fueron los que me salvaron la vida. Al momento del impacto, la varilla se fue al voladero, a la calle y aterrizó en un carro golpeándolo levemente, sin mayores consecuencias; yo, todavía atarantado, dije a Roberto: *¡Ese fue un cañonazo del enemigo a nuestros paracaidistas, ja, ja, ja!...*; ninguno de nosotros sabía las consecuencias de tocar un conductor de electricidad con una varilla. Aunque nadie se dio cuenta de lo que nos pasó, sé que pude haber quedado muerto, electrocutado al hacer contacto la varilla con los cables de alta tensión. Doy gracias a Diosito por dejarme vivir. Con el tiempo, platiqué este evento a mis papás y casi se infartan.



Fotografía 66. Mi tía Catalina Contreras y mi madre Luz Contreras en casa de los abuelos por la calle Juárez. Puerto Vallarta, Jalisco, 2000.

Cine Morelos¹⁵

La casa en la que viví de niño tenía una escalera metálica de caracol que subía a la azotea; aquí se secaba la ropa y era para nosotros una zona de escape para saltar hacia las casas vecinas, en especial a la azotea de don Fermín Michel. Desde aquí nos quedaba de frente la pantalla del Cine Morelos; el cine no tenía techo en la parte media y el perímetro estaba cubierto con teja, lámina metálica y asbesto. Teníamos en ese espacio, nuestro cine particular al aire libre. Éramos cinéfilos de películas rancheras y una que otra gringa, incluyendo al Santo, Blue Demon, Viruta y Capulina, Clavillazo, Resortes, Luis y Antonio Aguilar y otras de esa época del año 1959. La película del *Santo contra la sombra vengadora*, tenía momentos tenebrosos de gran suspenso que dejaba al auditorio en silencio; sólo se escuchaba la suave música que indicaba una próxima escena de miedo; los rostros de la gente estaban tensos; no perdían detalle de cada suceso. Lo anecdótico es que en este tipo de películas, de repente se escuchaba un trueno a gran escala producido por una flatulencia; la muchedumbre, en vez de enojarse, aplaudía tomando aquello por gracia aunque no faltaban los que entre dientes murmuraban, «gente cochina, sin educación». Dentro de esa bola de «gente cochina», había un par en especial famoso, *El Chivo* y *El Guarache*. Cada vez que iban al cine era siempre lo mismo y en ocasiones hasta participaban en uno que otro pleito. En una ocasión se exhibía una gran película de nuestros tiempos y mi amigo Humberto Vázquez *El Poderolas*, quiso entrar a verla, pero le negaron la entrada porque ya no había lugar. *El Poderolas*, pensó: *Ahora verán, cabrones*; consiguió un panal de avispas, entró a la fuerza y lo lanzó en medio de la muchedumbre. De inmediato la gente abandonó el cine, dejando muchos asientos vacíos. Al final *El Poderolas*, exclamó: *¡No que no había lugar!, cabrones*.

En el cine no faltaban parejitas de novios que aprovechaban la oscuridad para *agasajarse*. Las películas empezaban a las 8:30 p.m. y terminaban a

15 El primer cine en Vallarta estaba por la calle Morelos frente a la casa de Guadalupe Sánchez de Covarrubias, entre las calles Josefa Ortiz de Domínguez y Abasolo; duró aquí unos años; el dueño era Jesús Partida *El Burro*. El segundo cine estuvo frente a la Plaza de Armas, por la calle Zaragoza, en donde estaba la tienda «El Gallo Costeño». El tercer cine se instaló en la calle Juárez, entre Mina y Aldama, junto al restaurante/disco-teca «Las Margaritas»; cuando se clausuró el cine, ocupó el espacio el Club Social Vallarta. El cuarto cine fue esporádicamente en el auditorio de la escuela secundaria ETI, frente a la escuela 15 de Mayo, esquina anexo Agustín Flores Contreras. El Cine Morelos fue el quinto cinema.



Fotografía 67. Plaza de Armas, parque Aquiles Serdán y Cine Morelos al aire libre. Al fondo a la izquierda se observa la pantalla de proyección blanca. Puerto Vallarta, Jalisco, 1959.



Fotografía 68. Calle Morelos, punto de confluencia de taxis. El edificio de la derecha es el restaurante-bar Punto Negro. Del lado izquierdo está el restaurante Los Jardines; la esquina era el negocio de Rafael Curiel, papá de Leocadio *Cayo* Curiel. Puerto Vallarta, Jalisco, 1956.

las 11:00, hora en que se apagaba la luz de la única planta eléctrica en Vallarta. Los cinéfilos llegaban a oscuras a sus casas iluminándose con lámparas de mano¹⁶.

El cine funcionó durante muchos años, coincidiendo con mis años de primaria y secundaria. Con el devenir del tiempo, el Cine Morelos fue reemplazado por el restaurante Hooters, comercios varios, Domino's pizza y La Michoacana, negocio de aguas frescas y paletas.

Mi padre campeón internacional de pesca

Mi padre, siendo Capitán del Puerto, rentaba al turismo dos embarcaciones de su propiedad, *Santa Lucía* y *San Ignacio*¹⁷; conservó y administró las lanchas durante algunos años; mientras no las rentaba, teníamos oportunidad de disfrutarlas con la familia y amigos en paseos a Mismaloya, Boca de Tomatlán, Los Arcos y otras playas.

En el año de 1958, mi padre participó con una de sus embarcaciones en el Torneo Internacional de Pesca de Marlin y Pez Vela. Resultó campeón con un pez de 70.600 kg y talla de 3.18 m de largo. Esta hazaña ha permanecido imbatible en la historia de los torneos internacionales organizados en la ciudad. Mi padre, sorprendido, nos platicaba que hizo más de dos horas de trayecto desde el lugar donde atrapó el pez hasta el pesaje a bordo de la *Santa Lucía* llevando el inmenso macanudo; y es que la lancha no desarrollaba mucha velocidad y le preocupaba llegar a tiempo, antes de la hora de cierre

16 En tiempos de calor, muchas familias dormían con ventanas y puertas abiertas para refrescarse con el viento ligero que penetraba; no había la criminalidad rampante que vemos hoy en día.

17 La embarcación del campeonato la *Santa Lucía*, y *San Ignacio* fueron traídas del puerto de Manzanillo. El carpintero Cesáreo Chavarín y el mecánico Juan Solís Ocampo *El Mulitas*, dieron mantenimiento a estas embarcaciones. Capitanes que pilotearon estas lanchas fueron Rodrigo Palomera Carrillo *El Palillos*, Salvador Gómez *El Pimpón*, Candelario Ramos, Alberto Gómez *El Güero Mangos*, Juan Ocaranza, *El Güero Parra* y su hermano *Gilillo*, Salvador Joya Cruz *El Gorra Verde* —hermano mayor de mi compadre el capitán Marcos—, Alfonso Casillas *El Tres Pelos*, David Cuevas, Roberto Rodríguez García *El Rosquetilla*, Silverio Cuevas *El Bello* y otros. Un día nublado, lluvioso y ventoso sucumbieron las dos embarcaciones entre las olas frente al hotel Rosita. Esta fue para mí, gran pérdida por las aventuras que de pequeño disfruté en ellas. Las lanchas y yates de ese tiempo se anclaban frente al hotel Rosita, no existían ni la Marina ni Los Peines, donde resguardarse de los vientos y marejadas.



Fotografía 69. Mi padre, Antonio Moll, campeón y récord de vela en torneo internacional con mi madre, Luz Contreras, y el juez de Tampico. En el balcón, con camisa blanca, mi hermano Juan Moll de 12 años. Antigua Aduana de Puerto Vallarta a un lado del actual hotel Rosita, 1958.



Fotografía 70. Juan de Dios de la Torre Valencia, mi padre Antonio Moll y mi hermano Juan. Puerto Vallarta, Jalisco, 1958. En 1956, Juan de Dios de la Torre y otros empresarios de Guadalajara, fueron pioneros en la pesca deportiva en Puerto Vallarta.

de la competencia; por este motivo insistía al marinero que lo acompañaba, Rodrigo Palomera Carrillo *El Palillos: Métele, métele todo el avante*. De esta forma, intentaba llegar antes de las 6 de la tarde, hora de espera de las embarcaciones. Él, me contó, que llegó con el motor casi quemándose, echando humo, justo cuando los jueces daban el último balazo de entrada a la meta. Al llegar, frente al hotel Rosita, echaron el ancla al mar; con gran suerte culminó siendo campeón de esta aventura. La captura de mi padre fue reconocida como segundo lugar mundial por la International Game Fish Association (IGFA), en ese año de 1958. El triunfo de mi padre reside en el privilegio de sobresalir en lo deportivo y ser reconocido con trofeos y medalla. Ahora todo eso se ha superado; quienes aspiran a ser campeones en los torneos contemporáneos, lo hacen por premios de carros, lanchas, *pollas* —dinero en efectivo— y regalos; el deporte *per se* ha quedado relegado.

Estero El Salado

Allá por los años de 1959 y 1960, casi terminando mi educación primaria, llegó a Vallarta una constructora de caminos llamada Ingenieros Civiles y Asociados. Venían a hacer los primeros estudios topográficos hacia el norte de Vallarta. Cortaron palmeras, majahuas y manglares para alinear el trazo de la terracería de 7 km de largo que llegaría al sitio donde se construiría el primer aeropuerto de Puerto Vallarta, el hoy Aeropuerto Internacional Gustavo Díaz Ordaz. Se observaba movimientos de maquinaria para talar árboles, palmeras y lo que se pusiera frente a ellos, para abrir caminos y llevar a cabo esta obra. Esos terrenos eran muy pantanosos, con árboles de majahuas, mangles, palmeras de cocos y una que otra siembra de maíz y sorgo. Uno de los terrenos aludidos es donde se encuentra hoy el hotel Buenaventura y el Premier Buenaventura, Los Camaroncitos que tenía el arroyo de Los Camarones de brazo lateral; el gobierno municipal cambió el curso de éste arroyo que en aquel tiempo cruzaba lo que hoy es la colonia 5 de Diciembre. El caudal provenía de la cascada llamada El Salto, que se origina en el cerro rumbo al oriente y desemboca, junto con el arroyo La Vena, en el mar. Pasando a un lado de la plaza Santa María, más al norte se encontraban Los Tules, contiguos a la desembocadura del río El Pitillal.

De chavos nos escapábamos de la casa a cazar *cajos* o *moyos*, cangrejos de tenazas grandes que se esconden en madrigueras construidas en el lodo, entre la maleza de majahuales y manglares. Los integrantes de la palomilla

de amigos, salían armados con resorteras. Parte del equipo individual era una pequeña talega hecha de hilillo para cargar el parque, consistente en guijarros esféricos a modo que no varíen en el aire al tirar y acierten en el blanco. Si aciertas en el blanco se escucha un estruendo bofo cuando la piedra penetra en el caparazón del cangrejo. A veces, cuando había dinero, solíamos comprar canicas; con estas se lograba un alto porcentaje de aciertos. La búsqueda de cajos con las tenazas más grandes se realizaba en los manglares y palmeras caídas.

Parte de los costos de este juego era *la santa* piquetiza de zancudos y mosquitos que teníamos que aguantar. Calzados con guaraches de correas, pantorrillas y rodillas llenas de lodo, el desplazamiento se hacía saltando de rama en rama para evitar perder los guaraches y proteger los pies de las abundantes espinas en este tipo de ambientes. Al acertar un disparo, se descartaba el caparazón y sólo se conservaban las tenazas. Ya completada la carga para un festín en casa, en el arroyo Los Camaroncitos cada quien limpiaba el lodo en manos, piernas, rodillas, pies, guaraches, cara y ropa. En casa, se limpiaban las tenazas con estropajo, escobetilla, agua y jabón antes de cocer durante media hora. Ya cocidas y frías, se comían sazonadas con limón y chile al gusto iriquísimas!, eran una delicia esos cangrejos. Con el tiempo, un amigo adquirió un rifle de aire y con éste podíamos obtener muchas más tenazas. Una broma colorada, pesada, pero simpática que hacíamos a los amigos cuando preguntaban: *¿Con qué capturan o agarran los cajos?* Era contestar: *Con medio kilo de chiles verdes; cuando los vas a capturar, sacas los chiles y dices: ten cajo este chile, ten cajo este chile.* Repites varias veces esta frase hasta que salgan de sus hoyos; así los pueden atrapar. El resultado de la respuesta eran sonoras carcajadas.

La maquinaria arrasaba la vegetación; día a día, mes con mes y año con año, los nuevos caminos seguían avanzando. Parte del progreso fue la construcción del puente sobre el río Pitillal para comunicar los tramos de tierra firme de donde hoy en día están ubicados los hoteles Premier Buenaventura, Sheraton Buganvilias, Unidad Deportiva Agustín Flores Contreras, Mega Comercial Mexicana, Office Max, Plaza Santa María, Las Glorias, Las Palmas, Pelicanos, Villas del Palmar, Holiday Inn, Gran Venetian, Península, NH Kristal, Hacienda Buenaventura, Playa de Oro, Suites Marsol, Hospital San Javier Marina. Se construyó además la nueva capitanía del puerto y el muelle para los grandes barcos de turismo internacional, la tiendas comerciales Sam's Club, Wal-Mart de México, el restaurante Vips, hasta llegar al oxxo y el sector naval de la Secretaría de Marina, Plaza Iguanas, Plaza Neptuno, Marina Vallarta.



Fotografía 71. Estero El Salado. Al fondo Puerto Vallarta, al centro el hotel Posada Vallarta, hotel Playa de Oro y la dársena o embarcadero de barcos de turismo internacional, 1960.

En los años de 1960, se complicaba la construcción del puente de El Salado por el sube y baja de las mareas. Parte de la solución fue colocar entre un tramo y otro del estero El Salado, los pontones de metal flotando sobre el estero; parecían tanques de guerra que, enganchados unos con otros, permitían atravesar caminando de un extremo a otro. Nosotros, usamos estas estructuras para pescar. Desde ahí lanzamos nuestros anzuelos con carnada de camarón vivo que previamente obteníamos con una tarraya camaronera: *¡Sí, señor!*, a puro sacar peces constantinos, parguitos, mojarras, curvinas plateadas y paletillas. Era costumbre repartir el producto de la pesca entre *El Poterolas*, Juan Madero, Nacho, Toño y *El Pichi* Munguía, y mi primo hermano Guillermo Arrillaga Contreras.

En otras ocasiones nos veníamos desde Vallarta caminando por la playa, por donde hoy en día se conforma la zona hotelera norte, hasta llegar al estero El Salado. Ya en el estero, con nuestras cuerdas de nylon prendíamos unas jaibas muy grandes, con pedacitos de camarón y anzuelos pequeños. También, era costumbre caminar por la orilla del estero con la mirada fija en el agua para detectar cualquier mancha oscura en movimiento y atrapar

jaibas con la tarraya. Es necesario desprender con mucho cuidado cada jaiba de forma individual para evitar que te lastimen los dedos con sus grandes tenazas. Antes de las grandes construcciones, la pesca de jaiba era muy abundante.

Insolaciones de todo el santo día, hambre y *madrizas* de parte de nuestros padres, aparte. Estas caminatas por la playa eran muy buenas, no importaban estos pesares ni las dificultades; el grupo de amigos volvía de nuevo en cada oportunidad. Esa clase de diversión era muy sana, sin pensar en hacer maldades. Nuestras vagancias, si se les puede llamar así, eran las travesías alejadas de nuestros hogares, exponerse al peligro de los caimanes y regresar cuando se ocultaba el sol. Me parece que aquella era una niñez sana, de mente abierta con el gusto por la aventura.

En una ocasión mi abuela *Cata* supo que nos íbamos de paseo al estero El Salado. Nos acompañó sin permiso, mi primo hermano Guillermo Arrillaga Contreras; por desgracia, *iándale!*, que tuvimos un accidente. Mi primo se ensartó el anzuelo en la mano y ya le andaba de dolor. El accidente sucedió porque al aventar la cuerda —para lanzar más lejos y llamar la atención a la



Fotografía 72. Hermanos Loeza, fontaneros de profesión, en el Aeropuerto Internacional Gustavo Díaz Ordaz. Puerto Vallarta, Jalisco, 1959.

caída, poníamos a la línea de pesca, una bujía de carro—, ésta se enredó entre los dedos de la mano derecha y, *izas!*, el anzuelo se ensartó en el pulgar. No teníamos forma de trozar el anzuelo; regresamos a Vallarta entre lloriqueos y gemidos de dolor de mi primo.

Llegamos con mi abuelo Roberto; él atravesó la piel con el anzuelo para poder cortarlo con pinzas. En eso se dio cuenta mi abuela Cata; muy molesta, dijo: *¡Mira nada más lo que te pasó!; vienes asoleado, hambreado y llorando de dolor; un día hasta te vas ensartar los güevos, muchacho de porra; le voy a decir a tu madre que te dé unos cintarazos, que te castiguen y que te dejen sin domingo.* En el momento del regaño yo salí despistadito y me fui muy campante a mi casa. No me imaginaba que me estuvieran esperando para darme una *zumba* con una riata de dos puntas, de las que usan para los caballos. Me dieron dos azotes, pero muy bien dados; pasaron varios días para que se borraran las marcas que me pintaron en las nalgas.

Con el paso del tiempo se terminó de construir carretera, puentes y el nuevo aeropuerto; eso trajo consigo una gran variedad de modificaciones que persisten hasta la fecha. En la Marina en todo momento entran y salen yates de todos tamaños; el mar es depósito de desperdicios; la contaminación crece cada día; a la par, han desaparecido en el área conurbada de Vallarta la gran mayoría de especies que en mis tiempos fueron abundantes.

Años felices de pesca en el mar

Mi estancia en la escuela primaria fue una época de años felices, de «vida y dulzura» en la pesca. En 1959, a mis 10 años de edad, iba varias veces de pesca a la semana por las tardes; alternaba entre mar y río Cuale; frente a la desembocadura del Cuale, frente a mi casa o frente al parque Aquiles Serdán—antes de que se construyeran los primeros arcos de concreto forrados de cantera de origen zapopano; en el año de 2003, después del huracán Kena, se agregaron unos nuevos. Solía pescar en un tramo aproximado de 1.5 km de distancia, desde la playa Olas Altas hasta La Garita. La Garita era una casa de cuatro pilares, sin muros, techo de madera y teja roja; en el piso se localizaba una bodega para guardar arreos de pesca: chinchorros, boyas, remos, combustible y enseres similares; estaba frente al hotel Océano, cerca de la escultura del caballito de mar en el Malecón viejo, a escasos cien metros del faro. La Garita funcionaba como una pequeña aduana para la vigilancia del embarcadero, embarcaciones y canoas de pescadores. Además, en las

fiestas patrias ponían una balsa de madera en el mar a una distancia aproximada de 300 metros alejada de la playa; sobre la balsa había un chivo vivo y desde La Garita diversos concursantes intentaban matarlo con rifles de alto poder. Ese era mi campo de acción para la pesca en el mar.

Mi primera cuerda o línea, era un cáñamo impregnado con pigmento de mangle rojo que le agregué para oscurecer el color blanco del hilo y así evitar ser detectado por los peces. Las cuerdas así tratadas tomaban un color café claro y se hacían más resistentes a la abrasión. La mantenía enrollada en una pequeña tabla. En la boca del río Cuale, con el agua hasta el pecho, se deshebra una porción de la línea y la colocas enrollada en tu mano. Con la carnada de lisa viva o tronchos de pescado bien anzuelado, giras la línea en forma elipsoidal con tu brazo extendido hasta que la cuerda toma impulso; así, lanzas lo más lejos posible; eso sí, tratando de que llegue más allá de donde revientan las olas. Ahí la dejas hasta que sientes ciertos toquécitos en la cuerda que indican que los peces estaban picando la carnada; cuando esto sucede, aflojas la línea y la dejas correr unos cuatro o cinco metros, hasta que



Fotografía 73. Al lado izquierdo, sobre el malecón, La Garita. Al centro el hotel Océano semiconstruido; sobre el malecón frente al hotel la primera aduana donde la secretaria era la señora Rosario Betancourt. A la derecha el faro vigilante de embarcaciones. Entre la playa y el malecón se localizaba hasta hace pocos años el caballito de mar, lugar de grandes eventos internacionales. Puerto Vallarta, Jalisco, 1957.

sientes que el pez ya se tragó el anzuelo. En ese momento tensas la cuerda y das el jalón para anzueliarlo y capturarlo. Enseguida lo cordeleas; si jala fuerte, le sueltas más de línea; si afloja recuperas; así sucesivamente hasta acercar a la orilla tu pez.

Sentir el estira y afloja es un momento sensacional; el pez, defendiendo su vida da brincos y volteretas en el aire. En ocasiones, se rompe parte del tejido de la boca y escapa; otras veces no, por lo general cuando están bien anzueliados de la parte del huesito duro que tienen en la boca; así: *iNi para donde te hagas chiquito, vámonos a la cazuela, y a disfrutar de un buen pescado frito, caldo, horneado o zarandeado a la leña!*

En el año de 1959, no existía contaminación del agua; la pesca era abundante; cerca de la orilla del mar, frente a mi casa, a un lado, al otro, por todos lados había *picazones* con sardinas y muchos otros peces. Se observaban a través de la ola, *manchas* de sardina saltando cuando se aproximaban cardúmenes de peces cual soldados formados en posición horizontal, uno junto al otro, listos para el ataque. Las sardinas brillaban como perlas cuando brincaban y originaban grandes remolinos para protegerse unas con otras de los peces toro. En varias ocasiones, las sardinas se varaban en la playa por miles; hacían gran esfuerzo por regresar al mar. Saltaban por la orilla de la playa, donde se localizaba el comerío, tratando de llegar a la corriente de la primera ola, segunda, tercera o las subsecuentes, hasta llegar al mar.

Para lograr sobrevivir, no deberían durar fuera del agua más de un minuto. Después de hacer gran esfuerzo por llegar al mar, la mayoría de sardinas sucumbía; ahí quedaban por miles desparramadas en la arena, dando un brillo plateado a la playa con la luz de los rayos solares. Gaviotas, tijeretas y zanates, disfrutaban de una muy buena comida gratis. Las gaviotas cantaban y chillaban por el gusto de deglutir tanta sardina. Las tijeretas, también al acecho, dejaban escuchar los crujidos al golpear los picos al vuelo. Los pelicanos descendían en picada; se escuchaba el golpe en el mar y, abriendo en la caída su gran pico, formaban una bolsa para atrapar buena cantidad de sardinas. Observar aquellas escenas era presenciar un ballet con el vaivén de gaviotas, tijeretas y pelicanos, atrapando el alimento.

Nosotros, los pescadores, lanzábamos las cuerdas, unas de cáñamo, otras de nylon, para capturar al pez más grade. Algunas personas llegaban con chiquigüites —construidas de fibra de carrizo— a pescar entre las olas, sardinas vivas para comerlas guisadas en aceite de oliva con especias. Un pescador que vivía cerca de la casa, llamado Eligio Cruz *El Guámaro*, se metía entre las olas a los comeríos de peces, armado con arpón bien afilado y una

cuerda larga y gruesa, para arponear tiburones que merodeaban en las *picazones*. No faltaba quien, con pistola o rifle, matara tiburones y no siempre los aprovechaba. Esta pesca banquetera de las *picazones* a orillas del mar, cerca de mi hogar, fue muy frecuente en el año, durante varios años. Luego, igual que otros fenómenos naturales de Puerto Vallarta, parece que se fue para siempre. Los peces buscan siempre aguas limpias, no contaminadas.

Primeras pescas de orilla del mar

En la esquina de Juárez e Iturbide estaba la tiendita de Paco Fernández, la que a pesar de su tamaño, tenía de todo. Enfrente de don Paco vivía un señor llamado Cornado Reynoso; él, además de ordeñar vacas y hacer *entrega* de leche, también era boticario; al igual que mi abuelo Roberto, permaneció en el negocio muchos años. Contra esquina vivía la familia Rosales, Ramón y Jovita Rodríguez y frente a ellos, estaba la gerencia de Mexicana de Aviación, la que con el tiempo pasó a ser la primera tienda de ropa bordada a mano, llamada Luz Shop, de mi madre Luz Contreras; aquí se elaboraban vestidos para dama, blusas, pantalones, batas, caftanes y otros atuendos en telas de mantas de varios colores, rayados, lisos, de cuadros y combinados; destacaba entre el morado, azul y verde, el color rosa mexicano.

En la tiendita de don Paco, en el año de 1960, compré mi primera cuerda de nylon; era de grueso calibre, para peces grandes. Enredé mi cuerda gruesa, de unos 200 metros de largo y 50 libras de resistencia, en botellas de plástico verdes de cloro. Las botellas eran de color *verdoso*, parecido al tono del mar, ideal para que los peces no las detectaran.

Me enseñé con mi hermano Juan a hacer señuelos de pesca de plomo derretido en moldes de yeso. Se coloca el anzuelo en el molde de yeso y éste en un horno eléctrico. Cuando se funde el plomo se vacía en el molde; después se añaden plumas blancas de gallina y de garza blanca amarradas con cáñamo *enmanglado*, bien amarradas para que no se muevan. Esto eran los señuelos que se nombraban *plumas hechizas*¹⁸, distintos de los que se vendían en tiendas de pesca. Ya elaboradas, estaban listas para la pesca. Para pesca de noche con luna llena o de día, usamos también la cucharita, con anzuelos ya prefabricados. Así, pasé mis primeras pescas en las orillas del mar, pescando

18 *El Zúcaro†* y *El Piojo*, eran quienes confeccionaban estos señuelos. Ahora los siguen haciendo los hijos de ambos.

a mano con cuerda y señuelo. Todavía estaba en la escuela primaria con mis once años de edad.

Primera caña de pesca

Mis padres, viendo que me gustaba mucho la pesca, me regalaron mi primera caña de pescar cuando tenía la edad de 11 años. Estaba hecha de dos tramos de fibra de vidrio que se unían en una sola pieza. Era de color hueso, tirando a blanco, con aros guías metálicos y base inferior de corcho. La conservé muchos años; me dio muchas satisfacciones en la pesca. Mi primer carrete era de la marca «Mitchell», para pesca desde la orilla de la playa; me gustaba porque no tenía que meterme al mar y evitaba que me mojaran las olas. Con este tipo de cañas, desde la orilla, lejos del mar, se puede lanzar un señuelo tipo cucharita, mirrolure, plumitas o de carnada viva; se inclina la caña hacia atrás para lanzarla con fuerza en forma elipsoidal lo más lejos posible. Para mí, esta fue la «época de oro en la pesca»; tenía libertad plena para hacer lo que me gustaba.

Después de la escuela recorría todo el maleconcito con caña, carrete y señuelos en mano; empezaba en la playa Olas Altas y seguía hasta el hotel Océano, donde estaban La Garita y La Aduana, ya mencionadas. En este tramo observaba que saltaban y coleaban pargos, cariños y sierras; además de manchas negras y brillantes de sardina que se desplazaban. Largaba mis huaraches de correas para correr descalzo entre las piedras, saltando dos que tres¹⁹.

Al llegar a la picazón de los peces, en el primer lance prendía hermosos robalos. Un robalo *anzueliado* intenta fugarse; cuando te saca línea se escucha la chicharra de tu carrete y ves que la línea en la bobina disminuye con rapidez; en ese trance, hay que ajustar la tensión de la línea; si está ligeramente floja, hay que aplicar la presión que te está marcando el pez, sea grande o chico. Ajustas la tensión en el momento; la regulas calculando la fuerza del pez; así empieza la lucha de vida y muerte; el pez salta y da volteretas en el aire tratando de escapar; intenta liberarse del anzuelo y cortar la línea con

19 Mis huaraches eran de fácil quitar y poner; de mucho aguante por las suelas de llanta de carro; cuando los mojaba en la lluvia y en el mar, sentía que las correas se estiraban; la mañana para que volvieran a la forma original era dejarlos en el sol; con un rato, santo remedio, quedaban listos para usarlos de nuevo.

las navajas contenidas en los lados de la cabeza y con lo áspero de sus tejidos alrededor de la boca. Para evitar que se escape, hay que tener la caña levantada, la línea siempre tensa para que, en el momento que salta, dando vueltas en el aire, no se afloje o haga una hoz; en este tipo de saltos es cuando puede cortar la cuerda. Los peces son muy *vivos* y tratan de escapar para sobrevivir.

Con mi caña, capturé muchos peces de 10 a 20 kilos. Siempre había en mi casa robalos, pargos, birotanos, mojarras rayadas, plateadas, palmillas, curvinas plateadas y otros pescados para comer. También me ajustaba la pesca para regalar robalos y otros peces casi vivos a mi abuela *Cata*, otros tíos y a Ramón Rosales y esposa Jovita, amigos de la familia.

Recién salidos del mar, cuando traía una cuerda conmigo, amarraba los peces de entre la boca y las agallas; a veces, a mano limpia los llevaba casi a rastras aunque me raspaba las manos con sus filosas agallas, para que la gente observara que el pez estaba todavía vivo. Sorprendía a mis abuelos²⁰ o a don Ramón Rosales, cuando se los regalaba; me sentía muy satisfecho cuando regresaba a mi casa. Repetí esta hazaña muchas veces por el puro gusto de la pesca. Así, disfruté de momentos y años maravillosos.

A veces, cuando bajaba la marea, pescaba entre las peñas. Parado sobre una roca, usaba cuerda o caña y observaba que no faltaba un tiburón entrometido que iba y venía dando vueltas en donde yo estaba. No pasaba nada mientras me mantuviera en la piedra.

Lo mismo sucedió, cuando un amigo, *El Mame* José Manuel Macedo Baumgarten —él murió en 1985 a consecuencia de un clavado en el río que lesionó su columna vertebral—, nos invitó a disfrutar del mar en su pequeña canoa. *El Mame* sacaba de vez en cuando de la bodega de su casa la canoa *El Chirito* —así nombrada por pequeña. Bien acomodados y sin movernos mucho en el agua, para no voltearnos, apenas cabían tres chiquillos en la canoa. Una vez nos trepamos cuatro chamacos; *El Mame*, los hermanos *El Poterolas* y *El Cucui* y yo. Ahí vamos surcando el mar felices, paseando frente a las playas del puerto; en eso, aparecen manchas de sardinas por la orilla del mar y mar adentro. Remando muy campechanamente, observamos que nos em-

20 Cuando mi abuela Catalina editó su libro *Puerto Vallarta en mis recuerdos*, me dedicó un ejemplar, que decía «Para mi pescador de perlas, cariñosamente de su abuelita Catalina». Conservaba y leía con mucho entusiasmo ese libro. Por desgracia, entre 1993 y 1995, cuando mi hija Michelle estaba en la prepa, en una ocasión ella y unas amigas utilizaron el libro para una tarea escolar; el libro jamás volvió a mí.

pezaban a rondar dos tiburones; al ver los escualos, nos quiso entrar el pánico. Medio nos controlamos y, calladamente, susurramos todos casi al mismo momento: *No se mueva nadie y no hagan ruido, porque podemos volcar la canoa; y si nos hundimos, nos tragan los tiburones*. Los tiburones dieron unas ocho vueltas alrededor de *El Chirito*. Nosotros, inmóviles, asustados, casi ni queríamos respirar para no mover demasiado la canoa que «era muy celosa»; sabíamos que en cualquier momento podíamos zozobrar si nos daba pánico; que habría un desenlace fatal de no controlarnos; después de unos momentos que parecían siglos, los tiburones se fueron a devorar sardinas mar adentro. Sin hacer ruido alcanzamos a llegar a la orilla del mar; llegamos a la playa, unos pálidos por el susto, otros vomitando por lo mareado; pero al rato, ya estábamos riendo por lo que habíamos vivido. Hoy pienso «gajes del oficio y vivo para contarlos».

Primer vela y campeón

A la edad de 11 años, antes de terminar la primaria, conseguí *pegarme* a mi padre para participar en el Torneo Internacional Jalisco de Pez Vela de 1960. Ya sin embarcaciones, mi padre rentó una lancha de motor diesel que aventaba mucho humo y cuyo ruido hacía que te zumbaban los oídos; el capitán era Serafín Chavarín.

El día del torneo fue especial para mí y la pasé muy bien. En la pesca de pez vela, me decía mi padre, precauciones importantísimas son cuidar que la línea no se haga bozal; que no esté entorchada en la punta de la caña; cambiar con frecuencia la carnada por una fresca; vigilar que las lisas estén bien cocidas con hilaza y los nudos bien apretados en el anzuelo; si estás seguro de esto, decía, sabrás que cuando ves salir el pico negro del pez vela haciendo ligeros movimientos laterales, es el momento en que va a comerse la carnada; en ese instante, deberás estar listo para soltar poco a poco la línea de la caña para que el pez vela se embuche la lisa entera; cuentas en la mente de 1 al 10, presionando con el pulgar de la mano izquierda ligeramente la línea, controlando que esté tensa, que no haga hoz o curva. Al llegar a diez de tu cuenta, subes el seguro al carrete; una vez tensa la línea, das el jalón. El capitán de la embarcación observa tus movimientos, da avance a la lancha para que te ayude al tirón a prender el pez vela.

Así, fueron las indicaciones que me dio el campeón del torneo internacional del año 1958, mi padre. Justo cuando terminaba de compartir conmi-



Fotografía 74. Réplica de la embarcación cuando fui campeón a los 11 años de edad. Capitán Serafín Chavarín. Puerto Vallarta, Jalisco, 1960.

go la experiencia en la pesca de pez vela, como por obra de Dios, sale un pez vela del fondo del mar asomando el pico. Emocionado, sigo las instrucciones de mi maestro y prendo el animal; luché unos treinta minutos, yo por subirlo a la lancha, él por su vida. Hubo momentos que casi me rendía; ya cansado, decía a mi papá: *¡Ayúdame papá!, ándele, sáquelo usted.* Él, contestó: *No que querías saber que se siente sacar los velas.* Yo, pensaba: *Sí, papá;* y dije: *Ahora lo saco.* A mis años mozos, sufrí buen rato; terminé agotado pero muy alegre y satisfecho. Aquél fue mi primer pez vela con el que me coroné campeón juvenil. Aún conservo una foto de esos momentos, que me hace recordar las enseñanzas de mi papá en la pesca.

Rato después de mi lucha con el pez vela, fui víctima de una broma orquestada por el capitán Serafín Chavarín, el marinero y mi papá. Relajado por el esfuerzo, quedé somnoliento, casi dormido; de repente, la chicharra del carrete de mi caña empieza de nuevo a sonar indicando que otro pez vela se había prendido en mi línea; el sonido de la chicharra me hace brincar desde la silla de pesca y agarrar la caña; *¡jálale Rogelio, jálale muchachito, no lo dejes ir que está bien prendido!*; gritaban los tres al unísono. Con mucho esfuerzo comienzo a recuperar la línea cada vez más, pero no observo que salte el pez



Fotografía 75. De izquierda a derecha un niño aficionado, Jaime Solórzano Vargas y Rogelio Moll Contreras, campeón del Torneo Internacional Jalisco de Pez Vela, categoría juvenil. En el lugar de pesaje de la Aduana de Puerto Vallarta, 1960.



Fotografía 76. De izquierda a derecha, Victoria Curiel Montes, (atrás) Alfredo Rumi, Fela Mantecón y el niño Rogelio Moll Contreras recibiendo el premio de campeón del Torneo Internacional Jalisco de Pez Vela, categoría juvenil, en el Club Social Vallarta por la calle Juárez en Puerto Vallarta, 1960.

vela. *¿Qué será?*, pregunté a mi padre. Él entusiasmado decía: *¡Jala fuerte!, no te rajes miijo, tú puedes.* Cuando más esforzado estaba, los tres empiezan a reír de mí a carcajadas; entre risas entrecortadas, mi papá, dijo: *Es una broma hijo; pero sigue luchando, ya falta poco.* Después de un rato de lucha, con mucho esfuerzo saqué un pequeño balde con agua perfectamente amarrado de mi línea. Buen rato se rieron mi padre, el capitán y el marinero de mi novatada. De nuevo pienso «gajes del oficio», de todo pescador.

Excursión a Mismaloya

Entre ir y venir a la escuela primaria, «hacía tiempo» para tareas, pescar, jugar en el parque Aquiles Serdán, incursionar con amigos en ríos, esteros y playas: *A los doce años de edad, qué vagancias no hacía uno.* Hacia el sur, hacia Las Estacas, los bosques y playas eran vírgenes y primitivos, no tenían

terracerías ni mucho menos pavimentos, solamente veredas; para llegar, había que recorrer caminos de herradura por los que circulaban arrieros y particulares con víveres hacia rancherías.

En una de estas excursiones pasamos la colonia Emiliano Zapata, cruzamos la playa de Los Muertos²¹, transitamos por El Púlpito, Las Amapas, Conchas Chinas y El Set; finalmente, llegamos a esa playa virgen llamada Las Estacas. La playa toda, era para nosotros, sin una sola alma; sólo para nuestro gozo, sin nadie que nos molestara. En uno de sus extremos, la playa tenía un riachuelo de aguas cristalinas que bajaba del cerro; el arroyo estaba bordeado por exuberante maleza, palmeras de cocos de agua, de coquitos de aceite e infinidad de árboles de maderas preciosas.

La diversión era bañarse en el mar por horas y horas y quitarse lo salado en el arroyo. Los peces atrapados se asaban en varas, con leña de árboles



Fotografía 77. A la izquierda el primer restaurante de Carlos Arreola Lima, el segundo Los Murillo, el tercero La Palapa y el cuarto con los Garibaldi. Playa Los Muertos, embarcadero de pescadores. Puerto Vallarta, Jalisco, 1961.

21 Se dice que el nombre de «Los Muertos» viene por un cementerio clandestino que estaba en esa playa en los años cincuenta; ahí había restos de huesos humanos de origen desconocido.

secos o coquito de aceite. La dieta incluía además, ostiones, cucarachas marinas y almejas. En más de una ocasión nos arriesgamos a llegar hasta Mismaloya. Acampamos allá con permiso, de sábado por la mañana a domingo por la tarde. La odisea era de dos horas caminando sin parar. Para llegar era necesario cruzar además de Las Estacas, las playas de El Venado, El Carrizo, Punta Negra, El Nogalito, arroyo Palo María —donde hoy en día acude gran cantidad de gente a pasear—, Las Gemelas, El Paredón Colorado y Los Arcos. Los participantes en esas aventuras, ayudaban a llevar víveres y agua.

La caminata era pesada; pero de niños se te olvidan las dificultades con tal de conocer nuevos lugares y disfrutar los paisajes que da la naturaleza. La *plebe* se integraba con Luis y Ernesto Munguía, Juan Peña Santos, *El Potero* las Humberto Vázquez, José Luis Batista, Alfonso Curiel, Salvador González *El Mulitas* y Humberto Famanía Ortega. Otra raza menuda se componía de los hermanos Munguía, Nacho, Toño y Pichi, los *Sapitos*. Son bonitos y grandes recuerdos de mi infancia, acá en el campamento de Mismaloya, bañarse en mar y río, jugar pelota y pescar.



5. Secundaria -1962-1965-

Secundaria ETI 49²²

Al egresar de la escuela «20 de Noviembre» —exclusivamente para niños—, me inscribí en la escuela secundaria «Constitución», que era particular; ahí cursé el primer año. Para aquel entonces habían terminado un nuevo edificio construido por Agustín Flores Contreras, la «Escuela Técnica Industrial No. 49» (ETI). Los directivos de la ETI eran egresados de la Escuela Naval de la Secretaría de Marina; ellos fueron los C. vicealmirantes Jaime Arau Granda, Guillermo Gastelu Baturoni y Agustín Nieto Mainez; grandes personajes ya jubilados de la Secretaría de Marina. En esta escuela se ofertaron las carreras técnicas en Conservación de Alimentos, Mecánico Automotriz, y Artes y Manualidades para las mujeres. Renuncié a la secundaria Constitución y comencé en el nuevo programa de estudios de la ETI en 1962. La primera generación egresó en 1965²³.

Mis maestros fueron: Sergio Rodríguez Murillo y esposa Gloria Heimer de Rodríguez; José María Morado, mecánica automotriz; Carlos de Alba, ma-

22 En 2012, la ETI 49 cumplió 50 años ininterrumpidos de labores. En este año se reunieron en el Círculo Vallartense, representantes de todas las generaciones de egresados, para celebrar el 50 Aniversario de esta noble Escuela.

23 Mis diseños manuales quedaban bien hechos. Fuera de las obligaciones de la secundaria y por gusto, confeccionaba anillos de coquitos de aceite. Usaba: seguetas, gubias, sacabocados, formones y limas redondas de carpintero. Primero cortaba los coquitos aún en las palmeras, me comía la poca carnaza que se encuentra entre la cáscara y el hueso del coquito dulce, color mamey; después de remover la tecata con los dientes, los ponía a secar al sol unos días para que aflojara la carnaza interior; ya deshidratados los coquitos tomaban un color café claro; a veces, para optimizar el proceso, buscaba coquitos ya secos en la playa de los que bajaban las aguas del río Cuale; estos tenían un color mucho más oscuro por estar más tiempo expuestos a las corrientes del río, agua salada, vaivén

temáticas; Agustín Espinosa Montañez, mecánica; Andrés Garibaldi Peña, electricidad y mecánica; Ricardo Troncoso, dibujo; Gonzalo Hernández, carpintería; Malena López y Daniel Lechón, artes, música y canto; Pedro Gaytán, carpintería; *Conchita* Blancarte; *Chonita* Ávalos Haro; Carlos Munguía Fre-goso, inglés y prefecto; Rafael Flores Miranda, matemáticas; Josefina Chávez Sanjuán, civismo; Abelardo Robles, inglés; Félix Prieto Díaz, geografía; Catalina Contreras Montes de Oca, biología; Pablo López Joya, educación física; Enrique Huerta Martínez, educación física; *Cuca* Vidal Bracamontes, historia; Carlos Pedroza Rodríguez, civismo; Eleazar Manríquez Manríquez, conservas.

Fotografía 78. Agustín Flores Contreras, benefactor de la educación en Puerto Vallarta. Nació en Tepic, Nayarit en 1888. Alrededor de 1918 estableció en el puerto la «Casa Flores Hermanos», ganando, en pocos años, un gran prestigio económico. Se destacó por su interés en impulsar la educación para la cual construyó varias escuelas en el municipio. Murió en la ciudad de Guadalajara el 11 de noviembre de 1975.



de las olas y sol. Partía el coquito por la mitad con una segueta fina, dejando un aro con el ancho de un anillo; pulía y desgastaba este aro hasta dejar un anillo perfecto. Agregaba, pegados con «resistol» o un cemento fuerte, detalles de incrustaciones de concha nácar o abulón previamente recortadas a la medida del molde. Aquellos eran tiempos de *hippies* y la juventud se colgaba collares de fantasía, de telas de varios colores, cadenas y hasta el «molcajete»; mis anillos y artesanías similares se vendía como pan caliente; mi hermano Juan vendía este tipo de adornos, yo era el proveedor en su tienda ubicada a un costado del negocio de ropa de mi madre Luz Shop, en Iturbide núm. 13 esquina con Juárez.

Secretarias de aquel tiempo fueron: Rosa Amelia Alcaraz Güereña; *Tachita* Quintero; *Chita* Zavala. Intendencia: Hilario de la O Madruño.

En la ETI teníamos una clase de manualidades; nuestro maestro, de apellido Troncoso, elaboraba figuras de bronce y daba algunas clases de pintura; calificaba el curso con un trabajo de manejo de plastilina de una figura hecha por cada uno de nosotros; a mí se me facilitaba la pintura y los trabajos manuales; para la evaluación final, diseñé un cuerpo de mujer, cuya cabeza era un aro; mi trabajo fue algo representativo, novedoso y muy fuera de lo común; obtuve el primer lugar y la calificación de cien.

Nunca en la vida de Vallarta estuvo una escuela secundaria regida por militares tan disciplinados y estrictos en la educación. La ETI tenía un turno único, matutino, mixto, con buenos maestros y profesiones en cada carrera.



Fotografía 79. Rogelio Moll Contreras con uniforme de la secundaria ETI 49. Puerto Vallarta, 9 de junio de 1965.

Estuve en la primera generación 1962-1965. En los desfiles del 16 de septiembre y 20 de noviembre, los alumnos de la ETI, participábamos vestidos con: uniformes blancos, zapatos negros, gorra blanca con visera negra y cinturón blanco de hebilla dorada; los alumnos más aplicados llevaban barras de tenientes, capitanes y soldados.

Banda de Guerra

Los desfiles de la secundaria de Vallarta, fueron muy vistosos y sobresalientes; lucían tanto como los de la naval del puerto de Veracruz. Los desfiles del 20 de noviembre de cada año eran famosos por los cuadros pictóricos de los malabaristas, quienes ejecutaban pirámides muy altas y vistosas. Sobresalíamos en deportes; muchas personas nos aplaudían por la disciplina y belleza de nuestros impecables uniformes. Desfilábamos con rigor militar, al ritmo de tambores y cornetas de la banda de guerra de la cual formaba parte. Yo tocaba una corneta muy bien lustrada que limpiaba con limón, carbonato y



Fotografía 80. De izquierda a derecha: Alfonso Curiel Álvarez —vestido en uniforme de gimnasia—, José Luis Batista Chávez —con la corneta de la banda de guerra— y Rogelio Moll —vestido de excursionista—, en el desfile del 20 de noviembre de la secundaria ETI 49. Puerto Vallarta, 1965.



Fotografía 81. Banda de Guerra del desfile del 20 de noviembre de la ETI 49. Jorge Álvarez era el comandante de la banda. De izquierda a derecha: Lorenzo García, Humberto Vázquez, José María Rodríguez, Juan Santos Peña, Carlos Alfonso Díaz Santos, Juan Bautista Chávez, Salvador Santos Peña, Diego Betancourt, José Luis Batista Chávez, Steven Bridman, Guadalupe Palomera, *Lupillo*; Ezequiel Valdés, *El Chocolate*; Miguel Michel, Marcos Spiller, Rogelio Moll Contreras, José Luis Niño Rodríguez, Daniel Robles Villalvazo, Alfonso Curiel Álvarez y Eulogio García. Puerto Vallarta, Jalisco, 1965.

una crema pulidora que ayudaba a quitar las manchas que se formaban con el tiempo. Quedaba tan brillante y limpia que casi tocaba sola. Duré los tres años de «cornetero», junto con otros compañeros y amigos tamboreros.

La banda de guerra tenía a Abelardo Parra Estrada, carnicero de oficio y chofer exitoso de su propio taxi; Alfonso Curiel Álvarez, médico en su profesión y *beach boy*; Juan Belloso, periodista; Humberto Vázquez, *El Poderolas*, jubilado de la Secretaría de Hacienda; Lorenzo García García, *El Tiburón*, contador público; Jorge Álvarez†, *El Poca Luz*, comerciante; José Luis Batista Chávez, carpintero y maestro de secundaria, jubilado a los 30 años; Lorenzo García, *El Tololoche*; Carlos Alfonso Díaz Santos, abogado; Salvador González, *El Mulitas*; Marcos Spiller; Daniel Robles Villalvazo, *El Muelón*, ingeniero civil; Rogelio Moll Contreras, *La Chiñola*, odontólogo y ex catedrático de la UdeG, también odontólogo de Servicios de Salud Jalisco; Ezequiel Valdez, *El Chocolate*; Armando Rodríguez, campeón de pesca del torneo internacional; Augusto Solís, *El Rorro*, capitán de aviación y mecánico automotriz; Diego Betancourt, *El Tacucha*, ex administrador del aeropuerto internacional de

Puerto Vallarta; Daniel Niño Rodríguez, *El Panzas*, comerciante; Ángel Yerena, *El Trompeta*; Juan Santos Peña, *El Tigre*, gran herrero y hermano de Salvador, *El Chavira*; José María Rodríguez Rodríguez, *El Guayabo*, veterinario; Martín Rodríguez, médico; Ignacio Palomera y José Guadalupe Palomera, militares; Pedro Bravo Ruiz, maestro; Raúl Baumgarten, José Manuel Macedo Baumgarten, Salvador González Pimienta, todos buenos amigos. Nuestra generación tuvo una bonita banda de guerra, considerada la mejor en muchos años por la disciplina y entusiasmo que pusimos para tocar cada instrumento. Aquellos fueron tiempos memorables.

Cuando cometíamos una falta en la secundaria éramos castigados los fines de semana, encerrados en la misma escuela. Nos retenían presos ha-



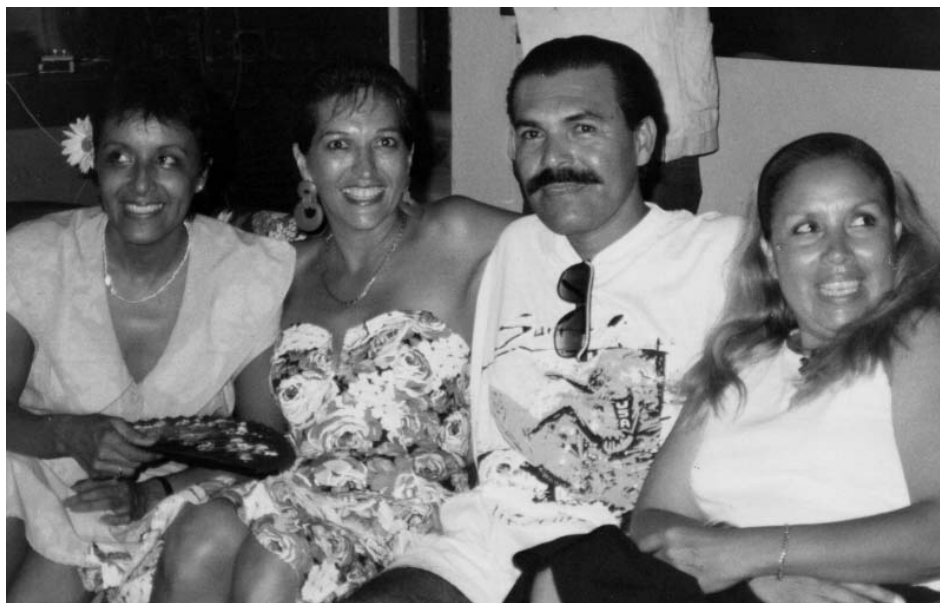
Fotografía 82. De izquierda a derecha: Jorge Álvarez, Abelardo Parra Estrada, Jorge Navarro Funes, Benjamín Gómez Bernal, Ricardo Hernández, Salvador González, Rogelio Moll, Carlos Preciado, Pablo Franco Machaín, Juan Belloso, desconocido, Ramón Michel, Luis Alberto *El Chicho*, *El Pantoja*, Guillermo Gastelu Baturoni padrino de generación, Luis Michel, Alfonso Curiel, Ezequiel Valdez, Pedro Bravo, José Luis Niño, Víctor Cuevas Martínez, Alfonso Sandoval, Ignacio Palomera, Ricardo Jiménez, Jaime Solórzano Vargas, Doroteo Ortiz Muñoz, Lorenzo García García. En la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, graduación de la primera generación de la secundaria ETI 49. Puerto Vallarta, Jalisco, 1962-1965.

ciendo labores de limpieza, sábados y domingos. Entre los compañeros había un trío que los maestros llamaban las tres eses «S»: Sahagún, Solís y Solórzano. Casi todos los fines de semana eran castigados, por *desmadrozos* y *relajientos*. Ellos eran Fernando Solórzano Vargas, Augusto Solís y Francisco Javier Salomón Sahagún Gross. Aunque también castigado en más de una ocasión, egresé de la secundaria como técnico en Conservación de Alimentos.

Amor de adolescencia

A mis 14 años de edad, nos conocíamos todos los *chavos* de la escuela de nuestra época. Era la juventud del Vallarta de los años 1962-1965; pasaba por la edad cuando las hormonas comienzan a hacer estragos en hombres y mujeres.

Había una compañera llamada Luz Torres, por cierto, a la postre cuñada de Octavio González Lomelí. Ella era morena de ojos café oscuro, frente ligeramente amplia, nariz regular, boca regular, labios ligeramente carnosos, buen cuerpo; los movimientos coquetos y sexy al caminar, la hacían de *buen*



Fotografía 83. De izquierda a derecha: Luz Torres Cortés, Martha Pérez, Manuel *La Bigotona* y una amiga. Casa de Juan y Martha, en Villa Valentina. Puerto Vallarta, Jalisco, 1990.



Fotografía 84. Fila inferior, izquierda a derecha, Ana Wulff y Rogelio Moll; arriba, Laura Cleare —amiga americana— y José Luis Batista Chávez. El Púlpito, Puerto Vallarta, Jalisco, 1964.



Fotografía 85. Época de novias. A la derecha Asteria; atrás, Lupe y Ana Wulff, Pedro Yerena, el chofer y Rogelio Moll. Puerto Vallarta, Jalisco, 1965.

ver. Cada quien con su cada cual, se organizaban lunadas en la playa, paseos y viajes al campo de excursión; eso sí, todos sin morbo, ni drogas ni sexo; sólo con una que otra *cheve*, pero en plan tranquilo. Fueron incontables los paseos, lunadas, fiestas y pachangas en ese tono de diversión sana. Esto hace de aquella adolescencia, una época vivida con intensidad por la juventud de los años de 1960 que también marca tiempos de bonitos recuerdos.

Primera excursión a Punta de Mita

En una ocasión organizamos una excursión a Punta de Mita, lugar que aún no contaba con carreteras, brechas ni caminos para llegar. Sergio Rodríguez†²⁴, profesor y director de la escuela primaria 20 de Noviembre en los años mil novecientos sesenta, fue nuestro guía. Salimos de la secundaria a las 4:30 a.m., rumbo a Punta de Mita. Todo mundo llevaba loncheras con alimentos y agua. Cruzamos playas caminando entre breñales de plantas y árboles secos. Durante cuatro horas continuas subimos y bajamos laderas, lomas y cerros hasta nuestro destino. Al llegar, quedamos maravillados de ver una playa virgen de arena blanca, aguas someras de color gema azul turquesa, con árboles exuberantes que conformaban grandes sombras donde podríamos protegernos del sol; también había un pozo de agua. No había en Punta de Mita ningún ser humano; sólo nosotros.

Al observar aquel paisaje, nos emocionaba saber que contábamos con todo el sábado para estar en ese paraíso. Lo primero fue desempacar e instalar equipos de dormir, cocina, víveres enlatados, frutas, visores, cuerdas de pesca, aletas, trajes de baño y otros enseres personales. Cumplido esto, a gozar de la naturaleza. Mientras unos pescaban, otros buceaban, jugaban una *cascarita* y uno que otro trataba de sacar ostiones. Fue un sábado extenuante porque hicimos mucho deporte. Parte de la diversión fue preparar, entre todos, una sopa de abundantes mariscos —frescos y capturados por

24 Este profesor y su esposa Gloria Heimer —por cierto muy guapa y buena maestra— impartieron clases en la secundaria ETI 49. Él por su parte, no mal parecido; por lo que hacían bonita pareja. Narraré una anécdota que me sucedió con la maestra Gloria. Estaba en clase, ella explicaba algo relacionado con una carga de mulas; la maestra, notó que yo estaba distraído y despistado, me pregunta: *A ver, señor Moll. ¿De qué color eran las mulas? Un compañero llamado Ramón, me sopló: ¡Verdes! Yo, aún despistado, contesté: Verdes, maestra. Mi respuesta causó hilaridad; yo, avergonzado, no hallaba en dónde esconderme; hasta en el recreo me recordaban las mulas verdes.*

nosotros—, que nos supo a gloria. Al día siguiente, domingo, regresamos a Vallarta; y «aquí se quebró una tasa, cada quien para su casa».

Deportes en la secundaria

En la secundaria conformamos un equipo de fútbol que dirigió Alfonso Díaz Santos†, buen futbolista en su juventud y empleado de la Secretaría de Hacienda. Los compañeros y amigos que participamos en el equipo de fútbol —y de beisbol—, eran casi siempre los mismos. Miembros del equipo de fútbol fueron: Carlos Alfonso Díaz Santos, hijo del entrenador; José Luis Batista Chávez —sobrino de la muy querida maestra Josefina Chávez San Juan, ex directora de la escuela primaria 15 de Mayo, exclusivamente para señoritas, de la cual es jubilada—; Miguel González Pelayo† —él tenía una hermana preciosa, con buen perfil de cara y cuerpo, se parecía a Blanca Nieves—; Roberto Amézquita, *El Betillo* —chavo bueno para jugar en la delantera del equipo—; José Luis Niño Rodríguez, *El Pelón*; Lorenzo García, *El Tiburón* —con doble *carrillera* de dientes—; Humberto Joya; *El Pantoja*; Julián; Martín Rodríguez, *El Padrecito*; Ernesto Marroquina; Ezequiel Valdez, *El Chocolate* —por lo negrito de su piel—; Armando Joya; Luis Munguía Fragoso, *El Bicho*; Óscar Fierro; Rafael Tovar, *El Tintán*; Alfonso Palomera, *El Ponchillo*; Salvador González, *El Mulitas*; Juan Belloso González†; *El Ticho* Bernal; Juan Venegas, *El Portero*; y Fernando Palomeque²⁵.

Competimos en una liga que estaba organizada con varios equipos de poblados cercanos a Vallarta. Como de El Pitillal, Las Juntas, San Vicente, Jarretaderas e Ixtapa, las patadas se ponían buenas a campo abierto, sin pasto. Los partidos terminaban con algunos jugadores golpeados, otros con raspones o sangrando, pero contentos cuando obteníamos la victoria. Nuestro equipo fue campeón en 1964.

Viví y disfruté muchos momentos en carne propia, momentos que se convirtieron en recuerdos inolvidables. Lo mismo quiero mencionar sobre el beisbol que jugué en el campito, localizado frente al hotel Río, cercano al río Cuale —hoy gran edificio de ventas artesanales y estacionamiento privado. Cuatro grandes equipos juveniles fueron Rocket, Delfines, Saturnos y Yets; en éste participé de jardinero.

25 Me disculpo porque reconozco que me faltaron algunos nombres y apellidos.



Fotografía 86. Equipo campeón de futbol en la ETI 49. Izquierda a derecha arriba: Entrenador Alfonso Díaz Santos, Óscar Fierro, Miguel González Pelayo, Ezequiel Valdés *El Chocolate*, Asteria López, Luz Torres Cortés, Mari Torres Cortés, *Ticho* Bernal, *El Pantoja*, Ernesto Marroquina, José Luis Niño Rodríguez, Juan Venegas; de izquierda a derecha abajo Luis Munguia Fregoso, Fernando Palomeque, José Macedo, Rafael Tovar *El Tintán*, Carlos Alfonso Díaz «hijo», José Luis Batista Chávez, Rogelio Moll Contreras, Alfonso Palomera *El Ponchillo* y Roberto Amézquita. Puerto Vallarta, 1964.

Personajes de esa época maravillosa son el manejador —*manager* o *coach*—, carácter salido de la nada que no supe cómo llegó a Vallarta; era un hombre cano, piel morena, frente regular, con muchas arrugas en la cara, ojos negros, nariz aguileña, boca regular, labios delgados; le faltaban algunos dientes lo que se notaba cuando sonreía; parecía indio tarahumara. Conseguía dinero para el equipo de beisbol que invertía en uniformes, boinas, pelotas y bats. Solía vivir de la renta de cuentos de revistas de *Chanoc* y *Tsekub Baloyan*, *Memín Pingüin*, *El Llanero Solitario*, *El Santo* y otras revistas porno. Rentaba cada revista a veinte centavos²⁶. Abría su negocio a la entrada del Cine Morelos, de las dos a las seis de la tarde.

26 Imagine usted cuántas revistas era necesario rentar al día para poder sobrevivir. Suponiendo que rentara diez revistas cada media hora, tendría un rendimiento a razón de dos pesos cada media hora; en cuatro horas, obtendría dieciséis pesos. Si multiplicamos esta cantidad por ocho días, obtendría un ingreso de ciento veintiocho pesos a la semana y quinientos doce pesos por mes. Creo que sí la hacía, ya que no pagaba renta; vivía en un cuartucho que le prestaba don Cristóbal Rúelas, uno de los dueños del Cine Morelos por la calle Zaragoza, a unos pasos de la Capitanía de Puerto. Entonces, sí salía para que comiera y para que nos ayudara con los uniformes del equipo. La vida en el año 1964 no era tan cara como la estamos viviendo hoy en día.

Nunca supimos el nombre de este manejador que se autonombraba *El Viejuchi*; tenía entre sus debilidades «que se le quebraba la mano izquierda». En más de alguna ocasión observé que metía en la guarida, donde dormía, a uno que otro muchacho varias veces en el día; era de sospechar que tenía tendencias homosexuales.

Las competencias con otros equipos eran muy parejas; para nosotros, el equipo de mayor rivalidad fue el de los Delfines. Estábamos muy similares en juegos ganados y perdidos; fuimos campeones igual que ellos. Jugué casi todos los deportes que se practicaron en mi época juvenil. Estando joven, de buen físico y sin vicios, no era tan malo para jugar; no sobresalí en lo individual, pero sí en equipo. Miembros de mi equipo fueron: Carlos Pérez, *El Pulguitas*, cácher; Hedilberto Palomera, *El Conejas*, pícher; Daniel Niño Rodríguez, *El Panzas*; José Manuel Flores, *El Capi*; Beto; Humberto Vázquez Pulido, *El Poderolas*; José Manuel Macedo Baumgarten, *El Mame* y su hermano Rafael Macedo Baumgarten, *El Kiri*; Javier Madero, Juan Madero y Antonio Madero; Raúl Baumgarten Güereña; Augusto Solís, *El Rorro*; Armando Joya y su *servilleta*, Rogelio Moll Contreras.

Segunda excursión a Punta de Mita

En 1963 volvimos a Punta de Mita; esta vez sin maestro que nos vigilara. Hicimos actividades parecidas que cuando hicimos la excursión con nuestro maestro. Empero, jugando fútbol en la playa, hubo una entrada muy dura en la que *El Tiburón* Lorenzo García, golpeó a *El Poderolas* Humberto Vázquez Pulido; y que se pone caliente la cosa. Se dan un entre ligero, con golpes de puños y patadas. Rubén *El Telenco*, compañero alto y fuerte intenta mediar el pleito y *El Poderolas*, dice: *¡Déjamelos!, ahorita me lo chingo. Lo que quieras*, contesta *El Tiburón*. En eso, Ricardo Jiménez Zepeda, hermano de *El Manitas* Jaime Jiménez —el que me puso una *madriza* en la primaria—, dice: *Quieren pelea los dos, vamos por round. Alguien pregunta: ¿A cuántos rounds? A lo que respondieron: Que sean tres. ¡Órale!*, dice de nuevo Ricardo, *todos de acuerdo, le cae al que se raje con los maestros de la secundaria. No sé de dónde fregados salió una cámara para filmar y que empieza la pelea: ¡Zas!, ¡Zas! ¡Dale una patada Tiburón!*; el otro se agacha.

Termina el primer *round* con uno que otro golpe. En el segundo *round*, *El Poderolas* lanza unas mordidas. *El Tiburón*, dice: *No me muerdas cabrón, hay que pelear a mano limpia.* Termina el segundo *round* y viene el tercero;

de los *chingadazos* sale a relucir *el mole* —sangre—, por la boca y la nariz. Ninguno quería ceder; ambos duros como gallitos de pelea. Por fin los más grandes intervienen y separan a los pleitistas. Los dos, sangrando y jadiando aire de lo cansado, terminan la pelea; se declara empate. Al último, se dan la mano y se abrazan diciendo, ¿amigos?, ¡amigos! Todo esto fue filmado por un compañero. A pesar del pacto, alguien platicó el suceso al director; seguido de una reprensión para todos, los pleitistas fueron castigados con tres fines de semana encerrados en la secundaria; sólo salían a dormir a su casa pero regresaban temprano el domingo y ahí permanecían todo el día. Fue una pelea de honor entre amigos y compañeros.

Cuando nos castigaban en la secundaria por alguna *fechoría* hecha en clase, nos reportaban con el director o subdirector; estos tenían la costumbre de castigar de manera especial. Decían al sentenciando: *Acuéstese y haga veinte abdominales*. Otros castigos eran hacer sentadillas, recibir tres golpes en la pompas con un espadachín militar y un *desorejón*. Para los golpes, nos inclinaban y, *itómala!*, nos sorrajaban los sablazos en las nalgas; esto era humillante y dolía mucho porque era con metal con lo que nos castigaban. En el otro castigo nos hacían poner la oreja entre el pulgar y el índice en forma de letra C de nuestro verdugo quien ordenaba, *enchúfeseme aquí*; acto seguido él giraba los dedos fuertemente para dejarnos con las orejas coloradas y *calientitas*. Estos castigos también dejaron en quienes los padecimos, recuerdos indelebles. ¿Puede creerlo?

Buceo

En el año de 1964 de vez en cuando le hacíamos al buzo con visor, esnórquel y aletas de plástico. Frente de la playa El Set, a unas tres brazadas de profundidad se podían ver peces de colores en arrecifes y cuevas; una que otra langosta, pulpos y pargos entre rocas y cuevillas. No sólo en El Set, en todas las playas se observaban una amplia diversidad de especies marinas de peces, caballitos, estrellas de mar, conchas de ostiones, almeja reina, abulones, mejillones, callo de hacha, caracoles y arbolitos de mar de varios colores y formas diferentes. Frente a la playa de Los Muertos, frente al hotel Marsol u Olas Altas, a unas tres brazadas de profundidad, se podían observar sobre la arena los grandes abanicos del callo de hacha con las conchas entre abiertas.

El callo de hacha se saca introduciendo, con mucho cuidado, un gancho de alambre doblado con la punta curva, antes de que la concha se cierre; una

vez introducido en la concha, se gira el gancho a modo de crear un tope; cuando el callo se cierra, la concha se rompe; ya rota la concha, se jala hacia arriba; así salen los callos cuyas conchas forman un abanico de unos 45° a partir de una punta estrecha. En tierra se abren las conchas con un cuchillo filoso; el callo, de forma de frijol grande y grueso, se desprende de esta forma de la concha. Ya limpio y eviscerado, se aplica sal, limón, chilito verde en tostadas y, *ipa' adentro!* La textura es entre suave y dura, deliciosa y fresca al paladar. *¡Santo cielo, que maravilla de bocado!* Con este producto teníamos grandes banquetes.

Para la pesca de otros mariscos, hacíamos algo similar a la pesca de callo de hacha. Las conchas de ostión se desprenden de las rocas con una barra pequeña de fierro. La lapa se puede desprender hasta con una piedra; pero es necesario sorprender al molusco y golpear la concha antes de que se adhiera a la roca; una vez adherido, sólo quebrando la concha se suelta del sustrato. Anduve más de una vez en compañía de *El Pipis* Felipe Guerra —buzo y pescador de gran experiencia—, con mi hermano Juan en la pesca de langosta, allá por Los Arcos, cerca de Mismaloya. Para sacar langosta, se fija con piola teñida con pigmento de mangle rojo, un anzuelo del número diez, no muy grande, no muy chico, en uno de los extremos de un pedazo de varilla; el otro extremo de la varilla lleva también piola para dar más agarre. Hay que sumergirse para sacarlas de cuevas medianas y de la sombra de las rocas. Siempre sacamos buen número; mi hermano y su amigo *El Pipis*, solían llevar un costal repleto. Una vez en el fondo donde localizamos varias langostas; mi hermano hizo un movimiento brusco de brazos; una de ellas reaccionó y se abalanzó sobre mí para defenderse con las puntiagudas antenas. Yo interpuise las manos y sin protección, la capturé viva por la cola. No salí ileso; las picaduras de las espinas fueron muy dolorosas.

Ese día capturamos varias y las preparamos sancochadas a la plancha, con ajo, sal, pimienta, mantequilla y aceite de oliva; acompañamos el manjar con una guarnición de verduras, arroz y rodajas de pan con ajo. Mi madre Luz ha sido buena cocinera de mariscos; es un placer comer lo que ella prepara²⁷.

27 Nuestra nana Herlinda también cocinaba para la cena pescados fritos a la cazuela acompañados con frijolitos y tortillas doradas al carbón.

Personajes en la secundaria

Las vivencias de la escuela secundaria de excursiones, peleas, castigos, noviazgos, desfiles navales, banda de guerra, equipo de fútbol, partidos de beisbol, basquetbol y el estudio mismo, dejaron en nuestra generación, bonitos recuerdos. Yo participé casi en todo lo que se organizaba. En la clase de canto y baile, fui seleccionado por mi facilidad para ejecutar diversos tipos de movimientos con pies, cadera y manos. Daniel Lechón y su esposa Malena de Lechón, organizaron un grupo de baile con muchachos de nuestro grupo.

En ese grupo de baile, sobresalía entre las muchachas Carmen Robles. También estaban José Luis Batista Chávez, Juana Rosales, Alfonso Curiel Álvarez†, Luz Torres Cortés, Carmelita Gómez, Mariquita Torres Cortés, Coty Ulloa, Lucinda Flippen, Araceli Cázares, Gloria Romero, Xóchitl Díaz Santos, Lorenzo García, Steven Bridman, Daniel Gutson, Pedro Bravo Ruiz† —a la postre maestro de secundaria y preparatoria en Puerto Vallarta y padre de Francisco Javier Bravo Carvajal, ex presidente municipal de Puerto Vallarta—, José Luis Niño Rodríguez y Rogelio Moll Contreras.



Fotografía 87. Fotografía de *Vallarta Opina La Razón* que mencionaba a Alfonso Curiel Álvarez, con gran auge social en el Puerto Vallarta de 1980.



Fotografía 88. De izquierda a derecha, Carmelita Robles, José Luis Batista, Luz Torres, Alfonso Curiel, Mariquita Torres y Rogelio Moll. Auditorio de la EN 49. Puerto Vallarta, Jalisco, 1964.





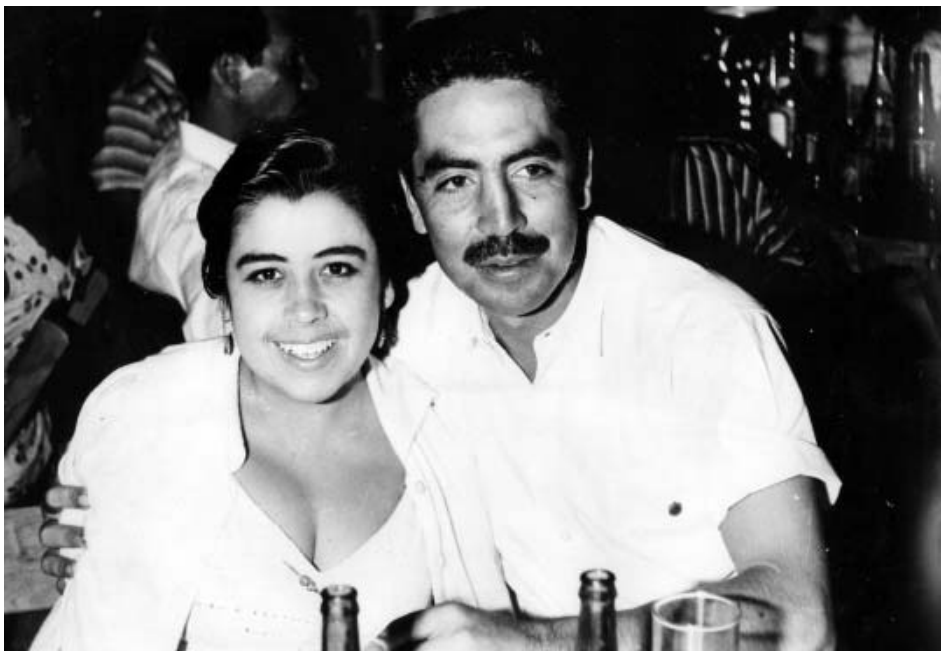
Fotografía 90. Fila superior, de izquierda a derecha: José Luis Niño Rodríguez, Lorenzo García, Pedro Bravo Ruíz. Abajo, José Luis Batista y Alfonso Curiel. Puerto Vallarta, Jalisco, 1965.

Fotografía 89. Grupo bailable de la secundaria ETI 49. Fila de abajo, de izquierda a derecha, Elvira Murillo, Steven Bridman, Carmelita Robles, Daniel Gutson, Araceli Cázares, Alfonso† y su hermana Hilda Curiel Álvarez y Lupillo González. En la fila de en medio, *La Pitica* Robles, José Luis Batista, Georgina Rodríguez, Rogelio Moll, Margarita Guillén, Lorenzo García, Luz y Mariquita Torres. Atrás: *Chalo* Nuño y Juan José Espinoza Garibaldi. En la fila superior, Coty Ulloa, Nacho Palomera†, el maestro Carlos Munguía Fregoso† (prefecto escolar), el subdirector Guillermo Gastelu Baturoni, la maestra Malena de Lechón y José Luis Niño Rodríguez. Puerto Vallarta, Jalisco, 1965. (*página anterior abajo*)

Nuestro grupo ejecutaba todo tipo de bailes regionales de varios estados de la República; eran frecuentes *El Piri*, *La Danza del Venado*, *El Jarabe Tapatío*, la *Danza de los viejitos* y redovas del norte de la República. También, cantábamos la *Sandunga*, *Adelita* y otras. Hacíamos nuestro *show* en el auditorio de la secundaria; pero dimos funciones abiertas al público y fuimos invitados a presentar nuestro número en hoteles de Vallarta en algún evento importante.

Los esposos Lechón

La maestra María Elena Rosalina López y Rivera Cobs, mejor conocida como Malena entre sus amigos, es originaria del Distrito Federal; estudió en la Universidad Nacional Autónoma de México la carrera de Pintura y Artes Plásticas. Llegó a Puerto Vallarta en 1958, ya casada con Daniel Lechón. Impartió clases en la escuela secundaria Constitución de forma honorífica y luego en la ETI 49. Vivió aproximadamente diez años en Puerto Vallarta y luego emigró,



Fotografía 91. Maestra María Elena Rosalina López y Rivera Cobs, esposa del pintor Jorge Daniel Lechón Vargas en la clausura del torneo de pesca. Puerto Vallarta, Jalisco, 1964.

por motivos familiares, al Distrito Federal. Allá estuvo trabajando en la Secretaría de Educación Pública (SEP) en Bellas Artes. Se jubiló en 1969. Ya jubilada regresó por algunos días a Vallarta para saludar a ex alumnos y amigos. Actualmente radica en la ciudad de Tepic, Nayarit, en compañía de su hija. Tuvo una hija, Elena Lechón López *Lenis*, doctora ginecóloga que radica en la ciudad de Tepic, Nayarit. *Lenis* tuvo a *Andrea*, ingeniera ambiental y a *Héctor*, piloto aviador y paramédico; trabaja en el departamento de Bomberos en la ciudad de Tepic, Nayarit. *Malena*, pionera en Puerto Vallarta de educación artística, fue muy querida por el alumnado de aquella época de este puerto.

En cuanto a *Daniel Lechón*, podemos considerar que su obra marca un parteaguas en las artes plásticas de Puerto Vallarta. Su estilo es a base de lapicera, crayón especial y conte. En el año de 2011, *Lenis* organizó un reconocimiento público para *Daniel* en la Biblioteca los Mangos de Puerto Vallarta. En ese evento, él expuso algunas pinturas originales. Estuvieron presentes muchos vallartenses de la vieja cepa.

Desde aquí, deseo manifestar que la presencia y calidad del trabajo de los *Lechón*, dejó memoria imperecedera en este Puerto. Regresen cuando puedan, esta es su casa. Con el transcurso de los años los *Lechón* se separaron. En la actualidad él vive en Houston, Texas; ella en Tepic, Nayarit, con su hija.



6. Preparatoria -1965-1968-

Estudios y trabajos familiares

Cuando egresé en 1965 de la escuela secundaria, a la edad de 16 años, en Puerto Vallarta no se ofertaba el nivel de preparatoria. Quienes querían y podían estudiar, era necesario salir a Guadalajara, Tepic o ciudad de México. Esta decisión planteaba preguntas a nuestros padres de con qué recursos económicos solventarían gastos de vivienda, alimentos, estudios, pasajes y diversión, amén de dónde y con quién hospedarse y quién vigilaría nuestro desempeño. Mis hermanos y yo, salimos a estudiar fuera del puerto. Aún hoy, no me explico cómo mis padres mantuvieron nuestros estudios, cuatro en Guadalajara y uno en el Distrito Federal.

Desarrollo de Vallarta

La transformación del paisaje de Vallarta fue inevitable. Uno de los primeros rasgos de un nuevo y pintoresco rostro fueron, por el sur, las casas edificadas en la rivera del río Cuale y cerros circunvecinos, desde el puente del río hasta El Palito Verde y Las Canoas —primera zona residencial llamada *Gringo Gulch*—; por el norte, la casa Kimberley de Elizabeth Taylor y Richard Burton²⁸.

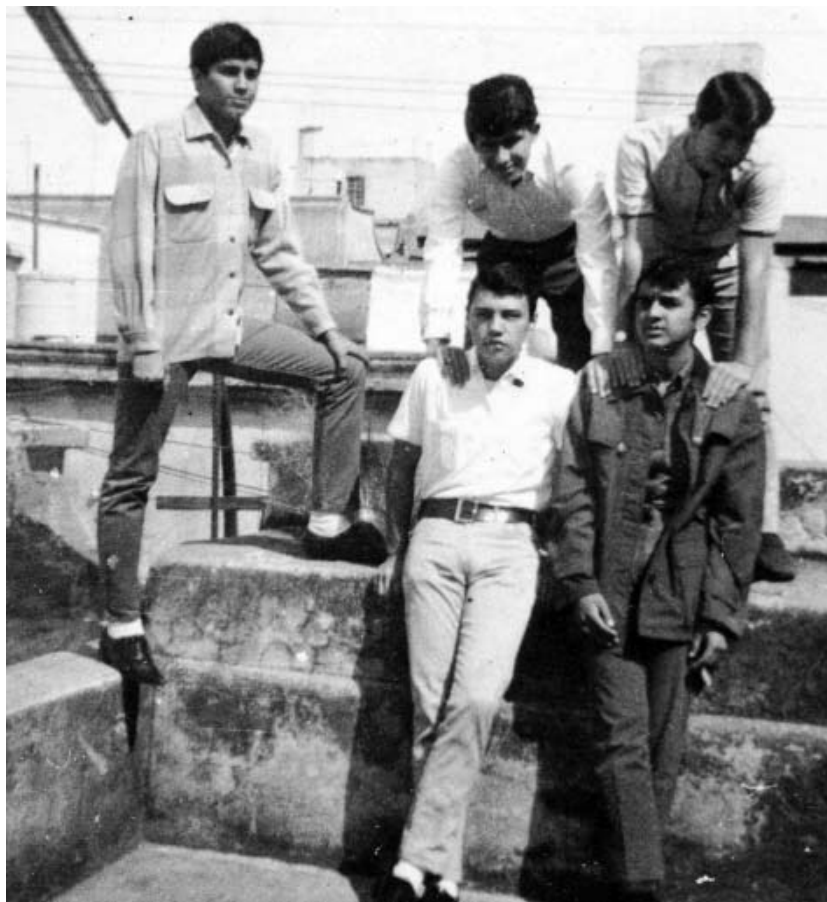
28 Estos personajes dieron gran auge turístico a Puerto Vallarta en las décadas de 1960, 1970 y 1980. Richard Burton participó en 1963 en la filmación de la película *La noche de la iguana*, protagonizada además por Ava Gardner, Deborah Kerr y Sue Lyon dirigida por John Huston. Para filmar la película, se superaron muchas dificultades técnicas y logísticas; una fue el traslado desde Puerto Vallarta a Boca de Mismaloya, cuando no había carretera, a turistas, artistas de varios países, técnicos y periodistas; otra similar fue llevar equipos, cámara de filmación, mobiliario, materiales de construcción, vestuario y más. La solución fue construir grandes barcas *ex profeso* para ello.



Fotografía 92. Rogelio Moll Contreras con Benigna Rosales.
Baile de fin de año escolar en el Club de Leones. Puerto Vallarta, Jalisco, 1965.



Fotografía 93. En vacaciones de verano, la *palomilla* de amigos. De izquierda a derecha:
Rogelio Moll, Roberto Ulloa, Alfonso Curiel, José Luis Batista y Alfonso Ceballos.
Plaza Aquiles Serdán, Puerto Vallarta, Jalisco, 1965.



Fotografía 94. Estudiantes en la casa de asistencia de Guadalajara, Benjamín Peña Ríos, Mario Dávalos Villanueva, Rogelio Moll, abajo Fernando Solórzano, Benjamín Gómez Bernal. Guadalajara, Jalisco, 1965.

En la década de 1960, Puerto Vallarta experimentó notable desarrollo estructural²⁹, vial, manufacturero, artesanal y marítimo; aparecieron complejos turísticos internacionales y hoteleros; la infraestructura vial inicia con la carretera Guadalajara-Puerto Vallarta, vía Compostela, Nayarit.

Las primeras vías terrestres eran de terracería. Un transporte popular de aquellos tiempos, fueron las «composteleñas», camionetas abiertas con

29 El Ing. Guillermo Wulff contribuyó de manera notable a la obra constructiva de Vallarta y dio gran difusión en los años mozos del Puerto.

bancas horizontales para los pasajeros. El tiempo de traslado de Guadalajara a Vallarta viajando por la sierra, con escala en Compostela, era de 12 horas. En la época de secas, uno llegaba a su destino igual que un polvorón de pan —o maquillado en salón de belleza—, con cejas, pestañas y aun el rostro empolvado con tierra blanca. En tiempos de lluvia, era necesario equipar las llantas traseras de doble redila, con cadenas para evitar que se derraparan o atascaran en pendientes cubiertas de barro mojado y caminos lodosos. Para ir a Guadalajara o llegar de allá a Puerto Vallarta, pasábamos grandes odiseas.

Con el tiempo se construyó un tramo pavimentado de 7 km de largo, que iba desde el centro de Vallarta al aeropuerto. El mismo aeropuerto, a través del tiempo experimentó modificaciones en el diseño y estructura; el que vemos en el presente, con capacidad para recibir vuelos internacionales, en nada se asemeja con el original.

La infraestructura material tuvo desarrollo lento y limitado en un principio. En el año de 1965 Vallarta no contaba con tecnologías ni mano de obra calificada. Esa fue época de capacitación técnica y profesional para muchos vallartenses; pero, al no tener siquiera el nivel de preparatoria, los estudios tenían que realizarse en Guadalajara o México, D.F. Salir a estudiar fuera de Vallarta, implicaba que los gastos de manutención, traslado, insumos escolares y colegiaturas eran muy altos; en consecuencia, esa fue limitante en la preparación de varios de mis amigos.



Fotografía 95. *Composteleña*, camioneta de pasajeros. Plaza de armas Aquiles Serdán, Puerto Vallarta, Jalisco, 1965.



Fotografía 96. Inauguración de la carretera Compostela-Puerto Vallarta por el presidente de la República Lic. Gustavo Díaz Ordaz, presente el gobernador de Jalisco Lic. Francisco Medina Ascencio y el presidente municipal de Puerto Vallarta C. José Vázquez Galván. Agosto de 1970.

El progreso lento a mediados de la década de 1960, obedece en parte a la carencia de medios materiales y talentos humanos en tecnología y manufactura. Tampoco había empresarios vallartenses con solvencia económica para impulsar desarrollos inmobiliarios y de infraestructura hotelera. La escasez de equipos, técnicos y profesionales, con nivel alto de calificación fue a la par con la producción de alimentos; era necesario importar de Guadalajara, Tepic y la ciudad de México³⁰, un porcentaje cercano al cien por ciento de lo que se consumía en Vallarta, incluyendo verduras, leche, carne, huevo, bebidas embotelladas, azúcar, café y conservas —la lista de insumos es inmensa.

Industria del vestido

Se puede decir que los años de 1960, fue la década de oro en la industria del vestido; tuvieron auge las telas de manta —la mayoría fabricada en México,

30 Esta sigue siendo una realidad contemporánea aún en pescados y mariscos. La economía de Puerto Vallarta es muy vulnerable porque depende única y exclusivamente del turismo.

D.F. y Puebla—, estampadas de varios colores, para la manufactura de prendas de vestir; se empleaba mano de obra local para bordar prendas hermosas con amplia diversidad de diseños y colores que gustaban a turistas que nos visitaban. Mi madre fue pionera de la industria del vestido de bordado a mano; inició esta actividad en el año de 1956 empleando hilos de color rosa mexicano, morado, blanco, rojo, azul, negro, amarillo, buganvilia y verde; para dar más brillo y realce a los colores, algunas prendas se confeccionaban con chaquira y lentejuela. Esta actividad dio fortaleza a la economía de familias vallartenses; amas de casa, sin salir de su hogar, bordaron con delicadeza y esmero flores, mariposas, aves marinas y terrestres, peces y hasta paisajes



Fotografía 97.
Luz Contreras
Montes de Oca y su
hijo, de un año, Julio
Moll Contreras,
pionera de la industria
del vestido artesanal.
Puerto Vallarta,
Jalisco, 1945.

cotidianos en blusas, vestidos, faldas, camisas y pantalones que eran del gusto de los turistas. Mucha gente vivía de la artesanía del bordado a mano.

La escuela 15 de Mayo para niñas, tenían en la currícula la materia de manualidades; era parte de la enseñanza de las escolares, llevar talleres de bordados a mano, costura, corte y confección. De esta capacitación viene la destreza de amas de casa para elaborar prendas de vestir.

Siguiendo el ejemplo de mi madre, surgieron posteriormente otras empresarias de las prendas confeccionadas a mano entre las que destacan Rodelinda Pérez, Yolanda Contreras de Garduño, Nelly de Wulff y Carmen Emma Carrillo Peña. Ellas también triunfaron en esta actividad dando empleo a mujeres vallartenses y contribuyeron a dar un rasgo típico a Puerto Vallarta.



Fotografía 98.
Mi madre Luz
Contreras el día que
cumplió 90 años, 27
de noviembre de 2012.

Vía Marítima

Maíz, frijol, azúcar, sal y muchos otros productos llegaban por barco a Vallarta vía Manzanillo, Colima. En tanto que no había muelle ni atracadero, los barcos fondeaban a distancia moderada de la playa. La carga se trasladaba desde ahí al pueblo, bajando cada bulto con grúa desde el barco a canoas, hechas de troncos de huanacaxtle por artesanos regionales. El sitio de carga y descarga de mercancías estaba a lado del hotel Rosita. Ahí estaban unos almacenes donde se guardaban diversos productos. En donde hoy está la joyería El Diamante, en las calles Díaz Ordaz y 31 de Octubre, llegaban camiones con toneladas de productos empacados en costales; la labor de carga y descarga, barco-canoas de remo-bodegas-camiones y viceversa, la realizaban estibadores llevando a espaldas fardos y costales ordenados por categorías.

En el año de 1924 se fundó la Asociación de Cargadores Estibadores de la CROM³¹. La primera mesa directiva estuvo integrada por Arturo Gómez Sánchez, delegado general; Lino Mercado y Apolonio Robles, secretarios; José Chavarín Ruiz, tesorero y Vicente Palacios, actas y acuerdos.

Una típica cuadrilla de jornaleros que cargaban el maíz desde los almacenes a los camiones, estaba integrada por José Gutiérrez Vásquez *El Bombero*, Alfonso Muñoz, *El Negro* Isiordia, *El Cocho* Ramón Flores de la Rosa,

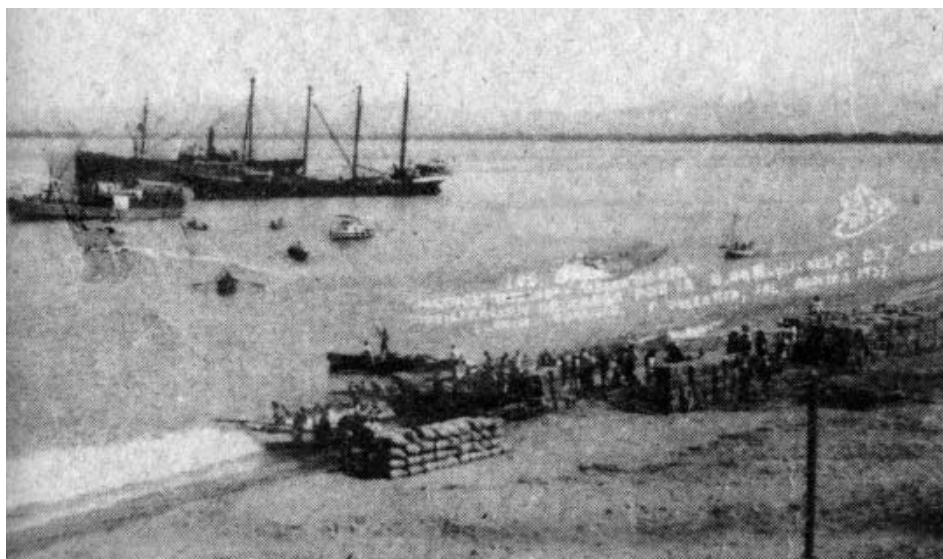


Fotografía 99. Jornaleros descargando costales de frijol y maíz de más de 80 kilos. 1980.

31 Confederación Regional Obrera Mexicana.

Lino Mercado, *Los Chantes*, Inés, *Chencho* Rubio y Darío. Marineros que cargaban los barcos desde las canoas fueron, Eligio Cruz *El Guámaro*, Chano Castellón, Ignacio García *El Jaiba*, Pedro, José Gutiérrez, *El Cascarilla*, Manuel Barajas y su hijo *Poncho*, Adán Landeros, Manuel Landeros y Salvador Gutiérrez Rizo. Estibadores que acomodaban cargas de maíz en la bodega del barco fueron, *El Viejo* Amado Parra, Julio Álvarez Tedillo *El Cuervo*, Felipe Guerra Castellón *El Pipis*, José María Delgado Hernández *El Chupimpi*³², Vicente Palacios, Eulalio Delgado Hernández, Salvador González Díaz, José Parra *El Gualevas*, Juan Ocaranza, *El Guaca*, *El Caguamo*, *El Morelos*, Rosendo Robles *El Blancas*†, Andrés Murillo *El Coconaco*, *El Pasaditas*, Manuel Rodríguez, los Carrillo, *El Gaviota*, *El Sordo*, Manuel García, Enrique Ruiz, Manuel Solís Ocampo *El Rorro*, *El Bule*, Macario y Pedro Rodríguez de la cooperativa *El Mascota*.

Nombres de algunos de los barcos que arribaban del puerto de Manzanillo, Colima a Puerto Vallarta, Jalisco son: *Corrigan IV* de 400 toneladas; *Ensenada* de 350 toneladas; *Hermosillo* de 350 toneladas; *Anita* de 250 tonela-



Fotografía 100. Carga y descarga de mercancía de los grandes barcos que arribaban a Puerto Vallarta por la calle 31 de Octubre a un lado del hotel Rosita. 1937.

32 Los nombres de estibadores, organización de jornadas, nombre y tonelaje de los barcos, es una contribución de mi amigo José María Delgado Hernández, *El Chupimpi*.



Fotografía 101. Inspiración marinera. 1983.

das; *Tuxtla* de 300 toneladas —éste era un tipo de yate grande de vela—; *Sinaloa* de 2,000 toneladas y *Caribe* de 2,500 toneladas.

Donde hoy está el negocio de hamburguesas McDonald's al inicio del malecón, estaba la gasolinera Gutiérrez y en la planta alta de la misma daba consulta dental el doctor Nuño; en el principio norte del malecón se encontraban oficinas de renta de embarcaciones deportivas de pesca; un poco más hacia el poniente, estaba la oficina de la aduana; a un lado del malecón, hacia la playa, era el lugar de embarcadero de mercancía de los estibadores³³.

En 1964, antes de cambiar de adscripción a Matamoros, Tamaulipas, mi padre³⁴ se hizo cargo de una empresa marítima privada. Desempeñó ese puesto por 6 meses; durante ésta gestión, llegaron a Vallarta barcos de gran calado procedentes de la Unión Americana, trayendo turismo internacional. La ruta era Los Cabos San Lucas, Mazatlán, Puerto Vallarta y Acapulco. Tiempo después aparecieron los transbordadores que cubrían la ruta Puerto Va-

33 Los estibadores, empero de cuerpo fuerte y musculoso, quedaban exhaustos al término de una jornada de trabajo; podían cargar sacos de maíz de más de 80 kilogramos de peso en sus espaldas; durante un día de trabajo, su quehacer parecía un hilo de hormigas trabajadoras. La escena se repetía cada vez que llegaba un barco de carga a Vallarta.

34 En Matamoros, Tamaulipas continuó con el puesto de capitán de Puerto.

llarta - Mazatlán - Los Cabos, para turismo nacional, internacional y de negocios —la oferta era viajar con el automóvil propio en el transbordador; la ruta no se mantuvo mucho tiempo.

Transporte terrestre

Medios de transporte terrestre dominantes para carga y pasajeros siguen siendo hasta la fecha, ómnibus, camión de redilas torton y tráiler. En Vallarta, uno de los primeros transportistas fue Sánchez Barcelata; siguieron las compañías particulares DHL, Estafeta, Ómnibus de Oriente, Autotransportes del Pacífico y Ómnibus de México. El abasto de gasolina del Vallarta de los años 60 —los usuarios eran automóviles particulares, taxis, camiones y camionetas de pasajeros, entre ellos las composteleñas—, era transportada en pipas desde Tepic, a las gasolineras de Solórzano y Gutiérrez; el mismo sistema funcionaba con el diesel para embarcaciones de pescadores y lanchas deportivas.

Aviación

Una vez, platicando con mi madre Luz, al ver fotos de sus años mozos pregunté: *¿Eran estos los primeros aviadores que venían a Vallarta y que aterrizaban en Olas Altas?* Ella, contestó: *¡No!, antes de ellos venían otros aviadores cuyos nombres no recuerdo.*

La aviación de los años 30 surgió primero con los hermanos McCormick. Ellos volaban avionetas pequeñas; no existían aeropuertos; el aterrizaje se daba en un campo de terracería localizado en la zona en donde hoy está una plaza y un estacionamiento en la colonia Emiliano Zapata, cerca de las playas Olas Altas y Los Muertos; posteriormente, la *pista* cambió a la zona llamada *Pa' lo Seco* en la Vena Santa María; por último, en 1956, se trazó el aeropuerto internacional de la ciudad de Puerto Vallarta por la salida a la carretera a Tepic; éste ha experimentado toda clase de cambios en 1962, 1966, 1970 y 2008.

El turista que llegaba a Vallarta en aquellos tiempos tenía poder económico alto; venían gente muy adinerada en avionetas privadas de Estados Unidos y Canadá a disfrutar del ambiente y de los recursos naturales maravillosos de este puerto —uno de esos visitantes era la familia Wilson que tenía residencia en Conchas Chinas; tenían hijas hermosas, amigas nuestras con quien

Fotografía 102. Luz Mercedes Contreras a los 15 años, en el avión del piloto McCormick, aeropuerto Olas Altas en el año 1937.



Fotografía 103. Luz Mercedes Contreras a los 15 años de edad, con el piloto aviador McCormick y su acompañante de vuelo en la tienda de miscelánea de Fernando Romero por la calle Juárez e Independencia en el año 1937.





Fotografía 104. Primeros personajes de Correos de México; al frente mano izquierda sentado José Vázquez Galván jefe de correos, sus ayudantes Genarito y Cibrián. Parados Andrés Famanía jefe de la aduana, Pedro García cartero y personajes Lorenzo Godínez y Arturo Dávalos. Puerto Vallarta, Jalisco. 1953.

salíamos a divertirnos. El correo utilizó también el avión como medio de transporte para hacernos llegar cartas de todo el mundo.

Despegue de Vallarta

El despegue de Puerto Vallarta a nivel internacional comenzó cuando terminé la secundaria en el año 1965; indicadores son la película *La noche de la iguana*; pavimentación de la carretera Guadalajara - Puerto Vallarta vía Compostela; aeropuerto internacional; hoteles Camino Real, Posadas Vallarta, Hacienda del Lobo, Playa de Oro, Holiday Inn, Fiesta Americana, Qualton, Sheraton y Rosita; supermercado Gutiérrez Rizo; Marina Vallarta, y Nuevo Vallarta.

El periodo de gestión del Lic. Francisco Medina Ascencio de 1965 a 1971 como gobernador de Jalisco, fue clave en desarrollo de Puerto Vallarta. Las décadas de 1970 y 1980 fueron de auge y progreso para Puerto Vallarta; apa-

recieron grandes residencias, primero las de *Gringo Gulch* seguidas de las de la zona de Conchas Chinas; los torneos de pez vela y marlín, organizados por el Club de Pesca de Puerto Vallarta desde 1956, adquieren tintes internacionales; Club de Leones, Sociedad Femenil Vallartense, Club Rotario de Vallarta, Círculo Vallartense y otras sociedades, alcanzan su época dorada.

La prensa internacional dio especial difusión de este paraíso tropical llamado Puerto Vallarta; ser un lugar inexplorado, confería un atractivo especial al puerto. Cuando Vallarta fue recién descubierto a nivel internacional, con infraestructura y servicios por demás elementales se recibían visitantes de la clase alta y muy alta de Estados Unidos, Canadá y de Europa. Así, surgieron y proliferaron a gran velocidad, empresarios aventureros que con poco dinero multiplicaban sus inversiones en el muy corto plazo; los dólares corrían y salpicaban a pioneros visionarios; llegaron como abejas a la miel, gente del espectáculo —por ejemplo, Víctor Iturbe *El Pirulí*—, financieros y ex políticos millonarios que recorrían lugares turísticos en boga, comprando terrenos a manos llenas con el cuento de: *Es una inversión de empresarios japoneses*. De esta forma se edificaron nuevas residencias pequeñas, medianas y grandes que se ocupaban una fracción mínima del año para consumir idilios y romances con mujeres y aun hombres del extranjero. Lugares muy apreciados para las nuevas edificaciones fueron cerros en la vertiente Este de Vallarta, rivera del río Cuale y sitios frente al mar, con o sin playa.

A la par con el auge surgió un fenómeno cultural en Vallarta muy interesante, el de los *beach boys*, chicos de playa. Típicos *beach boys* fueron Beto Mantecón Montes, Felipe Palacios *El Iguano* y Pancho Lepe. Luego llegaron los acapulqueños *Tony El Seco*, *Tony Pérez*, Roberto Leyva y Jesús Sherman; más adelante surgieron *Goyo* Palacios, Adán Mantecón y Arturo Gómez *El Tigre*. Se les observaba todo el tiempo tratando de acaparar alguna *gringa*; la estrategia era ganar la confianza de ella o de los tutores ofreciendo llevarla a las mejores playas y diversiones nocturnas; me costa que todos conquistaron mujeres hermosas de cuerpos perfectos, ojos azules y cabellos dorados como las puestas de sol; todos se volvieron de la noche a la mañana expertos consejeros turísticos y masajistas. Allá por las playas de Los Muertos, La Palapa, El Set, Camino Real, El Dorado, Las Carretas y El Tropicana —las más exclusivas de esos tiempos—, los *beach boys* recomendaban a las jovencitas en proceso de conquista, que impregnaran sus cuerpos de diosas y rostros inocentes, de aceite de coco antes de asolearse o caminar por la playa; por supuesto que ellos eran los que sabían cómo aplicar el aceite en la proporción exacta y con la mejor técnica de masaje; ya que se rompía *el hielo*, los galanes se da-

ban la gran vida gastando el dinero de ellas, para que nuestras visitantes ... *descubran pequeños rincones de paraíso en donde se puede tomar la copa, cenar, bailar o simplemente caminar por la playa de noche mojándose los pies sin que importara mojarse la ropa que llevaban puesta; hacer el amor sobre la fina arena de las playas vallartenses, escasamente cubiertos por la penumbra de la noche; o nadar desnudos en el mar, siendo sólo testigos de los sucesos, luna y estrellas.*

Pero ese auge en flujo de divisas no duró para siempre. Empero, empresas del ramo turístico ya acostumbradas a ganar dinero fácil, en ausencia de visitantes de alto poder adquisitivo, decidieron aumentar precios y bajar calidad de los servicios. A finales de los ochenta comienza sentirse la ausencia del turismo internacional. Estudios y encuestas hechas a algunos extranjeros dejan en claro problemas de actitud, transas y abusos a los visitantes en la adquisición de terrenos, suites, departamentos de tiempos compartidos y casas residenciales; de forma simultánea, se pone en evidencia un trato discriminatorio de empresarios hoteleros hacia el turismo nacional. Este trato es la consecuencia en la baja del turismo nacional e internacional. Ante una notable baja en el turismo, gobiernos estatales, municipales, empresarios y políticos, promueven una campaña que difunde a Vallarta como ciudad hospitalaria. El turismo nacional empezó a llegar de nuevo salvando al destino de tiempos difíciles para hoteleros, restauranteros, centros nocturnos y bares. El trato discriminatorio no se borró por completo, pero muchos prejuicios cayeron y la atención al turismo nacional e internacional mejoró en calidad y calidez; a partir de entonces ha imperado la búsqueda permanente de servicios profesionales.



Fotografía 105. Zona Hotelera Norte de Puerto Vallarta, Jalisco, súper estructuras en el desarrollo de Vallarta perdiendo la imagen de pueblo de pescadores. 2013.

Las crisis económicas mundiales y epidemias regionales —por ejemplo, el virus de la influenza humana de 2009— que surgen cada cierto tiempo, repercuten en el turismo nacional e internacional que viene a Vallarta; en ese tipo de recesiones, los vallartenses estamos a la espera de sí llegarán acá visitantes; damos las gracias y bienvenida a todo el que llega; pero también hay empresarios y hoteleros de mente cerrada que repudia el turismo de carretera por considerarlo de segunda clase; ese tipo de empresarios esperan siempre viajeros de recursos económicos altos, de los que llegaran a Vallarta por avión, avionetas y jets particulares; esa clase de negociantes aún no comprende que el mexicano es muy esplendido, que con frecuencia gasta más en su bienestar y deja mejores propinas que los mismos extranjeros; me parece que vale la pena abrir más la mentalidad y dejar a un lado el *malinchismo*.

Visita a mi padre

Para ver a mi padre en su nueva sede, viajaba durante 13 a 14 horas en Auto-transportes del Norte; pasaba por San Juan de Los Lagos, Lagos de Moreno, San Luis Potosí, Ciudad Mante, Valles, Ciudad Victoria, San Fernando y Matamoros; ese era el recorrido que hacía en camión cada vez que tenía oportunidad; me la pasaba muy *chévere* con él; la primera vez que lo visité me llevó a las oficinas del puente internacional a que me vacunaran contra la viruela; gestionó mi *Green Card*, tarjeta verde, de residente de Matamoros, Tamaulipas, para pasar las veces que yo quisiera a Brownsville, Texas; crucé varias veces la frontera a comprar comida americana, ropa y a visitar los pueblos cercanos de San Benito, Harlingen e Isla del Padre; me la pasaba muy bien al igual que mis hermanos y hermanas cuando lo visitaban; a todos nos arregló documentos para ingresar sin problema; fueron muchas veces las que visité a mi padre desde la secundaria, la preparatoria y en la Facultad de Odontología.

Cuando estuve con él sin mis hermanos, ponía a mi disposición a un empleado diciendo: *Acompáñalo, Mario, a donde él quiera*. Mario era un excelente guía; en más de una vez, me llevó con dinero para gastar, aconsejado por mi padre «con las muchachas de la vida alegre»; tomaba cerveza y uno que otro vino para darnos ánimos y pasarla bien con las *muchachonas*. Años después, ya casado, también lo visité en compañía de mi familia, en dos ocasiones llegamos hasta San Antonio, Texas, al parque de diversiones y al acuario en donde estaba la ballena *Chamú*.

Por su cuenta, mi padre venía a Puerto Vallarta, de vez en cuando, a visitar a familia y amigos; traía por petición concreta del *otro lado*, ropa, perfumes, herramientas, chocolates, *whisky*, coñac, champaña o algún encargo personal; con esa actividad ganaba algún dinerito extra para él. En una ocasión trajimos a escondidas a Vallarta dos pistolas calibre .22 tipo escuadra —arma pequeña que se puede ocultar en las bolsas del pantalón—, dos Smith & Wesson 38 especial ligeras de las que utilizaba la policía norteamericana y dos que no recuerdo las marcas; ya en el camión de pasaje, en el kilómetro 22, pasamos por la aduana de revisión de salida de la ciudad de Matamoros. Un celador se sube al autobús y nos pregunta: *¿Qué llevan?* Muchos pasajeros, contestaron: *Nada, señor*. A punto de descender, el celador voltea, fija la vista en mí, me observa detenidamente, camina hacia mí y me pregunta con tono enérgico: *¿Qué llevas?* Yo, contesto: *Nada*, él sigue de paso; en esos momentos le habla el compañero que revisaba las maletas que no estaban selladas por la aduana de Matamoros; llaman al dueño de una de ellas y le piden que la abra; cuando lo hace, de tan atascada que estaba, se derrama la ropa que llevaba de contrabando. El celador, pregunta: *¿Qué es esto? Ropa, señor. ¿Pagó el impuesto correspondiente? No, señor*. Ese era el momento de dar mordida en dólares para que se hicieran de la *vista gorda*, 50 a 100 dólares, según el tamaño de la(s) maleta(s) —buena lana se enchalecaban los aduaneros. Yo temblando de miedo, casi me hago pipi; de hecho, nos volvieron a preguntar. Yo veía a mi padre y él muy sereno mostraba la identificación —que a todo mundo pedían. Gracias a Dios, aquella vez no revisaron nuestro equipaje; esa fue una odisea. Después de estos sustos, jamás volvimos a pasar mercancía ilegal, pero conservo esos recuerdos que revivía cuando él nos visitaba en Vallarta en el mes de noviembre con motivo de participar en los torneos de pesca.

Escuela Preparatoria No. 2

Egresé en la primera generación, 1962-1965, de la Escuela Técnica Industrial No. 49 (ETI) en Puerto Vallarta, a los 16 años de edad. Entonces partí rumbo a Guadalajara a seguir mis estudios. Los trámites para ingresar a la preparatoria incluían estudios de rayos X, tórax, sangre y psicopedagógico, amén de tener al día certificados y boletas de pagos. Aquellos eran tiempos de *El Sherezada*, *El Gordo Mora* y *El Nery*, seudoestudiantes muy mentados que querían liderar el poder estudiantil a través de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG). Ingresé a la Preparatoria No. 2 de la Universidad de

Guadalajara en el año de 1965; cursé el primer año en el edificio escolar viejo, ubicado en la calle Gómez de Mendiola. Posteriormente, nos cambiamos a un gran inmueble hecho de concreto de tres plantas, gran cantidad de salones de primera calidad, ventilados con mucha luz por sus grandes ventanales por el rumbo de Talpita. Los cursos que uno llevaba dependían de la carrera profesional futura. Tomé clases básicas de anatomía humana, diseñado para odontología, medicina o veterinaria.

Salir de Vallarta a Guadalajara fue un tiempo difícil para mí; era una etapa de mi vida rebelde y descontrolada en la que todo me parecía fácil hacer y decir; experimentaba el cambio de la pubertad a la juventud; me sentía súper hombre «me valía madre todo lo que pasara a mi alrededor». El estudio real en la preparatoria era muy poco. Con mucho tiempo libre, hacía ronda con compañeros que en realidad no conocía a fondo, muchachos de mi edad procedentes de varias partes del estado y de otros estados; entre ellos no faltaba uno que otro borracho, mariguano o *desmadrozo*. Pero con el vigor y la *pendejez* que nos daba la juventud, sentíamos que el mundo era nuestro y que todo lo que hacíamos, estaba bien.

En las vacaciones volvía a Vallarta. Me reunía con amigos de la secundaria para «agarrar la jarra» y uno que otro cigarro de *mota*; sentía que me moría de lo mareado con las cruzadas entre alcohol y mariguana. Fue un año difícil. Reprobé el año porque andaba de vago y no estudiaba —mi deporte favorito era ir al cine. Una vez mi madre me *cachó* un cigarro de *mota* en el pantalón que iba a lavar —por costumbre ella siempre vaciaba las bolsas antes de mojar la ropa—; aquella vez le llamó mucho la atención un envoltorio pequeño de olor penetrante; lo abrió y encontró medio cigarro de *mota* ya empezado queapestaba de forma concentrada a *petate quemado*. *¿Qué es esto?*, me dijo: *Sabe. ¡Cómo que sabe! ¿Qué no estás viendo lo que tienes en la bolsa de tu pantalón? Sí, mamá.*

Ella, entonces saca la «cuarta» y *tarrandán*, nada más tres chicotazos me marcó en los brazos; luego con voz pausada me habla, me da consejos: *Esto no se hace, qué vas hacer de tu vida, ¿vicioso?, ¿drogadicto?, ¿desobligado?, ¿un bueno para nada?; con esta conducta tú no eres mi hijo, yo no te di esta educación. Así que vas a dejar de hacer estas cosas y te dedicas a estudiar. Te vas ahora mismo a Guadalajara en el primer camión que salga. Sí, mamá.* Así, me despachó en el primer autobús a Guadalajara aún cuando eran mis vacaciones en Vallarta.

Mis padres no tenían buena relación de pareja en ese tiempo; me sentía desconcertado por eso; la relación dinero-bonanza de mi madre —ella gana-

ba unas diez veces más que mi padre—, con mi padre tuve mucho que ver en estos tiempos difíciles para mí. A fines del año 1964, mi padre cambió de sede de trabajo de Vallarta a Matamoros, frontera con Brownsville. Así, se separó físicamente de mi mamá durante muchos años; por causas del destino, ya no había amor entre ellos. Esa fue para mí, una etapa muy triste; eso que se suscitó, afectó mi personalidad de adulto joven. Pero por fortuna me puse las pilas; con los consejos de mi tía Estela, hermana de mi mamá, salí adelante y terminé la preparatoria. El efecto lateral del tiempo en la preparatoria, es que en el renglón de la pesca que tanto me gusta, fueron tres años perdidos; venía a Vallarta una o dos veces al año durante una semana, a lo sumo dos, y siempre estaba muy vigilado por mi madre; no salía a pescar.

El nivel preparatoria de 1966 se cursaba en dos años; pero yo lo terminé en tres por las causas suscitadas a las que agrego que reprobé la materia de anatomía humana, básica para aprobar un ciclo escolar. La materia fue tan difícil para mí, que del doctor que impartió el curso, sólo recuerdo las facciones; era de tez blanca tirando a güero, medio pecoso, no muy alto, 1.56 m de estatura, pelo güero, medio calvo, frente ancha, cejas güeras, ojos azules, nariz



Fotografía 106. Vacaciones del grupo *Los Yacarés*, Jesús Rodríguez, Rogelio Moll y José Luis Batista. Puerto Vallarta, Jalisco, 1966.



Fotografía 107. A la izquierda; Alfonso Curiel†, Rogelio Moll, Fernando Solórzano, Pedro Soto y Jaime Solórzano (fallecido el 6 de agosto de 2006). Fiesta de quince años de Ofelia Solórzano, imagen de estudiantes preparatorianos. Puerto Vallarta, Jalisco. 1967.

recta, boca no muy grande, labios no gruesos, le resaltaba ligeramente la barbilla, no mal parecido de unos cuarenta y cinco años de edad. ¡Ah! Pues por ese *inche* viejo, con una calificación de 59, me quedé otro año en la prepa. No me arrepiento; al año siguiente me inscribí de nuevo en el curso y me tocó el mismo doctor; *ahora lo veras, cabrón*, no me vas a volver a reprobar, pensé. Así fue. El maestro nos explicó el tema de huesos, músculos de la cara y aparatos más importantes del cuerpo. Casi me sabía la clase de memoria; pero además, por el año reprobado más o menos sabía lo que iba a preguntar en exámenes parciales. En el examen final del año, estudié como nunca y que paso la materia de anatomía humana con 95. El proceso me sirvió para reforzar otras materias en las que estaba un poco descontrolado; aprobé el año y pasé a segundo de prepa; todo iba muy bien; estaba listo y decidido para entrar a la Facultad de Odontología de la Universidad de Guadalajara; al terminar la prepa, mi promedio no fue muy sobresaliente; lo que me impulsó fueron las ganas de terminar la preparatoria para seguir con mi idea de estudiar para cirujano dentista.

Familia Moll Contreras

La familia Moll Contreras se integró con cinco hermanos, tres hombres y dos mujeres, Julio Antonio, Juan Roberto, Rogelio, María Blanca Nieves y Luz María Margarita.

Cuando mis papás decidieron que estudiaríamos en Guadalajara —excepto Juan que ya vivía en México y estudiaba en una escuela especial—, pensaron que deberíamos estar juntos; primero llegamos con mi tía Estela Contreras viuda de Manuel, hermana de mi mamá; mi hermano Julio ya en facultad, yo en preparatoria; posteriormente, llegaron Blanca para estudiar cultura de belleza, corte y confección y Margarita a la carrera de enfermería en la Universidad de Guadalajara. Cuando llegaron mis hermanas, rentamos una casa para aminorar gastos de asistencia; esa fue una buena decisión pues no solamente optimizamos nuestro presupuesto, sino que mi madre podía pasar algunos días con nosotros cuando venía a Guadalajara.

Blanca mi hermana, con ayuda de una muchachita para lavar, planchar y cocinar, nos hacía *pie de casa*. Estuvimos conviviendo en la misma casa tres



Fotografía 108. Familia Moll Contreras, de pie de izquierda a derecha: Luz María Margarita, Juan Roberto, Julio Antonio, María Blanca Nieves, Rogelio, sentados, Luz Mercedes Contreras Montes de Oca y Antonio Herón Moll Gil; en un evento del torneo de pesca de pez vela. Puerto Vallarta, Jalisco, 1988.

o cuatro años, hasta que terminaron los estudios Blanca y Margarita. Blanca regresó a Vallarta a ayudar a mi madre en la tienda «Luz Shop», en la elaboración de ropa para dama y caballeros³⁵. Con el apoyo de Blanca en la tienda, mi madre solía visitar a sus abastecedores de México, Puebla, León y Guadalajara para mantener y llevar a flote el negocio de la tienda de ropa. Mientras tanto, Julio y yo, a punto de concluir la carrera, regresamos a vivir con la tía Estela.

Julio Antonio

Julio Antonio, hermano mayor, fue el primero en irse a Guadalajara en compañía de amigos y compañeros, de familias conocidas de Vallarta. Llegó a una casa de asistencia de estudiantes foráneos; ahí tenía comida, ropa limpia



Fotografía 109. Antonio Herón Moll Gil mi padre, Julio Antonio el primogénito y mi madre Luz Mercedes Contreras Montes de Oca. Puerto Vallarta, Jalisco, 1945.

35 No faltaba uno que otro *jotillo* que compraba caftanes a rayas de colores rosa mexicano para vestir de noche y andar en los bares Las Margaritas, Hotel Océano, La Bota, Flamingos, El Piano Bar, Restaurante del Mar y Los Comales disfrutando de algunos tragos y ricas cenas. Estos eran centros muy exclusivos, visitados en los años setenta del Vallarta de Oro por millonarios que uno no reconocía al encontrarse con ellos.



Fotografía 110.
Ing. Julio Antonio
Moll Contreras, 1990.

y planchada por un tanto mensual. Cursó la preparatoria y la carrera de ingeniero mecánico electricista en la Universidad de Guadalajara; prestó servicio social en ciudad Camargo, Chihuahua, lugar de clima extremoso de frío, calor, viento y polvo.

Trabajó en una petroquímica como jefe de mantenimiento de planta en Petróleos Mexicanos (PEMEX); y en Guadalajara en la Cervecería Moctezuma. Posteriormente, se cambió al hotel Krystal de Puerto Vallarta como jefe de mantenimiento; ahí permaneció 6 años; fue también jefe de mantenimiento en el hotel Careyes por la Costa Alegre hacia el sur de Vallarta y en varios



Fotografía 111. Familia Moll Rivera de izquierda a derecha, Julio Antonio Moll Contreras, (niña) Camila Sandoval Moll, Mónica Moll Rivera, María Luisa Rivera Rodríguez y en el centro (niña) Ana Paola Sandoval Moll. Puerto Vallarta, Jalisco. 2009.

hoteles más; en el Ayuntamiento de Puerto Vallarta fue jefe de servicios de mantenimiento de automóviles y jefe de alumbrado público; hoy día está pensionado por el IMSS; vive en Guadalajara y trabaja en mantenimiento en el Club Atlas. María Luisa Rivera Rodríguez, esposa de mi hermano, fue ama de casa. Mientras que su hija Mónica Catalina Moll Rivera trabaja para dar sustento a la familia, ella se hacía cargo de dos hermosas nietas, Camila y Ana Paola; Mónica estudió diseño gráfico; trabajó muchos años en Liverpool en la ciudad de Aguascalientes, Tepic y Puerto Vallarta; también laboró administrando una empresa de modelos con chicas muy hermosas de todos colores y sabores aquí en Vallarta y en una agencia de automóviles.

Julio nació un 24 de julio de 1944 en Yabaros, Sonora. No es mal parecido, de tez blanca más bien tirando a güero, de mediana estatura más o menos de 1.68 m, cara ligeramente ovalada, frente regular, ojos azules, nariz semiaguileña, labios no tan gruesos, boca regular; es buen hombre, honrado, trabajador, buen hermano, buen padre, muy buen abuelo, con experiencia suficiente, para cualquier trabajo.

Juan Roberto

Juan Roberto, mi segundo hermano, nació el 7 de marzo de 1946, en Puerto Vallarta, Jalisco. Él fue, «una chucha cuerera», vago, vago, vago, pero vago como él sólo; *iah, como dio guerra a mis padres!*; tanto en la primaria como en la secundaria se «hacia la pinta»; le hacía al jugador, apostador, tahúr de cartas de póker, 21, bacará, dominó y billar. Era galán conquistador de gringas; en eso se le miraba con muy buenas güeras; no sé cómo le hacía porque de guapo no tenía nada; tal vez lo feo, aventado y pecoso era lo que le ayudaba para conquistar mujeres de todas las nacionalidades. Es de pelo lacio, cara redonda, ojos café claro, nariz recta, boca regular y pecoso, de 1.80 m de estatura.

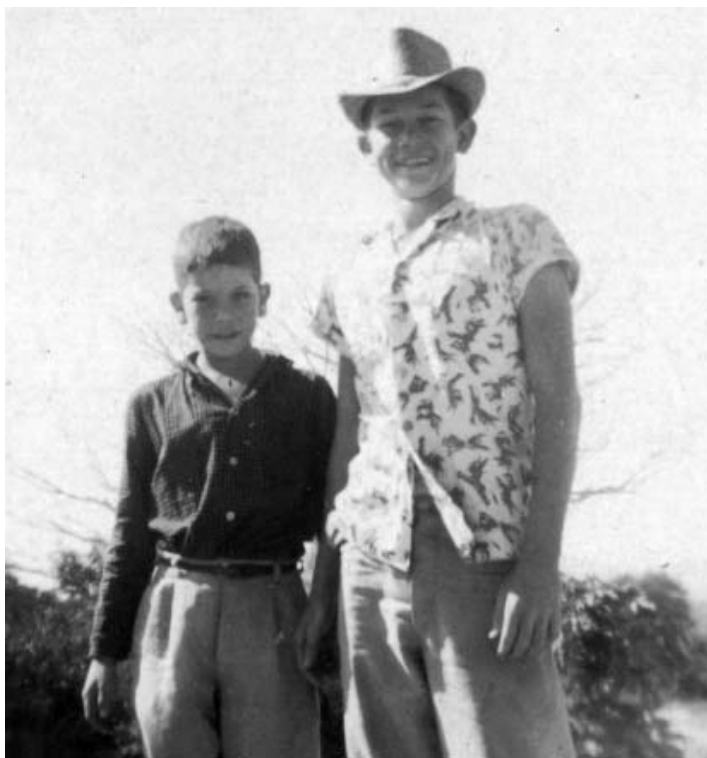
I love you, I like you eran unas de las pocas palabras que hablaba del inglés que aprendió en la secundaria; pero a señas se daba a entender. De los billares no salía; le daba *bajes* de dinero a mi madre, tomando de su bolso, ya 5, ya 10 pesos; una vez tomó 20 pesos a nuestra nana Herlinda; eso colmó a



Fotografía 112.
Juan Roberto a la edad de un año. 1947.

mis papás y fue el acabose para él; mi madre, contrariada por la mala acción, le pegó a Juan; cuando iban cinco chicotazos, mi madre empieza a llorar y se pregunta: *¿Por qué tengo que pegarle si es mi hijo?*; y que se suelta llorando más fuerte, arrepentida. Entonces los castigos no fueron golpes sino quedarse en casa; pero a él «le valía madre»; salía sin permiso y continuaba apostando y jugando billar, carambola de tres bandas y pull; sus rivales era gente que se dedicaba a jugar de apuesta, vividores del billar; después de tantas veces que lo *chingaron* fue agarrando experiencia en el billar y en las cartas a tal grado que se hizo tahúr experimentado en el manejo del taco, cartas y dominó; como dice el dicho «lo que se aprende jamás se olvida». En eso y más se divertía, excepto en la pesca como yo.

Cuando vivíamos en casa, siendo mi papá todavía capitán del puerto, en una ocasión él se puso demasiado estricto con todos nosotros; los castigos para Juan de no salir a la calle; y, dependiendo de la falta, así era la regañada; una vez, para amedrentar a Juan, mi papá, pensó en voz alta: *Ahora verás, muchacho del demonio, uno de estos días te voy a amarrar para ver si así apren-*



Fotografía 113. Época de vagos Rogelio y Juan Moll Contreras. Puerto Vallarta, Jalisco, 1959.

des a no salir sin permiso, a no tomar lo ajeno y a no faltar a la escuela. Mi hermano Juan, dijo: *No papá, no papá, ya me voy a portar bien;* pasaron algunos días y mi hermano estaba «hecho una sedita»; se portaba bien, no tomaba nada, asistía a clases, parecía un hijo modelo. Aguantó así un tiempo; luego un día no llegó a dormir; todos estaban mortificados porque no aparecía en los billares ni playa de Los Muertos, lugares que más frecuentaba.

Al día siguiente, apareció en la casa en compañía de una *güerota* de gran cuerpazo y ojos azules, pidiendo a mis padres que le dieran alojamiento a la chica porque se había quedado sin dinero y no tenía en donde dormir ni qué comer, *ándale, mamá, nada más unos dos o tres días mientras le mandan dinero sus papás,* dijo. Mi mamá aceptó que la americana se quedara en la casa mientras recibía dinero; estuvo con nosotros una semana completa; pero mi mamá nunca dejó que ella durmiera con mi hermano; le dio cama separada y la vigilaba de día y de noche —pienso que de alguna forma ambos se daban sus mañanas para hacer *cuchi cuchi* a escondidas. Esa fue una de las últimas vagancias que hizo a mis papás. En otra ocasión, de castigo por una maldad que hizo, lo encadenaron todo el día en la casa; a la fecha todavía no se le olvida aquel castigo; cuando nos reunimos en familia recordamos esos momentos tan amargos para él, pero más para mis papás quienes intentaban corregir lo que estaba mal hecho. Así, fue mi hermano Juan en su juventud.

Mis papás, preocupados por la conducta y educación de mi hermano, buscaban para él, una buena escuela en la ciudad de México. Mi madre comentó a un tal Luis Rodríguez y esposa Olga³⁶, que Juan requería de una escuela tipo militarizada diseñada para educar y corregir. El Sr. Luis sólo dijo: *Déjeme ver, Lucita.* En el siguiente viaje a Vallarta trajo el dato de una escuela militarizada en la ciudad de México llamada Escuela Latino México Americana Militarizada; ahí, se impartía educación preparatoria y profesional de militar de carrera, leyes, química, arquitectura, filosofía, artes y diseño. Aquella maravilla se localizaba en el Desierto de los Leones —vaya coincidencia del nombre y del lugar, por lo feroz que serían los profesores para domar muchachos. Mis papás no lo pensaron mucho; en pocas semanas estaba mi hermano Juan de interno en aquella escuela militarizada cursando la preparatoria. Venía una vez o dos al año; en las visitas nos platicaba que cualquier falta, por insignificante que fuera, el castigo era el calabozo y no salir los fines de semana. Con ese nivel de disciplina, Juan «fue agarrando la

36 Esta pareja surtía telas de manta de México y Puebla para la confección de vestidos bordados a mano; después de tantos años de trato, se hicieron amigos.

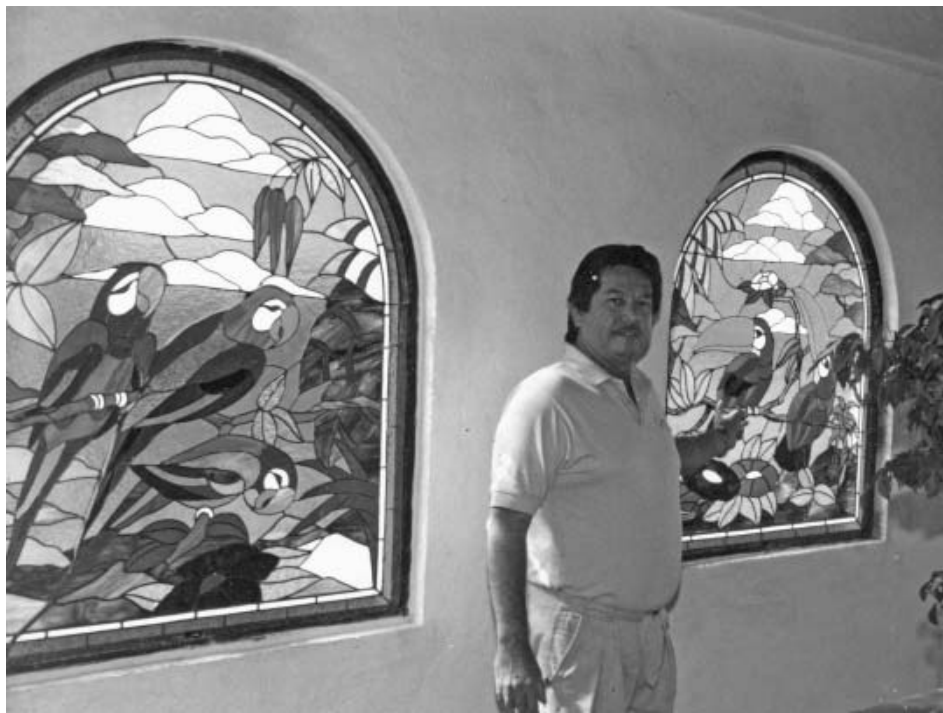
onda», meditando en los problemas que había ocasionado a mis papás. Juan estudió y terminó ahí, además de la preparatoria, artes, diseño y estampado de telas.

Cuando Juan regresó a Puerto Vallarta, se dedicó al diseño y elaboración de figuras de latón y manejo manual de vidrio horneado para dar colorido a hermosos y grandes ventanales, puertas, domos y vitrales; el vidrio que él trabajaba, daba vida y luminosidad armónica por los muchos colores y formas de flores, peces y aves en rompe vientos musicales, collares, colgijes de latón, aretes, anillos y brazaletes tipo *hippie*. Juan equipó y decoró muchas puertas de casa habitación y residencias de americanos en Puerto Vallarta; residencias de lujo, aún hoy, están adornadas de emplomados y vidrios horneados que al observarlas a través de la luz, cobran vida y dan luminosidad al lugar, destacando y enmarcando la belleza.

Los americanos llegaban al taller solicitando un diseño de Juan Moll; él demostró tener facilidad, habilidad y talento para hacer grandes obras de arte. Trabajó arduamente duramente muchos años y con el producto de ese esfuerzo, hizo una residencia familiar en la loma de un cerro en El Pitillal; la casa tiene una vista hermosa; desde allá se observa la zona hotelera de Vallarta, grandes buques de turismo, montañas y caserío de tejas rojas de barro que se pierden en el horizonte de un mar azul.



Fotografía 114. A la derecha Juan Moll Contreras y compañeros de la Escuela Latino México Americana Militarizada. México, D.F., 1966.



Fotografía 115. Artista Juan Moll Contreras con vitrales de su creación. Puerto Vallarta, Jalisco, 1985.

Casado en los años ochenta con Martha Pérez Dávalos originaria de Tepic, mujer muy tenaz, trabajaba en una empresa de bienes y raíces, ambos conformaron su futuro con trabajo. Tuvieron dos hijos, Celeste Valentina y Juan Pablo Moll Pérez; esos hijos llevan una vida de bienestar; mi sobrina, casada con el ingeniero Juan Pablo Stone, tuvo tres hijos varones, el primogénito llamado Mateo, el segundo Pablo y el tercero Jacobo. Juan Pablo Moll Pérez, mi sobrino, vive con una chica de nombre Arlín; tienen dos hijos, Santiago y Emiliano. Juan Pablo se dedica a capitanear embarcaciones; compró su yate, *El Maverick*, para independizarse de su padre, pero en ocasiones ayuda a mi hermano Juan a capitanear las embarcaciones *El Barrabas* y el *Tom Gun El Gallo*. Martha Pérez Dávalos, esposa de mi hermano, falleció de cáncer de seno hace algunos años. Años más tarde, Juan consiguió de nueva pareja a Paty Rodríguez Orozco, años más tarde se separaron.

La suerte en los negocios, trabajo tenaz y relaciones con amigos mexicanos y americanos, producen dinero, hacen que fluya el bienestar. Juan in-

Fotografía 116.

De izquierda a derecha:
Juan Pablo Moll Pérez,
Martha Pérez Dávalos y
Celeste Moll Pérez en
casa «Valentina». Puerto
Vallarta, Jalisco, 1994.



vierte en la construcción de locales para renta. A cambio del trabajo, se da vida placentera, vive bien, disfruta de viajes dentro y fuera del país; eso sí, hay que estar al pie del cañón, como dice un dicho «al ojo del amo engorda el caballo». Mi hermano siempre ha sido muy carismático con quienes trata; tiene una sonrisa muy bonachona; sus carcajadas invitan a la alegría; le gusta conversar y bromear con amigos. Ahora es toda una leyenda en la pesca deportiva; varios periodistas americanos, canadienses, ingleses y nacionales, lo buscan para escuchar las grandes experiencias de pesca de altura con marlín, atunes, guajos, gallos y velas; y de pesca chica, *ni se diga*, sabe todo sobre sierras, toros, bonitas, chulas de california, pargos, cariños, choras, sabinas, mojarra, guachinangos, lunarejas y más.

Es todólogo y viejo lobo de mar; hoy sigue siendo el capitán Juan Moll de sus embarcaciones. Desde los años 1970, renta yates de pesca deportiva. Vale la pena destacar que yo empecé con la pesca deportiva mucho antes que Juan; mientras él andaba de vago en billares y en las playas de *gringüero*, yo ya tenía callo en pesca chica y deportiva; le llevaba más experiencia; nunca me ganó en idas al río Cuale con la *palomilla* y en el mar, con mi padre. Aún así, él ahora conoce más en algunos aspectos de la pesca que yo.

Juan vive hoy en Puerto Vallarta y es socio en algunos negocios con Jeff Moll, amigo de muchos años. Jeff vive en Vallarta en un departamento en la Marina; ambas familias, conviven con frecuencia.



Fotografía 117.
Juan Roberto Moll
Contreras. Puerto
Vallarta, Jalisco, 1994.



Fotografía 118. Familia Stone Moll. De izquierda a derecha, Juan Pablo Stone Moll, Juan Pablo Stone Mexía, Celeste Valentina Moll Pérez, Jacobo Stone Moll y Mateo Stone Moll. Puerto Vallarta, 2013.



Fotografía 119. A la izquierda Paty Rodríguez antigua pareja de Juan y Joana, arriba Juan y Jeff Moll, grandes amigos casi hermanos y campeones de pez vela. Juan en el año de 1976 y Jeff en el año de 1983. Casa villa Valentina en Puerto Vallarta, Jalisco, 1993.

María Blanca Nieves

María Blanca Nieves, *La Güera* de cariño, nació en 1947, un día 27 de noviembre; es mayor que yo, tercera de la familia; casada con Guillermo Rodríguez Méndez; tuvieron dos hijas, Erika y Sonia. Erika está casada con José Elías Zermeño Rocha; ellos tuvieron a Valentina y Juan Carlos; Sonia casó con Juan Carlos Moreno Martínez; sus hijos son Daniela y José Elías. *La Güera* se divorció del esposo; hoy vive en unión libre con José Luis Pérez Dávalos —hermano de Martha Pérez Dávalos† primera mujer de Juan mi hermano. Blanca es de cara ovalada, pelo castaño, ojos café claro, nariz medio chata y labios medio gruesos, guapetona; de un corazón muy grande — aunque cuando se *encabrona* se *encabrona* y no responde ante nadie. Buena madre con sus hijas y no se diga con los nietos que adora; es buena hermana, apreciada por hijos, nietos y yernos. Te quiero mucho hermana.



Fotografía 120. Mi hermana Blanca y mi padre Antonio en sus xv años. México, D.F., 1962.



Fotografía 121. Mi sobrina Erika Rodríguez Moll en sus xv años. Puerto Vallarta, Jalisco, 1987.



Fotografía 122. Izquierda Michelle Moll y Sonia Rodríguez Moll. Puerto Vallarta, Jalisco, 1993.



Fotografía 123.
Recepción en
Mismaloya, boda de
Sonia y Juan Carlos
Moreno Martínez, 1998.

Luz María Margarita

Luz María Margarita, la más pequeña de la familia, nació un 20 de julio de 1952; es de 1.50 m de estatura, tez blanca, pelo medio quebrado, medio güero, cara redonda y bonitas facciones, ojos color de café claro, nariz recta, labios ligeramente carnosos; de niña fue siempre muy apegada a mi madre, de carácter fuerte y tesonera, siempre llevaba a cabo lo que se proponía.

Estudió en Guadalajara la carrera de enfermería en el Hospital Ferrocarril incorporado a la Universidad de Guadalajara, localizado entre las aveni-

das Washington y Niños Héroes; al término de la carrera, regresó a Puerto Vallarta a ejercer por algunos años en la Secretaría de Salud en la sede ubicada por la calle Jesús Langarica arriba del parque Hidalgo esquina con Juárez.

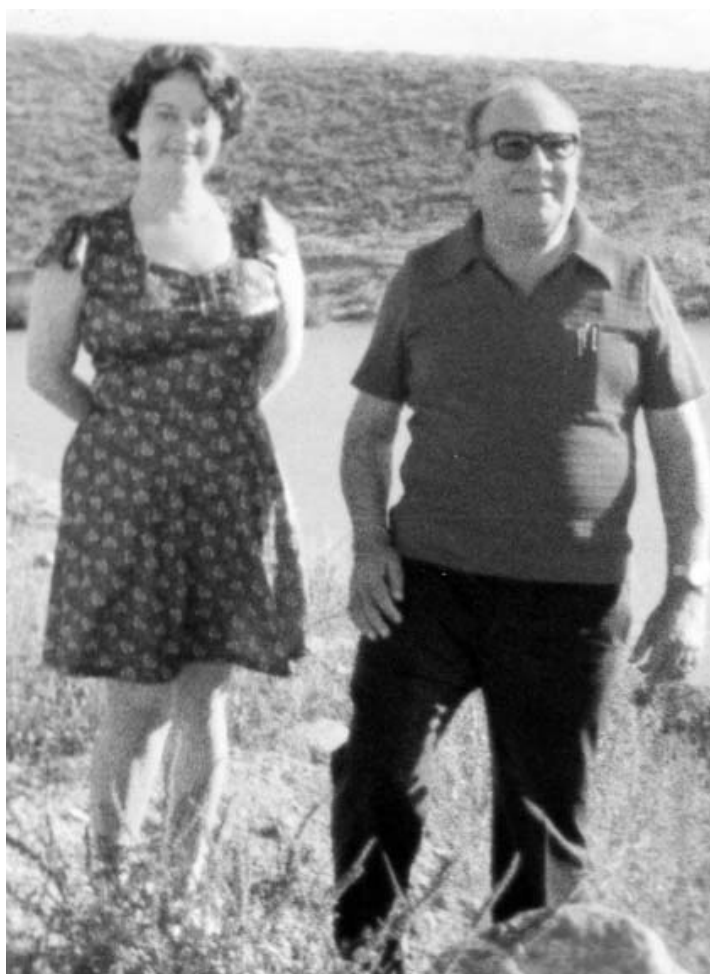
Mago es muy quisquillosa en su trabajo, observadora y franca; expresa lo que le parece mal; critica las deficiencias que observa en materiales, equipos y ambiente. Ingresó al Sector Naval con el grado de subteniente; permaneció varios años laborando para la Armada Naval aquí en Puerto Vallarta.

En la Naval, *Mago* cultivó buena amistad con el comandante del Sector Naval, contralmirante José Domínguez Guardado; éste, a la vez hizo amistad con mi madre y tuvo buena relación con mis hermanos y mi padre. Domínguez cambió de adscripción a otro Sector en Baja California. Margarita continuó la comunicación con él vía telefónica. Una vez pasó tiempo sin que Domínguez



Fotografía 124.
Antonio Moll Gil, Luz
María Margarita Moll
Contreras y Luz
Mercedes Contreras
Montes de Oca.
Entrega de título de
Enfermería en la
Universidad de
Guadalajara, 1973.

se comunicara con mi hermana; luego ella recibió la trágica noticia que había fallecido en un accidente de aviación. Viajaba en una avioneta con un doctor y el chofer de éste, cuando tuvieron una falla de motor; haciendo maniobras, Domínguez logró planear en el mar, no muy lejos de la costa pues se miraba tierra firme; lograron salir de la cabina de la avioneta con muchas dificultades; con salvavidas puestos, intentaron llegar a la costa; el contralmirante, con fractura en una pierna, hizo esfuerzo sobrehumano para salvar al doctor, pero terminaron ahogándose ambos; el chofer alcanzó a llegar a tierra nadando y narró lo ocurrido. Margarita expresó que aquél amigo dio la última pelea en el mar como todo un soldado marino que lucha por un



Fotografía 125.
Margarita Moll y
contralmirante
José Encarnación
Guardado Domínguez.
Baja California, 1977.

ideal y está dispuesto a dar la vida por un amigo. Después del accidente mi hermana renunció al trabajo de enfermera en la Armada de México sede aquí en Puerto Vallarta e ingresó al Instituto Mexicano del Seguro Social.

Mi hermana nunca dijo no a cualquier trabajo, ya de urgencias, consulta interna, ginecología o instrumentista; siempre estaba lista para cualquier servicio encomendado. Fuera de la enfermería, impartía clases de laboratorio de química y biología en la secundaria, Escuela Técnica Industrial; con el tiempo se jubiló del IMSS y de la secundaria. Hoy en día vive de sus rentitas y de la pensión; soltera ella, viaja cuando puede y con quien quiere. Buena hermana a quien quiero mucho y respeto su vida privada.



Fotografía 126. Margarita Moll Contreras y Humberto Famanía Ortega, gran amigo de la infancia, 1977.



7. Universidad y servicio social -1968-1974-

Primeros años en la Universidad de Guadalajara

La facilidad que tengo para hacer trabajos manuales y artesanales me hizo pensar en estudiar la carrera de Cirujano Dentista; tenía la convicción que al ingresar a la Facultad de Odontología no se me complicaría trabajar en la cavidad bucal. Así es que, para ingresar presenté solicitud con documentos y exámenes solicitados. En cada ciclo se integraban dos grupos de 60 alumnos cada uno, el A y el B. Ya superado el proceso, el dictamen de admitidos lleva un tiempo de espera en tanto se evaluaban infinidad de solicitudes de primer ingreso.

Cuando llegó la fecha de publicación del dictamen, grande fue mi decepción y frustración que no fui aceptado; fuimos cientos los rechazados; de todas las solicitudes de ingreso, se daban preferencia a los de Guadalajara. Esa vez fueron tantas las presiones políticas para la Universidad de Guadalajara que se integró un nuevo grupo, el famoso grupo “C”. Esa fue mi salvación y así fue como ingresé a la Facultad de Odontología; no me da pena o vergüenza por la forma de ingresar a la escuela; me siento orgulloso y agradecido con la Universidad de Guadalajara que me dio la oportunidad de estudiar y hacer de mi vida un profesionalista universitario. ¡Gracias *Alma Mater!* La facultad se localizaba por el Boulevard Tlaquepaque, por la carretera vieja hacia el pueblo del mismo nombre. Ahí cursé el primer y segundo grado de odontología.

Fuimos un grupo muy unido, estudioso durante toda la carrera; los maestros de la generación 1968-1973 hablaban bien de los alumnos; expresaban que éramos «buen grupo», estudioso y dedicado, constante en trabajos de laboratorio y clase; esos comentarios estimulaba nuestro desempeño. ¡Ah!, pero todo el que ingresaba a cualquier facultad de la Universidad de Guada-

lajara, era rapado de coco y calificado de *grajo*; el que no se rapaba por cuenta propia, los estudiantes de grados superiores lo pelaban a la fuerza. El primer año en la facultad nos distinguíamos de los grupos de segundo a quinto no tanto por lo estudioso, sino por lo pelón de la cabeza durante unos seis meses.

Los estudiantes de segundo a quinto, recibían a los alumnos de primero con una comida. La fiesta se financiaba con rifas y aportaciones forzadas en dinero que hacían los grajos para música y baile; participaba toda la facultad, incluyendo maestros; ese día además se jugaba un futbolito; por la noche se entregaban trofeos a los ganadores del primero al tercer lugar a equipos femenil, varonil, de maestros y a campeones goleadores; nuestro grupo "C" sobresalió siempre en lo deportivo.



Fotografía 127. A la izquierda Fernando Moreno Casillas, Sergio del Hoyo Rosales, Rogelio Moll, René Reyes Salazar *El Ronco* y Guillermo Bracamontes Campoy amigos y compañeros de grupo y generación. Playa de Melaque, Jalisco, 1968.

La primera recepción nos dieron de comer tacos de canasta; venían adornados con repollo, salsa enchilocita de tomate verde, aguacate y pepino; grajos y maestros disfrutamos aquella vianda; tomamos refrescos; más de algunos, cerveza y vino; parecía un ambiente de sana convivencia entre alumnos y maestros. Ya entrada la tarde y concluida la entrega de trofeos a nuestro grupo campeón —habían pasado a lo sumo unas tres horas de agasajo y música—, cuando empecé a sentir unos retortijones de estómago y urgencia de ir al baño de inmediato; pues ándale Rogelio, *¡corre!*; en cuanto llegué evacué el estómago con diarrea incontenible. Decidí dar por terminada mi participación en el evento y escapé a la casa de asistencia con mi tía Estela, por la calle de Vidrio; fue todo el fin de semana de malestar y evacuaciones continuas. El siguiente lunes de clase nos enteramos que habíamos enfermado la mayoría de alumnos de primer ingreso y muchos maestros; fue algo



Fotografía 128. Equipo de futbol en la Facultad de Odontología, grupo “C”; en la línea de abajo René Reyes Salazar, *El Ronco*; Agustín Melo Austria; Enrique González González, *Alain de Lon*; Tere Betancourt; Francisco Rubio; Carlos Breceda Acosta; Sergio del Hoyo Rosales, *La Torta*; Manuel Ceballos Ramos, *El Perro*; Manuel Tovar Martínez; en la línea superior, Ignacio Moreno Espinoza; Guillermo Bracamontes Campoy; Rogelio Moll y mi novia Olga Elizabeth Rubio Silva, *La Gogui*; Juan Camilo Sánchez; Salvador Valerio Suárez; *El Negro* Javier Vargas; Fernando Moreno Casillas; Eliezer García López; y Luis Pérez. Guadalajara, Jalisco, 1972.



Fotografía 129. Participantes en el futbolito, Facultad de Odontología, UdeG; en la parte inferior Francisco, Norberta, Chayito Rodríguez, Sonia, Cristina Juárez Albarrán, Paty Flores Urzúa, Roberto Ramírez; en la parte superior, René Reyes, Rogelio Moll, Héctor Noriega, María, Manuel Tovar, Tere Betancourt, Carolina Haro, Silvia López, Alejandra Camacho Muñoz y Miguel Chávez Anaya. 1973.

muy desagradable. Así me sucedió aquella experiencia de los futbolitos en la escuela de odontología. Con el tiempo supe que la comida se contaminaba a propósito; año con año se aplicaba la misma receta a los alumnos de primer ingreso. Hasta la fecha se conserva la tradición completa, futbolito, baile y comida.

El primer año en la facultad fue de mucho estudio, pesado por las materias básicas de Anatomía humana, Fisiología, Química y Patología bucal, materias que es necesario aprobar a como diera lugar. No tuve gran problema en Anatomía humana; el catedrático fue Octavio Lepe Oliva, maestro de la Universidad de Guadalajara, gran médico gastroenterólogo, fallecido en enero de 2011. La teoría y laboratorio de Química la llevamos en la Facultad de Medicina; el doctor que impartía la clase empleaba mucha teoría con infinidad de fórmulas complejas; era muy estricto y se decía que estaba medio loco con tantas fórmulas que aplicaba. En Fisiología acudíamos también a los laboratorios de medicina; ahí descuartizamos ranas y observamos reflejos y movimientos; la clase la impartía Alicia Hernández, hermana del doctor Abel Hernández.

Años difíciles en la facultad

Conforme avanzaba el primer semestre, tenía dificultad para mantener el promedio en algunas materias, una fue Patología bucal. Llevaba la clase tres veces a la semana; la maestra siempre preguntaba: *A ver, mis muchachitos, ¿estudiaron mi clase?* Todo el salón se quedaba en silencio, nadie contestaba; ella concluía: *Eso indica que sí estudiaron, a ver, vamos a ver*, empuñando una pluma repasaba la lista de asistencia; ahí en donde callera la punta de la pluma, seleccionaba al alumno para preguntar el tema del día; lo hacía varias veces; así que todo mundo tenía que estudiar a *fuercitas*; una vez agarró de *ojeriza*³⁷ a tres compañeros, Carlos Breceda Acosta, Ignacio Moreno Espinosa y Salvador Valerio Suárez; les preguntaba diario la clase. Fue una maestra muy estricta; nos hacía estudiar a *güevo* —no había escapatoria. En el examen final reprobó más de la mitad del grupo; la mayoría pasamos en extraordinario. Le decíamos *La Güera* por el pelo pintado; era de tez blanca; falleció hace algunos años de cáncer de mama. Aun con lo exigente, la consideramos *buena onda* por la intensión que tenía hacia nosotros para que aprendiéramos su clase.

En el segundo año de la carrera se repitió la misma historia en la clase de Radiología que impartía el maestro Fernando Gómez Lee; reprobé el final; aprobé el extraordinario. En tercer año *troné* la materia de Endodoncia que impartía el Dr. Arturo Chávez Chávez; acredité en extraordinario. Esas fueron las tres materias en que fallé; más no me siento mal por esto; las pasé en un segundo intento igual que hacían otros alumnos para regularizar el plan de estudios cuando algo no marchaba bien y seguir adelante.

Me considero persona promedio; no fui *cerebrito* —lumbrera— en el estudio, pero tampoco me siento *del montón*; he sido *tesonero*; he logrado mis objetivos con esfuerzo y dedicación; en mi carrera siempre es importante estar al día; por eso llevo con frecuencia cursos, seminarios y diplomados y participo en congresos y asambleas de mi campo. Cuando me propongo a hacer algo, lo hago porque lo hago, así me cueste un gran esfuerzo. Estoy convencido que en la vida hay pocas oportunidades buenas y hay que aprovecharlas cuando se presenten; nada es gratis, lo que uno tiene, implica un costo económico y de esfuerzo personal. Hago lo que me gusta y sigo adelante; siento que se me facilita más la vida con conocimientos que pueda aplicar en diversas circunstancias; es muy bonito sentirse satisfecho de lo que se

37 Acoso permanente. Glosa del editor.

hace bien y cuando resuelves el problema de un paciente o amigo. Aunque no todos somos iguales en esta vida —los hay pobres, ricos, de clases baja, media y alta— creo que estamos regidos por nuestra conciencia y por un Dios supremo. Creo en un solo Dios, eso me inculcaron mis padres dentro de la religión católica.

Compatibilizaba estos primeros años de estudio con amigos vallartenses que estudiaban otras carreras; los frecuentaba los fines de semana para ir al cine, fútbol, beisbol, carreras de autos en la base aérea de Zapopan y Fiestas de Octubre en el Parque Agua Azul. Me gustaba salir por las noches con algún amigo que tenía carro, a conquistar una que otra chica «pues ya sabes cómo se las gasta uno; hacer al galán con las muchachas del barrio». Lo mismo hacíamos en temporadas de toros; iba con dos que tres amigos a las corridas llevando puros y bota de vino tinto colgada al hombro.

Una vez Joel Landeros nos invitó un fin de semana a Fernando Solórzano Vargas y a mí, al Carnaval que se celebraba en Autlán de la Grana, Jalisco —hoy Autlán de Navarro. Estaba en exámenes finales y tenía mucho que estudiar en la materia de Técnicas quirúrgicas con el doctor y maestro Raúl Macías Magdaleno —buen cirujano maxilofacial y muy estricto en la clase—;



Fotografía 130. Compañeros del primer semestre grupo “C” en la Facultad de Odontología de la Universidad de Guadalajara con el maestro de anatomía humana Dr. Octavio Lepe Oliva. Guadalajara, Jalisco, 1968.

me llevé el libro para estudiar; pero ándale que desde que llegamos anduvimos diario *bien cuetes*; fuimos al baile del recibimiento el viernes por la noche y la seguimos hasta las seis de la mañana del día siguiente; llegamos a la casa como *chendengues*, hasta atrás, tomando *whisky*, tequila y coñac —los amigos de Joel Landeros, tomaban sólo vinos buenos y uno de estudiante pues no dejaba pasar la oportunidad.

Dormimos únicamente tres horas; nos despertaron a las nueve para desayunar una carne con chile y frijolitos con tortillas palmeadas que nos quemaban las manos al comerlas; en eso llegó un amigo de Joel, todo desvelado y sin dormir y pone al centro de la mesa dos botellas, una de Chivas 18 años y otra de Bucanas también de 18 años; él, dice: *¿Están listos para ir al toro de once?* Fernando y yo nos miramos pensando, *que onda pues; come y síguetela curando*; yo sentía que apenas me estaba recuperando de la noche anterior pero Joel, dijo: *Vámonos ya, porque mi amigo nos está esperando, tenemos que agarrar buen lugar en la plaza de toros*; aparte del Chivas y el Bucanas, cargamos con una bota de piel llena de vino tinto para beberla en la plaza de toros, como verdaderos gachupines.

Sale el primer toro al ruedo, da la vuelta a la plaza y se para al centro, moviendo las dos patas delanteras como queriendo escarbar la tierra; yo pensé, *este sí es muy bravo*; pero no, a las primeras de cambio se lo echaron; sueltan algunas vaquillas y más toros. Mientras esto sucedía, ingeríamos *whisky* y vino tinto. Ya medios cuetes, o cuetes y medio, me dice el amigo de Joel Landeros: *¿Ya viste a Joel jineteando una vaquilla?*; yo, pregunté: *¿Dónde está Joel? Pues en el ruedo. ¿Y dónde está el ruedo? Pues allá abajo en el centro de la plaza.*

Cuando terminó la corrida pregunté: *¿Y ahora qué?*; el amigo de Joel contesta: *Pues a seguir la farola*; y así sin poder dar bien el paso, vamos a caminar por las calles del centro de Autlán; seguimos la comitiva bailando y, según nosotros, conquistando chicas; el puro cotorreo con la música de banda.

El sábado por la tarde visitamos a una hermana y otros parientes de Joel. El papá de Joel era un hombre güero de ojos azules, no mal parecido, apodado *El Mil Amores*, ¿no sé por qué?, ¿ustedes se imaginan? La hermana era de tez blanca, con pequeñas pecas en cara, ojos azules igual que Joel, pelo rojizo, media alta, muy bonita ella.

La noche del sábado ya no quisimos salir a seguir la borrachera, nos acostamos temprano; por la mañana desayunamos, nos despedimos de la familia y regresamos el domingo como a las 12 del día a Guadalajara. En cuanto llegué, desempaqué mi libro y me puse a estudiar la materia de Técnicas qui-

rúrgicas. Me doy por bien servido porque a pesar de lo bailado, embriagado y paseado con chicas bonitas, acredité la materia. Aquella fue una bonita e inolvidable experiencia que recuerdo en cada detalle a pesar de haber sucedido hace más de 40 años; la viví con buenos amigos y mujeres hermosas que había por doquier en el ya famoso carnaval de Autlán de la Grana.

Dejé de ver a Joel Landeros por varios años; un día llegó a Vallarta como agente del ministerio público; duró un tiempo pero no me enteré que estaba aquí. Cuando Fernando Solórzano Vargas amigo de farras en Autlán le informa que yo trabajaba en el Hospital Regional, Joel decide hacerme una broma. El día seleccionado estaba yo con un paciente cuando tocan la puerta del consultorio; era un policía judicial mal encarado que con oficio en mano, me dijo: *Doctor, mandan estos papeles para que los lea; necesito respuesta expedita; debe presentarse de inmediato al ministerio público.* Cuando se va el judicial, con calma leo el oficio que indicaba presentarme en el término de media hora ante el ministerio público. Mi corazón se aceleró; terminé de atender al paciente, pedí permiso a la dirección y caminé dos cuadras hasta donde estaba la agencia. Llegué y pregunté por el jefe de judiciales que ya me estaba esperando; *pásele*, dijo. Y que voy mirando a Joel Landeros riendo por la forma en que me llevó para saludarme. Buena broma, dije; lo abracé y comentamos por un tiempo razonable viejas anécdotas. Desde entonces no he vuelto a saber de él.

Río Los Horcones

En el año de 1970 en unas vacaciones de la facultad, salimos un fin de semana rumbo al Tuito, pueblo serrano cercano a Puerto Vallarta localizado en el municipio de Cabo Corrientes, Jalisco. Fuimos a pasar dos tres días de descanso a una cabaña preciosa con hermosa vista de la sierra equipada con dos recámaras con baños completos, sala de estar, comedor, cocina y cantina, propiedad de los Solórzano Vargas. Salimos de Vallarta un viernes por la tarde en una camioneta Jeep Willis de doble tracción del papá de Fernando, Salvador Solórzano Forbes. El grupo se integraba por José María Rodríguez Rodríguez *El Guayabo*, Fernando Solórzano Vargas y un servidor.

Al llegar al río Los Horcones intentamos cruzar con la doble tracción, pero ocurrió algo inesperado; nos embancamos en una gran roca que no permitía que circulara la camioneta; no tenían tracción ruedas delanteras ni traseras; nos quedamos balanceando en el agua, sin poder avanzar en ningún sentido; por suerte llegó un jeep con unos americanos que capturaban mari-

posas con una red especial. Fernando, hablando poco inglés logra darse a entender y pide un *raite* a Vallarta para traer otro carro que nos jalará y sacará del río.

Pasaron unas tres horas y Fernando no llegaba con la ayuda; las cosas empeoraban pues empezó una llovizna que se intensificaba más y más a cada minuto; el nivel del agua comenzó a subir. José María Rodríguez, opinó: *Hay que meternos a la camioneta para protegernos de la lluvia*; lo hicimos por unos 15 o 20 minutos. Yo, opiné: *Oye, Guayabo, hay que intentar amacizar o amarrar la camioneta con algo porque la corriente del río está cada vez más fuerte*. Pensamos que con varillas que encontramos en una construcción podríamos enganchar la defensa trasera a una parota; pero fue imposible doblar las varillas; nuestra desesperación crecía a cada instante al ritmo de nivel del río que constantemente se incrementaba; no sabíamos qué hacer y Fernando no llegaba con la ayuda.



Fotografía 131. Estado en que quedó el Jeep Willis en el que viajábamos; a la izquierda José María Rodríguez *El Guayabo*; sentado en la camioneta Rodolfo Montes *El Galgo*; acostado sobre la camioneta Rogelio Moll y el mecánico Chuy. Río de Los Horcones. Agosto de 1970.

Eran ya casi las siete de la tarde; el río continuaba su ascenso; el nivel del agua daba en las ventanillas de la camioneta; en un momento el vehículo comenzó a girar y a desplazarse río abajo; minutos después, Fernando llegó sin ayuda; cuando vio la camioneta arrastrada por el río, no dijo nada; sólo regresamos a Vallarta en un raite, pero Fernando no llegó a su casa por miedo a la reprensión del papá; se fue con un amigo a dormir.

A la mañana siguiente se animó a narrar lo sucedido a los papás. El papá decidió rescatar lo que se pudiera de la camioneta; ayudamos en la odisea y sacamos llantas, motor y transmisiones. El *carcaje* se quedó unos 100 metros río debajo de donde cruzamos y ahí permaneció buen tiempo para dar testimonio de nuestra tragedia; cuando en otras ocasiones pasamos por el lugar, ver los restos de la carrocería de la camioneta nos recordaba una amarga experiencia de juventud. Con el tiempo, con las debidas precauciones regresamos al Tuito. Por buen tiempo no hubo puente de paso para librar ese peligroso paso del río Los Horcones.

Las novias

Todo parece fácil en la época de estudiante, en la universidad, sin ser nadie todavía, uno se siente importante ante los demás, en especial porque las chicas se interesan de inmediato en estudiantes universitarios, más que en el común de los muchachos; cuando conoces a una, surge la expresión: *¡Ah, mira! ¡Ya estás en la Universidad!* De esa forma te la vas llevando, primero la chica se convierte en gran amiga, luego en novia de manita sudada; y terminas por construir una cadena con otra, otra y varias más.

En mi caso, llegué a tener hasta seis novias a la vez. ¿Qué cómo le hacía?; como podía; tener carro facilitaba la hazaña; este recurso me daba tiempo para visitar a todas en la misma noche. Tenía dos en el mismo barrio, una al lado de la casa, la otra enfrente; la de al lado era Leticia Delgado Arce, muy guapetona, de buen cuerpo, bonitas piernas; echábamos *pegue* por las noches, en las azoteas de nuestras casas que eran similares en diseño; nada más echaba un brinquito a la barda y ya platicábamos agarraditos de la mano, con uno que otro besito, pues éramos, ambos, principiantes apenas con inquietud de experimentar cositas nuevas.

Mis primos apodaban a la del frente de la casa, Cristina Alarcón López, *La Cadereyta*, porque siempre vestía minifalda y tenía un movimiento de cadera hermoso al caminar; se movía libre y sensual; tenía 18 años; era boni-

ta de cara, tenía labios ligeramente gruesos y carnosos; a escondidas me daba bonitos besos.

En la facultad también se cocinaban habas con una llamada Alma; a ella la visitaba muy poco, ya sea en fiestas de la escuela, en excursiones y en congresos fuera de la ciudad de Guadalajara. Muy queridas en su momento, aquellas chicas no fueron muy importantes en mi vida sentimental.

Casi para finalizar sexto semestre —tercer año— en la Facultad de Odontología, tuvimos clínicas con pacientes reales. Esas prácticas de atención dental a niños y adultos, nos daban seguridad en trabajos de obturación de amalgamas, extracciones y limpiezas; se cobraba una cuota simbólica por el trabajo; el 10% de esos ingresos era para nosotros; todos éramos trabajadores y cumplidos en lo que nos encomendaban los maestros; ya si no, la calidad de nuestro trabajo servía para la calificación de fin de año. Ahorrábamos ese dinero extra para invitar a la novia a dar la vuelta o llevarla al cine.

Cuando vivía en la casa de asistencia de la tía Estela, hermana de mi madre, ella tenía también asistidos a dos hermanos procedentes de Hermosillo, Sonora; el mayor era Jorge Hernández Monje, estudiante de arquitect-



Fotografía 132. Boda de Jorge Hernández Monje y Miriam Laurderdale Sahagún, a la izquierda Enrique Manuel, Margarita Nuño su novia, mi tía Estela Contreras Montes de Oca y Rogelio Moll. Salón Momparnáz en Guadalajara, Jalisco, 1971.

tura en la Universidad Autónoma de Guadalajara; el menor, era Jaime y estudiaba para contador en la misma Universidad. Jesús, hermano mayor de ellos, financiaba los estudios de estos muchachos; aunque pertenecían a una familia de tomateros y terratenientes adinerados, tenían que hacer cuentas de sus gastos al hermano mayor. Los muchachos fueron muy buenos amigos, en especial Jorge; él se desvelaba casi diario trabajando en el diseño de planos, proyectos de casas y residencias y se levantaba muy temprano para ir a clases; platicaba con él hasta muy tarde. Jorge tenía una novia de nombre Miriam Laurerdale Sahagún; ella era alta, delgada, de pelo chino largo, facciones finas, buen porte y personalidad, muy inteligente; estudiaba también arquitectura y ayudaba a Jorge en los trabajos.

Jaime también tenía una novia de nombre Adriana Briseño, pariente lejana mía, hija del famoso cardiólogo Alberto Briseño Montoro, primo de mi madre Luz. Pues resulta que Jorge decide casarse con Miriam. Fuimos invitados a la boda mi tía Estela, Enrique Manuel —hijo mayor de mi tía— la novia, Margarita Nuño Flores, sobrina del pintor de arte *naïf* Manuel Lepe, y yo —por ser amigo de los novios. La boda tuvo lugar en la iglesia de San Diego de Alcalá; la recepción fue en el Momparnáz, salón de eventos muy mencionado localizado en avenida Vallarta de la ciudad de Guadalajara.

Amor a primera vista

El gran salón de eventos Momparnáz estaba muy bien arreglado, adornado con flores al centro de mesas redondas, cada una para ocho invitados; el salón relucía esplendoroso con gente bonita muy bien vestida; las damas de atuendo largo, los barones de moño y corbata de varios colores. Dominaban en número las personas adultas a los jóvenes. La música era suave; los músicos pasaban de mesa en mesa tocando bonitas melodías con sus violines. Yo, observando el panorama, descubrí en una mesa de enfrente a una chica muy bonita entre gente mayor. En conversación con los de mi mesa —la tía Estela, Margarita y Enrique Manuel mi primo—, les hago notar de esa hermosura de mujer; ellos me aconsejan de inmediato, *¡ándale, sácala a bailar!*; no estaría mal, contesto.

Pasó una tanda de música y nadie la sacó a bailar; mi tía, me insistía: *Ándale hijo, sácala a bailar, luego pues, ¿qué no te animas?* En la segunda tanda, dije: *¡Ahí te voy tía!* Me paré, llegué a la mesa donde aquella belleza estaba sentada y pregunté, extendiendo la mano, *¿quieres bailar?*; pasaron

unos segundos y los compañeros de mesa voltearon todos a mirarla; ella, sin decir palabra, se levantó y enfilamos a la pista a bailar.

Cuando vi su cara, no lo podía creer, era la mujer de mi vida; ¡qué bonita ella! No sabía cómo comenzar la conversación, me quedé mudo, no podía articular palabra; por fin, me salió la clásica pregunta: *¿Estudias o trabajas?*; ella, contestó: *Acabo de terminar la preparatoria*. Con más confianza sigo la conversación, *¿qué piensas estudiar?*; tal vez odontología o medicina, no sé todavía, lo estoy pensando. Bailamos varias piezas; al lado nuestro, una pareja no le quitaba la mirada de encima a la chica con la que bailaba; intenté retirarme de ellos, pero nos siguieron por toda la pista; yo me sentí algo incómodo y le pregunté: *¿Son tus amigos?* ¡No!, *es mi hermano y su novia*. Ni modo, pensé. *¿Cómo te llamas?* Olga, *¿y tú?* Rogelio. *¿Qué haces?* *Pase a cuarto año en la carrera de odontología*. Ella, un tanto asombrada, dice: *Mi mamá es dentista. ¡Ojalá, entraras a la Facultad de Odontología!*; *así formaríamos un equipo de odontólogos*. Ella reiteró: *Todavía no sé, no he decidido*.



Fotografía 133. Olga Elizabeth Rubio Silva.

Amor a primera vista, ¿cómo no me iba a enamorar de ella? Guadalajara, Jalisco, 1971.

Entrado en un poco de más confianza, pregunto: *¿En dónde vives? Por la calle de San Felipe, cerca del mercado Corona. ¡Ah!, muy bien, ¿tienes teléfono?, me gustaría hablarte para que fuéramos amigos. Tengo novio.* La respuesta me hizo sentir como si me partiera en dos un rayo; me quedé callado diciendo por dentro «chin, que mala onda». Cuando terminó la tanda de música, dando las gracias la dejé en su mesa. Pero quedé tan impresionado de ella que ya no pude olvidarla. De regreso a casa, comenté en el carro lo de aquella niña bonita que había conocido; suspirando, dije: *Sí tía, pero son amores imposibles.*

Pasó algún tiempo desde la boda y yo pensaba y pensaba en Olga; *¿la volveré a ver?* Considerando las señas que ella me dio, pasé en mi carro una, dos y más veces durante varios días por la calle de San Felipe, cerca del mercado Corona; tenía la esperanza de verla por casualidad. Nunca tuve la suerte de encontrarla por ese lugar; así pasaron unos tres meses desde el día en que la conocí.

En el Parque Agua Azul de Guadalajara se organizaban festivales por parte del Gobierno del Estado durante tres días para recabar fondos para desayunos escolares del Desarrollo Integral de la Familia (DIF), a favor de la niñez de escasos recursos. Los festivales se organizaban a fines de septiembre y principios de octubre. Esposas de funcionarios de gobierno año con año se organizaban para recabar fondos desde un día viernes a domingo, organizando vendimias de comida, exposiciones, festival de quesos, vinos y otros eventos.

Un domingo por la tarde fui a ese festival en compañía de Alfonso Curiel Álvarez y de Fernando Solórzano Vargas; eran casi las siete de la noche cuando pasamos por un puesto de vendimias con agua fresca de jamaica, tamarindo, limón y naranja; el puesto ofrecía también tostadas y salchichas en banderillas. Me dio un vuelco el corazón cuando me di cuenta que la chica con la que bailé en la boda de Miriam y Jorge, estaba precisamente despachando en ese puesto junto con unas señoras ya grandes. Dije a mis amigos: *Muchachos, miren que belleza, ella es la chica que me gusta mucho, ¿no está hermosa? ¡Ah, qué bárbaro, esta lindísima!; anda, pláticale, dile algo.* Pero ella en ese preciso momento agarró su bolso y se fue con su madre y amigas. La vi un tanto diferente; llevaba una peluca negra tipo Cleopatra —ese estilo era muy usado en ese tiempo. Se retiró muy rápido y no tuve chance de decir nada; no la dejé de ver hasta el último momento cuando desapareció de mi vista; decía en mis adentros «la perdí para siempre»; mis amigos me *mansearon* y me dijeron hasta de lo que me iba a morir porque no hablé con ella.

Los novios

En el año de 1971, al empezar el ciclo escolar de la Facultad de Odontología, había votaciones para presidente de la sociedad de alumnos. Compañeros y amigos estábamos reunidos para votar y que de pronto observo aquella niña bonita llamada Olga. Se iluminó mi cara. Iba caminando rumbo a su carro y por más que corrí, no la pude alcanzar. Bueno, me digo, ya la vi de nuevo, esa es señal que ingresó a odontología.

Después de iniciadas clases la observé varias veces con un grupo de compañeros. Comenté a mis amigos, esta chica me gusta mucho; ellos sugieren: *Pues aviéntate. ¡No!, todavía no, tiene novio.* Así, pasaron algunos días; la observaba que llegaba en un carro Ford Maverick deportivo color rojo con negro, de ochos cilindros, palanca al piso; el carro era bonito pero más bonita se veía ella en minifaldas cuando descendía. Sólo esperaba una oportunidad y un día se dio tal oportunidad; estaba sola y aproveché para acercarme a ella, diciendo: *¿Te acuerdas de mí? Sí, eres el chico con el que bailé en la boda de Miriam y Jorge.*

Después de este encuentro la saludaba con frecuencia; cuando pasaba caminando por los pasillos de la escuela, mis amigos y compañeros gritaban: *¡A ella, Moll! ¡A ella, Moll!* Olga se apenaba al grado de estar a punto de que se le doblaran las piernas; pero sonreía a todos mis amigos y compañeros; una vez en confianza, le dije: *Lo que se te ofrezca aquí estoy para ayudarte;* y la invité a conocer las clínicas de la escuela donde se trabajaba con pacientes; así empezamos a salir en bola con amigos de ella y míos, que a tomar café, la nieve, posteriormente, fuimos solos al cine más de una vez.

Ella seguía con novio, un tal Agustín, pero «me valía madre»; novió a escondidas de los papás pues ellos sabían que el muchacho era revoltoso y pandillero, no lo querían ni les gustaba para su hija. Así, pasamos casi todo el primer año desde el ingreso de Olga a la facultad, saliendo de aquí para allá. Un día que me aviento y le pedí que fuera mi novia; ella me dio el sí y yo bien enamorado, estaba feliz del suceso; empecé a ir a su casa y me presentó a sus padres como amigo; la primera vez que fui a su casa le regalé una muñequita japonesa y jugamos a los palillos chinos; conocí a los hermanos. Pero el encanto se terminó muy pronto; después de haber dejado al tal Agustín, regresó a los quince días de nuevo con él. Me quedé anonadado, sin poder hacer nada; me preguntaba: *¿Qué fue lo que pasó? No sé, no sé; ¿cómo es posible que haya regresado con él?*

Pasé el cuarto año de estudios siendo sólo amigo de ella, pero no perdía las esperanzas de volver con ella como novio; la saludaba en cada encuentro casual; así pasaba el tiempo. Ya en quinto año, la encontré de vacaciones de Semana Santa y Pascua en Puerto Vallarta; platicué con ella en la playa; salíamos a bailar casi diario en compañía de Raquel López Méndez, prima de ella. Cuando nos asoleábamos en la playa, sugerí emplear aceite de coco con yodo para adquirir un bronceado más oscuro; le untaba el aceite de forma suave en su espalda sobre su piel delgada y fresca. Esas fueron mis mejores vacaciones en la playa Los Muertos y las Carretas. Al término de las vacaciones, ella terminó el noviazgo con el mentado Agustín y de nuevo visualicé otra oportunidad; muy terminante, le dije: *¿Quieres ser mi novia de nuevo?* Ella me contestó con un sí, seco y afirmativo. Yo estaba feliz por dentro, por fuera y por todos lados.

Estaba por finalizar mis estudios de odontología; el noviazgo se mantuvo por dos años y ocho meses; durante este tiempo, en 1973, empecé mi servi-



Fotografía 134. Novios Olga Elizabeth Rubio Silva y Rogelio Moll Contreras. Guadalajara, Jalisco, 1973.

cio social en la Facultad de Odontología apoyando a maestros de base en la clínica de operatoria dental y auxiliando a los alumnos de grados inferiores y superiores en la elaboración y restauraciones de cavidades para colocar amalgamas, incrustaciones, coronas, bases de cementos, colocaciones de barnices y algunos otros materiales dentales que utilizábamos para restaurar bocas afectadas por caries dental. Cuando ella terminó la carrera de ocho semestres, en el acto académico de entrega de cartas de pasante, yo le entregué el anillo de compromiso. Nos casamos un día 3 de abril del año 1976, antes de que ella terminara el servicio social; ella tenía 21 añitos, yo 26. Debo mencionar que el tal Agustín falleció en 1975 en un pleito en el pueblo de Hostotipaquillo, Jalisco, cerca de Magdalena, Jalisco, en unas fiestas patrias. Que en paz descanse.

Fuego en altamar

En 1974, en unas vacaciones en Vallarta, rentamos la lancha *Las Elenas* para participar en el torneo de pesca. La contrató Fernando Solórzano; era una lancha de medianas dimensiones, rápida para hacer maniobras de pesca. Fueron tres días de pesca abundante; los dos primeros capturamos varios velas chicos, como dicen los marineros, *ratas* que no llegaron a buen peso para la báscula; pero había premio de marea para el que capturara más; nosotros acumulamos cinco en dos días; bueno, no era gran cosa pero sí gran diversión; pensamos: *Hay la llevamos en volumen, si sacamos algún premio, bien, ya la hicimos, no está mal*. El tercer día de pesca le tocó a Fernando llevar el lonche; *¿Qué trajiste de desayunar y comer? Tortas de carne con chile, huevo y chorizo del verde toluqueño. ¿Y para comer? Bueno, mano, dice, saboreando: Unos sándwich de lomo que preparó mi mamá. ¡Qué bien!*

Pues resulta que a la hora del café buscamos las dichas tortas por toda la embarcación y no aparecieron; buscamos y buscamos y nada. Fernando, dice: *Creo que olvidé el cartón donde venían tortas y sándwiches, se quedó en el refrigerador. ¿Y ahora? ¿Qué vamos a desayunar? Pues que tal rebanadas de aire y tragos de saliva. Bueno, ni modo, ya que*. Pasado un tiempo localizamos por radio a mi hermano Juan que participaba con otros amigos en el torneo. Le pedimos que nos pasara unos lonches; lo hizo y nos supieron de maravilla; era casi la una de la tarde cuando estábamos desayunando.

Tiempo después del desayuno, que aboya del fondo del mar un pez vela de buen tamaño; se oye la chicharra del carrete; *iándale, ándale!*, gritaba *El*

Nini, amigo que invitamos el último día del torneo³⁸. Fernando subió el vela a la embarcación en menos de 20 minutos; el pez se veía de buen peso; pero ya eran como las 4 de la tarde y era apremiante contar con tiempo suficiente para el regreso; *¿qué hacemos?*; *nos vamos*; *¡pues vámonos!*, *hay que llegar a tiempo para pesarlo*.

El capitán de la embarcación metió todo el avante al motor; y ahí venimos a todo lo que da la lancha. Pero frente a Yelapa, que empieza a fallar el motor, la bomba de la gasolina no estaba trabajando bien; la embarcación se jaloneó muy fuerte hasta quedar parada. Fernando había estudiado mecánica automotriz en la secundaria ETI y detectó el problema; dice al capitán, necesitamos una manguera para verter gasolina al carburador. Por lo que pusimos gasolina en un recipiente y con la manguera pasamos gota a gota al carburador; así recorrimos un gran tramo desde Yelapa a la entrada de la Marina en La Dársena.

Por mala suerte en ese momento salía el barco *Bora Bora* de la Marina; el barco generó oleaje que golpeó nuestra lancha; esto provocó movimientos bruscos que sacaron de balance a Fernando; en el desequilibrio él tiró gasolina sobre del motor; con lo caliente que estaba la máquina, se produjo una chispa que se inflamó de inmediato; *¡hombre al agua!*; capitán, marinero, *El Nini* nuestro invitado, Fernando y yo, saltamos fuera de borda. Ya estábamos dentro de los límites donde se hace el registro de llegada, pero nosotros en el agua y la lancha ardiendo cada vez más y más. Decidimos apagar la lumbre; subimos todos a la lancha con gran esfuerzo para intentar apagar el fuego; después de un rato, lo controlamos con cubetas de agua y trapos empapados; a remo llegamos al pesaje con el pez vela; la desagradable sorpresa fue que nuestro pez no dio las medidas ni peso necesarios para competir. Pero tomamos el esfuerzo de llegar y la odisea que pasamos, como nuestra aventura y gran experiencia. La embarcación quedó intacta, nosotros, gracias a Dios, sólo con ligeras quemaduras en manos. Con el paso del tiempo hemos platicado el suceso; siempre reímos de aquel *desmadre* y *merequetengue* que pasamos.

38 Ernesto Covarrubias hijo de Martín Covarrubias; hoy gran licenciado, pero ese día andaba bien mareado y vomitado; como quien dice «marinerito de agua dulce»; mientras nosotros pescamos, él se la pasó dormido, hasta que el ruido de la chicharra del carrete lo despertó.



8. Profesionista -desde 1974-

Trabajando duro

Considerado el servicio social, invertí seis años de estudio a nivel licenciatura; la carrera de 1968 a 1973; el servicio social de 1973 a 1974. Obtuve el grado de odontólogo en 1974 con un promedio de calificaciones de 95 en los exámenes clínicos y teóricos profesionales. A partir de la obtención de mi grado, los viajes a Puerto Vallarta eran apenas de una a dos veces al año; practicaba un poco de pesca, principalmente con Juan mi hermano.

Al término del servicio social, el director de la facultad, Dr. Mario Campero Ojanguren, me propuso impartir clase en las materias de teoría y clínica; ya con sueldo de maestro, empecé un 14 de noviembre de 1974 con mi primer nombramiento en las clases de introducción a la odontología, laboratorio de anatomía bucal, operatoria dental, disertación y clínica; impartí otras con el tiempo. Me aventé en impartir clases. La primera vez que iba a disertar la materia de introducción a la odontología —que impartía el Dr. Fernando Gallo Meda, pariente del Dr. Fernando Gallo Ortega, compañero de generación y de grupo— estaba nervioso, me temblaban las corvas. Solicité a Gallo Meda que me presentara ante el grupo la primera clase y así lo hizo; cuando me dejó solo, nombré lista muy calmado, seguro de mí, porque había preparado a conciencia el tema del día. Me fue bien esa vez y todas las demás. Tenía confianza suficiente en teoría y se me facilitaba todo en las clases de práctica clínica. Siempre me presenté de saco y corbata a clase.

A partir de 1974 daba clases por la mañana y consulta privada por las tardes en consultorio del Dr. Jorge Neri Jiménez† en donde también laboraba la Dra. Leonor Maciel Aguilar³⁹. El Dr. Neri† me ayudó muchísimo; gra-

39 Ellos eran grandes amigos; viajando juntos, conocieron muchos países. En uno de los viajes, la Dra. Maciel, se conchabó a un licenciado canadiense, un tal Pierre, abogado

cias a que él ponía los materiales y equipo de trabajo, pude hacer algunos ahorros⁴⁰. Al término de mi trabajo con Neri†, di las gracias a la Dra. Maciel y en particular a él por las finas atenciones que tubo conmigo.

Después de trabajar con Neri†, estuve laborando durante algunos años en el consultorio de mi suegra. Con el tiempo me independicé de mi suegra, puse un consultorio particular por la calle Carlos F. de Landeros en el fraccionamiento Ladrón de Guevara; trabajé ahí varios años. Cuando emigré a Vallarta en 1988, traspasé mi consultorio a mi compadre el ortodoncista Dr. Fernando Moreno Casillas.



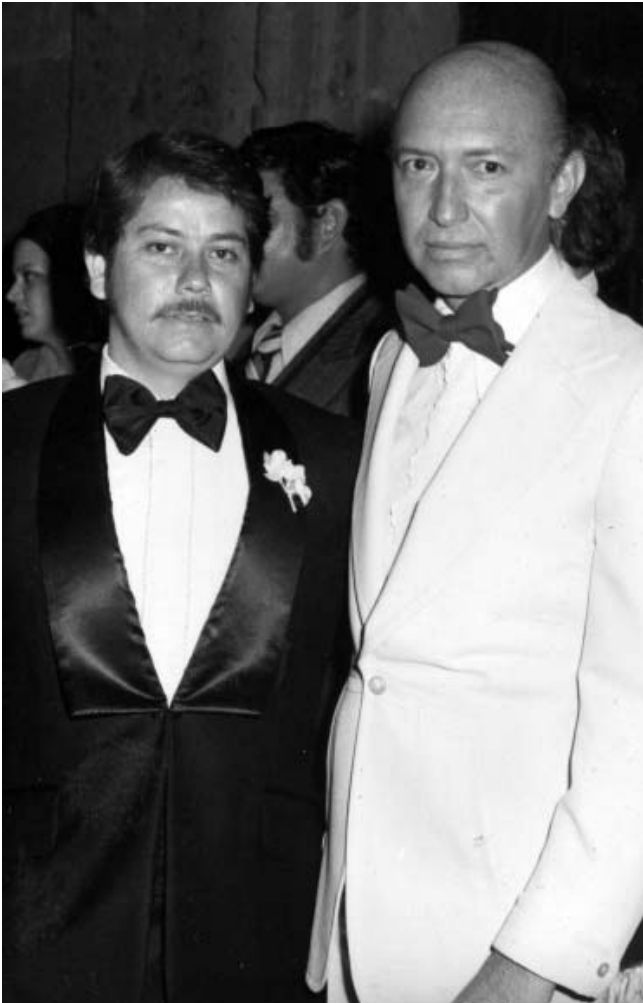
Fotografía 135. Dra. Leonor Maciel Aguilar, Olga Rubio, Pierre esposo de la doctora y Rogelio Moll. Club de yates de Puerto Vallarta, Jalisco, 1992.

defensor de policías. Buena onda la doctora, una vez conocí a Pierre cuando vino a Guadalajara y cené con ellos en el Club de Yates de la Marina en Puerto Vallarta —cuando aún existía. Toda una dama y excelente compañera de trabajo, ella fue muy a todo dar conmigo. Vivía con Pierre en Vancouver, Canadá. Tengo muchos años que no sé nada de ella, ojalá aún viva. Desde aquí reitero a ella mi gratitud por tanto apoyo y sabios consejos.

40 En la azotea de su consultorio tenía un pequeño *penthouse*, pintado de variados colores, alfombrado e iluminado con exquisita música; de vez en cuando se lo solicitaba prestado y no ponía peros, siempre jaló; se comportó muy bien conmigo y con la familia de mi novia Olga. Falleció años después en Guadalajara.

Notable coincidencia

Una tarde del día de brujas, sábado 31 de octubre de 2009, platicaba con mi gran amigo el doctor Rafael Guzmán Mejía en su casa de Ixtapa, Jalisco. Veíamos unas fotografías; en una de ellas estaba el Dr. Jorge Humberto Neri Jiménez†, gran personaje de la vida social de Guadalajara, notable profesionista y reconocido maestro de la Universidad de Guadalajara. Era una foto de mi boda; el maestro Rafa no despegaba la vista de la fotografía; después de analizarla por unos momentos, dice: *Roger, yo conozco a esta persona*. Y, se refirió



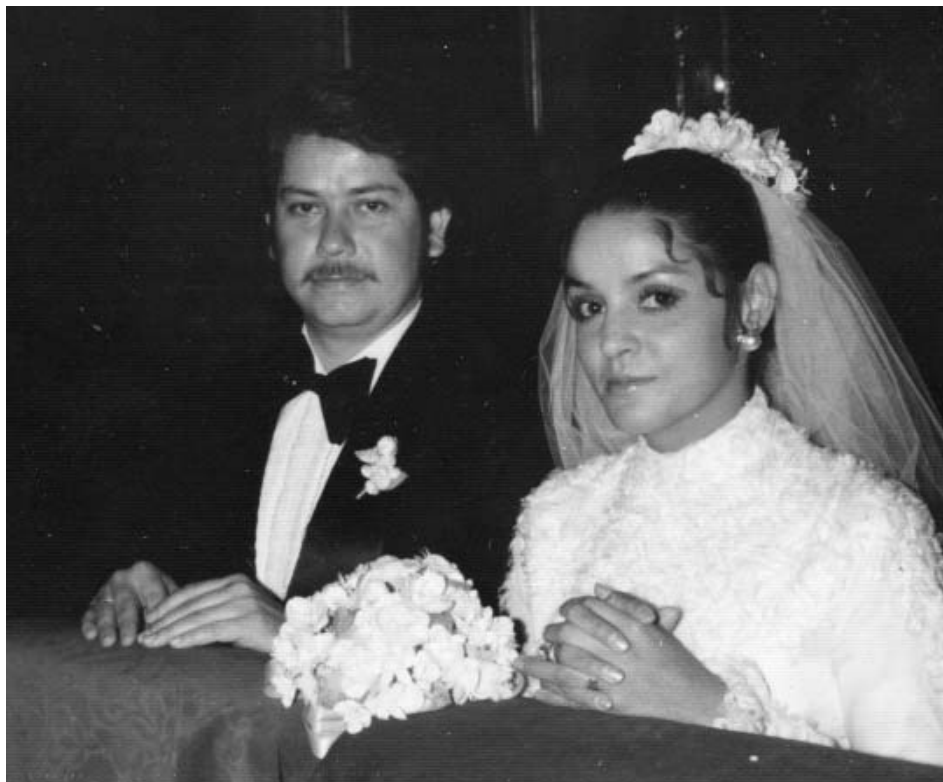
Fotografía 136. Dr. Rogelio Moll y el brillantísimo Dr. Jorge Humberto Neri Jiménez† egresado de la Universidad de Guadalajara, excelente profesionista y finísima persona, testigo el día de mi boda. Guadalajara, Jalisco, 1976.

a Neri† como un hombre generoso, de notable calidad humana; si no fuera por el doctor Neri†, yo no hubiera estudiado nunca. ¿Por qué, maestro Rafa? Él fue muy amigo de mi familia; nos visitaba con frecuencia en la playa de El Tamarindo, en la Bahía de Tenacatita; yo era muy joven, sin recursos, pero con gran deseo de estudiar la preparatoria. Él me dio alojamiento y trabajo en su consultorio dental de Guadalajara en la calle de Angulo 190 esquina con Jesús González Ortega; yo le ayudaba en todo lo que podía; como vigilante nocturno, cuidaba su consultorio y lo mantenía siempre limpio. Me prestó un cuarto con baño que tenía arriba en la azotea del consultorio. Gracias e ese apoyo, terminé la preparatoria e ingresé a la facultad. Su incondicional ayuda fue crucial en mi formación. Sólo lamento que por razones circunstanciales no tuve el tiempo para expresarle en vida mi perenne gratitud y admiración como profesionista y gran ciudadano del mundo.

Entonces, maestro, Rafa, *¡qué coincidencia!, yo tengo una opinión similar a la suya del Dr. Neri†; también trabajé con él dos años cuando era pasante de la carrera de cirujano dentista; él me ayudó a hacer mis ahorros para mi boda; ¡qué gran coincidencia la suya y la mía, maestro, que ahora descubrimos en una simple fotografía del día de mi boda!* Eso me recuerda una lección «has el bien sin mirar a quien».

Mi boda

El 3 de abril de 1976 a las ocho de la noche, se celebró en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, la elegante boda de la doctora Olga Elizabeth Rubio Silva con el doctor Rogelio Moll Contreras, cirujanos dentistas. Atestiguaron la ceremonia la Dra. Olga Silva de Rubio y el Lic. Jorge Enrique Rubio Lozano; apadrinaron a los novios los señores capitán Antonio Moll Gil y Luz Contreras de Moll; bendijo la unión el sacerdote don Javier Jiménez García de Alba. El enlace civil se llevó a cabo en el hotel Holiday Inn de Guadalajara; el juez fue el Lic. Mario Eguiarte Vázquez. Fueron testigos el Lic. Alberto Rosas Benítez, Lic. Teodoro Gutiérrez García†, Lic. Rubén Álvarez Contreras†, Lic. José Arnoldo Riverón Gámez†, Lic. Mario Hernández Gómez†, Ing. Jaime Humberto Rubio Silva, Lic. Reyes Rodolfo Flores Zaragoza†, Jorge Rubio Silva†, Francisco de la Mora†, Lic. Enrique Romero González, Lic. Adolfo Rentería Agraz, Lic. Emilio Gómez Pérez, Ing. Julio Antonio Moll Contreras, Juan Moll Contreras, Dr. Alberto Briseño Montoro†, Margarita Moll Contreras, Blanca Moll Contreras y Dr. Jorge Humberto Neri Jiménez†.



Fotografía 137. Boda de Olga y Rogelio templo de Nuestra Señora del Carmen. Guadalajara, Jalisco, 3 de abril de 1976.

Por mi parte invitamos a la boda a familiares, amigos, compañeros y maestros de la facultad; por parte de mi suegro Lic. Jorge Rubio Lozano⁴¹ a personalidades de la vida política. El brindis fue en uno de los salones del hotel Holiday Inn. Fue una boda muy bien planeada por nosotros; dedicamos buen tiempo a las compras de mobiliario de recámaras, cocina, comedor y sala; rentamos un bonito departamento por la calle Andrés Cabo, en la colonia Chapalita.

Mis suegros, nos preguntaron: *¿Qué quieren de regalo de bodas; el enganche de una casa o un viaje a Europa?* Olga y yo nos miramos a los ojos

41 Director de la penal en Guadalajara y catedrático en la Facultad de Derecho de la Universidad de Guadalajara, por más de 30 años; conocido en la vida política durante la administración del Gobernador de Jalisco Lic. Alberto Orozco Romero.



Fotografía 138. A la izquierda ex procurador de justicia del estado de Jalisco, Lic. Rubén Álvarez Contreras†, Olga y Rogelio y mi suegro Lic. Jorge Rubio Lozano†, ex catedrático de la UdeG. Guadalajara, Jalisco, 1976.



Fotografía 139. A la izquierda capitán Antonio Moll Gil y su esposa Luz Contreras, Olga y Rogelio. Guadalajara, Jalisco, 1976.



Fotografía 140. Gran amigo de toda la vida el brillante maestro de la UdeG en ciencias químicas y doctor especialista en endocrinología Carlos Bancalari Organista, Olga y Rogelio. Guadalajara, Jalisco, 1976.



Fotografía 141. Rogelio y su cuñado el Ing. Jaime Rubio Silva, empresario en planta de tratamiento de agua, elaboró varias obras para el desarrollo de Vallarta. Guadalajara, Jalisco, 1976.



Fotografía 142. Suegra y nuera,
Luz Contreras Montes de Oca y Olga.
Guadalajara, Jalisco, 1976.



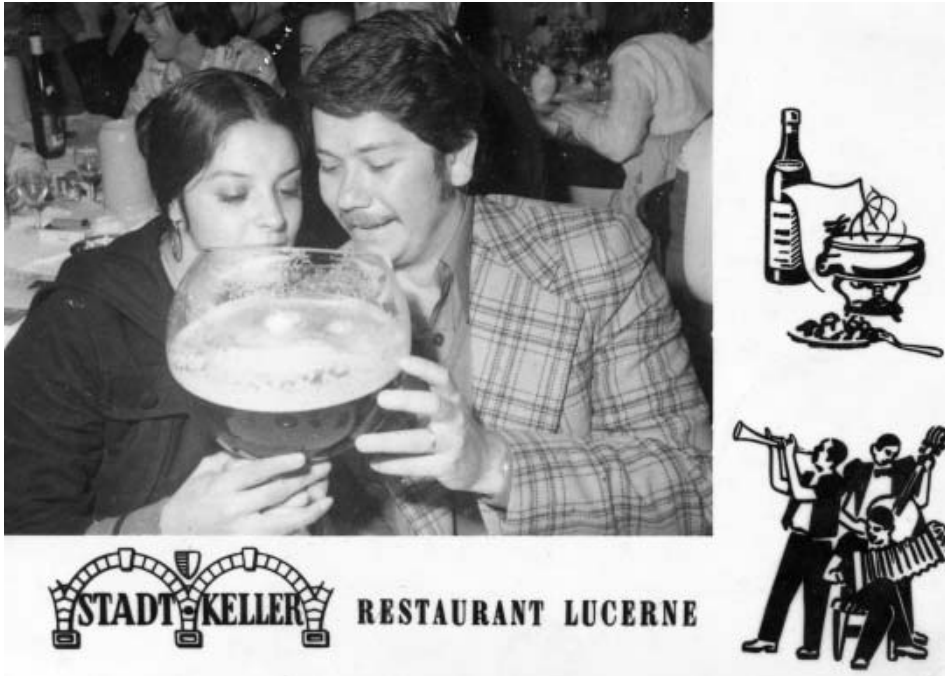
Fotografía 143. Madre e hija,
doctora Olga Silva Murguía y Olga.
Guadalajara, Jalisco, 1976.



Fotografía 144. Olga y su hermano mayor el Lic. Jorge Rubio†. Guadalajara, Jalisco, 1976.



Fotografía 145. Ricardo el hermano menor, su esposa Maricarmen Zúñiga, Olga y Rogelio. Guadalajara, Jalisco, 1976.



Fotografía 146. Luna de Miel, Olga y Rogelio, restaurante Lucerne. Ciudad de Lucerna, Europa. Abril, 1976.

fijamente y sin ponernos de acuerdo verbalmente, decidimos por el viaje. Consideramos que no sería posible hacer otro viaje a esos países lejanos en otro momento; que era bueno aprovechar la oportunidad de viajar; *¡qué tal que venga una guerra mundial o una devaluación de nuestro peso mexicano!* Y así fue; después de viajar por Francia, Inglaterra, España, Italia y Suiza sucedió lo antes pensado; se dejó venir una gran devaluación de nuestro peso mexicano en relación con el dólar acompañado de gran inestabilidad económica en México.

Torneo de pez vela

En noviembre de 1976 hice planes de pesca, de nuevo con Fernando Solórzano. Hable con él desde Guadalajara para convencerlo de participar en el torneo internacional de pez vela. La respuesta fue: *¡Vamos! quien quita y se incendié de nuevo nuestra embarcación; yo me encargo de todo aquí en Vallarta; me*

avisas con tiempo de tu llegada para hacer pagos de la embarcación y planear gastos de víveres, bebidas, comida y etcétera, etcétera. Pasaron algunos días y Fernando no hablaba para nada. Intrigado por su silencio llamé por teléfono; me dio la mala noticia que no participaría por falta de dinero. Yo pensé: *¡En la torre mi general!; y ahora, ¿qué hago?*; era jueves, día en que ya había comenzado el torneo. Pero se «me prende el foco» y marqué a mi hermano Juan; él, me dice lo mismo, *no tengo dinero*. Como mi entusiasmo y gusto por participar en el torneo era mucho, me atreví a sugerir, *yo te presto*. La respuesta fue: *¡Ándale pues!* Viajé en mi carro ese mismo jueves, lo más aprisa que pude; llegué por la tarde; ya habíamos perdido un día de pesca, nos quedaba viernes y sábado.

Por la tarde del jueves rentamos la lancha *Karina II*. Zarpamos rumbo a la punta del faro de Cabo Corrientes a las 5 de la mañana del viernes. Navegamos casi a oscuras, sólo con las luces situacionales de navegación; dormitamos un poco antes de llegar al pescadero El Faro, mientras que el capitán de la embarcación, Cesáreo García Joya, daba al marinero algunas instrucciones. Entre sueños escuchaba, que decía: *Prepara los anzuelos, con la carnada puesta, bien cosida con aguja e hilaza*; el marinero, contestaba: *Sí, mi capi*.

Amanecía al llegar al Bajo Verde. El capitán, pregunta: *¿Listos con las cañas? ¡Sí!*, contestamos, *bajen los tangones, ambas líneas y carnada al agua*. Comenzamos a troleear desde las siete de la mañana a la par cuando salía un sol esplendoroso entre montañas y nubes; la mañana era fresca, bonita para disfrutar la pesca. Las horas pasaban y no jalaba ningún picudo ni dorado; nada, ni un jaloncito o *strike*. Cerca de las diez de la mañana nos armamos con las tortas de frijolitos con chorizo y refresco; aún no era hora de *cheves*.

Por lo general, cuando comíamos, era cuando jalaban los picudos; parecía que les daba hambre a la misma hora que a nosotros al olfatear nuestra comida. Y así fue. En ese mismo instante, el capitán a señas indicaba: *Hay te viene uno Juan*; Juan, grita: *¿Dónde está? Frente a ti, mira como mueve el pico, se va a comer tu carnada, viene a morir*. Juan se pone trucha; cuando siente que el vela se traga la carnada, le da línea suficiente para anzueliarlo bien; tensa con los dedos la línea para evitar que haga una *oz u onda* y falle el tirón; con la línea ya tensa sube el freno o *clutch* del carrete; la lancha da adelante y él con la caña jaló dos, tres o cuatro veces hasta anzueliar bien al picudo. Después de unos 20 minutos de pelea, lo arrima a la lancha. El marinero, dice: *Es una ratilla*. Juan, decide: *Dejémoslo ir*; lo acerca a borda y el marinero corta el líder con todo y anzuelo puesto; *pa' la otra, brother, hay la llevamos*. Con líder nuevo, lanzamos de nuevo la carnada al agua.

Al rato veo en la superficie del agua una línea de agua que cruza velozmente y sobresale de la superficie. Todos, gritamos: *¡Es un dorado!* El pez se deja venir sobre mi carnada y la engulle; contando hasta el cinco le doy línea, la tenso sosteniéndola con los dedos, subo el freno y lo prendo. El dorado sale del agua dando unos saltos hermosos; el color dorado de la piel con puntos azules, amarillos y plateados, nos obsequia un espectáculo maravilloso —para mí es uno de los peces más bonitos por su color resplandeciente—; lo acerco a la lancha y el marinero lo sube con un gancho de acero inoxidable. No pesó más de 10 kg. Lo fileteamos a bordo pensando, *lo comeremos en casa*. Esa fue toda la pesca del día viernes.

Llegamos quince minutos antes de las seie de la tarde a la dársena. Bajamos de la lancha y fuimos a la recepción del pesaje para ver llegar los velas; colgados estaban dos; de 47 kg uno y de 48 kg el otro. Había dorados muy grandes, arriba de 18 kg; la competencia estaba en su apogeo, muy reñida; con muchos pez vela y uno que otro marlín.

Después de mirar tallas y pesos, me acerqué a mi hermano, diciendo: *¡Está cabrón superar el de 48 kg!*; él, dice: *¡Mañana les vamos a ganar!*; iremos al mismo lugar rumbo al faro de Cabo Corrientes. Por la forma que lo dijo, supe que tenía la fe muy bien puesta, de esas veces que salen las palabras con el convencimiento que en verdad lo vamos a lograr. Antes de retirarnos, escuchamos gritos de algarabías de los ganadores de éste día viernes de quienes habían ganado *la polla* del pez vela más grande del día; algunos de los participantes se veían muy alegres, con las copas muy arriba; otros tenían caras serias, denotaban no haber tenido ningún *strike* en los dos días del torneo; otros más —igual que nosotros—, comentaban: *Mañana la vamos a hacer*. Cada quien a su manera, haciendo honor al lema que tenemos los pescadores deportivos «la esperanza muere hasta el último momento»; dejamos de pescar con el mete sol, hasta el último minuto de tiempo disponible.

En la recepción y pesaje de las capturas, coinciden familias conocidas, comadres y amigos; se oyen diálogos mamá-hijo de: *No te vayas a perder entre tanta gente, no te tardes. No, mamá*. Todo mundo está trabado en cotorreo intenso; es un todos contra todos en conversación; sobresalen en esta masa humana, jueces, pescadores, socios del club, damas de sociedad, mirones, periodistas y edecanes de gran belleza que promueven productos de toda índole. La atención está centrada en cada pez que llega a la báscula. Entre los asistentes siempre hay «conocedores», que mucho antes de que uno se aproxime siquiera a la báscula te animan o te joden con un: *¡Sí la haces cabrón. Se ve macanudo tu animal. Ya te la pelaste. Traes una rata, mejor ni te*

arrimes. Puntual, a las 6:00 p.m., suena el balazo de clausura; a partir de ese instante ya no se recibe ni un pez más para pesaje; persisten haciendo fila quienes entregan a tiempo el *ticket* de control de embarcaciones. Se descalifican en automático las lanchas que llegan después de la hora establecida.

En este nuestro primer día de pesca y segundo día de torneo, la gente comienza a retirarse; hacemos lo mismo; vamos a preparar los víveres de mañana, último día de pesca. El sábado nos levantamos y partimos a las cinco de la mañana; seguimos el mismo rumbo de ayer viernes. Las carnadas están listas desde muy temprano; cuando las lanzamos, al contacto con el agua salada se producen diminutas chispas brillantes de fosforescencia intensificadas por el reflejo de la luz de la luna. Advertimos que ya cede la penumbra de la noche indicándonos la proximidad de un nuevo amanecer.

La fe de Juan era tan notable, que dijo: *Vamos a atrapar algo desde antes que salga el sol*. Pasaron las primeras horas de la mañana y nada; comimos el lonche y nada; seguimos con chistes, bromas y mitotes y nada. Al ver que no acertamos, reconsideramos el pronóstico y aseguramos: *A más tardar a las 11 de la mañana vamos a prender uno bueno, de buen peso. Y si no pica ninguno, siguiendo el dicho de mi suegro Jorge Rubio Lozano†, tomaremos cerveza, a las once una y a la una once. ¡De acuerdo, le cae al que se rajé!*, responde, Juan. Las horas pasaban y ni un cabrón picudo había jalado. *Pues entonces, dije: Vamos a tomar cerveza, eso nos va a dar suerte. Oki doki, tú ganas.*

Bebimos la primera ronda del día; al ratito otra y otras más y los peces como si nada, no había pesca ese día sábado. Tal vez los efectos de luna tienen que ver con la escasez de la pesca. Los competidores se comunicaban por radio y preguntaban: *¿Cómo te va de pesca? Nada mano y por allá. ¿Qué?; nada por aquí, nada por acá*. Una que otra lancha pescó que un doradito, que un pequeño atún, que un guajo; otros ya traían una pieza y decían: *¡Traemos uno bueno, de unos 50 kg!* Debido a que ya era último día de pesca, la voz de capitanes, marineros y pescadores se escuchaba garrasposa de lo borracho que andaban —toda comunicación era por la radio, aún no había celulares.

Hubo un momento en el que nos quedamos relajados en la silla de pesca por el efecto de las cervezas, adormecidos por los vaivenes de la embarcación; con la vista cansada de tanto tenerla fija en la carnada —a la espera de que asomara el pico y brotara un gran pez vela—, nos echamos una pestañada. Ya pasaba de medio día; los rayos del sol nos quemaron el lomo y la cara de tantas vueltas que dimos de un lugar a otro. Que dale para el Bajo Verde, que para el Tavo, que regrésate al Faro, ahora rumbo a las Iglesias, a Chimo, a las Cuevas. Repasamos varias veces esos lugares para ver si prendíamos alguno.

En una de las vueltas, pasando por Tavito, antes de llegar a las Iglesias, que se escucha el ruido y el jalón del tangón, vimos que se desprendió la línea y escuchamos la chicharra del carrete de Juan. Entre dormido y despierto, echa un salto a la caña, la toma con las manos como el jaguar a su presa, le da un poco de línea y con rapidez mete el freno. Había prendido Juan un gran pez vela; al primer salto vimos aquel inmenso y hermoso macanudo que nada más cabeceaba de un lado al otro. Dije, a mi hermano, *¡está bien anzueliado!* En esos momentos, todos estábamos contentos y cada uno daba su opinión: *Trabájalo despacio, no te aceleres, llévatela con calma, este*



Fotografía 147.
Juan Moll Contreras
luchando con un pez
vela del que resultó
ganador. Las Iglesias,
municipio de Cabo
Corrientes,
Jalisco, 1976.

animal es de premio; así, tranquilamente pasaban los minutos. Mi hermano sudaba a chorros por el esfuerzo, el sol daba en su cara directamente; se veía un poco cansado, pero contento. Pasaron unos 35 minutos de lucha, el pez vela por su vida, mi hermano por el premio; veíamos que el vela saltaba y se desplazaba de un lado al otro.

Poco a poco el pez cedió. Cuando Juan lo acercó a la embarcación para subirlo, vimos que venía anzueliado del puro huesito del pico. En cuanto el marinero lo agarró del pico con guantes de tela, yo estaba listo con una macana de madera para golpearlo en la cabeza; le di unos diez golpes seguidos uno tras otro. El vela se sacudió con fuerza por los golpes de la macana y en ese momento se desenganchó el anzuelo del hueso; pero ya estaba arriba de la embarcación y no había peligro de que escapara; todos echamos un grito de alegría y felicidad; el animal abarcaba de lado a lado de lo ancho de la lancha; al subirlo notamos que estaba muy pesado; creíamos que era mejor que los que habíamos visto colgados un día anterior.

Eran las dos y media de la tarde; muy pronto todavía para partir al pesaje; troleamos una hora y media más; a las cuatro de la tarde ya veníamos de regreso; dejamos de trolea hasta cerca de un lugar llamado Las Cuevas. El capitán indicó, al marinero: *Levanta las carnadas y recoge las líneas, sube los tangones que sostienen las líneas laterales de pesca*, y, pregunta: *¿Todo listo?*; a una voz dijimos, listo, vámonos. El marinero cubrió el pez con una toalla y lo mantuvo mojado con agua salada durante todo el trayecto para que llegara fresco al pesaje.

Sacamos una botella de *whisky* marca Buchanan y brindamos varias veces. *A ver si la hacemos*, dice Juan; *creo que sí; mira lo grueso que tiene la parte de la cola, está bien choncho, pesado y largo*; cotorreamos alegres todo el trayecto de regreso con el marinero y el capitán hasta llegar a la dársena de la Marina —apenas en construcción para barcos de gran Calado. Ahí era el lugar del pesaje en 1976.

Llegamos media hora antes de las 6 de la tarde, nos acercamos a la dársena y todo mundo estaba sorprendido por el pez vela que estaban bajando de *La Karina II*; la gente se arremolinó alrededor de la báscula. El juez Anselmo Hernández, anunciaba: *El peso es de 51 kilos con 200 gramos, tomando el primer lugar en este momento*. Faltaban aún 20 minutos para el cierre final; fumamos un puro, tomamos otros tragos y seguían pasando velas, marlín, dorados y atunes a la báscula.

Ese año se capturaron un total de 112 pez vela. Nosotros, estábamos nerviosos cada vez que llegaba otro a la báscula; pero ninguno superó el vela



Fotografía 148. Campeón de Vela, a la izquierda mi padre capitán Antonio Moll†, Rogelio y mi hermano Juan el campeón de pez vela. Dársena de la Marina, Puerto Vallarta, 1976.

de Juan. El balazo como de costumbre se dio en punto de las seis de la tarde. Mi hermano Juan y yo fuimos declarados campeones con el primer lugar del torneo, aun cuando tuvimos dos días de pesca contra tres de los demás participantes. Creo que la suerte nos favorece cuando hay mucha fe y ayuda de Dios.

Ya en la entrega de premios en el hotel Sheraton, Juan recibió por el primer lugar, las llaves de un automóvil Volkswagen modelo 1976. Días después mi hermano Juan me pagó el préstamo que le hice para que participara, pero no compartió conmigo la mitad del automóvil como hubiera sido legal —gracias hermano. Quizá fue porque nunca hablamos de compartir los premios entre él y yo; me fie de él pensando que por ser hermanos, íbamos en partes iguales en todo, pero no fue así; me agarró ventaja por ser él mayor en edad que yo; según un dicho marinero «el pez más grande se comió al más chico». Regresé un poco resentido a Guadalajara; yo estaba apenas con ocho meses de casado; seguí mi vida normal dando clases en la Facultad de Odontología por las mañanas y atendiendo a mis pacientes por las tardes.

Al año siguiente, en noviembre de 1977, volvimos a participar; esta vez acordando todo, costos de lancha, inscripciones, comida, pollas, propinas y hasta las carnadas con sus líderes y anzuelos puestos; ya no tuvimos ni un problema con la pesca de los torneos; ese año pescamos varios velas, atunes, dorados, guajos, pero ni uno calificó para premio.

Viaje familiar

En el año de 1977 en el mes de marzo mi suegro el Lic. Jorge Rubio Lozano†, mandó construir un camper de dos plazas que llamó Móvil-Home; estaba equipado con aire acondicionado; tenía cocineta, baño, dos recámaras y comedor. En vacaciones de la Facultad de Odontología, aprovechamos la invitación de mis suegros para viajar en el camper en su compañía por dos semanas; al viaje también fue un sobrino-nieto de mis suegros de nombre Jorge Rubio Carrillo a quien de cariño llamábamos *Licus*.

Partimos de Guadalajara rumbo al estado de Michoacán. Llegamos primero al Lago de Pátzcuaro, pasando por los lugares típicos Tzintzunzan, Janitzio y Morelia. Visitamos el parque nacional y observamos la cascada la Tzaráracua. Viajando en un carro último modelo, un Ford Galaxy 500 que jalaba el camper, todo era felicidad. Pero, las pendientes de la carretera tan empinadas y el peso del camper que arrastraba, hicieron que el carro recién

salido de la agencia se calentara, antes de llegar al pueblo de Quiroga. Mi suegro opinó esperar que la máquina enfriara; cuando revisó el aceite descubrió que no tenía ni gota. Fui de *raite* con Olga mi esposa y *Licus* a Quiroga; ahí compré 5 latas de aceite y conseguí un mecánico; regresamos en la camioneta del mecánico; revisó el carro y sólo le faltaba aceite; tal vez el calor de la carretera, la fuerza ejercida por el automóvil y el tiempo seco de Semana Santa y Pascua provocaron que el aceite se volatilizara; ahora que recuerdo este incidente me pongo a pensar, ¿por dónde escapó el aceite?

El carro no se volvió a calentar. Llegamos a Quiroga y continuamos hasta un lugar llamado Bahía Azul; ahí rentamos un cuarto de hotel; nos dimos un buen baño, cenamos y a dormir después del estrés de la carretera. Por la mañana partimos rumbo a Ixtapa Zihuatanejo; ahí nos hospedamos en un tráiler park; conectamos a nuestro tráiler mangueras de agua, drenaje y luz. Disfrutamos de esta pequeña bahía durante dos o tres días; las playas estaban casi solas; había pocos hoteles construidos en ese año de 1977.

De ahí salimos rumbo a Acapulco, Guerrero. Yo no conocía. Me impresionaron los grandes hoteles, la bahía y la quebrada. Los tráiler park tenían verdaderas casas rodantes de diferentes tipos, formas y colores; eran tráileres de lujo, alfombrados, con aire acondicionado. Los dueños eran familias americanas de varios miembros; las jovencitas dormían de día y pasaban la noche en las discos dando buenas bailadas, zarandeadas con margaritas, uno que otro toque de mota o *pericazo* que las impulsaba a gritar *¡Viva Villa!* En uno de los tráiler park observamos a una dama muy guapa; salía por las noches muy bien arreglada; vestía minifalda, tacón alto y portaba gran escote; los caballeros de por ahí, admiraban su gran cuerpazo.

Pasamos una semana disfrutando las bellezas y panoramas de Acapulco. Regresamos a Guadalajara vía la ciudad de México. Esos fueron bonitos días de vacaciones de Semana Santa y Pascua, en especial porque no conocíamos hermosos lugares de natural belleza.

Mis suegros continuaron viajando a Manzanillo, Colima, Puerto Vallarta, Jalisco y San Blas, Nayarit; algunas veces dejaban el camper en los tráiler park pagando estancia por días con vigilancia y servicios de alberca y áreas verdes; luego regresaban los fines de semana y llegaban a su tráiler sin pagar hotel. Una vez trajo su panga de fibra de vidrio, de ala de gaviota, de Chapala a Puerto Vallarta y la dejó en el tráiler park Tachos. La panga medía unos 18 pies de largo. En Chapala la usaba para pasear y esquiar.

Llegamos a participar en varios torneos de pesca en la panga de fibra de vidrio de mi suegro. La panga tenía motor fuera de borda de ochenta caba-

llos de fuerza, marca Johnson. La panga era ligera y rápida en surcar las olas del mar. En ella éramos los primeros en llegar al destino de la pesca y podíamos regresar con rapidez al pesaje de lo capturado. Mi suegro me ofreció en venta la panga en ochenta mil pesos —de los de antes—; era un precio módico, a plazos. No acepté porque la panga era algo insegura en altamar; cuando salíamos de pesca, al trabajarla en baja velocidad se metía agua por la proa con cualesquier *terralito* de aire que nos pegaba. Casi nos inundamos en varias ocasiones; al usarla, era necesario tener la precaución de no salir muy lejos⁴²; siempre cobijándonos del aire en los cercanías de los cerros en el faro de Cabo Corrientes, Bajo Verde, Tavo, Tavito, Las Iglesias, Chimo, Las Cuevas, Pizota, Yelapa, Cerro Bola. Igualmente en las islas Marietas y el Morro, lo mismo por el canal entre las islas Marietas y Punta de Mita, en las cercanías de Sayulita, San Blas y fuera de Carrilleros.

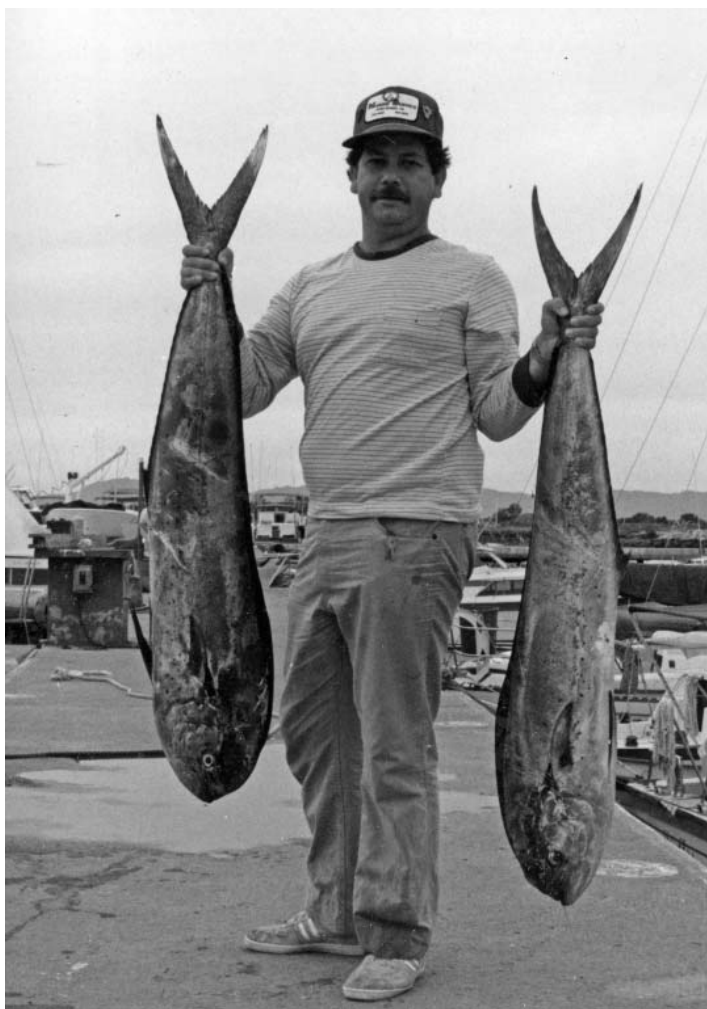
Dos sardinitas

Disfrutamos de 1978 a 1981 la panga de mi suegro en Vallarta. Vivíamos en Guadalajara y veníamos con frecuencia los fines de semana. Botábamos la panga en La Marina. Primero hicimos viajes cortos a las playas de Los Muertos, El Set y Mismaloya; luego llegamos hasta Tomatlán. Una vez, estando Olga con más o menos mes y medio de embarazo de Michelle, pedí la panga a mi suegro para ir a dar la vuelta a pasear. *¡Pero tú no sacas ni sardinas!*, dijo: *¡Vamos a ver!*, contesté. *Está bien, llévatela, nada más no te alejes mucho de la playa.* Salimos Olga, el sobrino *Licus* —inseparable de los abuelos y de la tía— y yo.

Llené el tanque de gasolina y boté la lancha un día domingo temprano; nos fuimos costeando por toda la bahía, admirando las bellezas de playas de Vallarta; aprovechamos para ir troleando; lancé al agua dos líneas mientras navegamos rumbo a Yelapa; pasamos Las Ánimas, Quimixto y Colimilla; antes de llegar a Yelapa que se prenden dos dorados a la misma vez, cada uno como de 15 kg de peso; ya no hallaba la puerta para sacarlos; tenía que maniobrar la panga, mientras los dorados brinca y brinca por todos lados; el *Licus* como de 8 años y Olga no sabían qué hacer. Entonces enfilé la panga

42 Al ir de pesca debes estar precavido en todo momento con tu embarcación, víveres, checar estado del tiempo para cualquier contingencia inesperada, llevar primeros auxilios y con qué comunicarse.

hacía afuera, mar adentro para alejarme de la orilla y de las piedras que me podían hacer zozobrar. Sujeté la primera caña; el dorado sacaba línea y más línea; pensaba, ojalá pueda sacar los dos; con temor a que se fuera el de la otra línea, comienzo a enredar con mucho cuidado, acercándolo a la panga para subirlo; no traíamos gancho para ensartarlo y subirlo con más facilidad; me arriesgué; sujeté el líder con fuerza y lo subí sin gancho, a mano limpia, con peligro de cortarme con la línea por las sacudidas y cabeceos del pescado; dije a Olga y a *Licus*: *¡Váyanse a la proa!, los chicotazos de la cola del dorado duelen cuando pegan*; el dorado brincaba por todos lados de la panga;



Fotografía 149. Las dos sardinitas de Rogelio Moll Contreras, pescados dorados. La pesca deportiva es abundante siempre y cuando la protejamos, evitando las cimbras y chinchorros. Puerto Vallarta, Jalisco, 1978.

le pusimos una toalla encima para que se calmara —tampoco traíamos macana para someterlo.

El otro dorado seguía brincando llevándose más de la mitad de línea del carrete; sujeté la segunda caña y comencé poco a poco a traerlo hacia la panga; cuando recuperé toda la línea, hice el mismo procedimiento anterior; lo subí y tapamos los dos peces con la toalla. Continuamos muy gustosos por la pesca, el paseo y las maniobras que hice con el volante; me sentí bien como gran experto; regresamos directos por la bahía sin tener que ir costeando por las playas para llegar más pronto; navegué con mucho cuidado para no golpear la panga demasiado y para evitar que Olga se lastimara.

Ya de regreso sacamos la panga del agua con el remolque y regresamos con mis suegros; nos pusimos de acuerdo los tres para decir a una voz: *Aquí traemos unas sardinas para comer*. Mostramos las dos sardinitas sujetas de la cola, es decir los doradotes; pesaban más de 15 kg cada uno; al verlos, mis suegros se quedaron admirados de la gran pesca efectuada. Los destripé y fileteé; comimos dorado más de 15 días. Todavía regalé una lonja de filete a mi madre; ella la preparó al día siguiente en dedos de pescado, con arroz blanco, zanahorias a la mantequilla, ensalada verde con aderezo de aceite de oliva, salsa mexicana y tortillitas bien calientitas; disfruté de la pesca, buena compañía y exquisita comida con el sazón de mi madre, gracias a mi suerte de pescador. Esto es lo más maravilloso de la vida, saber apreciar los momentos y tiempos en compañía de los seres queridos y grandes amigos.



9. Cambios en mi vida

Familia Moll Rubio



Fotografía 150. Familia Moll Rubio, Karen, Rogelio, Michelle, Olga y Rogelio Jr., 5 profesionistas vallartenses poniendo su grano de arena por el desarrollo de Puerto Vallarta, Jalisco, 2013.

Cuando uno se enamora, se enamora; es algo fácil o difícil; para mí eso de enamorarse es algo muy fácil; nada más con ver una jovencita de 18 años, ya estoy flechado del corazón. ¿Por qué es esto?; ¿qué nos pasa a los humanos?; ¿no pensamos?; ¿no razonamos en esos momentos?; ¿simplemente quedamos atrapados con sólo mirar?; ¿no puedo creer!; ¿mirar?; ¿qué?, pelo, cara, cejas, ojos, nariz, boca, piocha, orejas, sonrisa, lo seria, porte, hombros, brazos, manos; bueno hasta las uñas de las manos, espalda, pechos, cintura, ombligo, caderas, nalgas, piernas, músculos, tobillos y pies mira uno.

También vemos detalles más sutiles; voz fina, gruesa o ladina; cómo se mueve al caminar, despacio, rápido, sigilosamente o muy sensual; también inteligencia, conversación, coqueteo; el físico que engloba el ideal de uno; color de piel; ojos verdes, azules, violeta, negros, café claro, café oscuro, ligeramente amarillos personificando animales, por ejemplo, a una tigresa. Para todos hay gustos en esta vida; cada individuo se forma en la mente el tipo de mujer que quiere por compañera para toda una vida. Cuando se es joven, todo es hermoso; yo vi en Olga, a una mujer que englobaba belleza total; todo pasó con una simple mirada de una primera vez; la vi en la boda de Miriam y Jorge, grandes amigos de Sinaloa y Guadalajara.

Olga Elizabeth



Fotografía 151.

Olga Elizabeth Rubio Silva.
Puerto Vallarta, Jalisco, 1999.



Fotografía 152. La familia Rubio Silva en su 50 aniversario de bodas, a la izquierda mi cuñado Jaime y su esposa Aurora Mancilla; Maricarmen Zúñiga esposa de Ricardo; Lic. Jorge Rubio† y su esposa la Dra. Olga Silva, Jorge, mayor de los hermanos y esposa Laura Comparan; Olga mi esposa y Rogelio Moll. Guadalajara, Jalisco, 1996.

Nació en Guadalajara, Jalisco, un día 16 de noviembre de 1954; tercera hija del Lic. Jorge Rubio Lozano† y de la cirujano dentista Dra. Olga Silva Murguía; fueron cuatro hermanos; Jorge, Jaime, Olga y Ricardo; todos profesionistas egresados del Universidad de Guadalajara.

Sigo enamorado de ella; tiene cabello negro abundante, semiquebrado; frente chica; cejas grandes, ojos grandes color café oscuro; nariz chica y recta; boca chica y labios ligeramente carnosos; piocha resaltada. Tiene perfil de cara muy bien delineado —muchas lo quisieran tener—; color de piel apiñonada morena clara; de 1.66 metros de estatura; delgada de cuerpo y proporcionada; caminar tendencioso entre rápido y lento —a veces parece caminar a las carreras.

Es cirujano dentista con 24 años trabajando en la Secretaría de Salubridad en un centro de primer nivel Dr. Roberto Mendiola Orta; presta atención a programas de salud bucal en la prevención de enfermedades dento-bucales para niños de edad preescolar, primaria y población abierta que acuden a recibir atención gratuita en el Centro de Salud; fue catedrática en la Facultad de Odontología de la Universidad de Guadalajara, en las prácticas clínicas de exodoncia, prostodoncia y admisión, durante 13 años continuos. Es



Fotografía 153. Mi esposa Olga Elizabeth Rubio Silva y Rogelio Moll Contreras, odontólogos de profesión trabajadores para los Servicios de Salud Jalisco y consulta privada. Puerto Vallarta, Jalisco, 1996.

una persona muy capaz profesionalmente, amorosa con mis hijos, Michelle, Karen, Rogelio y la nieta Kristel Curiel Moll; quiere a su perro *Go Go* —recién fue papá de seis perritas y un perro Schnauzer—; el marido está siempre muy bien atendido. En lo social es un poco retraída; es una gran dama con todos los que siente que son amigos; no es hipócrita; no le agradan los *chismes* entre mujeres; le gusta tomar uno o dos tragos para no sentirse relegada en el ambiente aunque sin ellos le da lo mismo; ya en confianza, es muy abierta con todo mundo.

Michelle

El día 6 de noviembre de 1978, tres días después del Torneo Internacional de Pez Vela, nació la primogénita de mis hijas, Michelle, en el Hospital Bernardette de Guadalajara. Un día de visita en la casa de campo de Chapala, Jalisco, en el fraccionamiento La Riviera, se reventó la fuente a Olga mi esposa, antes de la fecha indicada. Nos asustamos quienes en esos momentos estába-

mos ahí; primero, porque no localizábamos al ginecólogo que la atendía, Dr. Fernando Vázquez Bernard⁴³; segundo, porque la distancia a Guadalajara es de al menos una hora; y, tercero el tráfico haría más lento el trayecto para llegar a casa de mis suegros.

Llegamos a la casa de San Felipe con mis suegros; recostamos a Olga en uno de los sillones dentales de la planta baja; recogí de mi departamento ropa para el bebé y nos marchamos al Hospital Bernardette localizado en la calle Hidalgo cuadra y media a bajo de la Av. Tolsá; llegamos, bajamos del carro y pregunté, cariñosamente: *¿Cómo te sientes gorda? Bien. ¿Tienes miedo? Sí, un poquito. Todo va a estar bien, no te preocupes* —intentaba darle ánimo para que se sintiera fuerte. Nunca localizamos al ginecólogo, pero él ya había dado instrucciones en el hospital para que en su ausencia un compañero médico y amigo de él atendiera el parto de Olga. Nos tranquilizamos.



Fotografía 154. Licenciada en Administración de Empresas Michelle Moll Rubio. Graduación 1998-2001 de la Universidad del Valle de Atemajac. Puerto Vallarta, Jalisco, 2001.

43 Amigo mío y de la familia Rubio Silva; gran ginecólogo, de buena familia en Guadalajara.

Estuvo en trabajo de parto un poco más de dos horas; usaron fórceps para sacar la cabecita de mi hija Michelle; a las 12:05 a.m. nació una niña güerita, muy coloradita, con la cabecita ligeramente aplastada por los fórceps que utilizaron al sacarla; el médico asistente dijo, se va a componer, y así fue, con el tiempo se redondeó su cabeza; en lo referente a su sistema psicomotriz estaba perfectamente; fue un parto normal; Olga permaneció hospitalizada día y medio.

Mi hija Michelle ha sido desde pequeña una niña muy inquieta; en vez de gatear a cuatro manos, dio sus primeros pasos en la playa. Una vez fuimos de vacaciones a Vallarta a las hermosas playas Las Cuevas de Punta de Mita⁴⁴. Estando a orillas del mar equipados con sombrillas y sillas abatibles de aluminio, descansando y moviendo la arena blanca de un lado a otro con los pies, de pronto que Michelle corre por la playa; va que cae que no se cae; luego se quedó parada, estática llorando y gritando con fuerza; cuando la vi, corrí a rescatarla; la abracé y me percaté que la arena estaba muy caliente, tanto que me quemaba mis pies; miré los de ella y estaban ampollados; ni Olga ni yo sabíamos qué hacer. Fui a una cabaña de palapa donde vendían refrescos y pedí ayuda a una señora morena ya grande de edad; me dio unas rodajas grandes de cebolla diciendo: *Esto es bueno para lo quemado*. La señora de la cabaña me narró que el día anterior unos pescadores habían asado pescado en varas para vender a los turistas; hicieron la fogata con astilla seca de coquitos de aceite; este material hace brazas que duran bastante tiempo encendidas; los muy re *cabrones* no apagaron con agua las brazas, únicamente echaron arena encima; esta fue la causa de que mi pequeña hija quedó como Cuauhtémoc, quemada de las plantas de los pies.

Si Michelle había superado la etapa de gatear, ahora tuvo que regresar a ella porque ya no podía caminar; no supimos si el incidente afectó su sistema motriz. Ella fue líder con sus compañeritas; sus maestros de kínder me decían que cuando jugaba con cinco o seis niños, ella daba las indicaciones; hizo lo mismo en primaria, secundaria y hasta la profesional. Ha tenido muchos amigos con quienes organizaba en casa reuniones y pachangas casi todos los fines de semana; ya casada, aún se reúne con ellos.

44 Hoy está ahí el hotel Four Season; la playa tiene arena blanca, grandes riscos y aguas azules; considero que somos dichosos quienes conocimos el lugar en tiempos de excursiones de secundaria y años posteriores; aquellos eran lugares desolados, sin personas ni casa alguna; únicamente la naturaleza misma en todo su esplendor bañada por los rayos del sol.

Michelle se recibió de Licenciada en Administración de Empresas en la Universidad del Valle de Atemajac. Trabajó en la empresa Telcel algunos años y, posteriormente, en una empresa Dinámica de venta de casas habitación; aquí la hicieron renunciar bajando su salario a la mitad. Casó a la edad de 30 años con Julio Curiel Cervantes, ingeniero, originario de Tepic, Nayarit; al año de matrimonio me hicieron abuelo con la princesita Kristel Curiel Moll. Hoy día mi hija trabaja en una institución bancaria. Su carácter fuerte y dominante poco le ayuda en su vida de casada; es muy *chambiadora*, no se inhibe ante nada, siempre sale adelante de una forma u otra; cuando sabe que tiene razón, olvídate y cuando no la tiene, también. Mis respetos a Julio su esposo porque se necesita mucha paciencia para llevarla bien con ella; Kristel, a los 2 años y medio, tiene un carácter similar al de su madre. Vivían a dos cuadras de mi casa; quiere estar lo más cerca de nosotros. Con ella se cumple el dicho de «no pierdes una hija, ganas un hijo». Al final se separaron.



Fotografía 155. Familia Curiel Moll. Puerto Vallarta, Jalisco, 2010.

Karen

A la edad de Michelle de dos años y diez meses, nació nuestra segunda hija Karen, un 4 de agosto de 1981 a las 10:30 a.m. en el nuevo Hospital Santa María Chapalita. Era un amor; una niñita güera, güera, de cabellos dorados como pelos de elote; su cabecita bien *redondeadita*, media chatita con un peso de 2 kilos 750 gramos. Fue parto normal; esta vez sí estuvo el médico de cabecera, el ginecólogo Fernando Vázquez Bernard.

La familia crecía poco a poco pero todavía vivíamos en el departamento de Andrés Cabo en la colonia Chapalita —estuvimos ahí 12 años. Karen ingresó igual que Michelle al Instituto Pierre Faure de educación personalizada desde kínder hasta segundo año de primaria —Michelle hasta cuarto grado.

Karen fue más apegada a sus papás; de pequeña, tenía un problemita con sus pies al caminar; los metía hacia dentro y se tropezaba; por más que decíamos: *¡No corras!*; ella corría y se tropezaba; nosotros insistíamos, *No*



Fotografía 156. Abuela Catalina Montes de Oca, primera cronista de Puerto Vallarta, abrazando a su bisnieta Karen Moll Rubio de 8 meses de edad. A la derecha mi hermano Julio en casa de mi madre Luz, por la calle Allende. Puerto Vallarta, Jalisco, 1982.



Fotografía 157. Karen Moll Rubio a la edad de 2 años en la playa Los Muertos. Puerto Vallarta, Jalisco, 1983.

hijita, te puedes caer y lastimar; ella, respondía: *No mami, ya no voy a correr*, se calmaba un momento y volvía a correr de nuevo. Un día, a la hora de la comida, la niña bajó de la silla y fue por sus muñecas porque también tenían que comer; regresó con dos, una en cada brazo; pero antes de llegar con nosotros tropezó con sus piernitas chuecas; escuchamos un golpe seco de su cabecita contra el filo del marco de la puerta; no se escuchó llanto; estaba por convulsionarse del golpe; no podía respirar, ni llorar; tenía su carita morada; la puse boca arriba con la cabecita hacia atrás; pasó un minuto hasta que reaccionó; en ese momento empezó a llorar. Recibió el golpe en la pura frente; no alcanzó a meter las manos para protegerse porque llevaba abrazadas sus muñecas cuando caminaba rumbo al comedor; la piel se le sumió un poco; hasta la fecha se observa una pequeña línea que se marca en la frente. La llevamos al traumatólogo, especialista en huesos, Dr. Enrique Rosas —por cierto, pariente de mi suegro—; él revisó el golpe y además le prescribió tratamiento ortopédico; en un año se corrigió el defecto de los pies.

En otra ocasión invitamos a mi hermano Juan a comer a la casa, por el Barrio Santa María en Puerto Vallarta; tenía tiempo de no verlo; llegó solo;

la *chaparrita* de mi hija —Juan así le decía de cariño a Karen—, saludó al tío Juan; él la abrazó y envolvió en una frazada tipo cobija y comenzó un juego peligroso con ella; la aventaba hacia arriba y la volteaba de cabeza hacia abajo; en una de esas, en un movimiento en falso cuando la volteó de cabeza, se le resbaló de las manos y fue directo al piso; de nuevo se privó de la respiración y se puso morada; la voltee boca arriba para que se abriera la garganta y pudiera respirar nuevamente; pensaba, otro golpe fuerte en la cabeza, a ver si no trae consecuencias a futuro; la tuvimos en observación durante un tiempo y no pasó a mayores. Juan no sabía cómo reaccionar ante nosotros; apurado y apenado sólo decía: *¡No le pasó nada, verdad!*; yo, decía: *¡No! ¡No!*; pero ganas no me faltaron de decirle, *¡para que la aventaba para arriba!*; pero me aguanté, es mi hermano mayor; no dije nada. Esos golpes, además del tremendo susto, pueden traer secuelas en el cerebro. Por fortuna, hoy Karen, a los 32 años de edad, es una señorita normal; aquellos golpes no pasaron a más.

A la edad de cuatro años, a veces ella dormía con nosotros en nuestra cama *king size*; cabía muy bien en medio de los dos. En una ocasión la niña se levantó muy tempranito, antes de que amaneciera; no nos percatamos; de repente, escuchamos gran ruido de botellas que se quebraban; nos despertamos y Karen, *¡anda vete!*, no estaba en la cama; salimos en su búsqueda; estaba paradita, asustada y llorando en la cocina; la revisamos y en apariencia no le había pasado nada; traía puesta su pijama de franela porque era el invierno; la recostamos de nuevo en medio de los dos para que durmiera un poco más; pero sentí húmeda la pijama; al revisarla descubrimos que tenía una cortada como de 6 cm en el brazo.

La herida era profunda. Sangraba en abundancia; amarré un pañuelo para hacer presión y contener la hemorragia; salimos del departamento rumbo al hospital del Carmen; entré con la niña a urgencias para que la suturaran en el músculo y piel por lo profundo de la cortada; la doctora me indicó sujetar el bracito para inmovilizarla mientras ella suturaba; así pude observar mejor la gran herida; le suministraron primero anestesia local; yo estaba incomodo por la posición, parado y forzado para sostener el bracito durante varios minutos; la doctora aplicó varios puntos de sutura en músculo y piel.

En eso que me empiezo a sentir mareado por la impresión de la cortada y el esfuerzo de estar mal parado para sostener el brazo con firmeza. La doctora, dijo: *Señor, ¿se siente bien?* Yo, amarillo, casi daba el *changazo*; la doctora dice de nuevo: *Mejor siéntese, ya terminamos, no quiero que se me vaya a desmayar.* Me sentía muy mal por la impresión de ver la sangre en el brazo de



Fotografía 158. Mi hija
Karen Moll Rubio. Puerto Vallarta,
Jalisco, 2010.

la niña y por la adrenalina gastada; estaba con la cara pálida, tan pálida como mono de cera. Gracias a Dios no se cortó ni una vena o arteria importante.

Aunque muy traviesa, siempre ha sido una buena niña, muy sincera, de carácter dulce y tierno; una vez tomó a la abuela las tijeras de la máquina de coser y cortó las cortinas de tela que tenía en la sala de televisión; embarraba además la crema de peinar de su abuelito Jorge y la pasta dental, en las paredes del baño. En una ocasión se escondió debajo de una cama y se quedó dormida; nos sacó gran susto porque no estaba por ningún lado; por fin alguien se asomó debajo de la cama y ahí estaba; parecía un angelito, bien dormida, sin problema alguno.

Terminó la primaria al igual que mi hija Michelle en Puerto Vallarta, en la escuela Teresa Barba Palomera; a Karen le gustaba escribir cartitas y recaditos a los papás y abuelitos Jorge, Olga, Antonio y Luz; escribía ideas profundas que llegaban al corazón y nos hacían llorar; aún conservo algunas cartas de ella cuando estaba en la primaria y secundaria. Ganó un tercer lugar escribiendo un cuento navideño con el título, *La niña de la navidad*. El mensaje del cuento era «no hay que ser envidiosos; debemos creer en la Navidad, porque es cuando compartimos la alegría con nuestra familia y pasamos momentos de paz y más que nada amor».

Es de 1.50 metros de estatura; piel apiñonada, pelo lacio color castaño oscuro, frente chica, cejas muy bien definidas; ojos café claro; nariz regular, boca chica; tiene algo de parecido a su bisabuela Catalina, en la forma de cara y en el gusto a la escritura. Estudió en la UNIVA igual que Michelle y ahí obtuvo la licenciatura en Mercadotecnia; trabajó durante cuatro años en una hipotecaria llamada Metrofinanciera y en la empresa Línea Aprobada. En la actualidad trabaja en una empresa bancaria. Es muy dedicada a su trabajo, responsable en todo lo que le encomiendan sus jefes inmediatos; gracias a su esfuerzo, han rebasado metas de trabajo a nivel nacional. Eso sí, tiene defectos, un cuerpazo que muchas chicas envidian; chiquita pero picosa; también piensa un poco antes de definir lo que quiere en decisiones inmediatas. Es muy *salerosa* en sus pláticas, hace reír; sale de casa muy bien arregladita; se peina de distintas formas; toda la ropa que viste le queda muy bien, por el cuerpesito muy bien proporcionado que tiene. Casada con el Arq. Erick Gallegos el 26 de octubre de 2013 y en espera de un bebé.

Rogelio Herón

En 1986, Olga estaba de nuevo embarazada; le sobaba la barriguita pensando que iba a ser otra mujercita; ponía mi oreja en ella llamándole, *Stephanie, Stephanie, muévete, ándale muévete*; en ese entonces no existían ultrasonidos ni ecosonogramas para saber el sexo de los fetos dentro del vientre materno. Un día 17 de mayo de 1986, 15 minutos antes de las 11 de la noche, nace mi primer varón en el Hospital Santa María Chapalita de Guadalajara a quien dimos el nombre de Rogelio Herón.

Al nacer, Rogelio era un pedacito de bodoque entre ligeramente rojo y morado, con demasiado pelo en la frente; al verlo la primera vez, me dio tanto gusto que fuera varón que lloré a lágrima suelta como niño. Dije a Olga: *Gracias con todo mi corazón, por darme un hijo varón*; ella, me abrazó y lloró



Fotografía 159.
Rogelio Herón Moll
Rubio a la edad de 7
meses. Guadalajara,
Jalisco, 1986.

conmigo; estábamos felices de tener dos niñas y un niño. También en este parto estuvo el Dr. Luis Fernando Vázquez Bernard y a él, igual que a mí, le dio mucho gusto que fuera un hombrecito; me abrazó, diciendo: *¡Felicidades, señor Moll!* Ya con tres hijos, dijimos, hasta aquí le cortamos; el Dr. Vázquez le dio a Olga *su amarradita* para ya no tener hijos. Olga duró día y medio en el sanatorio; el niño fue sano desde que nació; pesó al nacer 3 kilos con 50 gramos.

Fue muy consentido de su madre y más del abuelito; cuando mi suegro iba a impartir clases en la Facultad de Derecho de la Universidad de Guadalajara, regresaba en cuanto terminaba de dar sus materias para estar al pendiente del bebé; nosotros salíamos a trabajar y dejábamos a los niños con los abuelos; las niñas en la escuela primaria y el niño se quedaba con mis suegros. Rogelio fue muy activo. Mi suegro era carpintero de afición; una vez hizo una cantina-bar y el niño tomaba herramientas e imitaba los movimientos de serrucho y martillo del abuelo; mi suegro ayudaba al niño con los movimientos de mano para que hiciera bien los cortes y golpes de martillo; así se entretenían ambos. Rogelio se quedaba a veces con los abuelos a dormir, hasta dos días a la semana.

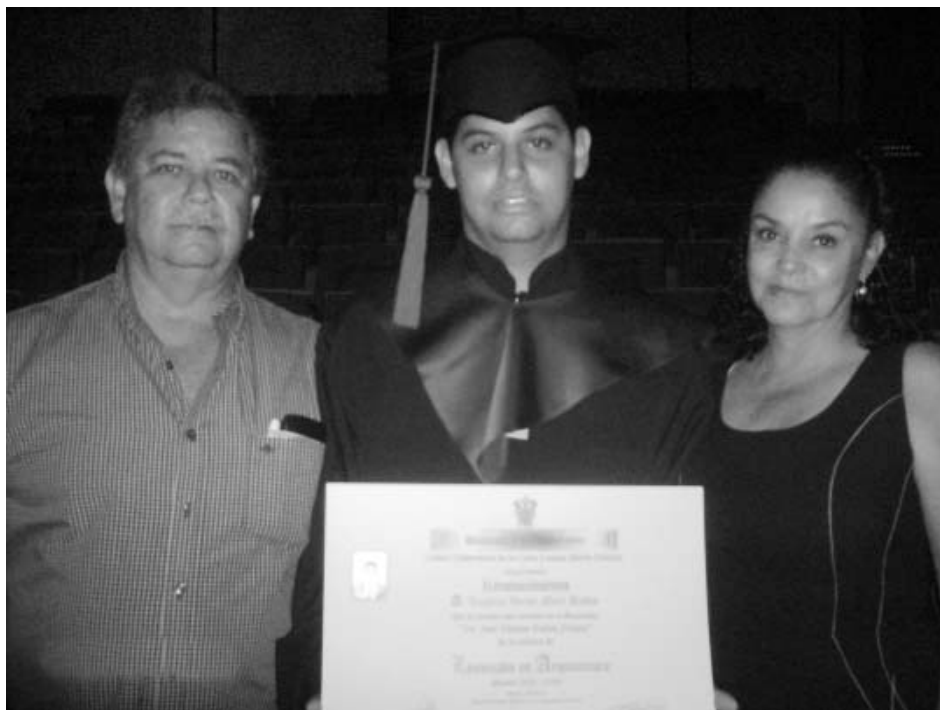
Fotografía 160. Rogelio Herón
Moll Rubio a la edad de 2 años.
Playa Destiladeras, Nayarit, 1988.



Cuando mi suegro se sintió mal fue necesario que le hicieran un cateterismo en el Seguro Social; el médico que lo atendió, dijo: *Usted, ya no se va de aquí*. En esos momentos lo prepararon para hacerle algunos *bypass*; el día de la operación se había quedado Olga, mi esposa, de guardia por si algo sucedía en la operación; mi suegro duró varias horas en el quirófano; cuando el médico que lo operó salió, dijo a Olga: *Su padre tuvo un infarto cerebral, espero que se recupere*. Le efectuaron cinco *bypass*; pensamos que se le pasó el tiempo y le dio un infarto cerebral; cuando lo sacaron al cuarto de terapia, apenas escuchaba y movía sus manos; pasaban los días y no se recuperaba, no reaccionaba; uno le decía: *Si me escuchas, apriétame la mano*; primero lo hacía, después era ya un vegetal. Cuando esto sucedió, Rogelio, mi hijo, tenía 18 años de edad; nunca había visto a su abuelito en un estado tan crítico;

subió a su cuarto y bajó lleno de lágrimas preguntando: *¿Qué tiene mi abuelito papá?; no habla, no dice nada.* Está malito, dije. Falleció cerca de las 4:00 a.m. un día 5 de abril en el año 2002. Mi hijo resintió tanto la muerte de su abuelo que duró un tiempo muy triste.

Rogelio estudió el kínder, primaria y secundaria en el colegio British American School; la preparatoria en el colegio Niños Héroes de Puerto Vallarta; la carrera profesional de licenciatura en la Universidad de Guadalajara. Siendo estudiante de arquitectura, en sus últimos años quería ganar dinero para gastar y entró a trabajar con Rosendo y Mario López, primos hermanos de Olga y constructores de hoteles de la cadena española Riu. Trabajó con ellos 11 meses hasta que se terminó la obra. En julio de 2009, terminó de estudiar y volvió a trabajar medio tiempo por las tardes; en la mañana prestaba su servicio social en la Universidad de Guadalajara. Él ha sido siempre responsable en su vida y trabajo.



Fotografía 161. Entrega de reconocimiento de Lic. en Arquitectura de Rogelio Herón Moll Rubio en el Centro Universitario de la Costa de la Universidad de Guadalajara con sus padres, Rogelio y Olga. Puerto Vallarta, Jalisco, 11 de septiembre de 2009.

Rogelio es de cuerpo medio robusto; 1.73 metros de estatura; cara medio redonda; pelo castaño oscuro, entre quebrado y abundante; cejas bien marcadas; ojos color verde; nariz recta; boca grande con labios ligeramente gruesos; piocha regular; color de piel apiñonada, ni güero ni moreno; bien parecido —ya lo quisieran varias chicas—; tiene 28 años de edad, muchos amigos, soltero; —ojalá disfrute la soltería mientras pueda. Le he insistido hacer una especialidad en cuanto termine el servicio social «para que no sea del montón»; cuando le aconsejo lo mejor para él, me ve y se queda callado, no opina nada; como padre, insistiré para que se especialice, que curse una maestría ahora que está a tiempo de hacerlo.



Fotografía 162. Nuevas generaciones de arquitectos Rogelio Herón Moll Rubio.
Puerto Vallarta, Jalisco, 2010.

Amistades de toda una vida



Fotografía 163. Paseo por la bahía con unos amigos Rogelio Moll, Humberto Vázquez, Prof. Troncoso y Pedro Yereña. 1994.



Fotografía 164. Rogelio Moll Contreras, mi esposa Olga Elizabeth Rubio, Liliana Joya, Lupita Gutiérrez Rizo y mi compadre Marcos Joya Cruz. San Sebastián, España por el mar Cantábrico en el segundo viaje a Europa de placer, 2003.



Fotografía 165. Amistades de la vida a la izquierda Ing. Fernando Solórzano, gran empresario y ex gerente de mantenimiento del hotel Sheraton Buganvilias por 23 años y ex presidente del club de pesca; Chavi Covarrubias contador y esposa Lolita Gutiérrez Rizo; Sra. Milagros Landeros Rodríguez y su esposo el Dr. Pepe Camacho jubilado del IMSS, secretario del club de pesca; Dr. Humberto Inda Carrillo odontopediatra y ortodoncista y Sra. Patricia Carrillo Peña; Alberto Sánchez Cárdenas y esposa Olympia Riveron y la Dra. Rocío Soto Chávez. Empresarios y profesionistas que han dejado huella en el desarrollo del Vallarta actual. En casa del Lic. Luis Gutiérrez García empresario y hacendado de Puerto Vallarta, Jalisco, 1995.

Pude ser sacerdote

Joaquín Humberto Famañía Ortega, *Beto*, ha sido uno de mis grandes amigos desde los tiempos de la escuela primaria; en nuestra juventud solíamos hablar de diversos temas: *¿Y tú, qué vas a hacer de grande? Yo, piloto aviador. ¡Mejor vámonos de padres al seminario! ¿De padres? ¡Sí!, se gana buen dinero; aparte el sacerdocio es una carrera muy bonita. Beto, no creo que a mí me llame mucho la atención ser curita, yo quiero tener esposa.* Este tema lo abordamos más de una vez, en la escuela primaria. Humberto fue monaguillo de la igle-

sia en varias ocasiones; yo nunca lo fui. Beto estuvo dos años en el seminario de 1960-1962; yo no. Él tuvo en el seminario varios amigos y compañeros que sí terminaron la carrera sacerdotal; hoy ellos son grandes eminencias católicas en Monterrey, Nuevo León, Tlalnepantla, Estado de México y Mazatlán, Sinaloa. Tal vez nosotros podríamos figurar en las dos imágenes que me mandó Humberto que aquí incluyo, reunidos como hermanos de la iglesia.

Beto, nació en este bello Puerto Vallarta un 16 de agosto de 1949, a tres cuadras del mar, en el centro de la ciudad, entre las calles Libertad y Morelos. Cursó estudios de preescolar, primaria y secundaria en Vallarta; hizo la preparatoria en Guasave, Sinaloa; es contador público por la FACE de la Universidad Autónoma de Guadalajara. Fue delegado estatal y subdelegado federal de Turismo; subsecretario de Administración y Finanzas; coordinador general del Sistema Estatal de Abasto del Gobierno del estado de Hidalgo; vicepresidente municipal y tesorero de Puerto Vallarta. Ha recibido innumerables diplomas de reconocimiento a su labor tanto en el campo privado, público y social.

Es uno de los pocos vallartenses, o quizá mexicanos, que ha pisado la Casa Blanca en Washington, D. C., invitado especial por más de 4 veces por su labor al frente de los latinos. En la actualidad se desarrolla como asesor en materia de administración pública y privada; es asesor y consultor de la Coalición Latina de USA y México; desde el 15 de mayo de 2010, fue responsable de la vinculación del Centro Universitario de la Costa de la UdeG y ex secretario técnico de la Rectoría hasta 2013. Es columnista en un diario local y dirige un programa de radio con temas culturales; en sus escritos promueve y narra la historia de Vallarta. El texto que sigue está tomado íntegro de una carta que Beto me envió:

En 1960 tuve el gran honor de entrar al Seminario Diocesano de Tepic, Nayarit; recuerdo que te invite Roger, a entrarle a esta carrera del sacerdocio. Nada más fueron dos años, hasta 1962, pero en ésta generación se encuentran tres grandes amigos obispos; monseñor Francisco Robles Ortega originalmente fue cardenal y arzobispo de la Diócesis de Monterrey, N.L.; hoy es cardenal y arzobispo de la Diócesis de Guadalajara; monseñor Carlos Aguiar Retes arzobispo de la Diócesis de Tlalnepantla, Estado de México y presidente del Episcopado Mexicano; y monseñor Mario Espinoza, obispo de la Diócesis de Mazatlán. En verdad qué honor haber pertenecido a ésta generación y decir a los cuatro vientos que los admiro y son mis amigos.

Bailando en el mar

Tengo un bonito recuerdo del año de 1980 —bueno, ni tan bonito—; fue una de tantas aventuras que viví con Fernando Solórzano Vargas y Guillermo Bracamontes Campoy. Salimos de pesca en la panga de mi suegro; tomamos el rumbo a Bucerías, navegando no muy lejos de la costa; troleamos toda la mañana tratando de sacar algo; combinamos curricanes, cada 15 a 20 minutos y nada; no llevamos agua, refrescos ni alimento; era ya más de medio día, cerca de las tres de la tarde; los tres con mucha hambre, crudos del día anterior, sin nada que beber o comer.

Llegamos a Bucerías y vimos que las olas del mar estaban tranquilas; así es que decidimos llegar a comer a los restaurantes de la playa; anclamos bien la panga retirada de la orilla; nos echamos de clavado para salir nadando a comprar qué comer y tomar; en la playa estaban asando en vara unas sierras que se veían deliciosas; el que estaba asando el pescado, dijo: *Pasen, arriba hay mesas para que estén más cómodos*. Escogimos mesa, pedimos tres cervezas coronas bien heladas, sal y limón; nos arrimaron salsa mexicana, tortillas hechas a mano en el comal y por supuesto las sierras que habíamos ordenado. Y ahí estamos felices, tomando una cerveza tras otra acompañadas con bocados de pescado asado.

Pasaron unos 20 minutos y observamos que la panga venía muy cerca de la orilla; *ivámonos Fernando, vámonos Guillermo, que las olas van a voltear la panga!* Bracamontes se quedó pagando la cuenta. Mientras, Fernando y yo nadamos lo más rápido posible hacia la embarcación; *isúbete y préndela!*, dije: *Yo, la detengo aquí*. El motor no arrancó al primero ni segundo intento; en el tercero como que quiso, pero no; que se viene una gran ola que casi puso vertical la panga; por poco la voltea; Fernando estuvo a punto de caer al mar; *iapúrate!, está muy fuerte la corriente, enciéndela; pues no quiere;* y que se viene otra ola menos grande, pero nos dio buena zarandeada de un lado para otro. Yo trataba de que las olas no se llevaran la panga; la sostenía con todas mis fuerzas; en eso, que llega Bracamontes y me ayuda a sostenerla en el momento que el motor Johnson de 80 caballos arrancó; nos subimos al librar otra ola más grande que parecía que nos haría zozobrar. Llegamos a la Marina mal comidos, con el susto encima todavía; de puro coraje nos fuimos a tomar otras cervezas para la sed, pensando: *¡Ah pedo que nos sacó la lancha!*

Con calma analizamos el porqué del percance; sacamos por conclusión que el ancla no alcanzó a engancharse bien de la arena del fondo del mar; además era demasiado pequeña para soportar las ráfagas de viento que sue-

len presentarse por las tardes en el mar abierto de su pequeña bahía de Bucerías.

Trabajo institucional

En el año de 1981 se dio a conocer en la Facultad de Odontología un programa de Salud Bucal impulsado por la Secretaría de Salud. A través del Programa de Atención a la Salud en Zonas Marginadas en grandes urbes en la periferia de Guadalajara, estaban contratando intendentes, trabajadores sociales, enfermeras, odontólogos, médicos generales y especialistas en varias áreas de la medicina. Me interesó la idea de ingresar a Salubridad pensando en el beneficio económico para mi familia; presenté la solicitud de ingreso e hice exámenes de conocimientos. Salí admitido para tomar un curso teórico-práctico de capacitación y adiestramiento en la misma Facultad de Odontología; llevé el curso durante dos meses; inicié los primeros días de abril y terminé el 30 de mayo de 1981. En este año de 1981, el director de la Facultad de Odontología era el C.D. con especialidad en Salud Pública, Humberto



Fotografía 166. Compañeros de la Secretaría de Salubridad y Asistencia; director, médicos, odontólogos, enfermeras, almacenista, administrador, secretaria, trabajadoras sociales e intendentes. Centro de Salud San Andrés II. Guadalajara, Jalisco, 1981.

Muñoz López; en Salubridad estaba de coordinador dental, el Dr. José Ángel Farías Álvarez; y como jefe de los Servicios de Salud y Asistencia Pública en el Estado, el Dr. Apolinar López Uribe.

Se hicieron los trámites ante el ISSSTE; quedé admitido con nombramiento el 1 de junio de 1981; me asignaron un horario de trabajo de 8 a.m. a 4 p.m. No abandoné mis clases que había mantenido por 16 años en Introducción a la Odontología, Operatoria Dental teoría y clínica I y II y Anatomía Bucal; unas las impartí a las 7 a.m. y otras por las tardes de 4 a 5 p.m. y de 5 a 6 p.m., alternas; también acudía de lunes a viernes de 6 a 9 por las tardes al consultorio particular y los sábados por la mañana. En la actualidad estoy jubilado desde el 1 de agosto de 2013 con una antigüedad de 32 años, 7 meses y 9 días de servicio ininterrumpido.

El gran silencio

En el año de 1982, sin la panga de mi suegro, invité a mi hermano Juan a participar en el torneo de pesca de noviembre; él propuso conseguir una panga gratis con su compadre, Arq. Óscar Montiel Cervantes⁴⁵. Óscar nos prestó la *Tania Cris*, con la condición de que se lavara, limpiaran y afinaran los motores antes de botarla al mar. Superado este requisito, salimos con tanque lleno a pescar por tres días durante el torneo.

El primer día navegamos millas y millas mar adentro por el bajo del suroeste, pescadero de marlín, velas, atunes y dorados. Cerca de las tres de la tarde al revisar la gasolina para saber cómo andábamos de combustible, el marinero, dijo: *Tenemos poca gasolina señor Juan. ¡Cómo es posible!, si llenamos el tanque con más de 200 litros. El tanque marca un cuarto. ¡En la madre! ¿Y qué vamos a hacer? No llevamos ni un pescado; ivámonos!; a ver si llegamos cuando menos a Punta de Mita.*

Juan metió todo el avante al motor para el regreso; la panga se sentía muy pesada, parecía que el motor no trabajaba bien. Aunque no sabía a ciencia cierta si era toda la velocidad que daba por ser la primera vez que la usaba, mi hermano, dijo: *Algo tiene esta panga.* De repente el motor empieza

45 Originario de Tepic, radica en Vallarta. Construyó con el Ing. Guillermo Wulff Sendi, condominios y el hotel Velas Vallarta; es un gran personaje en el desarrollo de la infraestructura hotelera para el turismo internacional vallartense.



Fotografía 167. A la izquierda Ing. Igartúa, Chavi Covarrubias, Mario Dávalos Villanueva, Juan Moll Contreras, Óscar Montiel, al centro, Juan Manuel de Alba. Al fondo la lancha *Cristina*. Opequimar, Puerto Vallarta, Jalisco, 1983.

a fallar anunciando que la gasolina estaba por terminarse. Y dicho y hecho, el motor dejó de funcionar por falta de combustible. *¿Y ahora Juan, qué quieres hacer? ¡Nada! Ah pues, nada. ¡Nada de nadar o nada de no hacer nada. Mira que chistosito me resultaste; aunque sea hay que hablar por radio a alguna lancha que esté cerca de nosotros para que nos auxilie.* Así, pasó una hora; no se veía ninguna embarcación cerca para comunicarnos o de perdida llamar la atención haciendo señas con un trapo.

Pasaron casi dos horas más; eran las cinco de la tarde, tiempo en que empezaran a regresar las lanchas a puerto a pesar la pesca que habían capturado durante el día. No dejábamos de hablar por radio para que nos escuchara alguna embarcación. La mera verdad yo ya estaba preocupado igual que el mariner. De nuevo insistí a mi hermano, *¿qué vamos a hacer?*; él, callado; de nuevo pregunté, algo desesperado, *¿que qué vamos a hacer, te digo?* Juan no decía nada. Llegó un momento en que nadie habló; todo era un gran silencio; apenas se escuchaba el agua que de forma suave golpeaba la embar-

cación formando brisa; el viento ventilaba los movimientos de vaivén de la panga; de vez en cuando, una que otra gaviota pasaba cerca de nosotros, graznando con un tono que parecía burla; nos miramos los tres en silencio; nos acompañaban únicamente cielo, mar y sol.

Mirando estábamos para el norte, sur, oriente, poniente, para observar si de casualidad pasaba cerca una embarcación. Cerca de las 5:15 p.m. ya habían pasado lejos de nuestra panga la mayoría de las lanchas, pero avistamos una que venía del poniente a toda velocidad en dirección nuestra; cada vez se acercaba más; hicimos señas con ropa, manos y con todo lo que pudimos. Nos vieron y giraron en dirección de nosotros; dijimos por dentro: *Nos salvamos de ésta*. Cuando se aproximaron vimos que nuestro salvador era el Dr. Mario Dávalos Villanueva. *¿Qué les pasó? Nada, sólo nos quedamos sin gasolina. Aquí traigo una poca, es una vejiga de 20 litros, es todo lo que traigo, ¿les sirve?, ja, ja, ja. Sí, Mario, con eso llegamos a Punta de Mita*. Nos despedimos de él con gran alegría con un, *gracias Marito*; él llevaba al pesaje un pez vela y varios dorados. Cuando se fue, todavía pensé, *gracias Señor por mandarnos a Mario*. El comandaba la última de las pangas que faltaba por regresar a puerto.

La gasolina apenas ajustó para llegar a Punta de Mita. Unos pescadores nos vendieran otros 20 litros y con eso llegamos a Vallarta. De inmediato comunicamos a Óscar Montiel lo sucedido; él dijo que la panga traía unas baterías viejas de carro de lastre. Juan expresó: *¡No me digas compadre! Pues sí te digo. Eso va a ser. ¡Con razón sentíamos la panga muy pesada!* Revisamos y en efecto, del fondo sacamos diez baterías que fueron la causa del bajo desarrollo del motor.

Los dos días restantes del torneo fueron mejores; sin problemas, disfrutamos la pesca capturando velas, atunes⁴⁶ y guajos medianos; no conseguimos ningún premio; nuestra mayor ganancia fue adquirir más experiencia; aprendimos que debíamos llevar siempre una reserva de agua, gasolina, víveres, luces de auxilio, chalecos salvavidas y radios; hay que ir equipado para sobrevivir en contingencias. Espero no tener otra.

Al recordar este incidente, se me pone la piel de gallina; si no recibimos el auxilio de Mario, hoy no estaría escribiendo ni relatando lo que nos suce-

46 Es frecuente escuchar entre pescadores deportivos, la palabra *tuna*; cuando uno se refiere a un pez de la familia Scombridae, *Thunnus albacares*, *T. alalunga*, *T. orientalis*, *T. maccoyi*, *T. tonggol*, lo correcto en español es atún; tuna es una fruta tropical que nada tiene que ver con los atunes; quien usa este anglicismo es porque está «picado de gringo».

dió. Es muy intimidante ver la inmensidad del mar; sólo agua, ni siquiera la silueta de una montaña, a más de 45 millas de la costa. La mente empieza a trabajar aceleradamente; nos rescatarán; saldremos vivos de esta; qué haremos cuando se termine agua y víveres; nos arrastrarán las corrientes marinas; nos hundiremos; nos tragarán los tiburones; cuándo nos encontrarán ya muertos. Esas son algunas conjeturas que surgen. Piensa uno tantas cosas. Había visto lo que la televisión da cuenta, náufragos que duran días y meses perdidos en altamar; que unos vuelven, que otros no; había deseado que eso no me pasara a mí; y *izas!* que me sucede esa amarga experiencia. Hoy creo que si te gustan los deportes marinos, no hay que pensar ni decir «de esta agua nunca beberé».



Fotografía 168.
Dr. Mario Dávalos Villanueva nuestro salvador del casi naufragio y Francisco Ávalos Munguía. Pesca en la Isla Cleofás, 1982.

Desde cualquier punto de vista que se mire, esta fue una contingencia sencilla; sólo gasolina insuficiente que se remedió de inmediato con ayuda de Dios, y la precaución de Mario y llevar gasolina extra; si no hubiera traído, tengo la certeza que nos remolca a puerto a pesar de perder el día de pesca; lo mismo sería con una falla mecánica; nos remolcaba o pide auxilio a Capitania de Puerto o a Marina de Vallarta.

Recuerdos de mi padre y lanchas de pesca

En el año de 1983, un día entre semana por la tarde, en Guadalajara en mi consulta particular, recibí una llamada telefónica de mi hermano Juan. Me dijo que le vendían una panga de fibra de vidrio de 20 pies de largo, con dos motores Evinrude fuera de borda, de 75 caballos cada uno. Según Juan, la panga era usada, pero estaba en buenas condiciones. *¿Cuánto? 175 mil pesos. ¡Ah caray!, es mucho dinero. Sí, pero está muy buena, ya la calé, dimos una vuelta en ella, le entras o no. Deja pensarlo* —me tardé tres segundos en contestar que sí—; *bueno, de a cómo nos toca, sólo tengo cincuenta mil pesos. Está bien*, dijo, Juan, *yo pongo 125 mil pesos; hecho el trato, ya está. Dime bajo qué condiciones. Haremos una sociedad. Sin firmar papel alguno, nada, todo de palabra, con derecho a que participes en todos los torneos de pesca; ¡de a de veras!; ¡de a de veras!; órale pues*. La compramos al señor Carlos Robles⁴⁷ con esas condiciones favorables para mí; ya tenía el nombre de *La Corbeteña*.

Ese año de 1983 mi papá, Juan y yo, participamos en el torneo de pesca de pez vela; dado que teníamos la panga *La Corbeteña*, no fallamos en los torneos de 1983, 1984 y 1985. En 1985 Juan mi hermano compró una nueva panga; era un poco más grande y ancha; ya no puse ni un cinco, él solventó todos los gastos; arregló la nueva lancha mejor que *La Corbeteña* y la llamó *Nautilus*, nombre de un caracol marino. La estrenamos con mi padre; pescamos cada vez que venía a Vallarta, en los años 1986, 1987 y 1988. Esos fueron los mejores años que convivimos con mi padre; él hacía lo que le gustaba; nos enseñó algunos trucos de la pesca en el mar. *¿Qué más podíamos pedir a él, más allá de la compañía y consejos? Lo extraño mucho*. Posteriormente, en los años 1990 mi hermano Juan mandó hacer aquí en Vallarta con el maestro

47 Conocido líder de la CTM que apoyaba a la clase trabajadora; hijo de Apolonio Robles también líder sindical de la CROM; ambos grandes personajes en la vida pública y desarrollo de Puerto Vallarta en 1983.

Childer, una nueva lancha más grande y cómoda llamada *Valentina*; con el tiempo la utilizó para renta al turismo.

Mi sobrino Juan Pablo, hijo de Juan, empezó a salir con nosotros en la pesca; desde niño, a los 8 años de edad, le gustó el mar y la pesca deportiva; hoy a los 33, ayuda a su padre en la renta de embarcaciones; suele viajar con norteamericanos al Caribe, Panamá, por todo el Pacífico y la península de Baja California; la hace de capitán en una lancha de 54 pies llamada *Karman*; lo que sabe lo aprendió de su padre, el capitán Juan Moll; a los 11 años de edad, en 1991, fue campeón en un torneo de pesca con un vela de 41 kilos 200 gramos; el muchachito era delgado pero correoso —los demás pescadores no podían creer que él lo capturó; pura envidia de la gente—; con él comenzamos a hacer equipo de tres.



Fotografía 169. Maestro Childer reconstruyendo la nueva panga deportiva de pesca la *Valentina*. Gran personaje en la construcción de lanchas y pangas para la renta al turismo internacional de gusto a la pesca deportiva. La cual es una industria que deja divisas a la economía de los vallartenses y da a conocer internacionalmente a la ciudad. Puerto Vallarta, Jalisco, 1990.



Fotografía 170. Panga deportiva de pesca *Valentina*. Puerto Vallarta, Jalisco, 1990.



Fotografía 171. Juan Pablo Moll Pérez a la edad de 8 años en sus inicios en la pesca, 1987. Posteriormente, campeón de vela por equipos en el año 1991.

mercurio

EL DIARIO DE VALLARTA



Puerto Vallarta, Jal. Domingo 7 de abril de 1991

Ing. Juan de Dios de la Torre, Director General



Fotografía 172.
De izquierda a derecha mis sobrinas Erika Rodríguez, Celeste Moll, mis hijas Michelle y Karen, Juan Pablo Moll campeón de vela, Sonia Rodríguez y Daniel Dunn. Marina Vallarta 1991.

JUAN PABLO MOLL, acompañado por Karen y Michel, así como sus primas, al lado del ejemplar que le valió conquistar el primer lugar del Segundo Torneo Nacional de Pesca por equipos. El premio, una camioneta Dodge tipo pick-up '91 que anoche fue entregada durante la ceremonia de premiación.

QUIOBO!

Fotografía 173. El niño Juan Pablo Moll resultó campeón en el II Nacional de Pesca por Equipos, en la modalidad de picudos más pesados, ejemplar que capturó el primer día del torneo, con un peso de 41.200 kg —el periodista anotó el dato equivocado—, para hacerse ganador de la pick-up Dodge, la competencia llegó a su fin el sábado con la ceremonia de premiación. Al lado derecho su tío Rogelio Moll Contreras. (Foto de Jesús Escobedo)



Integrando un patrimonio

En 1985 aún vivíamos en Guadalajara en el departamento de Andrés Cabo, en la colonia Chapalita; la familia crecía; las necesidades eran cada día más fuertes y el espacio de vivienda que teníamos, muy reducido. Buscamos en Guadalajara un terreno en las mejores colonias para construir una casita en el futuro; encontramos uno de nuestro agrado cerca de Plaza del Sol; estaban apenas emparejando y nivelando los terrenos que iban a salir en preventa.

Preguntamos las condiciones de crédito a un vendedor que se cubriría del sol bajo una sombrilla; nos propuso un plan de adquisición y regresamos el siguiente fin de semana, un sábado, ya con una decisión; nos aventamos a dar el abono para la compra de un terreno de 300 m² en buena esquina, entre las calles de Barlovento y Litoral. El costo de 200 mil pesos de aquellos años, era muy alto para nuestros ingresos. Que en tres meses tanto de abono, en diciembre tanto; a veces los pagos nos parecían muy pesados; teníamos que ahorrar unas veces más que otras; pagamos durante tres años; cuando dimos el último abono dije a Olga: *Le sufrimos, pero hicimos buena compra*. En el año de 1986 ya no cabíamos en el departamento que contaba únicamente con dos recámaras; urgía hacer la casa en Bosques de la Victoria.

La carga académica en la Facultad de Odontología, se estaba haciendo muy pesada para mí; no solo era preparar las materias; era agobiante ir y volver tres veces; apenas comía un lonche en la escuela para de ahí correr al consultorio. Así me mantuve, estresado, durante los últimos ocho largos años; con el nacimiento de mi hijo pensé que era conveniente llevármela más tranquilo. Más aún, solicité al director de la Facultad de Odontología, Dr. Humberto Muñoz López, un tiempo completo; insistí que me «echará una manita», durante los 16 años que estuve como catedrático; conmigo no se pudo, nada más con sus cuates.

En 1988 mi madre tenía un terreno frente al malecón, entre la calle Díaz Ordaz y Allende. Nos decía: *El día que venda este local, voy a dividir en tres partes el dinero; una para Rogelio, otra para Julio y la tercera para mí*. Sólo contestábamos: *Está bien, mamá, como decidas está bien*; pensamos, que eso sería la herencia de los dos. Ese año salió un cliente que compró toda la esquina. A la hora de la repartición mi madre me preguntó, si quería dinero en efectivo o un precioso carro Volkswagen *Granada* último modelo de color rojo. Pensé, el departamento en donde vivíamos es muy pequeño para seguir viviendo ahí; tengo un terreno en Guadalajara y me urge construir mi casa; así es que decidí: *Mejor dame mi parte, lo que me corresponda en efectivo; quiero hacer mi casa. ¡Así que no quieres el carro! ¡No!* Ahora creo que fue buena decisión. Un carro es una casa rodando que se deshace con cualquier golpe; preferí casa de piso firme para tener en donde vivir.

Con su dinero, Julio, quien rentaba casa, compró un departamento en Guadalajara. Yo empecé a construir mi casa con mi parte; pero ella me dio el dinero a *pijotadas*; administró mi propio dinero; nunca me lo dio completo de un solo golpe; me lo daba en partes para pagar albañiles y materiales de construcción cada semana. Además, por ser trabajador de la Secretaría de

Salud, tenía por única vez en la vida, un préstamo hipotecario del ISSSTE por tener un lote en donde construir una casa. Fue un préstamo de 4 millones de pesos a pagar en 15 años; por desgracia, con la devaluación se convirtieron en 4 mil pesos que no me sirvieron ni para el comienzo de las bardas. La que me hacía firme era mi madre con el dinero que me correspondía. Pagué el préstamo del ISSSTE en los tres primeros años. Después intenté otro préstamo que jamás me otorgaron, para una casa; a pesar de haber saldado mi deuda y que se justificaba porque destinaría el dinero al patrimonio familiar, no pude conseguirlo.

Noche de luna en Quémaro

En el año de 1985 mi hermano Juan me invitó a una excursión; fuimos a la desembocadura del río San Nicolás al sur de Puerto Vallarta, a dos horas y media de camino por la carretera a Barra de Navidad, rumbo al pescadero de Quémaro. Han sido tres las veces en mi vida que he venido a pescar robalos a Quémaro. Dicen que hay muchos. La primera vez fui con mi hermano Juan, José Luis Pérez Avalos, Juan Gutiérrez Rizo, *El Pipis* Felipe Guerra, Juan Madero, *El Güero* Adán Mantecón Montes y una americana amiga de Adán, llamada Kaliza —guapa ella, de cuerpazo inolvidable. Este viaje más bien fue de paseo, relax; de viernes a sábado.

Llegamos por la tarde del viernes cerca de las 6:00 p.m.; el lugar era por completo desconocido para mí; descargamos el equipaje que llevamos, tres casas de campaña, hielera con víveres, comida, aletas, visores, snorkel y pistolas de resorte con arpón. *El Güero* mantecón y la americana no traían nada y la verdad ni falta les hacía. Para estar a gusto y evitar alacranes y víboras de cascabel, limpiamos e instalamos el campamento. La zona es muy seca; con huizaches y bejucos donde se ocultan tarántulas, mapaches y tejones. Oscureció pronto; pudimos ver una magnífica puesta de sol; no hicimos gran cosa esa tarde, sólo *cotorrear* un buen rato con la americana; aunque hablaba poco español, nos entendíamos bien con ella; *El Güero* era quien la acaparaba porque él la enseña a jugar backgammon.

Kaliza vino varias veces de Estados Unidos a Vallarta de vacaciones; conoció a Adán en los años de 1980, cuando estaba muy de moda el juego de backgammon; Adán fue campeón en este juego. Se hicieron buenos amigos. Por su porte y belleza, Kaliza fue modelo y figura en el cine; la hacía de doble en algunas películas; era muy amiga de Farrah Fawcett. Esa vez, igual que a

mí, la invitaron a las hermosas playas de Quémaro⁴⁸ a acampar, pescar, bucear y *pistolear* pescados. Kaliza además, tenía dones de buena cocinera; en Quémaro cocinó para nosotros carne y estofado.

El Güero estaba casado antes de conocer a Kaliza con una chica llamada Mirthala Saleme; con ésta tuvo un hijo, César Omar Mantecón. El romance con Kaliza duró 11 años. Ella pedía al *Güero* Adán que se fuera a vivir con ella a Estados Unidos; él nunca aceptó porque en Vallarta estaban sus raíces; después de muchos años, aún mantiene comunicación con ella. Esa mujer fue el amor de su vida.

José Luis Pérez hablaba en inglés con ella intentando *bajársela* al *Güero* Adán, pero no pudo. Mientras Juan Gutiérrez Rizo y yo, escuchamos, hacíamos bromas, narramos chistes y aventuras reales y ficticias con chicas. De pronto Kaliza saca de su bolso un cigarro de mota y empieza a fumar enfrente de nosotros; para no quedarnos atrás, nosotros sacamos cervezas; cada quien estaba en su ambiente.

Juan Gutiérrez me invitó a explorar la playa a buscar un nido de caguamas. Caminamos a oscuras por toda la playa varios kilómetros y nada de nidos. Me sentía aporreado, desvelado y rosado de las piernas de tanto caminar y todo para nada. No encontramos nidos de caguama, pero al regreso descubrimos, cerca del campamento alrededor de la una de la mañana, al *Güero* y a Kaliza en pleno acto de amor a la luz de la luna; la tenía tendida sobre la arena en una toalla; estaban disfrutando de una hermosa noche de luna en Quémaro. Cuando descubrieron que éramos nosotros, apenas podían cubrirse con la toalla, pero fingimos no ver; seguimos hacia el campamento a dormir. Ellos pasaron la noche en la playa, sólo cubiertos con una toalla, con el ruido de las olas, grillos, estrellas, luna y el mar como testigos de una pasión desenfadada, dando rienda suelta a un amor de juventud. Antes de quedar profundamente dormido, pensé: *Qué buena güera agarró el Adán.*

En la mañana juntamos leña e hicimos una fogata para calentar agua para café; disfrutamos un delicioso café con galletas Marías. Pasamos la mañana en la playa; unos en la pesca —por cierto no hubo tal—, otros buceando o tirados en la arena. Kaliza tomaba el sol en compañía del *Güero*; intentaban reponerse de la lujuriosa noche anterior; José Luis Pérez se resignó al ver que el elegido era el *Güero* y ya no habló nada con ella en inglés. A medio día regresamos rumbo a Vallarta; pasamos por los poblados de Morelos, Cam-

48 Hoy, artistas y gente adinerada mundialmente conocen a Quémaro como Las Alamandas. Es un precioso lugar de descanso, muy exclusivo de la Costa Alegre.

po Acosta, La Cumbre, Pino Suárez, El Tequezquite, El Aval, Paulo y El Tuito. Después de El Tuito, paramos en un río para refrescarnos y quitarnos la sal; ahí de nuevo la güera volvió a sacar otro cigarro de *mota*; le dio fuego mientras nosotros nadamos en el río. Regresamos a Vallarta, todos contentos y felices.

Tardé 20 años en volver a Quémaro; en esta ocasión fue una experiencia muy diferente. También fuimos un viernes para regresar el sábado. Me invitó Carlos Acosta; participaron también *El Guarache*, Juan y Feliz Gutiérrez Rizo, Carlos Mora⁴⁹, Lara y Héctor Gómez, todos ellos viejos amigos. Viaja-



Fotografía 174. Rogelio Moll pistoleando un pez bota con el arpón en las playas de Quémaro, 1985.

49 En memoria de Carlos Mora: tus amigos pescadores y *la palomilla* con quienes conviviste, te admiramos porque sabemos que luchaste hasta el último momento por la vida que tanto quisiste; gracias por considerarme uno de tus amigos, quien te apreciará por tu calidad humana. Que descanses en paz y estés en el cielo.

mos en una camioneta Suburban cargada hasta el tope con el *triquitero*. *El Guarache* llevaba su camioneta y una panga de aluminio con baldes y cazuelas para cocinar. La boca del río San Nicolás estaba inmensamente grande; no podíamos llegar al pescadero por la playa porque se ocupaba doble tracción en los carros y ninguno traía. Dejamos los vehículos a la orilla del río a más de un kilómetro de distancia del campamento. Acomodamos en la panga de aluminio la carga y la jalamos con una cuerda hasta el pescadero. Fue necesario hacer dos viajes para llevar el equipo; llevamos al hombro lo que no cupo en la panga, atravesando por las partes bajas del río hasta llegar a la playa. Carlos, en un jeep de doble tracción, llegó más tarde sin ningún problema hasta la playa.

Para cubrirnos de sol y lluvia, montamos con lonas el campamento y debajo instalamos las casas de campaña; estaba oscureciendo, pero aún así salimos a pescar. Lara pescó de inmediato un pargo de buen tamaño; los demás sacaban toros y otra variedad de peces. Puse a mi línea una gran cucharilla brillante; al primer lance prendí un pez, de esos que jalan y jalan fuertemente sacando bastante línea; casi a oscuras, el pez se metió al río; no sabía lo que había anzuelado. Duré en la pelea con el pez más de dos horas; mis amigos me seguían para donde el pez me llevaba. Opinaban que era un gran pargo, robalo o toro.

La línea era de 20 libras y pensé que el pez la podía reventar. Finalmente, después de trabajarlo por largo rato, con mucho cuidado lo fui arrojando más y más hasta la orilla del río; vaya sorpresa, era un gran pez toro verraco, muy pesado, de unos 12 kilos. Terminé cansado y espinado de mis pies; pues aquella fue una noche oscura sin luna; conforme me llevaba el pez por la orilla del río, pisaba *barañas* de palo seco que tenían espinas. Pero al final saqué un buen pez toro.

Al día siguiente nos levantamos temprano, listos para cruzar el río San Nicolás para ir a otro pescadero mucho mejor. Unos pasamos nadando ayudados con botes de pintura que usamos de flotadores; otros a nado con aletas de hule para bucear. Lanzamos buen rato en marea baja pero no pico nada, ni siquiera un torito. Regresamos a almorzar pensando que más tarde sería mejor. Pasaron las horas, se llegó medio día y nada, no hubo pesca. Regresamos a las camionetas por la playa con ayuda de Carlos Acosta en el jeep. Subimos hieleras y lo más pesado; dimos varios viajes hasta levantar el campamento. Volvimos a Vallarta tristes y decepcionados. La pesca es así; a veces mucha, a veces ni un jalón de cuerda aunque los peces anden saltando frente a ti de un lado a otro; nunca se sabe qué señuelo es el indicado.



Fotografía 175. Empresarios, pescadores, profesionistas que han vivido toda su vida en Vallarta y han aportado conocimiento y experiencia para el crecimiento de este bello Vallarta. Amigos pescadores. Al frente David Gutiérrez Rizo, José Lara, Carlos Mora, Jesús Vidrio, Juan Gutiérrez Rizo, Alfonso Uribe, Ramón Durán, José Gutiérrez Peña y dos compadres de Félix restaurante «El Calamar». Puerto Vallarta, Jalisco, 2005.

Náufragos por segunda vez

En noviembre del año 1989 mi padre estaba delicado de salud pero no dimos por hecho que podría fallecer. Tanto fue así que salimos de pesca en la panga *El Nautilus*, dentro del torneo. Fuimos Juan, Juan Pablo, un marinero, *El Kaliman* y yo. Tuvimos dos días de mucha pesca de dorados, atunes y pez vela, pero ninguno apto para pesaje; ese año fue uno de prueba de pesca-captura-marca-liberación; el plan tuvo buen inicio en la preservación de especies deportivas.

Pero, ¿qué creen?; el último día de pesca, un sábado, nos volvió a suceder lo que en otro tiempo, nos quedamos sin gasolina. Esta vez tampoco llevamos vejiga de reserva y no llegó un San Mario a darnos salvataje. Troleamos toda la mañana; cerca de las tres de la tarde, se apagó el motor. ¿Y ahora qué?; Juan, contesta secamente: *Se acabó la gasolina*. Encabronado, dije: *¡Mira que chistosito!, lo mismo que la otra vez, qué casualidad, verdad. Y para qué te enojas. Cómo que para qué me enojo, ¿no se te hizo suficiente una vez y quisiste probar otra?; ¡ya ni la chingas!* Yo estaba súper encabronado; el hijo de Juan, nada más pelaba los ojos; *El Kaliman* escuchaba mis gritos.

Juan, recostado en la banca de la panga, opinó: *No te preocupes, ahorita pasará alguna lancha y nos levanta*. Muy quitado de la pena se veía el *recabrón* y yo que echaba lumbre. Pensé mucho en lo que nos sucedió años atrás en la *Tania Cris*. Con el paso del tiempo bajó mi coraje y medité con calma la situación. Comprendí que el mejor remedio era llevarla con calma, no desesperarme. Me recosté en la proa con una toalla encima y dormí unas dos horas. Esta vez, el naufragio ocurrió a unas 5 millas de Punta de Mita, no tan alejado de tierra como la vez pasada; desde nuestra posición se veían las islas Marietas y los cerros del continente. También veíamos pasar embarcaciones grandes y pequeñas, siempre retiradas de nosotros; nadie se acercaba. Usamos la radio; sabíamos que nos escuchaban, pero nadie se acercaba a nosotros para darnos una mano.

Insistimos buen rato en la radio y por fin nos contestó el Dr. Efrén Calderón Ramírez, uno de los hijos del Dr. Efrén Calderón Arias. Él fue a rescatarnos. Opinamos remolcar nuestra panga viajando todos, excepto *El Kaliman*, en la panga de Efrén. Nos ofreció comida y refrescos en abundancia; no hubo alcohol porque él es de los que no toman de esas cosas. Viendo la abundancia de alimento, pregunté: *Oye Efrén, ¿vienes a pescar, o a comer?* Efrén nos remolcó a Punta de Mita; ahí recargamos combustible no sin antes agradecer a Efrén el gran favor de rescatarnos. Regresamos a puerto felices y contentos. Igual que Efrén, no logramos atrapar ningún pez de competencia. Ya amarrados en los peines de la Marina, dijimos: *¡Cero y van dos; otro sustito más en la cuenta!*

Hombre de mar

En 1983 mi padre venía seguido a Guadalajara y a Vallarta acompañado de Vicky, su pareja, mujer madura y maestra. La última vez que vi a mi padre, estaba muy enfermo; no dormía; cada hora y media se levantaba a orinar y eso lo mantenía despierto, desvelado, con dolor de próstata. Nos reunimos los hijos en Guadalajara para tomar una decisión con él. Acudimos con un urólogo que nos recomendaron, el Dr. Ignacio Zaragoza; el especialista hizo toda clase de estudios clínicos y temporalmente le colocó una sonda para que pudiera orinar.

El urólogo operó a mi padre a los tres días pero nos dio la mala noticia que detectó un *in situ cuatro*, problema avanzado de cáncer. El doctor nos dijo además, que era necesario eliminar los testículos para evitar que siguie-

ran produciendo testosterona; lo cual ayudaría a controlar un poco el avance de las células cancerosas de la próstata. Dimos la aprobación; mi papá permaneció una semana en el sanatorio; pero psicológicamente se sentía devastado en su hombría; más tarde el doctor le colocó una prótesis. Cuando se recuperó un poco, regresó a Matamoros con su pareja.

En 1989, mi padre empeoró de nuevo en salud; cada día que pasaba se veía más mal; adelgazaba mucho; no quería comer; lo alimentábamos con sonda en el sanatorio, después en casa con apoyo de una enfermera de cabecera. En esas condiciones de salud, me dijo: *Acércate hijo. ¿Qué pasa, papá? Sabes, ráscame mis piernas, tengo comezón.* Le rasqué y puse un poco de crema para piel reseca. Luego, me dijo al oído: *Dame un cigarro, pensé: De que le hace daño, le hace daño; de que lo fume y disfrute antes de morir, que lo disfrute.* Él había fumado toda su vida; no sé si hice bien o hice mal, pero estoy seguro que disfrutó aquel cigarro porque daba grandes bocanadas de humo; parecía un chiquillo cuando se está enseñando a fumar.

Los hermanos nos turnábamos para estar con él; también estaba mi mamá a pesar de que Vicky la maestra, ahí permanecía; mi madre como si nada, en la misma casa, no sentía coraje ni rencor; decía que esa maestra era una buena muchacha que cuidó a mi padre en sus últimos años de soledad, allá en Matamoros; la recibió muy bien en casa con todos mis hermanos; y, le regalamos la mitad de la casa de Matamoros, que nos correspondía como herencia.

Mi padre murió en casa de mi madre, un 6 de diciembre de 1989, a la edad de 75 años. No he olvidado ese día tan especial para mí. Ese día mi madre llamó a mi consultorio para pedirme que fuera a cuidarlo por la tarde; ella, se quedaría sola con él; mis hermanas y Vicky tenían que ir al médico. Llegué pasaditas las seis de la tarde. Mi madre me dio indicaciones de ciertas medicinas que debía tomar a las siete de la noche. Estábamos ella y yo con mi padre. Al entrar al cuarto en donde él estaba me invadió una sensación de paz y tranquilidad; dije a mi papá: *Qué bien se siente la habitación.*

Él me pidió acercarme al oído y me preguntó por unos papeles; no escuchaba bien lo que trataba de decirme; entendí a duras penas que lo sentara en el borde de la cama; traté de levantarlo con todas mis fuerzas y en ese instante sentí que se estiró muy feo en mis brazos; él, me susurró al oído: *Párame y siéntame en la silla de descanso;* llegó mi madre a auxiliarme y preguntó si ya había tomado las pastillas; *¡sí!*, contesté: *Pero quiere que lo sienta en la silla;* mi madre, dijo: *Abrázalo y siéntalo.* Al momento que lo abracé para levantarlo se desvaneció; aflojó el cuerpo y lo sentí muy pesado, tanto

que fue necesario hacer un esfuerzo sobre humano para que no se me cayera en el piso; con mucho trabajo lo senté en la silla, pero mi padre ya no se movió; murió en mis brazos.

Mi madre dijo llorando, *¡ya falleció tu padre!* En ese momento escuché que su garganta expulsaba aire produciendo un ruido extraño; *¡es el estupor de la muerte!*, concluyó mi madre. Él sabía que había llegado el momento de acudir con su Creador y no quiso permanecer postrado en cama; como hombre de mar que era, prefirió esperar el llamado escudriñando el horizonte. Lloré su muerte desconsoladamente. Si de por sí soy muy sentimental, ahora con esto estaba a lágrima suelta, a moco tendido, no podía controlarme. Sus restos quedaron en el panteón municipal de la colonia 5 de Diciembre en la ciudad de Puerto Vallarta. Su memoria permanecerá de forma imperecedera en la historia del puerto de Vallarta que tanto amó.

Al año siguiente de su partida, el Club de Pesca de Puerto Vallarta le hizo un homenaje póstumo en el 35vo. torneo celebrado los días 1, 2 y 3 de noviembre de 1990. Siendo presidente el Dr. José Antonio Camacho Fregoso,



Fotografía 176. Ceremonia de cuerpo presente de mi padre en el Club de Leones de donde fue socio fundador con las familias Moll Contreras, Moll Rivera, Moll Rubio, Moll Rodríguez y Moll Pérez. Puerto Vallarta, Jalisco. 6 diciembre de 1989.

vicepresidente el Arq. Óscar Montiel Cervantes, secretario L.A.E. Fausto A. Celis Núñez, tesorero C.P. Santiago Flores García, en el hotel Las Glorias de plaza Marina, el presidente del club, dijo: *En ésta ocasión nuestro torneo llevará el nombre del capitán Antonio Moll Gil, ex miembro fundador de nuestro Club, poseedor de un récord imbatible en pez vela en nuestros torneos. ¡Que en paz descansen!* La portada del folleto promocional de ese torneo es una pintura de Daniel Lechón.

Mi primer marlín

En el verano de 1985 coincidimos en Vallarta con la familia de mis compadres Fernando Moreno Casillas y Rubén Bayardo Casillas. Un día salí de pesca con ellos rumbo al faro de Cabo Corrientes, al sur de Puerto Vallarta. Además de mis compadres, navegamos en la panga *La Corbeteña* con Fernando Moreno Jr. y el marinero apodado *El Gallo*⁵⁰.

Zarpamos a las seis de la mañana un día sábado; cruzamos parte de la bahía para salir directo rumbo a Yelapa. Fuimos costeando, admirando el paisaje de playas y cerros de exuberante belleza. Pasamos por el rancho de Agustín, El Manguito, Las Cuevas, Las Torrecillas y el Bajo de Chimo; nos divertimos pescando sierras, bonitas y barriletes. Decidí que, con el próximo barrilete de buen tamaño, fresquecito, bien vivito, vamos por un cachetón —marlín. *Pondré un barrilete vivo de carnada a ver si se prende un vela o un marlín; para hacer brazo; quiero saber lo que se siente atrapar un pez grande, oh, ¿qué piensas compadre?*

Uno de los señuelos capturó pronto un barrilete de buen tamaño que colocamos al anzuelo grande y lo lanzamos al mar; transcurrió un tiempo de silencio; eran casi las doce; tomamos cerveza bien fría para el calor; nada picaba. Fernando chico, de 16 años, parecía enfadado, aburrido. Dije, para mejorar el ánimo: *Así es la pesca Fer, tranquila, no hay porqué aburrirse, disfruta el paisaje, respira el aire limpio, mira el cambio de los tonos de los colores del mar*, no terminé la frase, el marinero interrumpió, gritando: *¡Ahí viene un marlín a su caña!* El barrilete nadaba con rapidez de un lado para otro para evadir el inminente ataque; pero el marlín fue más veloz, lo alcanzó y comen-

50 Este, muchacho de pelo güero teñido, de cuerpo robusto; lo contraté por un día de pesca por ocho horas de trabajo porque lo recomendó Miguel Álvarez Joya *El Puritos*, capitán de mucha experiencia en las artes marinas de la pesca deportiva.



Fotografía 177. Mi primer marlín de 95 kg de peso. Club de Yates de Marina Vallarta, 1985.

zó a engullirlo entero. Solté línea suficiente para que terminara de *embuchar* la presa, pero el marlín avanzó hacia nosotros, hacia la lancha. Con toda la potencia, el capitán dio avance a la lancha para evitar que la línea dibujara una *oz* en el agua y al mismo tiempo hizo un giro en *U* para frenarlo en sentido contrario al desplazamiento.

El marlín dio giros y saltos indicando que ya estaba anzueliado; *El Gallo*, sugiere: *Trabájelo con cuidado, mantenga la línea tensa para que no se vaya a escapar*. Después de un rato de estarlo *trabajando*, pensé en voz alta con mi compadre Fernando: *Me está costando trabajo sacar este animal y no me parece tan grande, ya lo vimos brincar; pero lo siento pesado*.

Después de unas dos horas de lucha, ya cansado, pedí relevo a Rubén: *Sigues compadre, nada más no aflojes, atrae la caña hacia ti, la subes, enredas al bajón, me dices cuando te canses*. No pasaron ni 15 minutos cuando Rubén, dijo: *Ya me cansé compadre. Mmm, no aguantas nada, pa' marinero de agua dulce me gustabas. ¡Tú cabrón *#´''*´''!* No me recuperaba aún y pedí a *El Gallo* que relevara a mi compadre: *¡Órale Gallo, sigues, échale chingadazos un rato, qué no se te valla!* *El Gallo*, marinero joven y corpulento, lo aguantó otros 15 minutos.

Ambos relevos sumados, me dieron tiempo suficiente para reponerme. Tomé la caña e hice un esfuerzo supremo para acercarlo, metro a metro a la embarcación. Observamos la sombra del marlín en el fondo del mar ya muy cerca de la lancha y grité: *¡Gallo, prepara el gancho volador; se lo retacas en el lomo o en donde puedas!* *El Gallo* metió el gancho a un lado de las agallas; ayudamos los tres, uno a golpearlo en la cabeza con una macana, otro a sostener la cuerda del gancho, yo sostuve la caña para prevenir cualquier sorpresa por error nuestro, al acercar el marlín a la panga. Lo controlamos muy bien. Después de dos horas y media de lucha, al verlo de cerca, ¡valla sorpresa! Traía el líder del anzuelo enredado con dos o tres vueltas de la cola; esto hacía que opusiera mucha resistencia y que se sintiera muy pesado; nos cansó a tres pescadores. Ese fue el primer marlín que capturé. Regresamos felices a puerto, brindando, disfrutando el paisaje.

Regreso a mi terruño

Desde siempre tenía pensado regresar a Vallarta cuando cumpliera los 40 años de edad y, así, lo platicaba con Olga. Hice toda una vida en Guadalajara; tres años de preparatoria, cinco años de profesional, uno de servicio social y

16 desempeñando el cargo de profesor extraordinario en la Facultad de Odontología de la Universidad de Guadalajara. Sacando cuentas, en 25 años de mi vida realicé los dos eventos más significativos como ser humano, estudiar hasta terminar una carrera universitaria y encontrar a la madre de mis hijos. En Guadalajara viví feliz e hice vida social en compañía de mi esposa con maestros y compañeros de la facultad; entre otros, Fernando Moreno Casillas, ortodoncista y Silvia López Cerecer, padrinos de bautizo de Michelle; Rubén Bayardo Casillas, odontopediatra y Evangelina de Bayardo, padrinos de Rogelio; Jaime Rubio Silva y Aurora Mancilla padrinos de Karen.

Hice amigos formidables en Guadalajara, algunos son, Guillermo Brahamontes Campoy; Sergio del Hoyo Rosales, *La Torta*; Enrique Contreras Alba, *El Chuco*; Ignacio Moreno Espinoza; Manuel Ceballos Ramos, *El Perro*; Manuel Navarro, *El Güero Tabacos*; Manuel Tovar Martínez; René Reyes Salazar, *El Ronco*; Crescencio Barba de Rueda, alias *El Father*; Eliezer García López; Fernando Gallo Ortega, *La Güamara*; Fernando Gallo Meda; Salva-



Fotografía 178. Bautizo de mi hija Michelle, primogénita, con los padrinos, doctores Fernando Moreno Casillas y, esposa, Silvia López Cerecer y Olga mi esposa. Templo del Divino Redentor en la ciudad de Guadalajara, 1978.

dor Valerio Suárez; Juan Sánchez Camilo; Andrés Hino Masayuki, *El Chino*; Gabriel Cárdenas, *El Serios*; Cristina Juárez Albarrán; Rosario Rodríguez; Alberto Padilla; Miguel Chávez Anaya; Ignacio Navarrete; José Luis Pelayo, *Jochefo*; Agustín Melo Austria; Humberto Muñoz López; Fernando Moreno Casillas; Rafael Aceves; Martín Cermeño, *El Güero*; Juan Manuel Rodríguez, *El Monín*; Javier Catarino Gutiérrez, *El Rivelino*; Enrique González González, *Alain Delón*; Roberto Ramírez Ramírez; Francisco Rubio González; Héctor Armando Noriega, *El Chamucho*; Silvia López Cerecer; Norberta Orozco González, *La Nor*; Teresa Betancourt; Rosario; Carolina Haro Haro; Sonia Dávalos Robledo; Alejandra Camacho Muñoz; Luz Delia Martínez Esqueda; Patricia Flores Urzúa, *La Bonita*; Cecilia Campos; Rosa María Cervantes; Mari Cruz; Elizabeth; Chuyita; María de Jesús y Ramón Herrera.

Maestros y doctores también amigos fueron, Hugo Ascencio Molina; Alfredo Torres Chávez; Víctor González Gutiérrez; Teresa Roldán; Lourdes Robles; Telma y Vicky Sánchez; José Guerrero Gálvez; Emilio Torres Sánchez y *Peque*, su esposa; Ernesto Reyes Robles; Román; el gran maestro Felipe Cuevas Santana; Enrique Pérez Ramírez; Raúl Macías Magdaleno; María Elena Gómez Cárdenas; Teófilo Ruiz Michel; Carlos Robles; Carlos Figueroa Rodríguez; Mario Hernández Durán; Enrique Flores Flores; Jorge Humber-



Fotografía 179. Celebrando los 25 años de Egresados de la Facultad de Odontología, maestros y alumnos. Grupo "C", 1999.

to Nery Jiménez; Carlos Covarrubias Barba; Roberto Peralta Cabrera; Alejandro Villaseñor, *El Che*; Mario Campero Ojanguren; Carolina Herrera; Rosa María Figueroa; Hilda Sánchez; Yolanda González Moreno, *Pestañitas Pipsi*; Mario Sosa y, su esposa, María Elena; Fernando Gómez Lee; Rosa María González Figueroa; Vicente Preciado Zacarías; Arturo Chávez Chávez; José Ángel Farías Álvarez y Guillermo Alatorre Carrillo.

Con estas personas integré el círculo social durante 25 años de estancia en Guadalajara; con ellos compartí eventos de bautizos, bodas, fallecimientos, fiestas, reuniones, clases, cursos, conferencias, seminarios, pláticas de política, exámenes, peleas de box, fútbol, olimpiadas, dominó, comidas, desayunos, vacaciones, viajes, futbolitos, *cascaritas*, posadas, paseos a Chapala, Manzanillo, sierra de Tapalpa, Mazamitla y el mar. De gran diversión y grata convivencia, Guadalajara empero, en verdad no era para mí; necesitaba otro ambiente. Con el tiempo quedé atrapado en la monotonía en ese círculo de parejas y matrimonios; me sentía ahogar; necesitaba cambiar de estilo de vida y tener aire nuevo. Preparar clases, desveladas y el mismo entorno de Guadalajara me causó estrés y migrañas; me sentía muy tenso y presionado. Si a esto agrego que mi nombramiento de docente de tiempo completo en la Universidad nunca se efectuó, entenderás que estaba listo para regresar a Puerto Vallarta.

Se nos había terminado el dinero del préstamo hipotecario del ISSSTE; ni de donde echar mano. Pero con ayuda de familiares en 1989 terminé de construir nuestra casa en Bosques de la Victoria. Pasaron dos largos años para verla terminada. Juan mi hermano me regaló un bonito vitral de colores para tragaluz de una ventana en la torre; Jaime, cuñado y compadre, me regaló el piso. La casa quedó preciosa y a nuestro gusto.

Desde 1988 solicité a la Secretaría de Salud mi cambio de adscripción a Puerto Vallarta. El Dr. Miguel Castellanos Puga era jefe de Servicios de la Secretaría de Salud en el Estado. Después de mucha insistencia concedieron el cambio de mi plaza al Hospital Regional de Puerto Vallarta. Estaba feliz. Olga no tanto; ella tenía el ánimo puesto en quedarse allá. Yo hice con tiempo campaña para convencerla; cuando se abordaba el tema, terminaba por preguntar: *¿Tons, qué, te vas o te quedas?*

Previo a la aprobación de traslado, solicité al director de Odontología y me concedió, un año sabático. Dedicué ese tiempo a conocer el ambiente de amigos, familiares y compañeros del hospital. Al término del sabático renuncié a mis clases de maestro extraordinario en Disertación Teóricas, Prácticas y Clínicas; tenía 16 años de antigüedad en la docencia. Al despedirme, me dio

tristeza dejar escuela, maestros y amigos queridos⁵¹. También me dio nostalgia despedirme de mis queridas compañeras, enfermeras y doctoras del Centro de Salud; en ese momento supe que ya no había vuelta de hoja. Antes de emigrar de Guadalajara viví seis meses en la casa recién construida porque debía presentarme en mi nueva sede en el mes de febrero de 1989. En principio llegué solo a Vallarta; Olga permaneció seis meses más en Guadalajara para que mis hijas terminaran su ciclo escolar. Al llegar a mi pueblo de origen, caí en cuenta que en Guadalajara dejé la mitad de mi vida.

En Vallarta me instalé en un departamento que tenía dos cuartos, dos baños completos y una pequeña sala con patio; en él vivió mi madre en compañía de Margarita mi hermana. También instalé ahí mi consultorio. Regresaba a Guadalajara los fines de semana para estar con la familia. Fueron seis meses de ir a llevar el *chivo* que salía de lo poco que caía en el consultorio; a veces ni una mosca se paraba. El cambio estuvo muy pesado porque era necesario esperar que se completara el trámite de traslado; mi sueldo tardó varios meses en regularizarse. Fueron tiempos tremendos, de mucha austeridad.

Recién llegué de Guadalajara en 1989, me hice socio del club de pesca; he conservado la membresía hasta el presente. Fui vicepresidente en 1999 y presidente en el 2000. Hemos procurado y logrado con éxito, mantener armonía interna entre los miembros del club. En 1956 inició por parte del club, el primer torneo de pesca y ese ha sido un sello social del club que persiste en forma ininterrumpida hasta el presente. Nuestros padres comenzaron el torneo; ahora somos nosotros los continuadores; en un futuro serán hijos y nietos quienes den continuidad a esta tradición. El lema que hemos defendido en el torneo es «contribuir en la pesca deportiva como un plus de atracción a Vallarta». El torneo es pues, una carnada atractiva al turismo; nuestra misión es anzueliar visitantes para que se conviertan en visitantes asiduos a este hermoso Puerto Vallarta.

En marzo de 1990 el club de pesca organizó por primera vez un torneo nacional por equipos, de un día. Me inscribí con mi hermano Juan y Juan Pablo su hijo. Obtuve el primer lugar en dorado, con un ejemplar de 23 kg de peso y el tercer lugar por equipos. Me dieron por cada lugar, un carrito Pen

51 María de Jesús Muñoz, Rocío García Buenrostro, Etelvina Gómez Martínez, enfermeras; Verónica Lee, secretaria; Maye Pérez Zacarías y Miguel Michel Téllez, C.D.; Lorenzo Morales, Leticia Fernández, administradores; Álvaro Javier Navarro Martínez, Arq.; Evangelina Urbina Opengo, Amelia Mora y esposo Francisco Javier Barocio, Roberto Mariscal y Ramón Topete Macedo, todos médicos.



Fotografía 180.
Primer lugar en la categoría de dorado en el Primer Torneo Nacional por Equipos, lancha *El Nautilus*; Rogelio Moll Contreras, 1990.



Fotografía 181. Grandes empresarios y restauranteros de Puerto Vallarta, a la izquierda Lupita Briones, Luis Wulff patrocinador del restaurante «El Dorado», Marcos Moreno y, su esposa, Lupita Wulff en la casa Valentina, 1990.

30 color dorado y equipo de pesca. Los premios fueron patrocinados por el gran promotor turístico Luis Wulff, propietario del restaurante «El Dorado». Además de los torneos, año con año seguí participando en eventos de pesca; que el del día del amor y la amistad, el de Pano Quintero y el de consolación. Procuraba estar al tanto en lo que ocurría en el deporte de la pesca para contribuir con la atracción de turismo a Vallarta.

Mis suegros tenían una casita en Vallarta, en el Barrio Santa María. Me ofrecieron la casa por seis meses contados a partir de cuando Olga y las niñas llegaran a Vallarta, con la condición de comprarla cuando vendiera mi residencia de Guadalajara; cerramos la negociación con un simple «hecho el trato»; era empeñar la palabra, sin documentos firmados ni testigos; se respetaba sin mediar circunstancias.

Conocía bien la casa pues estuvimos en ella más de una vez de vacaciones con mis suegros; también estuve en la casa de visita con mis compadres Fernando, Silvia e hijos; Rubén, Evangelina e hijos; Humberto Muñoz, María Eugenia e hijos; Sergio del Hoyo, Ita y familia, llegaban a un departamento en el fraccionamiento Los Mangos. Luego con ese grupo de amigos salíamos

a pasar el día a las playas de El Anclote, Mismaloya, El Set, Los Muertos, Boca de Tomates, Las Ánimas, Quimixto, Yelapa y algunas otras más; al regreso y después de un descanso breve, los adultos solíamos tomar la copa y jugar cartas; los chavos iban a *maleconear* al centro de Vallarta. Con estos amigos, compadres y colegas en la Universidad, también fuimos a El Tecuán, Melaque, sierra de Tapalpa, Mazamitla y Chapala. La amistad ha persistido con ellos hasta la fecha.

Arturo Bayardo tenía una avioneta en la cual viajaban, por lo regular, los fines de semana. Uno de los sitios preferidos era Puerto Vallarta; en cada viaje acostumbraba llevar un invitado o sus hijos, ya adultos jóvenes. Cuando venía a Vallarta salíamos de pesca en lanchas de mi hermano Juan; nos divertíamos troleando y sacando marlín, velas, atunes, dorados, toros, sierras, choras, bonitos de california; en pesca de fondo en algún arrecife capturamos guachinangos, lunarejas, pargos, sardinas, mojarras, burros y casteles. Al término de la pesca de vez en cuando «agarrábamos la jarra» mientras que los muchachos tomaban cervecitas a escondidas en el camarote; el papá «se hacía de la vista gorda».



Fotografía 182. Paseo de amigos y familia de regreso de la playa Las Ánimas; Michelle Moll, Emanuel y Daniel Bayardo, Olga Rubio y en brazos Rogelio Moll Jr., María Eugenia Villaseñor y en brazos su hija Coquita, al fondo Humberto Muñoz López, Pepe el marinero y al fondo Humberto Muñoz Jr., Fernando Moreno Jr. Lancha *El Nautilus*. Puerto Vallarta, Jalisco, 1988.

A la par con los gratos recuerdos de esas convivencias, describo con lágrimas en mis ojos el accidente que sufrió Arturo en su avioneta en compañía de Rubén su hermano y el Dr. Enrique Villaseñor; para éste era el primer vuelo con ellos. Después de mucha insistencia decidió acompañarlos a Oaxaca. Al intentar el regreso, estuvieron varados un día en el aeropuerto porque estaba próximo el huracán Paulina; tenían intención de llegar a Tepatitlán, lugar de origen de Arturo. Cuando despegaron, no volvieron a reportar la situación aérea del vuelo. Las ráfagas de viento provocaron el accidente; se reportaron desaparecidos durante varios días; cuadrillas de voluntarios se dieron a la tarea de localizar la nave; al tercer día encontraron el aparato con los tripulantes muertos, al parecer en forma instantánea. Mi compadre se fue con «Paulina» un día 8 de octubre de 1998 en compañía de su hermano y un invitado; los tres en plena juventud, especialistas de futuro promisorio; Rubén, Emanuel, Daniel y Alexia se quedaron sin padre. Amigos y familiares nos reunimos en el auditorio de Tepatitlán a rezar una plegaria por sus almas; quedamos devastados sin dar crédito a la noticia. Que en paz descansen.



Fotografía 183. En 2010 los hermanos, de izquierda a derecha Daniel, Rubén, Emanuel Bayardo González y su primo hermano Luis Fernando Moreno López. Islas Marietas, Puerto Vallarta, Jalisco, 8 de octubre de 1999.



10. Viviendo en Vallarta

Primer día de trabajo en Puerto Vallarta

Me traje mi plaza de salubridad del Centro de Salud San Andrés II de Guadalajara a Puerto Vallarta; con mi salida se abrió una nueva plaza que ocupó una sobrina del Dr. Miguel Castellanos Puga, entonces jefe de los Servicios Coordinados de Salud en el Estado. Un día por la mañana del mes de febrero, en mi primer día de trabajo en el Hospital Regional de Puerto Vallarta (HRPV), descubrí un desplegado en la vitrina afuera de la dirección que anunciaba la renuncia de la dentista Maritza Rodríguez. No podía creer que había una vacante para la cual calificaba Olga, mi esposa; ella también había trabajado algunos años en la clínica de la Facultad de Odontología de la Universidad de Guadalajara, pero renunció con el cambio a Vallarta. Me comuniqué con ella para darle la noticia. Ella, solicitó esa plaza a través mío. Pasaron dos días. Dado que no resolvían nada, echamos mano de la «artillería pesada»; a través del papá de Olga logramos la plaza para ella. Su primer turno de trabajo en el HRPV fue vespertino, el mío era por las mañanas; con el tiempo cambió al Centro de Salud Dr. Roberto Mendiola Orta a un turno matutino. Gracias a la intervención de mi suegro, en 2014 Olga cumplió 25 años de trabajo en ese lugar.

Con el paso del tiempo nos familiarizamos con amigos míos de muchos años, hoy ya casados. Después de tantos años fuera de Vallarta, comenzamos una vida social nueva con parejas y matrimonios vallartenses. Supimos que mes a mes se organizaba una cena en casa del grupo de amigos al que comenzamos a integrarnos; los gastos corrían por cuenta del anfitrión. Una vez me dijo Alberto Sánchez Cárdenas *El Pichi*, amigo de muchos años: *Me toca fi-nanciar la próxima cena, ven para que conozcas el grupo. El Pichi* era soltero en ese tiempo; la reunión se hizo en casa del primo Óscar Sánchez; nos dio santo y seña de la ubicación de la casa; llegamos 8:30 p.m., demasiado puntua-

les, pues fuimos los primeros; nos recibió *Tamy*, esposa de Óscar de beso en la mejilla; *Tamy* es descendiente de madre mexicana y padre americano, muy guapa, ojos azules, delgada, pelo rubio natural; su casa es muy bonita, situada en lo alto del cerro, desde donde se observaba parte de Vallarta de noche; al llegar nos pasó a la sala y nos ofreció bebidas diciendo: *No les de pena, aquí tienen barra libre para lo que deseen tomar*. Al menos había *whisky*, ron Don Q, tequilas de varias marcas, cerveza y muchos refrescos; con las atenciones, nos hizo sentir que éramos bienvenidos. Conversamos de varios temas con Óscar esperando a las otras parejas.

Esa vez saludamos a viejos amigos y nuevos conocidos; estuvieron Jorge Robles y Águeda; Fernando Solórzano y Rocío; Fausto Celis y Paty; Antonio Covarrubias y Araceli; Francisco Avalos y Fabiola; *Chavi* Covarrubias y Lolita; Rafael Flores y *Vivis*; Enrique Pérez y Rosita; Marcos Joya y Lupita; José Antonio Camacho y *Mily*; Federico Covarrubias y María Elena; Humberto Inda y Paty. Así, fue como me integré al grupo de amigos de Vallarta. Las reuniones fueron evolucionando primero con música de sonido, después con tríos, cuartetos y arpas en vivo; las veladas eran muy románticas; el arpa gustaba mucho porque era parte de bombas yucatecas.

Estas reuniones tuvieron auge, periodo de caída y decadencia hasta desaparecer por completo en el año 2004. Se dio una desarticulación paulatina subsistiendo grupos de cuatro o cinco matrimonios; por último persistieron sólo compadres y uno que otro amigo casual. Mi esposa y yo aún nos reunimos con Lupita Gutiérrez Rizo en la playa de Punta Burro; en la casa de Fernando Solórzano; en la casa de Humberto Inda Carrillo; en nuestra propia casa y en el club de pesca. Los motivos fundamentales de su extinción fueron altos costos y desarmonía global motivada por incumplimiento de algunas parejas.

Después de algunos años de integración al grupo, me hice compadre de Óscar Sánchez y *Tamy* como padrinos de comunión de Michelle; también de Fernando Solórzano y Rocío Soto, padrinos de Karen; Marcos Joya⁵² y Lupita Gutiérrez Rizo, padrinos de Rogelio. La recepción de mis hijas fue en el hotel Sheraton; la de Rogelio en la granja del Lic. Luis Gutiérrez García, amigo, empresario y socio del club de pesca.

A partir de 1989, hubo de todo en mi vida; fallecimiento de mi padre, cambios de adscripción y de residencia de Guadalajara a Vallarta, nueva adaptación a la casa de mis suegros, nuevas escuelas para los niños, instalar con-

52 Gran pescador y capitán de dos embarcaciones *La Liliana* y *La Cindy*.



Fotografía 184. Óscar Sánchez y Tamy Dickey Pérez padrinos de primera comunión de Michelle Moll Rubio, 1990.



Fotografía 185. Fernando Solórzano y Rocío Soto padrinos de primera comunión de Karen Moll Rubio, 1990.



Fotografía 186. Primera comunión de Rogelio Herón Moll Rubio con sus padrinos Lupita Gutiérrez Rizo y Marcos Joya Cruz. Puerto Vallarta, Jalisco, 1995.

sultorio, trato con mi suegro para la compra de su casa y adaptación al nuevo grupo de amigos. Fue un cambio muy radical de Guadalajara a Vallarta. Pero, haciendo un balance, tal cambio fue positivo a mi familia; tuve mejores ingresos y me permitió volver al deporte que tanto me gusta en mar, esteros, presas y ríos.

Ya radicado en casa de mis suegros en Vallarta, el corredor de bienes y raíces de Guadalajara, me comunicó que un cliente se interesaba por la compra de mi casa. En un dos por tres se vendió en 400 millones de viejos pesos, 400 mil pesos de los buenos. Con eso me puse a mano con mi suegro. Pensé: *Si en Guadalajara tuve casa nueva, aquí, ¿por qué no?* Remodelé mi casa ampliando cocina y recámaras; puse techo de medio pliego de ladrillo y teja a la terraza; agregué vigas de madera fina para que resaltara la fachada con fisonomía vallartense; cambié la teja de toda la casa y coloqué piso de mármol, clósets nuevos, piso de azulejo en baños. Un poco más chica que mi casa de Guadalajara, quedó reconstruida de «pe a pa» y todavía nos sobraba dinero. Con eso compramos en abonos una camioneta suburban para viajes familia-

res y de pesca. Con casa nueva, camioneta para viajar, nuevos y viejos amigos, mis hijos en buenas escuelas, ¿qué más podía pedir a la vida? Me faltaba recuperar los años perdidos en la pesca del robalo.

La palomilla⁵³

Mi amigo Marcos Joya me platicaba que salía a la pesca del robalo con Salvador, Félix, Juan y David Gutiérrez Rizo; esa pandilla frecuentaba la zona en donde desembocan las aguas de la presa Cajón de Peñas; ahí convergen los ríos El Teocinte y El Caimán y conforman al nivel del mar el llamado estero y marismas de Majahuas. Majahuas está a unas dos horas de Vallarta, por la carretera costera a Barra de Navidad. Aquí, la pesca suele ser abundante en tiempos de lluvias, cuando los ríos crecen y arrastran alimento hacia el mar. Salvador me confirmó la abundancia de especies marinas que suben por el río a desovar, incluyendo robalos, lisas, pargos, mojarra, birotanos y toros; él, incluso, llegó a observar hasta tiburones dentro de las venas del estero y a atrapar robalos de 20 y 30 kg de peso; la pesca era muy abundante.

Yo, por andar en Guadalajara pescando mujeres, perdí años de la pesca de *spinning* de caña y carrete y la pesca de cordelear a mano limpia con anzuelo y carnada viva, que tanto me gusta. Salvador prometió invitarme con la palomilla: *Para que veas cómo está el movimiento de la pesca por allá. ¡Sale!, me interesa mucho. Te aviso un día de estos. ¡Órales!, voy a estar listo.* Pasaron semanas y ellos se largaban a la pesca del robalo; e igual que Enrique Peña Nieto no me invitó a la toma de protesta, tampoco aquellos me invitaron a la pesca del robalo. Otro día, Marcos Joya y Pepe Michel, dijeron entre sí con cierto tono irónico: *¡Vamos llevando a éste!* Yo, estaba feliz. Pero pasó una semana de espera y nada. Ya a la muy desesperada porque no se veía nada en claro, tuve que invitarme solo; dije a Marcos: *¡Me vas a llevar o qué! Sí, vamos, llévate lo mínimo indispensable para pescar y dormir; Salvador lleva mucha comida.*

Salimos con rumbo a Majahuas un viernes. Marcos y yo nos adelantamos para instalar una sombra que evitara el sol durante el día y el rocío de la noche. Disfruté este viaje desde el inicio, viendo exuberancia de paisajes y

53 Palomilla es un insecto díptero que en grupos numerosos ataca el maíz almacenado. Por analogía se aplica a un grupo de personas que se reúne en plan de diversión y frecuenta lugares predecibles. Glosa del editor.

pueblitos a borde de carretera. Viramos a la derecha al llegar al puente de Tomatlán; continuamos por unos 20 minutos sobre terracería hasta llegar a una casa a bordo de río, cerca de la playa, con un señor llamado José Alcaraz Landín⁵⁴.

La famosa *palomilla* hacía el plan de pesca en serio. Llegó un camión de redilas atascado de víveres, toldos, cocina, mesas, sillas, lonas, tanques de gas, cañas de pesca, carretes, mochilas, hieleras, tiendas de campaña, bolsas de dormir y mucho más; hasta metate y molcajete llegaron bien empacados. Acondicionamos y cargamos la panga y comenzamos el traslado de triques hacia la playa; navegamos pegados a los majahuales; estaba oscureciendo. Yo, callado, sólo sentía que mi corazón latía fuerte por hacer una actividad desconocida; los demás me hablaban de los cocodrilos en el estero; antes de llegar a la playa me sentía algo espantado; creo que aquellos *vales* que no conocía, me querían asustar.

Ya en la playa descargamos la panga; todos ayudamos a instalar y acomodar enseres y equipo; el grupo completo se componía de Marcos, Juan, Félix, yo, algunos hijos de mis amigos y al menos otras diez personas entre choferes, ayudantes y cocineros. Parte de los insumos incluía un cartón de cerveza modelo de 24 latas; Marcos opinó que se pusieran a enfriar de inmediato para tomar una al terminar de instalar el campamento. Trabajamos duro montando toldo, estufa, mesas, casas de campaña y equipo de pesca. Terminamos sudorosos, casi de noche. Así, que nos vendría muy bien una cerveza fría; pero al ir a la hielera en donde yo las puse a enfriar, vaya sorpresa que me lleve, nada más quedaba una pinche cerveza; *¡Marcos!, nada más queda una. ¿Cómo?; ¿quién se las tomó?* Todo mundo callado, nadie decía una palabra. Luego, por el aliento alcohólico descubrimos que uno de los hijos de Juan y los ayudantes se las habían *chingado* a escondidas; dado que había poca iluminación nunca vimos que se las tomaron. En mi primera vez que fui con la *palomilla*, mi primera experiencia en Majahuas fue quedarme sin cervezas por el abuso de unos lán garos; ni modo, pensé, tendré que aprender con qué tipo de gente me estoy juntando. Con el tiempo hice muy buenos amigos en este grupo y el abuso quedó olvidado.

54 José es vigilante voluntario de las marismas y estero de Majahuas; es pescador, ganadero, platanero y le gusta la raicilla; en su panga *La Paloma*, traslada visitantes a través de las venas del estero, hasta la playa; amigable con todos. A los 84 años de edad, va todos los días a la pesca y todavía le gustan los *cimborrios* —torre cuadrada o hexagonal; usada aquí en analogía al sexo femenino.

Al día siguiente, sábado, llegó Salvador a medio día diciendo: *Cuántos han sacado. Pues nada, te estamos esperando para que nos des suerte. Bueno, entonces ahora mismo les voy a demostrar cómo se pesca.* Salvador comenzó a preparar su yoyo de cuerda e indicó a uno de los ayudantes: *Ve y saca unas lisas para atrapar uno grande.* Ya con lisa en mano, terminó de fijar la carnada viva; la lanzó al mar girando el brazo para llegarla lejos de la orilla. Se quedó quieto esperando, mirando hacia el mar. No pasó ni media hora cuando prendió un pez toro en verdad grande. Él, sin perder la calma, ahí lo trae cordeleando; lo corretea para adelante y atrás tratando de recuperar línea; el pez saca más y más línea, pero Salvador no se rinde. Peleó buen rato hasta que lo acercó a la playa: *Ya ven, no fue robalo, pero este toro servirá para preparar un picadillo muy sabroso.* Fue suerte, dije. Más tarde, con el descenso de las aguas por la marea baja, aparecieron camarones, sardinas, chopos y lisas; sobre ellos llegaron muchos peces voraces y todos nosotros, no



Fotografía 187. La palomilla de pesca en Majahuas en el año de 1990. De pie Ernesto Huerta Quintero Neto; Gabriel Bejar Santos; *El Matute* nuestro cocinero estrella; José de Jesús Bejar Santos, *El Chito*; Juan Ramón Aguirre, *El Tata*; Javier Rubio, *El Charangas*; José Gutiérrez Peña; Salvador Gutiérrez Rizo; José Luis Ramos Joya; Pablo Espiller Santos, *El Calichi*; Juan Gutiérrez Rizo; Rogelio Moll Contreras; Juan Carlos Hernández, *El Cali*; Javier Zúñiga Carrillo, *El Pirrín*; sentados Juan Manuel Gutiérrez Rodríguez, *El Cuino*; Ramón Heredia; Jaime Heredia, *El Pérula*.

Fotografía 188. Rogelio Moll con robalo en mano. Majahuas, 1990.



Fotografía 189. Marismas, estero y pescadero de robalo en Majahuas; a la izquierda Salvador Gutiérrez, empresario; José Luis Ramos, restaurantero; Rogelio Moll Contreras, odontólogo y Marcos Joya Cruz, capitán de embarcaciones, 1991.





Fotografía 190. Domingo y Enrique Magdaleno Díaz Hernández *El Huarache*, jubilado de los Servicios de Salud, Jalisco, nuestro chef en Majahuas, con un robalo de 33 kilos y otro de 18 kilos. Amigos de pesca.

Fotografía 191. Captura de robalos en Majahuas, a la izquierda Sergio Gutiérrez Peña, Felipe Palacios Gómez, Enrique Magdaleno Díaz Hernández *El Huarache*, Félix Gutiérrez Rizo empresario y Alejandro Gutiérrez Araiza, 1999.



sólo Salvador, sacamos robalos, toros y pargos; llenamos una hielera grande hasta el tope.

Regresamos a Vallarta el domingo a mediodía; previamente desmontamos el campamento y guardamos todo el *triquero* en el camión de redilas. Llegamos a Vallarta cerca de las cuatro de la tarde a una bodega de los Rizo. Ahí descargamos el equipo y repartirnos la pesca; llevaron prioridad en seleccionar su tequio quienes habíamos sacado robalos más grandes; era una técnica equitativa de repartición; todos llevamos pescado a casa, sin importar que alguno no sacó nada. Al despedirme de la *palomilla*, preguntaron: *Tons, qué ¿te gustó la pesca Rogelio?, si no, para no volverte a convidar. ¡Claro!, estaba desesperado por venir con ustedes. ¿Quieres recuperar los años perdidos en la pesca del robalo? Así es, ¡quiero recuperar tiempos perdidos! Pues ya eres un miembro de la palomilla, ven con nosotros cada vez que puedas y quieras.*

Los padres de mi esposa

Al año de nuestra reubicación en Vallarta, llegaron los padres de Olga tras la hija. Compraron un bonito departamento en el hotel Velas Vallarta y ahí vivieron durante diez años; pagaban una renta de mantenimiento mensual. Posteriormente, vendieron el departamento y rentaron otro en Marina Sol durante un año —las cuotas de mantenimiento fueron elevándose día con día y decidieron mejor rentar. Después compraron una casa en Palmar de Aramara y ahí vivieron cuatro años, hasta 2002, año en que falleció mi suegro⁵⁵. Mis hijos pequeños, disfrutaron mucho a los abuelitos Jorge y Olga esos años. Ellos, nos visitaban con frecuencia primero para invitar a mis hijos a las albercas del hotel, después con cualquier otro pretexto; mis hijos se quedaban a dormir con ellos.

A la muerte de Jorge, mi suegra rentó la casa y se fue a vivir a Guadalajara con los hijos Ricardo y Jaime. Hasta el presente viene de visita a Vallarta y permanece varios meses con mostros. Ella es jubilada del Seguro Social; con su pensión y el ingreso de la renta, vive una vida cómoda; tuvo facilidad de integrarse en Guadalajara a un asilo de ancianos llamado Árbol de Bamboo; allí está encantada de vivir y compartir vivencias con personas de su edad. Pocas gentes he visto que estén realmente contentas en un asilo de ancianos y ella es una. En ese asilo hacen manualidades, bailan, platican, pintan, can-

55 Mi suegro falleció un 5 de abril de 2002.

Fotografía 192. Mis suegros la cirujana dentista Dra. Olga Silva Murguía y el Lic. Jorge Rubio Lozano, *El Zorro Plateado*, ex catedrático de la Facultad de Derecho de la UdeG en su bodas de oro, 1996.



tan y reciben premios por sus cuadros. Creo que cuando yo esté de más edad, al menos de unos 110 años, quizá haga lo que ella. La veo feliz en el asilo, con sus hijos y cuando viene de visita. Es una persona lúcida, muy conversadora, amigable en su manera de ser, muy activa a pesar de su edad, no puede estar tranquila un momento. Con ese carácter se ha ganado el cariño de quienes la conocemos.

Mi suegro, jubilado de la Facultad de Derecho, fue un buen maestro; querido y apreciado por alumnos y colegas. A pesar de estar jubilado, aún tenía ánimo de impartir clases aquí en Puerto Vallarta. El C.D. Armando Soltero Macías, conocido mío, era el rector del Centro Universitario de la Costa. Así es que fui a verlo y le propuse que tanto mi suegro como yo podíamos impartir clases. Al despedirme, dijo: *Vamos a ver qué podemos hacer, yo te llamo*. Pasaron los días y los meses y nada. Mi suegro no tenía nada que hacer y se aburría; pintaba cuadros en oleo para pasar el rato y ofreció a la Universidad de a gratis su trabajo. El rector nunca se interesó en nuestros conocimientos. Ante tal panorama, dije a mi suegro: *Ni modo, mejor vaya a las playas a ver gringas, consígase dos o tres muchachonas bien buenonas y haga cuadros con ellas al desnudo. No está mal la idea, que al cabo que ni quería dar clases, ja, ja, ja.*

Los años perdidos

El grupo de la *palomilla* que comandaba Salvador Gutiérrez Rizo⁵⁶, me invitaba también a la casería de paloma ala blanca, pato, venado y a la pesca de lobina a la presa Cajón de Peñas. Juan Gutiérrez Rizo me sugirió comprar diferentes cañas, carretes, anzuelos, mirrolures y señuelos porque: *La pesca de río y estero es completamente diferente a la pesca de mar*. Así, que compré el equipo de pesca necesario; nunca había ido a la presa y ni siquiera conocía las lobinas. Comencé a salir los fines de semana a diferentes lugares, alternando entre pesca de robalo en la desembocadura de Majahuas, con lobina en Cajón de Peñas y otros sitios. Cada vez que encontraba a Salvador Rizo, me decía: *iQuiubo, mis años perdidos!, ¿ya los estás recuperando? ¡No!, apenas van unos cinco, me faltan más de veinte.*



Fotografía 193. Socios del club de pesca y amigos en la presa Cajón de Peñas, Tomatlán, Jalisco, 1993. A la izquierda Andrés Famaña Ortega —presidente en ese año—; Romualdo y Salvador Gutiérrez Rizo; Dr. Federico Covarrubias; *El Bilioso* maestro albañil de cuchara grande; el biólogo Rafael Arias, Arq. Óscar Montiel; abajo Antonio Zuñiga *maestro* albañil y Rogelio Moll Contreas.

56 Salvador fue muy *buena onda* con Juan mi hermano y conmigo; ambas familias nos llevamos muy bien, con ellos y con su cuñado Marcos Joya quien a la postre se convirtió en mi compadre.

Los Rizo tenían un bonito y rápido bote llamado *La Peregrina* para pesca de mar. Ellos participaban en todos los torneos internacionales; Salvador, Félix y David, fueron hace algunos años, socios del club de pesca.

Viaje a playa Corrales en el Faro de Cabo Corrientes

En los viajes a Corrales del Faro, Cabo Corrientes, hicimos equipos de cuatro o cinco embarcaciones; *La Liliana* de Marcos Joya, *La Peregrina* de Salvador, la *Easy Motion/Mr. Marlin* de mi hermano Juan y la panga de Pepe Michel.

Solíamos acampar en la playa de viernes a domingo, llevando víveres y cocineros; la pesca era muy buena, pero más la convivencia entre amigos. Sacamos lunarejas, pargos dientones, pargos listoncillos, coconacos, sierras, bonitas de california y garlopas.

En 1993 mi hermano Juan vendió su lancha *El Nautilus* y compró a Fernando González Corona la embarcación *Easy Motion*; era de más de 45 pies, equipada con camarotes, baño, cocineta y gran cantidad de accesorios y compartimientos para guardar equipo de pesca; duró sus años para pagarla, pero mientras, yo la disfruté en paseos y torneos. Juan mantuvo la lancha unos 13



Fotografía 194. Embarcación *Mr. Marlin* para la pesca deportiva.



Fotografía 195. Embarcación de renta el *Top Gun El Gallo*, con un gran marlín azul en un día de pesca con turistas, Juan y Juan Pablo Moll. Puerto Vallarta, 2005.

años; la utilizaba para renta en la pesca deportiva; con el tiempo le puso el nombre de *Mr. Marlín* y con este nombre tuvo mucho éxito publicitario.

Una noche de sábado los excursionistas estábamos cenando y copeando en la playa; pasadas las 12 de la noche los hermanos Moll decidimos dormir en la *Easy Motion*. Marcos Joya pidió a Miguel Álvarez Joya, *El Puritos*, capitán de *La Liliana*, llevarnos en *El Chirito*, bote de máximo 3 metros de largo por 1.5 de ancho. Ya con maletas de ropa, *El Puritos*, dijo: *¡Súbanse!* Nos acercamos a la pequeña embarcación, pero las olas una tras otra, no permitían subirnos; llegó la callada *el remanse de las olas*, abordamos la lancha con todo y equipaje y que se dejan venir de nuevo las olas grandes. *El Puritos* intentó arrancar, pero la embarcación no logró flotar por el peso de los tres; una gran ola nos dio buena bañada. Juan, decía: *¡No, nos pudo! ¡No, nos pudo! ja ja ja.*

Todos rieron a quijada batiente de nosotros durante buen rato; hacía bastante frío; nosotros mojados y tiritando reímos también para sentir menos la humillación; al rato nos mandaron en una canoa más grande; en esa no tuvimos problemas y llegamos a la embarcación a dormir; comparados con los demás pasamos la noche muy a gusto en camarote de lujo, pero la burla jamás nos la pudimos quitar. Salvador Gutiérrez Rizo se acordaba mucho de esta anécdota siempre que lo saludábamos.



Fotografía 196. Socios del club y amigos en playa Corrales de Cabo Corrientes. A la izquierda Pepe *El Mudo*, un amigo de Gustavo, Gustavo y Humberto Inda Carrillo, Juan Gutiérrez Rizo, Mori Applegate, el médico Alejandro Herrera, Chavi Covarrubias, Pepe Michel, Mario Dávalos, Pepe Camacho; fila inferior, José el marinero, Marcos Joya, Ramón Durán, José Luis Ramos Joya y Gabriel Bejar Santos *El Matute*, 1996.

Fotografía 197. Abundante pesca de pargos listoncillos, dientones, coconacos, amarillos, bonitas de california y sierras. Playa Corrales de Cabo Corrientes, 1996.



Fotografía 198. Pesca en Corrales, Cabo Corrientes, José Luis Ramos, Juan Ramón Garibay, Juan Gutiérrez Rizo y Marco Joya Cruz pesca de pargos listoncillos, 1996.

Los socios del club de pesca han organizado viajes de fines de semana en mar y continente. A Corrales fueron varias las excursiones; a las islas Marías fuimos dos veces; a la presa Cajón de Peñas muchos años; a la cacería al menos cinco veces; a las palomas y patos unas tres veces; a Majahuas, infinidad de veces. En 2014 cumplí 25 años de disfrutar estas andanzas en la pesca chica y grande; en compañía de muy buenos amigos, compadres y colegas; no me han faltado sustos de tormentas y vientos de colas de huracanes que me he topado en mar y tierra.

Viajes a las islas Marías

Hicimos dos viajes a las islas Marías por medio del club de pesca, a la pesca de pargos dientones de más de 20 kg. Siendo presidente del club Javier Sarmiento, hicimos un viaje en siete lanchas grandes. Presentamos una lista de embarcaciones, tripulación y pescadores ante la Secretaría de Gobernación. Contratamos para bucear a los hermanos David y Trinidad Marín; cocineros a José María Delgado *Chupimpi*, a un tal Julio Tedillo y Enrique Magdaleno Díaz Hernández *El Guarache*; José Flores *El Tripas*, ayudante. Entre los invitados iban Marshal Rabins y Ray Mackferson.

Planeamos la excursión para cuatro días. Otorgaron permiso para nuestra visita el Sector Naval, Capitanía del Puerto y la Secretaría de Gobernación Federal. Salimos los primeros días del mes de mayo un día miércoles por la noche, a las 12:15 a.m. rumbo a la isla María Cleofás para llegar a las seis o siete de la mañana del día jueves. Fondeamos las embarcaciones en una pequeña bahía de la isla Cleofás. Descargamos víveres y personal y montamos las casas de campaña; unos pasarían la noche en tierra, otros en las embarcaciones.

Montamos en la playa un gran toldo; instalamos cocina y comedor con mesas y sillas de plástico; el espacio era suficiente para los socios del club de pesca, tripulación e invitados. Preparamos las cañas de *spinning*; pescamos toda la tarde alrededor de la isla en playas hermosas de aguas cristalinas. Por la noche, después de la cena, la convivencia se prolongó en amena plática acompañada de cerveza, tequila, vinos de mesa, *whisky* y rones —cada quien llevó su propia bebida. Prevalcieron chistes y bromas; *El Guarache*, que según Juan Gutiérrez Rizo tiene lengua de balero de víbora de 20 picos, nos hacía reír a cada momento platicando anécdotas, mitotes, chistes de todos sabores y colores; se habló de mujeres y traiciones, hombres muy machos que resultaron no ser tanto y mujeres muy mujeres que «bateaban por los dos lados»; cada historia nos llevaba al clímax de las carcajadas, al borde de orinarnos de risa y eso a la vez nos causaba más risa.

A la mañana siguiente, unos crudos, otros desvelados pero muy contentos de la velada, salimos tempranito en todas las lanchas a pescar alrededor de la isla Cleofás. Cada embarcación preparó lonches y bebidas matutinas para la cura de malestares de la noche anterior. Regresamos a comer cerca de las cinco de la tarde. Los cocineros José María Delgado *El Chupimpi* y Julio Tedillo ya tenían preparado para comer, caldo de pescado con langosta, camarones, ostiones y caracol fresco con lapas azadas; el caldo era un *levantamuertos*, en palabras de mi suegro Jorge Rubio Lozano cuando le platiqué del viaje: *Pura pus, vitaminas y energía de la buena para contingencias con damas y omega 3 para cerebros débiles*. «Agarramos la jarra» de nuevo hasta muy prolongada la noche en competencia de levantamiento de tarro y lanzamiento de jaibolina; lo mismo que la primera vez, todos alegres y contentos.

Fue una gran aventura con pesca abundante. Conservamos el producto parte en sal⁵⁷ y parte en hielo protegido con aserrín.

57 La sal deshidrata y evita la descomposición de la carne.



Fotografía 199. Viaje a la isla Cleofás, lancha izquierda la *Sonrisa*, la *Yola Ray* y la *Dos Conchitas*, al fondo el campamento, 1999.



Fotografía 200. David Marín, Marcos Joya Cruz, el hermano de *El Pozi* Andrés, Trinidad Marín, socios del club Toño Covarrubias, David Zaragoza, Ray Mackferson, Juan Moll, Gerardo Zaragoza, *El Orange* Manuel Naranjo, Lic. Romo, el capitán Neto, y sentados Pepe Michel y *El Zanate* como marinero, en la isla Cleofás, 1999.



Fotografía 201. Rogelio Moll Contreras con dos pargos dientones. Isla Cleofás, 1999.



Fotografía 202. Juan Moll Contreras con dos pargos dientones. Isla Cleofás, 1999.



Fotografía 203. A la izquierda; Ignacio Zaragoza empresario, Chava Covarrubias, Francisco Ávalos Munguía contador, Marshal Rabins† empresario —en Estados Unidos de una planta de tratamiento de basura—, David Gutiérrez Rizo comerciante, Dr. Pepe Camacho y Javier Sarmiento como presidente en ese año. Isla Cleofás, 1999.

Pero esa aventura dio un giro inesperado. Al día siguiente, ya casi listos para salir temprano a la pesca, antes de las siete de la mañana, escuchamos una lancha de 2 motores que llegaba a la pequeña bahía donde estaban las demás embarcaciones. Sorpresa nos llevamos. Era gente armada de la Marina, custodios de las islas Marías. Llegaron metralleta en mano; unos nos encañonaron a todos, otros se quedaron en las lanchas buscando drogas y armas, el resto desembarcó en la playa vigilando al grupo. Un mequetrefe mal encañado preguntó por los permisos de las embarcaciones y la lista de los ahí presentes.

Javier Sarmiento, presidente del club de pesca, se presentó ante ellos y mostró los papeles oficiales del permiso para estar pescando y acampando en la isla Cleofás. El comandante, vociferó: *¡Aquí faltan los permisos de dos embarcaciones!* Nos quedamos helados porque en realidad la observación era cierta; no se pudieron tramitar a tiempo todos los permisos; cuando ya se había enviado la lista al Sector Naval y a Gobernación, se anotaron dos embarcaciones más; el presidente del club de pesca dio la anuncia que se unieran a

la expedición pensando que no habría problema. Pues resulta que sí hubo problema. Los guardianes de la Marina no dejaron de apuntar hacia nosotros con los fusiles, tal cual si fuéramos presidiarios, asaltantes o delincuentes advirtieron que en cualquier movimiento en falso de nuestra parte, nos expondríamos a ser ametrallados.

Por si fuera poco, decomisaron todo el pescado y se llevaron las dos lanchas sin permiso hasta la isla María Madre. Nos quedamos callados, asustados, sin poder hacer nada ni decir palabra alguna. Lanchas, tripulación y socios del club quedaron bajo observación y custodia de la Marina durante horas y horas. Después de negociaciones en desventaja y de agrias discusiones, cerca de las 11:00 p.m. dieron indicaciones de abandonar la isla Cleofás, todos al mismo tiempo. A oscuras levantamos campamento y basura; salimos cerca de las dos de la mañana del viernes. Llegamos a Puerto Vallarta a las ocho de la mañana, sin dormir, en un viaje estresante.

Aquella fue una experiencia muy mala para los socios del club. Aprendimos una lección; en adelante, todos los documentos solicitados estarían en regla. Eso era seguro, ya que casi linchamos a Javier Sarmiento entre todos.



Fotografía 204. Soldados de la Marina custodios de las islas Mariás año 1999. Abordo de las embarcaciones para revisar los permisos de lanchas y tripulación.

Regresamos con un sabor amargo de boca y apenas un poco de pescado del que se conservó en las hieleras de las lanchas.

Siempre juntos en la pesca

En el lapso de 1968 a 1974, cuando era estudiante en la Facultad de Odontología, solía salir a la pesca con Juan mi hermano. Aunque a veces llevaba algún invitado y desde 1974 participó mi padre o mi sobrino Juan Pablo, Juan y yo éramos equipo en torneos de pesca; algunos pescadores nos envidiaban y nos tenían miedo por suertudos; sacamos primeros⁵⁸ y segundos lugares en velas; marlín y dorado en más de una ocasión; tercer lugar por equipos, varios cuartos lugares, varios quintos y séptimos —en dos segundos lugares de marlín, mi presa había subido al primer lugar, pero más tarde me destronaron por 4 o 5 kilos de diferencia.

Después de la embarcación llamada *Mr. Marlín*, mi hermano Juan mandó hacer en Manzanillo, Colima, con un tal Guillermo Woodward, otra embarcación más pequeña que nombró *La Valentina*. Esta era de 27 pies de largo por 8.3 pies de ancho, con el casco más grande y ancho. El maestro Childer reacondicionó *La Valentina* y la hizo más apta para navegar en el mar. Los tres, gozamos mucho la panga; y mi padre también durante varios años. Mi hijo Rogelio no quiso hacer el cuarteto en la pesca, era muy pequeño.

Participé con Juan en torneos de Manzanillo unas cuatro veces. Juan fue campeón en Manzanillo en el año de 1988 en pez vela y ganamos *pollas* en efectivo. Pero una vez los pescadores de Manzanillo hicieron trampa y nos retiramos de sus torneos; compraron pescados a las pangas *cimbreras*; una vez un individuo fue tricampeón en marlín, vela y dorado; ese fraude fue el acabose de ellos en cuanto a prestigio con nuestro club de pesca. Jamás volvimos a participar.

Tiempo después Juan se hizo de la lancha *El Barrabás* que cuando mucho disfruté tres o cuatro veces. *La Valentina* era una panga de dos motores fuera de borda, un poco más grande que *La Corbeteña* y *El Nautilus*, equipada con dos motores traídos de Estado Unidos de 110 caballos de fuerza

58 Hace algunos años no había buenos premios. Se concursaba por el gusto de la pesca. Ahora dan carros, lanchas, dinero; a veces hasta la inscripción del siguiente año con un bono gratis, viajes en avión al interior de la República y más.

cada uno; Juan le colocó una torreta de aluminio con volante. La torreta da mucha eficiencia en las maniobras y mejor visibilidad; desde una lancha con torreta se pueden observar los velas abollados asomando en la superficie del agua la cola; eso indica que quieren comer carnada. Son muy importantes las maniobras de avance, reversa y giros del capitán en la captura; ayudan al pescador a mantener la línea tensa, recuperar línea lo más rápido posible y subir la presa en un mínimo de tiempo.

Con el tiempo Juan compró en Manzanillo otra embarcación llamada el *Top Gun El Gallo*. A principios del 2000 vendió el *Mr. Marlín / Easy Motion* y *La Valentina*; conservó *El Barrabás* y el *Top Gun El Gallo* para renta a turismo nacional e internacional.



TRADICIÓN...Una de las familias vallartenses de mayor tradición en cuanto al mar y a competencias de pesca, es la del Capitán Moll, que en el reciente torneo volvió a hacer sonar su nombre...Todo se remonta, según la historia, a 1957, cuando el capitán Antonio Moll ganó el Torneo de Pez Vela, fue por cierto el ganador de este evento y repitió Jeff Moll para la familia

en 1983...En el más reciente torneo, Juan ganó el marlín con una pieza de 194 kilos y se ganó un centenario, además de otros trofeos y la familia, compartió nuevamente, con toda la familia de pescadores que pertenecen al Club de Pesca de Puerto Vallarta, o a otros clubes pero que participaron en el torneo. Fotos de JESUS ESCOBEDO.

Fotografía 205. Tradición: Una de las familias vallartenses de mayor tradición en cuanto al mar y a competencias de pesca, es la del capitán Moll, que en el reciente torneo volvió a hacer sonar su nombre. Todo se remonta, según la historia, a 1958, cuando el capitán Antonio Moll Gil† ganó el torneo de pez vela; fue por cierto el ganador de ese evento y repitió Jeff Moll, amigo de la familia, en 1983. En el más reciente torneo, Juan ganó el marlín con una pieza de 194 kg y se ganó un centenario, además de otros trofeos y la familia, compartió nuevamente, con los pescadores que pertenecen al Club de Pesca de Puerto Vallarta, o a otros clubes pero que participaron en el torneo. (Fotos de Jesús Escobedo).



Fotografía 206. Torneo Internacional de Pesca en Manzanillo, Colima. Ganadores de *polla* del primer día de pesca. Marcos Joya, Juan y Rogelio Moll, Óscar Montiel, José María Carrillo, *Chema Tamales*. 1978.



Fotografía 207. Izquierda Juan Moll ganador del primer lugar de marlín con un peso de 194 kg, su hijo Juan Pablo Moll Pérez, Rogelio Moll y capitán Antonio Moll Gil. Puerto Vallarta, Jalisco, 1983.



Fotografía 208. Rogelio Moll, pesca en el Bajo del Malinal captura de un numbo de 20 kg, panga *El Nautilus*, 1986.



Fotografía 209. El marinero *Kaliman* y mi hijo Rogelio Moll Rubio con un dorado a los 5 años, lancha *El Nautilus*, 1989.



Fotografía 210. Celebrando el primer lugar de dorado con las chicas xx Lager. En la dársena de la Capitanía del Puerto de Vallarta, Jalisco, 1989.



Fotografía 211. Por segunda ocasión primer lugar de dorado con un peso de 22 kg. Torneo Internacional de Puerto Vallarta. A la izquierda Juan Pablo Moll y su padre Juan Moll, Rogelio Moll y Juan Manuel de Alba, lancha *Mr. Marlin*, 1989.

En 2011 obtuve de nuevo el primer lugar en dorado en el torneo de la Riviera Nayarit. Fui 3 veces campeón de dorado.



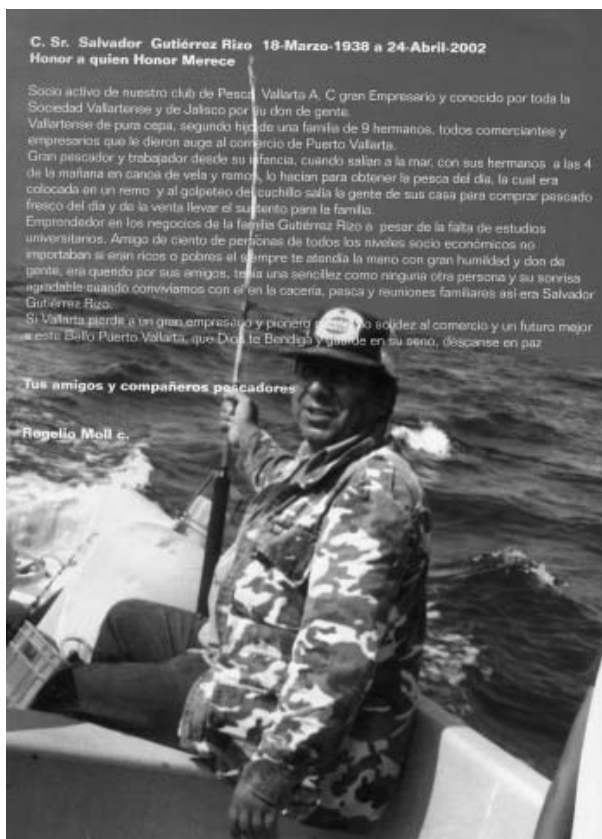
Fotografía 212. Campeón sin corona dos veces segundos lugares de marlín, el primero de 117 kg. En el año de 1990. Y el segundo de 135 kg. En el año 1994. En esta foto Rogelio Moll Contreras. Puerto Vallarta, Jalisco, 1994.

Fotografía 213. Rogelio Moll Contreras, pesca de garlopa en el Bajo Verde del faro de Cabo Corrientes con un peso de 18 kg, lancha *Mr. Marlin*. Jalisco, 1999.



Salvador Gutiérrez Rizo

Salvador Gutiérrez Rizo nació el 18 de marzo de 1938 en Puerto Vallarta y falleció el día 24 de abril de 2002 a los 64 años de edad, de una enfermedad incurable del hígado. Para recordarlo, los socios del club de pesca publicaron una remembranza que yo escribí, en el folleto de pesca. «Se fue un gran amigo», dije; «hombre cabal, carismático, bondadoso con mucho, gran pescador». Así, lo recuerdo cuando voy a Majahuas, lugar predilecto de él en la pesca del robalo⁵⁹.



Fotografía 214. En memoria a Salvador Gutiérrez Rizo.

59 La temporada de pesca de robalo es cada año. Cada vez las tallas de los robalos disminuye por la depredación de chinchorros de Jalisco y Nayarit dentro de los esteros y en las desembocaduras de los ríos. Me consta desde que llegué a Vallarta en 1989 hasta en estos momentos, que no hay vigilancia de parte de nuestras autoridades.

En una de las últimas, de las quizá miles de veces que conviví con Salvador, me preguntó: *Oye, Rogelio, ¿no crees que ya recuperaste los años perdidos? Bueno para que decirte que no, yo creo que ya es tiempo de decirte que sí.* Esa fue mi despedida con él.

El Mudo y Zamorita

Un día viernes de 1995 por la tarde, en una de las andanzas de Majahuas, José Alcaraz Landín platicó a la *palomilla* que tenía dos amigos cocodrilos muy grandes; que les daba de comer patos buzos que él mataba con su escopeta; que era una pareja que nombró *El Mudo y Zamorita*. Decidimos ir a ver y a filmar en la mañana del sábado, cómo los alimentaba. Juan José Espinoza Garibay, amigo de Vallarta radicado en Guadalajara, era el camarógrafo que registraría el evento; fuimos con José, *El Chaparrito* Ramón Durán, los hermanos Gutiérrez Rizo, Salvador, Juan y Félix y yo; caminamos entre las bañanas de majahuales y manglares; apenas podíamos pasar agachados; sólo se escuchaba el crujir de ramas, palos secos y los zumbidos de los zancudos que no cesaban de picarnos. Llegamos en diez minutos al lugar. José, indicó: *No hagan mucho ruido y acomódense en las ramas más altas no vaya a suceder algo imprevisto.* Él permaneció en tierra; con el agua a media rodilla, musitó: *Voy a llamarlos para que se acerquen a comer.* Llevaba ocho patos que habían matado antes de salir. Agarró dos patos del pescuezo y con ellos comenzó a golpear el agua, gritando: *¡Mudo, Mudo, Zamorita, Zamorita!*

Pasaron unos diez minutos cuando se observó en la superficie del agua un par de ojos que se aproximaban hacia nosotros lentamente. Por un lado de estos, apareció un segundo par de ojos. La superficie del agua estaba quieta. El ambiente en silencio total. No se escuchaba ningún ruido de garzas, pájaros, ni gaviotas mientras avanzaban los cocodrilos hacia las vibraciones que producían los golpes en el agua acompañados de los gritos de José. Ambos cocodrilos se sumergieron desde cierta distancia. Antes de que emergieran con José, él también subió a una rama alta: *Por si las moscas; no vaya ser el diablo que se les pase la mano y me traguen a mí también.* Desde la rama, José lanzó dos patos; los cocodrilos, de unos cinco metros de largo, mostrando grandes mandíbulas los engulleron de inmediato. Lo mismo hicieron con los siguientes bocados. Mientras Juan José Espinoza filmaba, nosotros sin hacer ruido, observamos la maniobra desde el palco de una rama de mangle.

Nos impresionó ver la inmensidad de estos animales que emergieron de su hábitat natural a comer patos buzos; después de que el *Mudo* y *Zamorita* se aquietaron y se fueron, regresamos al campamento a seguir con la pesca de robalo. Volvimos, según era costumbre, el domingo por la mañana a Vallarta. Por desgracia, la película se perdió.

Los cocodrilos es una especie protegida, pero se da a diestra y siniestra gran depredación en todas las especies. En Majahuas hay gente que se dedica a capturar los juveniles *linterneando* entre el manglar, para venderlos de manera clandestina. No existe vigilancia ni control oficial.

Salvataje del huracán Rosa

En octubre de 1994, a dos días de que el huracán Rosa pasó a 280 km de las costas de Jalisco, Marcos Joya Cruz, Salvador y Juan Gutiérrez Rizo, Javier Rubio *El Charangas*, José Luis Ramos Joya, *El Chaparrito* Ramón Durán, *El Pérula* Jaime Heredia, Ramón Heredia y un servidor fuimos de pesca a Majahuas. Salimos de Vallarta un día viernes a medio día; el huracán dejó a su paso gran cantidad de agua; en Vallarta llovió a cántaros durante tres días; los ríos arrastraron animales, árboles completos y palizadas de árboles secos.

Los ríos Ameca, Cuale, Mismaloya, Tomatlán y aún los arroyos menores de El Teosinte y El Caimán, arrasaron con todo a su paso. Llegamos a un terreno de José Alcaraz Landín, lugar en donde dejamos los vehículos; continuamos por el río hasta desembarcar en la playa víveres, casas de campañas, toldos y equipo de cocina. El río llevaba mucha corriente; la presión sobre el estero abrió tres desembocaduras hacia el mar. Decidimos pescar en la boca más alejada. Abordamos la panga con un motor de 15 caballos; pasamos la primera y segunda boca forzando el motor al máximo; en la tercera no hubo dificultad.

Ahí desembarcamos con cañas de pesca y equipo; en el lugar del pescadero se formaba fuerte oleaje y corrientes río abajo; el río desgajaba arena formando una gran zanja y haciendo remolinos por la fuerza del agua; pensé que si alguien caía ahí sería muy difícil salir a causa de lo fuerte de la corriente. Juan y yo nos rezagamos del grupo de Salvador, Marcos, José Luis, *El Charangas* Javier Rubio, Ramón Durán y los hermanos Heredia.

De pronto escuchamos gritos de auxilio. José Luis decía a Salvador: *Agárrate bien compadre, no te voy a soltar nunca, quédate tranquilo, ¡ayuda!* Al llegar vimos que una gran ola los había tumbado al río y que la corriente se

llevaba a todos; no podían salir por el muro de arena; el oleaje continuo no permitía a ninguno subir el paredón; el oleaje más bien los regresaba al caudal del río. José Luis, parado dentro del agua gritó: *¡Dame un palo para que nos jales!* Buscamos lo más pronto posible; Juan llevó uno que no alcanzaba.

La corriente los estaba arrastrando. Yo traía mi caña de pescar de una sola pieza; unos decían: *¡Tiren las cañas para que puedan nadar!* Grité al *Charangas*: *Tira tus cañas de pescar y nádale.* El *Charangas* no podía nadar ni tirar las cañas porque las había enredado entre las manos para no perderlas; José Luis, gritó: *Párense no está muy hondo.* Marcos esquivó la corriente y salió; lo mismo hizo *El Charangas* y *El Pérula*; Ramón y Salvador por poco se ahogan, pero no soltaron las cañas. Con mi caña alcancé a José Luis y del jalón casi me tumba. Juan me sostuvo y poco a poco lo sacamos a la orilla. Las olas hicieron el rescate más difícil; por fortuna todos salieron con vida. Salvador, *El Pérula* y Ramón Durán salieron pálidos, vomitando del susto; Marcos y *El Charangas* alcanzaron la orilla opuesta; todos estaban a salvo, con la respiración agitada; José Luis Ramos fue el héroe; gracias a su estatura y cuerpo fortachón, pudo ayudar a todos a salir del problema; con ayuda de Dios, mi caña y Juan Gutiérrez Rizo, la libramos esa vez.

José Luis nunca soltó a su compadre, lo tenía bien agarrado de una chamarra tipo militar; la chamarra se hizo muy pesada con el agua y lo estaba ahogando; no le permitía nadar; se cansó muy rápido; agarrados unos de otros se mantuvieron juntos y eso fue de mucha ayuda. Después del susto alguien ofreció un trago de tequila; *El Pérula*, que nunca tomaba vino, fue el primero en empinar el codo prometiendo que jamás volvería a Majahuas; y jamás volvió. Hoy él es el segundo de a bordo de la Capitanía de Puerto aquí en Vallarta.

Regresamos al campamento todos en silencio, mirándonos las caras unos a otros sin hilar palabra; ya repuestos del susto pescamos robalos todo el sábado; igual que siempre, llevamos el producto de la pesca en hieleras y lo repartimos equitativamente al llegar a Vallarta. Con el paso de los días platicamos esta nueva y horrible experiencia; para mí, comparada con naufragios, tiburones en El Chirito, paracaídas en la azotea de casa de mis abuelos entre cables de alta tensión, río de Los Horcones cuando el río se llevó la camioneta cien metros abajo e incendio de la lancha en el torneo de pesca, fue la peor experiencia de mi vida. La pesca tiene a veces demasiados peligros; pero uno da todo por este deporte, incluso, se llega a arriesgar la vida por los amigos.

Pistola en la frente

Tuve otra mala experiencia aquí en Vallarta manejando mi carro. Me acompañaba un amigo. Me estacioné en doble fila en una calle estrecha en la que apenas se podía circular; había junto a mí, otros dos carros mal estacionados igual que yo; me quedé en el carro esperando a mi amigo que fue al banco a cambiar un cheque. Venía circulando un carro chico que podía pasar sin mayor problema; el tipo, me dijo en forma ruda: *¡Quítate hijo...!*, yo sin medir las consecuencias *se la regresé*; entonces, bajó del carro un tipo de guayabera azul y botas negras con una gran pistola en mano —me pareció que la pistola era más grande que él—; un hombre de baja estatura me puso la pistola en la frente, me miró, se hizo hacia atrás y dio una patada a la puerta de mi carro abollándolo.

No dijo ni una palabra más; dio la media vuelta; fajó la pistola a la cintura, subió al carro y se fue. Me quedé sin habla; cuando llegó mi amigo de cambiar el cheque, me vio blanco y amarillo. Le platicué: *Un cabrón me iba a dar un balazo, pero gracias a Dios estoy vivo y coleando*; yo tenía unos 20



Fotografía 215. Centro del Viejo Puerto Vallarta en los años 50. A la izquierda la casa de los Garibaldi, al fondo con la ventana superior casa de la familia Munguía por la calle Juárez.

años de edad; el incidente fue en unas vacaciones que pasé aquí en Vallarta; me sucedió eso por andar de contestón. Hoy más que nunca creo que es mejor quedarse callado ante ese tipo de incidentes. En el Vallarta de mis ayeres, en mi época de niñez y adolescencia, las familias dejaban por las noches las puertas abiertas de las casas para que entrara el aire fresco; ahora todo es diferente; uno duerme encarcelado en su propia casa, pues si dejas abierto, en vez de aire entran los delincuentes a desvalijarte.

Cocodrilos al acecho

En una de las muchas veces de pesca en Majahuas en el año de 1997, surgió algo inesperado. Esa vez participó además de la *palomilla* de Salvador Gutiérrez Rizo, Juan Rubio *Juan Baboso*†⁶⁰ y Mario Dávalos Villanueva. Esa era la época cuando a Mario le gustaba aún la pesca de robalo; hoy prefiere comprarlo a su compadre Enrique Magdaleno *El Guarache*. Un día sábado, capturamos cuatro o cinco robalos de unos 4 a 5 kilos de peso cada uno. Llevamos cada robalo a Roberto Rodríguez *El Rosquetilla*, cocinero de campamentos de pesca, para que los limpiara y enhielara.

El Rosquetilla, en vez de preparar los robalos, decidió amarrarlos todos juntos, aún vivos, con una cuerda; para que no se asolearan los metió en el estero y los fijó a un palo clavado por él mismo; la intención era rescatarlos al terminar de picar cilantro, cebolla, jitomate y demás verduras para el caldo. Nosotros, después de horas de pesca decidimos regresar al campamento a tomar agua y descansar un rato. Al llegar, preguntamos a *El Rosquetilla*: *¿Ya están limpios y guardados los robalos? Todavía no. ¿Luego, hasta qué horas?, se están asoleando y se hacen duros. Los tengo en el agua y todavía están vivos. Ve por ellos para ayudarte a limpiarlos.*

El Rosquetilla fue por los robalos y no encontró nada; regresó tartamudeando: *Que, que, no, no, están. ¿Cómo?, ¿a dónde se fueron? No sé, los dejé amarrados a un palo y ni el palo está. ¡Ah vale! ¿Qué paso? Hace rato cuando estaba preparando el recaudo para el caldo de pescado, como que escuche un ruido en el estero, parecía un chacoteo en el agua, pero no le di impor-*

60 Persona ya grande, aficionado a la pesca de toda la vida; personaje muy dicharachero; hacía reír con las grandes mentiras que platicaba; mitotero como él solo; conocido por gente antigua de Vallarta y en el medio de los chóferes de taxis por contar con algunos permisos de carros de sitios.

tancia, para mí que se los llevó un cocodrilo; miren ni el palo en donde los amarré está, se llevó todo, el cocodrilo andaba muy hambriento.

Por lo regular los cocodrilos salen de noche a comer; es raro que salgan de día; en esa ocasión uno no respetó el horario. Primero molestos con *El Rosquetilla*, luego de buen ánimo pensamos, ni modo, vamos por más robalos. Mario, *Juan Baboso*, Marcos mi compadre y la *palomilla*, bromeábamos, diciendo a *El Rosquetilla*: *Se me hace que los vendiste y te chingaste el dinero. No, no, no, es cierto lo del cocodrilo, la escases de comida hace que salgan de sus guaridas.*

Batalla a muerte

Una vez, en el año de 1998, nos sucedió algo inédito en el mar en la Bahía de Banderas, del lado de Nayarit. Fuimos a la pesca de marlín a unas cinco millas en las cercanías de La Corbeteña. Esta zona es pescadero y ruta de grandes corrientes marinas que llevan plancton en abundancia que sostiene gran cantidad de especies de peces. Nos situamos entre las islas Marietas y La Piedra —La Corbeteña. Esa vez Juan mi hermano no estuvo con nosotros para ver momentos inéditos que suelen suceder de forma inesperada en el mar; ese día salió también de pesca con el amigo y socio Jeff Moll en otra embarcación.

Fuimos Juan Pablo Moll, Juan Manuel de Alba, Juan Manuel Jr. en la lancha *Mr. Marlín*, embarcación de más de 45 pies de largo, buena para surcar mares. Troleamos toda la mañana en medio de las Marietas y La Piedra, La Corbeteña usando lisas muertas; no picó nada. Juan Pablo mi sobrino opinó pescar choras para usarlas de carnada viva para marlín. Lanzamos tres calamares pequeños de plástico lo más corto posible del yate; troleamos rumbo a un comerío de choras; de inmediato se anzueliaron en forma simultánea tres choras medianas. Colocamos un anzuelo grande a cada una y las lanzamos al mar, diciendo: *Ahora sí, marlines, agárrense que va a temblar.*

Lanzamos dos líneas largas abiertas en los tangones y una corta en la parte media de la lancha y dos lures grandes de plástico, atractivos para el marlín. Los tripulantes eran pescadores experimentados, con habilidad para anzueliar un pez grande y «luchar a morir»; líneas y pescadores estaban listos. En menos de diez minutos brotó un marlín sobre la línea de Juan Pablo; cuando lo vi, grité: *¡Aguas, aguas, hay te va uno Juan Pablo!* Con rapidez mi sobrino agarró la caña, aflojó línea para que el marlín tragara la chora, subió el *clutch*

al carrete y prendió el pez. Comenzó así una lucha de vida y muerte. El marlín saltaba fuera del agua y se desplazaba a un lado y otro de la lancha surcando la superficie del mar; sacudía la cabeza intentando expulsar el anzuelo.

Mi sobrino, sudando a chorros, trabajó el marlín más de 20 minutos. En un salto del pez fuera del agua, observamos que el marlín había vomitado la chora, aún anzueliada. Pensamos que el marlín se había escapado y así fue. Cuando Juan Pablo recuperó la línea y subió la carnada, vimos que era una chora muerta en estado de descomposición, entera y anzueliada de la cola, distinta de la que habíamos puesto. El marlín comió contenedor⁶¹, pero cambió la comida fresca del día por la vieja. Interpretamos que picudos y dorados agarran su presa por la cabeza y enseguida la tragan entera; nunca atrapan por la cola; el marlín se tragó entera nuestra chora; el anzuelo nuestro se enganchó en la cola de la chora que había comido con anterioridad. Así, es que nuestro marlín no se enganchó del estómago, agallas, ni pico. Era un gran marlín que merecía vivir porque ganó la batalla al pescador. Nos quedamos admirados de lo sucedido; la pesca da sorpresas muy interesantes. Cuando Juan mi hermano supo del suceso no aguantó la risa; nosotros tampoco. Fue algo notable, bonito, chusco, digno de narrarse. Reímos a carcajadas por lo increíble del acontecimiento.

Ponerse de acuerdo es difícil

De los doce meses del año, aprovechamos seis para la pesca de robalo, de junio a noviembre. Estos son meses de lluvia, cuando por lo regular ríos, esteros y presas se hinchen. Los pescadores esperamos con la llegada de las lluvias, los tiempos de pesca. En el mes de junio se empieza a alborotar *la gallada* de amigos. Después de *chambiar* todo el día coincidimos en la peluquería de Juan Gutiérrez Rizo para planear una salida a la pesca. Martín Covarrubias *El Mirro* es el primero en llegar; cinco minutos después llegó Félix Gutiérrez Rizo, Enrique Magdaleno Díaz Hernández *El Guarache* y Carlos Mora†; Carlos Acosta sólo habla por teléfono para saber si ya nos pusimos de acuerdo con la fecha de salida y de cuánto va hacer la cooperación de los víveres.

Esta vez opinamos que sale más barato que cada quien lleve lo que quiera tomar, refrescos, vino o cerveza. El agua queda incluida en los víveres. Si

61 Un pez escapa con todo y carnada.

tienes carro y llevas a un compañero, el *vaitero* cooperará para la gasolina. Todos cooperan con un mínimo de 200 pesos por cabeza para la propina del cocinero. Hay *cuates* que no tienen efectivo, pero cooperan con la carga y descarga del equipo de pesca; a veces capturan con la tarraya lisas para carnada o se acomodan a la hora de preparar los alimentos; ese servicio reemplaza el dinero. Desde un punto de vista operativo y práctico, víveres y botiquín de primeros auxilios se llevan en común; cada quien se preocupa por la *tomadera* que guste, equipo de pesca, protección personal contra sol, mosquitos, lluvia y viento.

Primer día viernes

Es importante ponernos de acuerdo con los amigos de quiénes o cuántos vamos de pesca. A unos les incomoda viajar con *fulano* o *perengano*; esta forma de pensar es muy particular y hay que resolverlo. Ya de acuerdo con todo, pasamos a la siguiente pregunta, hora y punto concreto de salida; con frecuencia la mayoría sale en caravana; otros, por ocupaciones personales, llegan al día siguiente; algunos agarran hasta media semana de ventaja. Todos regresamos el domingo.

En un viaje de pesca, tengo gusto por la salida y una gran chinga en prepararme. Hay que llevar hasta cuatro o cinco cambios de ropa; la humedad del agua salada en el cuerpo produce rozaduras en piernas, nalgas, axilas y las comisuras de la piel. Es una *preguntadera* de vieja, en dónde está mi ropa de pesca; sábana, cobija y almohada de campo; con qué me voy a tapar del frío; viste mi sombrero, cachucha, paliacate, lentes oscuros, oye, no encuentro el repelente contra mosquitos; me faltan mis pastillas para la presión; que no se me vayan a olvidar la crema para lo rosado, toalla y jabón. Las respuestas son similares, busca en el cajón de shorts y camisetas; en la parte de arriba del clóset; en el cajón derecho de la cómoda; en el clóset del baño. Después de infinidad de preguntas, Olga se acerca conmigo y dice: *¡Oye!, ¿no quieres qué mejor vaya a pescar en tu lugar?* Con esta preguntadera claro que la voy a cansar, pero «con tu vieja no te enojés», reímos y sigo adelante.

Siempre es un relajo el equipo de pesca. Hay que alistar carretes cañas de pesca, caja de anzuelos y curricanes, casa de campaña, lonas para la lluvia, impermeable, cuerdas de mano, balde, tarraya, silla plegadiza y protección solar. Es indispensable dar el beso de despedida a mi vieja en la mañana tempranito, antes que salga a su trabajo al Centro de Salud. Comienzo a cargar mi camioneta desde la noche, termino por la mañana; me doy una ducha

veloz para llegar fresco a revisar mis pacientes; a la una de la tarde pido un pase de salida y arranco con los amigos que me esperan.

Mi compañero de viaje es Juanito Gutiérrez Rizo o mi querido compadre Marcos Joya Cruz. Cuando él lleva su camioneta, ayudo en el manejo de ida y vuelta. Esperamos en la gasolinera de la salida a Barra de Navidad las otras camionetas para salir juntos a la misma hora; todos los vehículos llenan gasolina y revisan aire, agua, llantas; en promedio la salida es a las 2.30 de la tarde; cruzamos Conchas Chinas, Palo María, Mismaloya, Tomatlán, Las Juntas y Los Veranos y varios ranchitos antes de llegar a El Tuito. Aquí surtimos pan de Cora⁶². Continuamos por la carretera; pasamos La Parota, Puerta de Abajo, Paulo, Abal, Tequesquite y crucero de la presa Cajón de Peñas.

En Pino Suárez paramos a tomar un refresco o surtir algo pendiente que olvidamos. Muchas veces compramos hielo en cubitos y barra, una *cheve* para el camino, birria y tortillas. En el puente de Tomatlán, antes de llegar a La Cumbre y cruzar el puente, viramos a la derecha; ahí tomamos un camino hecho a base de piedra ahogada en concreto que nos lleva a un pueblito llamado El Poblado, lugar solitario de pescadores; continuamos diez minutos más y llegamos a un ranchito ganadero, lugar donde vive José Alcaraz Landín. Aquí dejamos los vehículos y recogemos las pangas; el lugar está protegido con alambrado de púas. Nos tomó un total de dos horas de carretera para llegar a este sitio⁶³.

Trabajamos todos como hormigas bajando el triquero de las camionetas; hieleras, motor, tanque de la gasolina, sillas, mesas, pangas, tiendas de campaña, equipos de pesca y enseres personales. Después tenemos que montar motor y tanque sobre las pangas y subir las cosas; dos o tres de nosotros llevan el primer viaje río abajo hasta la playa, cerca del mar. Al llegar es necesario inspeccionar el sitio para seleccionar el mejor lugar; hay que ver oleaje, pozos de agua que se forman con el oleaje y los remanses.

Lo siguiente es descargar las pangas; acondicionar el espacio común y el de cada quien. La panga que se descarga regresa de inmediato por más equipo y los compañeros que no cupieron en el primer viaje; mientras unos se instalan, otros preparan carretes y cañas de pesca; a veces se piensa en

62 Recomiendo el pan de El Tuito; hay que comprarlo en la panadería; la pieza cuesta a \$3.50; hacen pan para todos los gustos, cocodrilos, picones, conchas, semitas, cuernitos y birotos.

63 *El Guarache* dice que Rogelio de tan picado que es para la pesca de Majahuas, empieza desde que pasa El Tuito a lanzar su línea de cuerda y señuelo por media carretera.

voz alta: *Con esta pluma voy a sacar un robalo de unos 10 kilos; o con este mirrolure voy a sacar un pargo.* Cada quien con ideas y buena vibra, contribuye a crear una atmósfera de aventura.

El recorrido por carretera es de una hora cuarenta minutos; veinte minutos de trayecto en terracería hasta la casa de José Alcaraz Landín y media hora de recorrido hasta la playa. A las cinco de la tarde estaba montado el campamento; quedaban aún unas tres horas antes de que se ocultara el sol; este lapso de tiempo suele rendir la mejor pesca; se arriman a comer cerca de la playa, en la desembocadura del estero, grandes pargos y robalos. Hay opción de pescar con cuerda de mano o con caña y curricán, pluma, cucharita de las plateadas o un mirrolure con forma de pescado. Con un poco de suerte, más de uno puede prender y sacar robalos.

A veces, cansados de tanta pesca, ponemos sillas de plástico frente al campamento con vista al mar; ahí observamos cómo se va ocultando el sol mientras la brisa de las olas nos refresca. Unos llevan agua, refrescos, vino o un vaso de tequila, sal, limón, mucho hielo y *squirt*. Una vez platicué a *Mirro*, Martín Covarrubias Jr. y Carlos Acosta, que estaba escribiendo un libro sobre la pesca del robalo. Ellos opinaron que narrara los momentos en que disfrutamos del paisaje de Majahuas; lo que se observa desde la playa cuando pescan los amigos; el momento en que tarraya en mano *El Guarache* saca-



Fotografía 216. Atardecer en la desembocadura del estero de Majahuas y mar. Tomatlán, Jalisco.

ba lisas; cómo se arquean quienes lanzan con caña y el instante en que el curricán se clava más allá de las olas en busca de una presa.

En ese momento no pescaba; sólo observaba la inmensidad del mar mientras bebía tequila, fumaba un cigarro puro —de los que le encantan a Humberto Inda Carrillo— e imaginaba que dibujaba con el humo, figuras de mujeres desnudas. Estaba en amena plática prometiendo que describiría estos momentos de relajamiento del cuerpo y mente. *iPero lo escribes! ¡Claro que sí!*

Observábamos a mi compadre Marcos Joya Cruz que había prendido un robalo y lo traía brincando de un lado a otro. *iQué no se escape Marcos, no aflojes y no aflojes!* La caña de Marcos dibujaba un arco por la fuerza de tracción del robalo; después de un rato de luchar con el pez lo acercó a la orilla; con ayuda de las olas lo sacó hasta la playa. Nos divertimos viendo las maniobras que hacía; subía la caña, la bajaba de golpe, enredaba línea, caminaba ya hacia adelante, ahora para atrás, a un lado y al otro. Esto es lo más emocionante: *¿No, Mirro? ¡Ah vale!*, esta es la vida que apreciamos los pescadores.

Ya casi a oscuras dije a *Mirro*, vámonos a darnos un buen baño antes de que lleguen los mosquitos, más tarde nos van a dar una *piquetiza*⁶⁴. Antes de ir a bañarnos, nuestro chef, *El Guarache*, preguntó: *¿Quieren cenar unos filetitos de toro doraditos con salsa mexicana, frijoles y queso? ¡Súper!*, prepara eso mientras nos quitamos la sal en el agua del estero. Ya sin sal en el cuerpo, para hacer frente a los mosquitos vestimos pantalón largo, camiseta de manga larga, un paliacate para el cuello y cachucha, *al cabo no hay jejenes, nada más hembra y macho*. Mientras, nuestro gran cocinero *El Guarache*, terminaba de preparar la cena, nosotros conversamos animados tomando tequila; mi compadre Marcos preparó un *calimocho*, vino tinto con refresco de cola y comenzó un ambiente ameno de chismes, chistes y mitotes.

Después de la cena *El Guarache* se fue a pescar a la luz de la luna llena; nosotros continuamos en ameno cotorreo; el tiempo pasó; eran casi las doce de la noche y aún nos poníamos de acuerdo para pescar temprano antes de que saliera el sol. Dormitamos un poco, pero algún loco se levantó a pescar en la madrugada y nos despertamos todos. A esas horas observamos cocodrilos que se acercaban al campamento a comer las tripas y cabezas de pescados que limpiamos; con lámpara tipo minero vimos los ojos rojos de dos o tres cocodrilos que rondaban cerca del campamento para comer las sobras de pescado. Cuando más solemne era el momento, se escuchó una sonora

64 Es muy recomendable quitarse la sal antes de dormir para evitar rozaduras en la piel.

flatulencia de *El Guarache* seguidos de otros; parecía que uno estaba en fuego cruzado. Pasó la noche y de nuevo a pescar al día siguiente.

Hace 19 años, no se observaban cocodrilos en Majahuas, cerca de los campamentos. Hoy en día, la contaminación de ríos hace que disminuyan los peces residentes y aun los que entran y salen a desovar en el estero; chinchorros o trasmallos de las cooperativas, tarrayas que capturan peces de talla baja y la falta de lluvia, todo, propicia la disminución de alimento para los cocodrilos. La escasez de alimento ha forzado a los cocodrilos a salir de sus guaridas a buscar comida, incluyendo en forma casual a niños en su dieta.

En 2010, varias mujeres de las rancherías bajaron al río a lavar sus ropas cerca de La Cumbre, en el puente de Tomatlán. Los niños se bañaban mientras ellas hacían su trabajo. Sucedió lo que tenía que suceder. Un cocodrilo capturó a un niño de unos 6 años; se lo llevo en vivo, a todo color, ante la mirada atónica de las mujeres presentes y de la mamá que gritaba desesperada: *¡Mi hijo!, imi hijo!, ise lo llevó un cocodrilo!* El animal sumergió al pobre chiquillo quien trataba con desesperación de soltarse, gritando: *¡Mamá!, imamá!* La madre no pudo hacer nada y el niño desapareció de la superficie del agua. La madre casi se vuelve loca de la impresión. La policía buscó al niño y nada; el cuerpo del niño fue localizado al día siguiente por medio de unos buzos contratados por las autoridades de Tomatlán. La falta de alimento en el entorno natural hace que los cocodrilos salgan de sus guaridas a comer lo que sea; los perros son comida favorita en tiempos contemporáneos. Cuando acampamos, estamos alerta «con un ojo al gato y otro al garabato».

Segundo día sábado

Nos pusimos de acuerdo para que *El Guarache* nos despertara; este cuate no duerme; parece zombi; va de pesca de día y noche y nunca lo veo cansado; temprano pone agua para el café. Con el trajín de la cocina algunos despertamos a tomar café antes de salir a pescar. A la hora del café *El Guarache*, nos dijo: *Arreglen sus cañas y mochilas de pesca porque ahora si va a ver cacheteo* —que vamos a capturar peces—; unos permanecieron para pescar frente al campamento; quienes optaron por pescar del otro lado de la desembocadura del estero, abordaron la panga.

La mayoría de nosotros tomamos en serio las palabras de *El Guarache*, porque él es un gran pescador de muchos años; se las sabe de todas, todas; cuando de chico yo vivía en la casa de la Capitanía del Puerto, lo veía pescando con su cuerda de mano enredada en envases de cloro verdes, vacíos, de

plástico; me saludaba y preguntaba: *¿Cuántos llevas? Ninguno, ¿y tú? Tampoco*. Toda su vida ha vivido de la pesca, bucea, saca ostiones, langosta, pulpos, lapas, caracol; además cocina, prepara ceviche, ensaladas de pulpo y toda clase de jugos y caldillos de pescado; es un gran cocinero y mejor amigo; no sólo se conforma con el sueldo de intendente en la Secretaría de Salud, le hace a todo para sobrevivir; tiene que hacer su luchita para alimentar a la familia. No sé porqué le dicen *El Guarache*; tal vez porque anda de un lado a otro sin descansar. A mí también me dicen *El Guarache*, pero *El Guarache Güero*, e igual, desconozco el motivo; quizá porque me gusta la pesca igual que a él. *El Guarache* corre para un lado y otro buscando el lugar perfecto donde piquen robalos, pargos, gallos y toros; igual yo, siempre procuro los buenos pescaderos, a la suba o a la baja de la marea, a la hora en que se arriman los cardúmenes de robalos a comer sardinas o lo que se encuentran al paso. Por eso dicen que me parezco a él, por lo tesonero en la pesca, por buscar el momento oportuno de captura. A veces me encuentro a *El Guarache* y nos decimos: *¡Quiubo, hermano güero! ¡Qué pasa, mi hermano prieto!*

Nos llevamos muy bien los amigos de la pesca; sea en Majahuas o Quémaro, troleando en lancha en los pescaderos del estado de Nayarit o por carretera rumbo a las playas de Limoncito, Boca de Chila, Plumeros, Higuera Blanca, Carrilleros y otras. Nuestras edades oscilan en una media de 55 años, pero hay gente joven y madura bien conservada; todos somos muy bien portados; claro que las bromas entre hombres son muy diferentes a cuando estamos acompañados de nuestras esposas.

No todos los que se quedan en el campamento les va bien en la pesca. Los que fuimos en la panga al otro lado de la desembocadura, sacamos toros y robalos. La pesca suele ser impredecible. A veces pueden pegar las plumitas, sardina de plástico, mirrolure o lisa viva. Es muy importante que se pueda recuperar la línea rápido o lento; con las plumas debe ser rápido para que el señuelo tenga movimientos de zigzag en el agua; con sardinas de plástico y mirrolure es lento, para simular los movimientos naturales de una sardina; con carnada viva se pone una plomada en la línea, antes del destorcedor; el anzuelo pasa de lado a lado por los ojos o por la aleta dorsal de la lisa; el tamaño del anzuelo va acorde al tamaño de la carnada; el tamaño de ésta, influye en el tamaño de la presa —esta técnica aplica a la pesca de robalo, gallo y pargo en las bocas de los esteros; es válida en altamar, usar chora y ojetón vivos en la pesca de macanudos. Para lanzar, hay que agarrar vuelo girando unas diez veces para llegar lo más lejos posible de la playa, pasando la reventazón de las olas.

Según mi hermano *El Guarache Prieto*, en las bocas de los esteros mientras más oleaje tenga el mar provocado por el viento, hay más probabilidades de pesca. Al parecer, entre la espuma de la ola que corre hacia la orilla de la playa y entra por la boca del río, van sardinas, lisas y otros peces; estas especies intentan esconderse de sus depredadores entre la espuma para migrar a los esteros a desovar, alimentarse o protegerse. Los movimientos de migración suceden en mareas altas y bajas, separadas una de otra un promedio de seis horas. La presencia en la boca de los esteros de robalos, pargos y muchos otros, se asocian con estos ciclos naturales.

Realidad en la pesca. Camarones, jaibas, cangrejos, mojarras, tilapias, chococos, birotanos, lisas, robalos, pargos de varias clases, meros y toros, son algunas de las muchas especies que dependen de los esteros. Por este motivo es muy importante cuidar los esteros con una visión ecológica integral. Lean bien esto administradores de pacotilla y jefecillos que no funcionan para nada, para nada y para nada; los pescadores deportistas estamos cansados de tanta estafa asociada a la explotación y usufructo de la pesca. Hemos constatado que los chinchorreros de las cooperativas son los principales depredadores de mares, esteros, lagunas, presas y ríos. Las tortugas marinas son depredadas por la carne y los huevos —que sólo sirven para producir colesterol, arteriosclerosis e infartos al miocardio. En el mar, hemos encontrado cimbras de kilómetros de largo que arrasan con toda clase de especies marinas, incluyendo tiburón, dorado, vela, espada y marlín; estas cimbras matan además ballenas que se enredan por estar en las rutas migratorias. La ley no se respeta. Con poco dinero se soborna y se permite la depredación de especies de pesca deportiva en la franja no apta para pesca comercial. Mientras esta depredación se da a diestra y siniestra, ¿en dónde están biólogos y autoridades federales?, ¿por qué no se respetan las vedas para proteger las diferentes especies marinas? En esto aún hay mucho por hacer.

Cerca de las 9:00 a.m. subimos a la panga la pesca que logramos y regresamos a desayunar con los que se quedaron en el campamento. Mientras tomamos café, cada quien platicaba la experiencia de la mañana: *iSe me fue uno grande en la orilla, entre las olas! A mí, me reventó la línea uno en verdad grande.* Así la cotorreamos, mientras nuestro cocinero, mi hermano *El Guarache Prieto* pica melón, guayaba, manzana, plátano y piña para darnos yogur con fruta; eso nos mitigó el hambre; luego preparó huevos a la *moquin du*, revueltos con

salsa mexicana, frijolitos y queso del Súper Gutiérrez Rizo; cuando el platillo estuvo listo, dijo: *¡Ahora sí!, déjense venir a comer como los puercos*⁶⁵. Carlos Acosta es de los que se acomiden a calentar las tortillas de maíz.

Ya desayunados, un compañero decidió ir a lanzar un cuerdazo. Lo animamos, diciendo: *¡Órale!, prende uno grande y me das un pedazo para llevar a la casa; prometo comer el que saques*. Quienes permanecen en el campamento, unos preparan señuelos; otros amarran una hamaca entre los palos de los restos de chozas que habitantes de Tomatlán, La Cumbre y pueblos circunvecinos, hacen en Semana Santa y Pascua —aprovechamos las chozas para cobijarnos del sol y lluvia con ayuda de lonas—; unos más esperan la suba o baja de las mareas para volver a pescar, los precavidos sacan con la tarraya lisas para tener con qué pescar cuando el sol baje —siempre se aconseja no andar a las carreras queriendo conseguir carnada viva en el momento. Así la pasamos, pescando, tomando, durmiendo o disfrutando del paisaje.

Hay que estar alerta aun en el descanso; a veces se arriman cardúmenes de robalos y ese es momento de capturarlos. Andar bajo el sol sin sacar nada, es indicador para regresar a la sombra a disfrutar de una cerveza bien fría o un tequilazo para «agarrar aviada». Cuando no hay pesca, cotorreamos en el campamento durante varias horas. Este lapso da tiempo para dialogar con *El Guarache Prieto: ¿Qué van a querer de comer?, hay carne para asar, o la preparo con chile. Tú decide mi Guara* —unos le dicen de cariño *mi Gua Gua* por no decirle *Guarache*—; ya medios salerosos, con tres y cuatro estocadas entre pecho y espalda, el *cotorreo* se torna más animado e incoherente.

Así, esperamos el tiempo de que se acerquen los peces a la orilla a buscar su alimento. Entonces, igual que los depredadores, salimos de las madrigueras, cada quien con el señuelo de la buena suerte. *El Mirro*, cansado de lanzar durante toda la tarde, se trae una silla del campamento al borde de la playa para de nuevo, igual que ayer, admirar el magnífico paisaje con el descenso del sol. Me uno a su palco de primera fila con una cerveza. *Mirro* saca un puro de su mochila de curricanes, lo prende y da grandes fumadas para que la lumbre se propague alrededor del puro; es una forma muy suya de disfrutar el habano. Dicen que hay mil y un maneras de agarrar un puro, yo eso sí, no sé.

Es tranquilizante tener la mirada en el mar cuando el sol toca la línea del horizonte. Se siente paz interna; te relajas; te sientes bien a pesar de lo

65 *El Guarache* a veces es muy grosero; en ocasiones, entre broma y broma, está chingando y dice a cada uno sus verdades; «chinga quedito» a la gente.

cansado de tanto caminar de allá para acá por la arena bajo el sol. El calor solar es agobiante. El primer día de pesca, te mata la carga y descarga del *triquero*; pero uno se acostumbra los demás días; en especial, si te gustan estas andanzas, el cansancio ya ni se siente.

Pienso que estas actividades de la pesca hacen bien a uno porque se está relajado y alejado del estrés del trabajo. Mi profesión de odontólogo es demasiado estresante. No se sabe cómo va a reaccionar un paciente al aplicar anestesia. Paso momentos amargos con algún *shock* nervioso; cuando se desmaya el paciente, es necesario aplicar primeros auxilios para estabilizarlo. En ocasiones he tenido que dar respiración de boca a boca. Todo eso me causa tensión; más aún por haber realizado esta actividad durante muchos años en consulta privada y la Secretaría de Salud. Mi trabajo trae secuelas de encorvamiento de la columna vertebral, pérdida de capacidad auditiva por el manejo de turbinas de alta velocidad, pérdida de la vista y caída de hombro *imás no de la mano!* Caminar por la arena de la playa nos cansa pero fortifica músculos, sistema digestivo, aumenta el metabolismo, se quema grasa y nos da más apetito. Haces bastante ejercicio y con ello se activa todo el cuerpo.

Se oye un grito de Carlos Acosta, diciendo: *¡El Guarache pescó un robalo grande!* Ese carajo es suertudo desde la infancia; cuando utiliza carnada viva,



Fotografía 217. Boca de Majahuas, Félix Gutiérrez Rizo fileteando un tiburón junto con amigos de pesca, 1987.



Fotografía 218. Boca de Majahuas, Salvador Gutiérrez Rizo con un pargo dientón de 35 kilos. 1988.

pican peces más grandes. Nosotros pescamos robalos más pequeños con señuelos.

El sol ya se ha ocultado. Regresamos con todo y sillas al campamento. Nadamos en el estero para quitarnos la sal; hacemos la misma maniobra de protegernos con repelente, pantalón y camisa de manga larga de los mosquitos. Cenamos, platicamos, bebemos vino, tequila y cerveza antes de ir a descansar.

Tortugas marinas. Después de la cena, cerca de las diez de la noche, los que quedamos en pie, nos tomamos la del estribo, pero seguimos de filo hasta la una de la mañana. De pronto escuchamos ruidos en la oscuridad alrededor del campamento; parecía que alguien aventaba arena. Descubrimos tortugas golfinas a no más de 30 metros del campamento.

Las tortugas salen a desovar en la playa; cuando localizan un lugar a su gusto, hacen un pozo con las aletas traseras para depositar los huevos; es

importante no perturbarlas al inicio de la danza; si te ven regresan al mar; simulan dos o tres nidos cerca del real para desorientar a depredadores de huevos —que somos los humanos—; el ritual en la playa es regular, pausado; parecen una maquinita de trabajo automático, una que tiene grabado un proceso inequívoco, que sabe lo que tiene que hacer sin que le digan cómo hacerlo aun en el primer desove.

Una vez depositado el primer huevo, puedes acercarte y la tortuga aunque te mire ya no puede detenerse o irse a otro lugar a desovar. He observado muchas veces como lo hacen; ponen un mínimo de 100 a un máximo de 160 huevos. Después de depositar los huevos, cubren el nido con las cuatro aletas; con movimientos laterales cíclicos de los escudos ventrales presionan la arena hasta dejar el nido bien plano y, firmemente, tapado. Una vez observé que un huevero de los pescadores de la cooperativa, levantó a una tortuga terminando de desovar y la puso cerca de las olas del mar para que se fuera; pero la tortuga no se fue. En el lugar donde la dejó el huevero, la caguama sin su pozo, continuó el trabajo de cerrar y sellar el nido. Me quedé maravillado del subconsciente que la guió, aún en otro lugar, a proteger el nido de los depredadores.

El segundo lugar en depredación de huevos de las tortugas lo ocupa la misma naturaleza viviente; mapaches, tejones, zorrillos y cangrejos que salen por la noche a alimentarse y estos son los principales saqueadores de nidos. El proceso de incubación se termina en un promedio de 45 días. Cuando las pequeñas tortuguitas eclosionan de noche, tienen más oportunidad de sobrevivir. De día son presa fácil de tijeretas, garzopetas, zopilotes, gaviotas, pelícanos y los mismos peces marinos. Según estimaciones hechas por biólogos, de cada cien tortugas que eclosionan, apenas una logra vencer la resistencia ambiental y llega al estado adulto.

Una vez comentando con algunos de los grandes investigadores de nuestra Universidad de Guadalajara —por cierto muy amigos míos—, la doctora María del Carmen Anaya Corona y el doctor Rafael Guzmán Mejía, me explicaban que de continuar la depredación de las tortugas, su supervivencia no será mayor a los 100 años. Posiblemente, tengan toda la certeza del mundo; ya somos demasiados habitantes en el globo terráqueo; la alimentación para los humanos es cada día más escasa y cara; el nivel de compra es cada día menor; la pobreza en México es muy grande comparada con el nivel de vida de otros países mejor administrados, con una riqueza más equitativa. Comparo lo que he vivido en mi país México, en el transcurso de mis años, con países americanos y europeos; me doy cuenta de lo mal que estamos econó-

micamente. Vamos de mal en peor. ¿Qué le espera a nuestras próximas generaciones?

Se llega la noche del sábado y vamos a dormir cansados. La playa cansa; todo el día pesca, caminatas de un lugar a otro; te relajas después de la cena y la platicada; nos llega el sueño profundo; caes como muerto en tu casa de campaña. Uno está en sueño eterno, en el limbo, sintiendo que vuela en las nubes; unos dicen que cuentan ovejas que brincan la cerca; yo prefiero contar mujeres desnudas que me sonríen sugestivas. El sueño es un mundo imaginario que sientes vivir; pero no es así; el cuerpo está flácido, los ojos semiabiertos, con respirar profundo y lento con la boca abierta, roncando con los brazos entrecruzados; prevalece una posición de decúbito dorsal, rodillas y piernas retraídas. Entre sueños se escucha que vamos a ver cocodrilos y nada, no despiertas; vamos a pescar con la luna llena y nada, nada de nada. Lo importante es dormir, dormir y dormir hasta al amanecer del nuevo día domingo, ultimo jalón para pescar temprano.

Tercer día domingo

También hoy tomamos café, alistamos nuestro equipaje de pesca, cañas, señuelos, carnadas y vamos a pescar antes del amanecer; procuramos coincidir con el ritmo de las mareas. Invertimos un par de horas en este que es nuestro último día de pesca. Llevamos la captura matutina al campamento para que *El Guarache* destripe, lave y empaque las piezas de cada quien; él es muy cuidadoso en esta actividad; marca con un corte en aletas y cola lo de cada quien; los de cola cortada son de Marcos, los que no tienen aleta dorsal son de Rogelio, los que carecen de aleta izquierda son los de Juanito Gutiérrez Rizo, los que tienen la güeva son de *El Mirro*. Así, no hay confusión a la hora del reparto.

Cuando alguien viene de compañero en una camioneta y uno de ellos no pesca nada, quien saca debe compartir; si sacas siete das tres y conservas cuatro. Así, se hace en la pesca de robalo. En el mar, el reparto es diferente. En pesca chica de pargos, garlopas, sierras, bonitos de california, dorados, atunes y otros, seguimos otra forma. Quien saca el más grande, se lleva el más grande; si todos son grandes, lleva prioridad en seleccionar quien pesca primero y, así, sucesivamente hasta agotar las piezas. Cuando hay sólo dorados se filetean y se comparte el producto en partes iguales. Lo mismo se hace en atunes y picudos, la carne se reparte troceada en partes iguales. Así, no hay resentimientos ocultos; todos quedan contentos.



Fotografía 219. A la izquierda el empresario Juan Manuel de Alba con el marlín que capturó de más de 250 kg y Rogelio Moll Contreras acompañándolo. Marina Vallarta, 1993.

El lema fundamental de los pescadores es de convivencia armónica y pacífica; pasar el tiempo relajado, a gusto, sin presiones, sin pensar en el trabajo, contento; disfrutar de chistes y bromas; reír, sentir las carcajadas del grupo; emocionarse por la belleza natural y apreciar la vida misma. De nuevo cito a mi suegro Jorge Rubio Lozano† *El Zorro Plateado*, quien decía al estar en el clímax de actividades que le gustaba hacer «esto no es vida, es vidaza». No hay más que decir; así de fácil, vivir los momentos presentes con familia, amigos, hermanos y compañeros con la convicción de que pueden ser los últimos en un medio natural determinado.

El lapso de 7 a 9 de la mañana es el último momento para pescar; el que pescó, pescó y el que no pescó no pescó. Debemos regresar a Vallarta después del desayuno. Los que no están conformes con lo que sacaron se aferran más de media hora lanzando la línea. Llevará dos horas más levantar el campamento. Antes hay que reposar el almuerzo en la hamaca; dormimos una media hora para descansar la mente y cuerpo los que vamos a manejar. Es necesario ir platicando en el regreso para estar alerta.

Los que venimos de pesca este fin de semana, hacemos labores domésticas que no haríamos en casa; si nos vieran nuestras mujeres, no lo creerían. Acondicionar el espacio para dormir, cocinar, lavar platos y cazuelas, secar y organizar utensilios de cocina, limpiar mesas y sillas, barrer, regar, *iuff!*, la lista es interminable. Parecemos hormiguitas, cada quien haciendo una actividad a modo de lograr la retirada a tiempo. Guardamos casas de campaña, catres, lonas, ropa, cañas, carretes, tarrayas, lanchas, motores; levantamos y empacamos la basura en bolsas negras para depositarla en contenedores localizados al lado del pequeño muelle que sirve como embarcadero.

Ya empacados y amarrados triques y cachivaches en maletas de lona, es hora de subir la carga a las dos pangas; los bultos y el peso deben estar bien equilibrados para evitar zozobras. La panga más grande va adelante remolcando a la más pequeña río arriba; después de navegar un kilómetro llegamos al embarcadero; de nuevo hay que bajar la carga. En tierra, cada quien localiza sus pertenencias y las acomoda en el vehículo de traslado a Vallarta. Antes de partir, repartimos dinero al cocinero *El Guarache Prieto*, ayudantes y José Alcaraz Landín, dueño del terreno donde dejamos las pangas. Partimos rumbo a Vallarta cerca de la 1:00 p.m. A veces llegamos a Pino Suárez a recargar hielo; o llegamos al Crucero del Aval a refrescarnos con una coca-cola *light*, a comer cacahuates, plátanos secos y llevar un *six* para el camino.

En promedio llegamos a Vallarta a las 3:30 de la tarde; si va contigo un amigo, hay que dejarlo en su casa con tiliches y pescado. Es muy satisfactorio ver que reciben al amigo como un héroe de guerra, admirando los peces formidables que le tocaron; aunque no haya sacado nada, no lo pones en mal frente a la familia. En mi casa me espera mi esposa radiante de contenta; ella y mi hijo me ayudan a descargar el equipaje y hieleras con los robalos capturados; debo organizar todo lo que llevé para encontrarlo en buen estado la próxima vez; también es necesario guardar en el congelador, los pescados separados en bolsas. Me doy una buena ducha y paso el resto de la tarde en casa viendo la televisión, una película o las reseñas de los deportes. Más tarde salimos a cenar. Al día siguiente hay que retomar la rutina; activarse a las 6:00 de la mañana, llegar a las 7:30 a.m. al trabajo del Hospital Regional de Puerto Vallarta, permanecer viendo bocas sucias hasta las 3:00 de la tarde, comer a las 3:30, descansar un rato y trabajar de 5:00 a 8:00 de la noche en mi consultorio particular.

Practico este deporte cada quince días durante seis meses del año. Si hay pesca abundante, repetimos cada semana, siempre y cuando no se interpongan compromisos sociales, emergencias familiares, trabajo especial o al-

gún curso de interés relacionado a la profesión. El estado del tiempo es importante, en especial a mediados del mes de septiembre y en la segunda quincena de octubre. Los frentes fríos que llegan del norte forman depresiones tropicales al coincidir con las corrientes de aire cálido provenientes del sur que terminan por convertirse en huracanes.

Noviembre es el parteaguas natural y cultural que significa abundancia y prosperidad para Puerto Vallarta y la Bahía de Banderas. Es para mí y para los vallartenses el mejor mes del año. El clima mejora. Abundan los picudos, se alejan los ciclones, las corrientes marinas traen aguas limpias color azul negro casi como el petróleo. Las lluvias se alejan, los ríos bajan de nivel y el caudal no mancha las aguas marinas de color tamarindo café claro. El turismo nacional e internacional empieza a arribar a nuestro puerto; el mar se comporta en calma para los bañistas; los viajes de placer por lancha o yates de pesca salen con más frecuencia; hay más movimiento en barcos mercantiles; los turistas salen de compras al mercado de artesanías. Los comerciantes se alegran, cambian la cara por una mejor; los taxistas están contentos *chingando* gringos, porque cobran por persona, no por viaje —también hay peleas entre *turisteros* y taxistas en las calles por exceso de carga vehicular. Hay más obras de casas para los albañiles que cobran a destajo; los pintores de brocha gorda hacen su agosto con trabajo abundante de mala calidad. Si uno quiere tacos de cabeza hay que madrugar porque se acaban pronto. Los peluqueros pelan rápido y a veces trasquilan a uno. Los *beach boys* compiten entre sí para ver quien *chinga* con la mejor gringa; los policías disque vigilan pero se hacen *pendejos* sobornando a narcotraficantes de bajo nivel en tienditas de estupefacientes; los dentistas trabajan jornadas dobles para sacar para el chivo y escatimar dinero para largarse a la pesca; los políticos se aferran al hueso pensando al mismo tiempo en otro más grande; los estudiantes después de farras preparan un examen final; los del fideicomiso de turismo sienten que se les acaba la rebanada de pastel y se muestran desesperados; los aristócratas del club de pesca libran batallas campales contra los vasallos; los restauranteros hacen negocios redondos especulando con mariscos y carne manida de vaca. Dinero, dinero y más dinero es lo que todos quieren y buscan. Quienes no tienen más don que el propio cuerpo, es lo que están dispuestos a dar y a ofrecer a cambio de lo que venga.

Hoteleros suben tarifas de alojamiento y se venden al mejor postor asegurando que dan el precio más bajo del mundo; restauranteros quieren turismo que viaje a Vallarta en avión particular, pero la realidad es que la mayoría llega en bicicleta, montado en burro o a pata. Empresarios afilan las uñas en

espera de un mejor momento; grandes desarrolladores se la pasan convenciendo a políticos con proyectos fastuosos de mansiones y hoteles de diez estrellas; enfermos esperan a una estrella de Hollywood tipo Elizabeth Taylor que los visite en un hospital de mala muerte; el tonto suspira por una mejor suerte en un premio de lotería que en veinte años no ha llegado —ilusión del pendejo, esperanza del güevón—; escritores y novelistas se la llevan rogando a Dios que guste su libro y obra; sacerdotes suplican que vallamos a misa pues el fin del mundo está próximo; representantes de Hacienda imploran que se paguen los impuestos de forma responsable; la CFE hace campaña para que no se cuelguen tanto del alambre de luz, para que cada quien cuente con un contrato.

No cabe duda que todo el mundo espera los buenos tiempos. En Vallarta llegan de manera regular de noviembre a mayo. En este lapso hacen *su agosto*, desde el más jodido hasta el más rico. ¿Qué se dice de diciembre? Hay muchos regalos verdad. ¿Y los mendigos, qué?

Huracán Rick

En octubre de 2009 regresé a Quémaro por tercera ocasión a la pesca. Esta vez fui en la camioneta Chevrolet roja de Félix Gutiérrez Rizo. Éramos cinco pescadores, Carlos Mora, Carlos Acosta, Félix, Enrique Magdaleno Díaz Hernández y yo. Viajamos muy cómodos en la camioneta de doble cabina. Poco después se unió al equipo Martín Covarrubias *El Mirro* o *La Osa Martina*.⁶⁶ Martín llevó a un invitado italiano, un tal Franco que hablaba poco español, pero se daba a entender. Ambas camionetas con doble tracción facilitaron entrada y salida hasta el sitio del campamento. Instalamos una sombra sobre una base de tubos, anclados con cuerda y alcayatas enterradas en la arena. Llegamos un viernes cerca de las cinco de la tarde. Preparamos cañas, carretes, líderes con señuelos y de inmediato fuimos a la playa a pescar para aprovechar el resto del día. Empezaron pronto a jalar los peces.

Carlos Acosta pescó un robalito de un kilo y medio de peso. *El Guarache* estuvo sacando carnada viva con tarraya y luego intentó pescar con cuerda de

66 Este apodo lo inventó *El Guarache*; dice que tocando un pandero, Martín baila como un oso, moviendo la cintura para un lado y otro. *El Guarache* es *cabrón* y *méndigo* para poner apodos y mitotero igual que Juanito Gutiérrez Rizo. Juntos hacen «buena pareja» para fregar al que se deja.

mano, pero no jaló nada. Los demás sacamos toros de tamaño mediano y los llevamos al campamento a enhielar. Se hizo de noche y cada quien acomodó tiendas de campaña y catres para dormir. Cerca de las 8:30 nos atacaron nubes de zancudos; sufrimos una santa piquetiza por buen rato. Cenamos muy bien porque Félix llevó unas tortitas de carne en salsa de jitomate con frijolitos, queso fresco y tortillas que le preparó la esposa. Nos relajamos con vino tinto y tequila; dormimos entre ronquidos y una que otra flatulencia de *El Guarache*.

Antes de salir de Vallarta supimos que se había formado una depresión tropical a 480 km del continente; la depresión tropical ya había pasado por Chiapas, Oaxaca y Michoacán; estaba cerca de las costas de Colima. El plan fue ir a Quémaro a pesar del posible mal tiempo, sólo de viernes a sábado por la tarde; pensamos que si el clima empeoraba, regresaríamos de inmediato. Para asegurar, hablaríamos a Vallarta por celular el sábado por la mañana para ver cómo andaba la evolución del huracán Rick. En la noche del viernes se miraban relámpagos alrededor de Quémaro, pero el grupo, cansado, durmió ignorando el entorno.

Yo no estaba tan relajado; dormitaba a ratos; hacía mucho calor dentro de la casa de campaña y sudaba; estaba a la vuelta y vuelta incómodo e inquieto. Me levanté en la madrugada; estando fuera de la casa de campaña sentí un aire fresco y húmedo acompañado de relámpagos y truenos. El viento empezaba a soplar cada vez más fuerte. Las lonas que instalamos producían un sonido fuerte. *El Guarache*, *El Mirro* y el italiano se levantaron y prendieron la planta de luz. Eran las 4:30 de la mañana. Yo, pensaba: *Esto no me está gustando nadita*. Decidí en ese momento dismantelar mi casa de campaña; guardé mi ropa y un cojín de hule espuma.

La mayoría despertó con las rachas de viento; las lonas chicoteaban; Carlos Mora también salió de su guarida a ver qué pasaba; Carlos Acosta y Félix Gutiérrez siguieron dormidos a pesar del chicoteo de la lona sacudida por el viento, los demás tomamos café. Eran ya casi las cinco de la mañana cuando empezó un pequeño *chipichipi*, que arreciaba a cada momento. Luego la lluvia se dejó venir muy fuerte, acompañada de vientos huracanados; nos resguardamos bajo la lona aguantando las rachas de viento y agua. Insistí que el clima no pintaba nada bien. *El Mirro* y el italiano se veían preocupados. Sugerí que de seguir el clima así, deberíamos *pelar gallo* amaneciendo.

El Guarache hizo valer su sapiencia diciendo: *No se apuren muchachos, esto nada más es un torito de agua, se va a quitar pronto; he vivido tanto de esto que ya tengo callo; verán que al amanecer estará limpio y despejado*. Pero no

se veía convencido e interpreté que hablaba así para calmarnos. Pasamos más de dos horas agazapados y en silencio. Casi no me mojé por el impermeable que llevaba puesto; los demás permanecían juntos unos de otros en el lugar más seco de la lona para no mojarse demasiado. Eran las siete de la mañana; apenas se miraba el amanecer; llovía hacia el oriente, poniente, norte y sur. *El Guarache*, volvió a pontificar: *Hay que esperar una hora más y si no sale el sol, nos vamos a la chingada*. Eran casi las 9:00 de la mañana y la lluvia comenzó a ceder poco a poco hasta transformarse en llovizna suave y menuda. *El Guarache* decidió salir a pescar un rato así lloviznando; le siguió Carlos Acosta, Martín *El Mirro* y Carlos Mora; al rato todos estaban lanzando en la playa para calmar los nervios.

Parecía que la lluvia se iba a quitar por completo. A los 15 minutos Carlos Mora prendió un robalito; Carlos Acosta y Martín prendieron otro casi enseguida; luego Carlos Acosta prendió un gran toro verraco que le invirtió al menos veinte minutos para sacarlo. Al ver el entusiasmo me uní al grupo caña en mano. Las rachas de aire hacían que se formaran olas grandes; eso es bueno para que se arrimen a la orilla los robalos. Al segundo lance prendí mi primer robalo del viaje; quité el anzuelo y regresé corriendo al mismo lugar, lancé de nuevo y prendí un segundo robalo. Estuvimos así buen rato, prendiendo y sacando robalos. El sol parecía vencer poco a poco a las nubes. Todo mundo estaba contento y satisfecho por la buena pesca que estábamos haciendo a pesar del mal estado del tiempo.

Seguimos pescando hasta las once de la mañana. Según el plan original, Félix llamó a su hijo José para ver cuál era la situación de Rick en la costa. José, dijo: *¡Vénganse!, porque el huracán Rick pega mañana domingo en Vallarta*. Viendo que el sol había salido, tomamos las cosas con calma; decidimos regresar después de medio día; desayunamos sin prisa; tomamos unos tragos de tequila y vino tinto; finalmente, comenzamos a levantar el campamento.

La Osa Martina y su amigo Franco adelantaron el regreso a Vallarta. *La Osa* nos contó, el lunes que lo vimos, que por la brecha, antes de llegar a Morelos, se toparon con una camioneta llena de policías federales y personas de la cooperativa y pescadores. La policía les marcó el alto y comenzaron un diálogo desagradable: *Traen pescado. Algo, ¿por? Está prohibido pescar aquí. La playa es zona federal y yo puedo pescar en todas las zonas federales de mar, lagunas, presas, y esteros del país, tengo un permiso que me otorga ese derecho. ¿De dónde vienen? De Puerto Vallarta. Hay chinchorreros de Manzanillo que pescan en forma clandestina en la desembocadura del río, cosa que no está bien. ¡Claro!, estamos de acuerdo con eso, así arrasan juveniles y fauna de*

acompañamiento, pero no son sólo los de Manzanillo, la cooperativa de aquí también pesca en la boca del estero, yo los he visto. Muéstrame tu permiso, si no lo traes, me los voy a cargar a los dos. Aquí está. Nos dieron el pitazo que en la playa hay un grupo con grandes hieleras atascadas de pescado, ¿ustedes vienen con ellos o son chinchorreros de Manzanillo? No, señores, no somos de Manzanillo, todos somos de Vallarta. Pueden irse.

Estando por terminar de levantar el campamento nos cayó el mismo grupo que acosó al italiano y a *La Osa Martina*. Eran cuatro policías federales armados con metralletas R15, cuernos de chivo y pistolas al cinto. *¿De dónde vienen? ¿Son de Manzanillo? No, señores, somos de Vallarta. Uno de los federales reconoció a Félix Gutiérrez Rizo y lo saludó: ¡Hola Félix!, no te reconocí. Soy el mismo, cómo estás, qué haciendo por acá. ¡Sabes!, estamos en una inspección porque recibimos una denuncia, gente de Manzanillo pesca con chinchorro en la boca del estero, zona prohibida, no apta para esta actividad. Sí, sabemos que no se debe pescar así, nosotros somos deportistas, pescamos con caña, por diversión y alimento familiar, no hacemos negocio, estamos conscientes de evitar la depredación de especies, contamos con permiso federal.*

Los policías se relajaron con el diálogo de Félix, coincidente en todo con lo que expresó *La Osa Martina*. Ofrecimos a los opresores un refrigerio acompañado de agua con hielo; aceptaron la invitación de buena manera y regresaron por donde llegaron. Al terminar de arreglar los triques y de juntar la basura, emprendimos la graciosa huida. De salida constatamos que gente del pueblo estaba pescando con varios chinchorros en la supuesta zona del río. Casi a una voz, dijimos: *¿No qué los de Manzanillo son los que pescan con chinchorro?* Regresamos a Vallarta tomando cervecitas para el susto del Rick y de la gente armada que en principio llegó con cara de pocos amigos. Ya en Vallarta supimos que los vientos en Quémario no fue parte del huracán Rick sino más bien una perturbación menor muy local; como dijo el sabio mexicano *El Guarache*, un torito. Pero si esto fue un torito de lluvia y viento, ¿cómo será un verdadero toro ya viejo?

Vigilante nocturno

Rosendo Santos es un amigo de Pino Suárez, municipio de Tomatlán, Jalisco, que trabaja en el campamento tortuguero de Majahuas; vigila la playa y colecta para protección, huevos de tortugas desde hace varios años; es además, socio de la cooperativa de pescadores de Majahuas. Algunas empresas

patrocinan su labor; desempeñando esta actividad mantiene a su familia. Lo saludamos cuando vamos a la pesca; lo invitamos por las noches a tomar café o a desayunar por la mañana, después de una larga jornada de trabajo coleccionando nidos de tortuga golfina. Lo conocemos desde hace varios años; nos parece buena persona. Hace las rondas y vigilancia en una cuatrimoto; después de cada jornada, siembra los huevos que recoge en una área protegida del campamento tortuguero.

Tiene una panga con motor fuera de borda con la cual se desplaza por el estero para una mejor vigilancia. Cuando quiero cerciorarme si hay pesca o está abierta la boca del estero, dos días antes de salir, le llamo a su celular. En la temporada alta de la tortuga golfina, Rosendo recibe grupos numerosos de estudiantes de la Universidad de Guadalajara y de otras Universidades de diferentes estados de la República; él, sin ser biólogo, da cátedra de conservación y técnicas de manejo a todos los que llegan. De vez en cuando atiende grupos de turistas, aun extranjeros, pues habla muy bien inglés. Es muy buen pescador y gran amigo.

Compañero de pesca de los últimos tiempos

Gran sorpresa fue para mí recibir una llamada telefónica de Fernando Solórzano, amigo de la infancia, avisándome que Marcos Joya Cruz⁶⁷ estaba delicado por una embolia cerebral en el hospital CMQ Premier de Puerto Vallarta, por la calle Francisco Villa. *¡La noticia me dejó paralelepípedo!* Me lancé de inmediato a verlo; creo que fui el primero de los amigos en visitarlo. Saludé a Lupita, mi comadre, esposa de Marcos; me advirtió que Marcos no debía hablar mucho; ella me narró en detalle el problema para que no lo perturbara. Cuando él me vio dijo con lágrimas en sus ojos: *Hola compadre. Hola, ¿cómo te sientes? Bien jodido.*

Supe que el día anterior había ido con *El fibrero* y *El Puritos* a parchar una panga que estaba varada en Majahuas, porque estaba haciendo agua por unas perforaciones. Marcos se sintió un poco mareado y desconcertado pero no dijo nada. Cuando arreglaron el desperfecto regresaron a Vallarta; Marcos todavía condujo la camioneta hasta Vallarta; llegaron en la tarde. En casa se recostó temprano. En la madrugada Lupita escuchó que Marcos se

67 Marcos es capitán de las embarcaciones *El Marlincito*, *La Liliana* y *La Cindy*; renta las embarcaciones al turismo de pesca deportiva.



Fotografía 220. El capitán Marcos Joya Cruz en un torneo de Manzanillo, Colima, 1978.



Fotografía 221. José Luis Ramos Joya y el capitán Marcos Joya Cruz dos grandes pescadores y amigos en Los Peines de la Marina. Puerto Vallarta, Jalisco, 1998.

estaba bañando. Fue con él y notó que no coordinaba bien palabras ni ideas. Ella habló a Cintia y Hugo, hija y yerno. Por la tarde lo llevaron a Guadalajara por indicaciones del médico familiar, Dr. Rodolfo Ruiz Nieves. En Guadalajara estuvo bien atendido y a tiempo. Hoy está fuera de peligro, en rehabilitación, con buen nivel de recuperación; lo vemos con frecuencia en su casa; lo animamos con un *iya alíviate compadre!; la palomilla y socios del club de pesca te necesitan para que sigas dando guerra.*

En la clausura del 54avo. Torneo Internacional de Pez Vela y Marlín, noviembre de 2009, Fernando Solórzano, presidente del club de pesca expresó:

Por primera vez en un torneo de pesca no contamos con la participación de un compañero del Club, apasionado por la pesca de robalo, lobina, picudo, marlín, vela y espada. Concursante en todos los torneos de pesca de picudos del Pacífico, viejo lobo de mar, excelente pescador, el mejor que yo conozco, gran amigo de todos nosotros. El triunfo de los Yankees en la serie mundial le dio una gran felicidad. Su máximo deseo fue estar en el presente torneo, hizo gran esfuerzo, puso todo el coraje pero no alcanzo el tiempo. Pero, esta meta que se fijó, ha contribuido a acelerar su recuperación. Deseando su pronta recuperación definitiva, pido un aplauso para el capitán Marcos Joya Cruz. Compadre Marcos, esperamos verte en nuestros próximos torneos internacionales de pesca deportiva en todo el Pacífico. Todos, te queremos.

¡A qué los atunes!

Un 26 de diciembre de 2009, día del bautizo de mi nieta Kristel, estuve conversando en el Club de Pesca de Vallarta con Juan Pablo mi sobrino, de treinta años, capitán de la embarcación de pesca y placer, *Karman 3*. Le pregunté cómo estaba la pesca y cómo le había ido con su nuevo patrón Bob Manroe; *Me ha ido muy bien, hay mucha pesca, he viajado mucho en el yate, he conocido muchos lugares, viajando por el Pacífico hacia el Sur navegué por Panamá y Costa Rica, hacia el Norte hasta Los Cabos. ¿Cómo te ha ido con los atunes? ¡Bien! los fileteamos, los vendo y, así, gano una lana extra. ¡Órale! Hace unos días saqué uno de 350 libras, más de 150 kilos. ¡Ah caramba!*

El atún de mi sobrino estaba como uno que yo prendí; pero a mí posteriormente no me fue bien por el esfuerzo que hice. Salí de pesca en *La Liliana* con José Luis Ramos Joya *El Tigrón de Quimixto*, Andrés Famanía Ortega *El Chito* empresario restaurantero y Trinidad Chavarín, capitán; navegamos

rumbo a La Corbeteña, pescadero de grandes animales. El día estaba ventoso y nublado; tardamos dos hora y media en llegar; preparamos y dispusimos en cañeros y tangones, cuatro cañas con línea de 80 libras. Queríamos los grandes cachetones y vacas gordas, marlín y atunes; apenas lanzamos las carnadas, no tenían ni un minuto en el mar, cuando sentí un jalón en mi línea que sostenía con el pulgar; el tirón fue tan sorprendente que me quemó ligeramente mi dedo; le di un poco de línea y lo anzuelié con ayuda del avante de la lancha; subí el *clutch* al carrete, tensé la línea y, *¡vaya sorpresa!* tenía ante mí un gran atún de más o menos 150 kilos de peso; no había pasado más de un minuto de tiempo corrido, cuando se acercó un gran marlín a la carnada de *El Chito*; pescador y capitán hicieron la maniobra adecuada y el marlín quedó bien prendido.

El Chito y yo luchamos para dominar atún y marlín; en el forcejeo se cruzaban las líneas; el mar estaba picado y agitado; los vientos encontrados hacían que *La Liliana* se bamboleara; la maniobra para acercar los peces a la embarcación se complicaba más estando ambos de pies; de repente el marlín empezó a brincar y a brincar y el atún se sumergía más y más en lo profundo del mar azul; la lucha se hacía muy pesada; pero, en un movimiento en falso se aflojó la tensión de la línea de *El Chito* y el marlín cesó los saltos y movimientos de escape; grité, *¡Chito, enreda rápido tu línea!*; no lo hizo, la acción lo tomó por sorpresa; el marlín expulsó el anzuelo y escapó. Quedamos todos en silencio; yo continué la lucha; después de hora y media estaba sudando y cansado tratando de acercar el atún a la embarcación. *El Trini* Chavarín dijo: *Yo ya lo hubiera chingado en quince minutos. Ahorita te paso la caña a ver si es cierto que lo sacas en quince minutos, cabrón hablador.*

Después de quince minutos más de lucha estaba muy agotado y me senté en la silla de pesca; la silla se movía al vaivén de la embarcación, igual que yo; me dolía el coxis del esfuerzo, como si el huesito se machacara en la fibra de vidrio de la silla; sentía dolor pero no le di importancia; le pasé la caña a *El Trini* Chavarín: *¡Ándale pues!, éntrale, a ver si como roncas duermes.* Pasaron quince minutos, media hora, cuarenta y cinco minutos, una hora; *El Trini* no sostuvo su dicho. Cansado paso la caña a José Luis Ramos, hombre fuerte y pescador desde la infancia; él en quince minutos arrimó el atún a *La Liliana*. Me pasó la caña y lo acerqué más a la embarcación; nos quedamos admirados del inmenso animal que daba vueltas panza para arriba en la popa, era una verdadera *vacona gorda*. José Luis, gritó: *¡Traigan el gancho volador!*; prepararon una cuerda que resistiera el jalón del gancho para apresar el atún. Era necesario asegurar el pez al primer ganchazo, de otra manera se corría

el riesgo de que se fugara. Lo acerqué aún más a la embarcación; le tiraron el gancho volador pero el atún dio varios giros, no lograron ensartarlo y en ese mismo instante escupió el anzuelo. Nada más vimos la sombra oscura del animal alejarse hacia las profundas aguas azules del mar. Duramos buen rato en silencio, como si fuera velorio; yo casi, casi chillaba de coraje. Para acabarla de componer, estaba muy cansado, desesperado y con dolor en el coxis por el esfuerzo tan grande que hice. Y todo para nada. Al regreso, decepcionados, nos echamos unos relajantes. Así es la pesca, «a veces nada el pato; a veces, ni agua bebe».⁶⁸

A los 15 días de esta pesca tuve un problema ixquio-rectal complicado; se me formó un absceso; no podía ir al baño a evacuar; por este motivo, comer me daba miedo. No aguanté más, hablé con el Dr. Antonio Sánchez Peña; quedé de verlo a las tres de la tarde en el hospital de la Av. Francisco Villa esquina Luis Donald Colosio, aquí en Vallarta. En cuanto llegué me pasaron al quirófano, previa firma de un documento del ISSSTE. La intervención duró una hora. Al despertar, el Dr. me comunicó que había eliminado medio litro de pus y que con esto evitó la formación de una septicemia. Al mes tuve una recaída, una nueva operación y luego una tercera; esta vez con el proctólogo especialista en el ISSSTE.

Estuve en recuperación 15 días, después volví cada semana a curación; para esto me ponían de rodillas como en adoración a Alá. Estuve experimentando este trauma seis semanas, con mucha pena al principio; al final de cuentas pensé llevar al doctor en cada viaje un ramo de rosas —*no es cierto, no es cierto, es pura broma*. Así, superé el absceso ixquio-rectal. El esfuerzo que hice para dominar el atún fue extremo. Ahora, disfruto un máximo de 45 minutos la lucha con un pez grande. Trato de cuidarme. Narré todo este relato a Juan Pablo aquella tarde del bautizo de mi nieta. Al terminar, él, me dijo: *Está cabrón tío, cuídate; pero deja te cuento una hazaña que hice de un salto de muerte*.

Salto de muerte

Juan Pablo mi sobrino me narró la siguiente hazaña. Fuimos un día viernes en la embarcación *Karman 3*, yate de 54 pies de un valor de al menos dos

68 Esta experiencia fue hace unos 15 años, en el mes de julio, antes de 1995, previo a las depresiones tropicales anuales.

millones de dólares, equipado con literas, cocina, baños y demás servicios; Bob Manroe y su hijo Kyle, son los patronos del yate. Esa vez la hice de marinero y capitán con otros dos compañeros, Mario y Juan José. Salimos por la tarde rumbo al banco llamado Bajo del Suroeste. Ahí troleamos durante dos horas y prendimos un marlín de buen tamaño pero después de media hora de pelea, se fue. Más tarde prendimos un atún no muy grande, de unos 15 kilos.

La idea era pasar la noche en el Bajo del Suroeste y comenzar a troleear temprano. Al llegar, dije a Bob el patrón, que no era prudente tirar anclas porque otras embarcaciones estaban ancladas en picachos del bajo y los vientos encontrados de la noche podrían hacer chocar las embarcaciones. Propuse alejarnos una milla de los bajos y dejar la embarcación al garette con los motores apagados. Así se hizo. Sólo permaneció prendida la planta de luz y el sonar con las luces de navegación. Bob, Kyle, Mario y Juan José fueron a dormir. Me quedé en la sala; pero estaba haciendo mucho frío por el aire acondicionado y únicamente me cubría con una toalla; busqué un rincón para estar más calentito, vigilando la embarcación. Descansé un rato; al día siguiente, muy temprano, a las 6:00 a.m. me levanté; todos estaban dormidos.

Estando apagadas las máquinas, revisé el aceite; todo estaba correcto, a sus niveles. Encendí las máquinas para que se fueran calentando; al escuchar el ruido salieron Mario y Juan José; nos acercamos a los picachos del bajo; ahí sacamos unas choras para carnada viva que puse en el vivero; cada quien arregló una caña; yo tiré la línea más larga al centro; ellos, dos cortas laterales. Lancé al agua una chora mediana con línea y de inmediato un pez agarró la chora; solté línea y prendí el pez. Llegaron a cubierta Bob y Kyle, aún medio dormidos. El patrón admirado preguntaba: *¿Qué es? Parece atún, una vaca gorda muy grande.* Bob tomó el mando de la embarcación; Kyle ya estaba peleando con el atún.

Después de dos horas de lucha arrimaron el atún al yate. El pez forcejeaba de un lado para el otro; Bob hacía maniobras virando el volante hacia la izquierda y derecha, diciendo: *Con cuidado Juan Pablo, evita que el atún se meta debajo de la embarcación porque se puede cortar la línea con las propelas.* El atún se sumergió muy rápido en movimiento que Bob no pudo esquivar; la línea iba derechita a las propelas para cortarse; Bob no supo qué hacer.

Me lancé al mar largando lentes, cachucha y chanclas, tomé la línea, me sumergí, abrí los ojos en el agua para ver hacia donde tendría que jalar para evitar las propelas y el timón de la embarcación; apenas logré que la línea no fuera cortada. El atún sangraba con abundancia por las agallas y había riesgo de que se acercaran los tiburones; subí rápidamente por la portezuela de de-



Fotografía 222. En cuclillas Juan Pablo Moll Pérez, Kyle, Mario y Bob en el *Karman 3*, con una «vaca marina», atún aleta amarilla de 150 kg, lugar el Bajo del Suroeste, Nayarit, 2009.

trás de la popa a la embarcación; aquí en los picachos de los bajos abundan comerios de peces y tiburones de todas las especies; no quise permanecer más tiempo en el agua. Los marineros estaban listos; con el gancho volador enganchamos la *vaca marinera* y la subimos igualmente por la puerta de atrás. Todos quedamos felices. Tomamos fotos que te voy a pasar para tu libro, tío.

Sugerencias para una pesca exitosa

En la pesca deportiva, hay que contar con buenas embarcaciones y motores potentes para recorrer distancias largas en millas hasta llegar a los pescaderos



Fotografía 223. Familia de pescadores Moll Contreras, a la izquierda Blanca mi hermana, mi padre Antonio Moll†, mi hermano Julio, mi sobrina Celeste, Rogelio, mi hermana Margarita, mi madre Luz Contreras y mi hermano Juan Roberto. Puerto Vallarta, Jalisco, 1983.

de El Morro, La Corbeteña, Bajo del Suroeste e Islas Marías. Es importante contar con permiso de pesca para evitar malos ratos. Es necesario estar equipado con radio, brújula, luces, chalecos, agua natural de más y comida. Al dios Neptuno, el mar, se le respeta en todo momento por su naturaleza misma desenfrenada. Puede estar en calma ahora y al rato hecho una fiera, con viento fuerte o lluvia. Una depresión tropical puede ser fatal; es conveniente revisar el estado del tiempo antes de salir de pesca y preparar muy bien el equipo según lo que vayas a capturar, sea en río, estero, presas o mar.

En tiempo de lluvias, al salir de pesca se debe tener precauciones. Agua abundante del cielo reduce visibilidad en altamar y en tierra porque no se alcanza a observar el horizonte. Bajo estas condiciones uno puede perder el rumbo al navegar o perder la ruta si se carece de brújula o GPS. Un buen pescador en las noches se orienta por las estrellas. Las depresiones con mucho viento forman grandes oleajes y marejadas que pueden resultar en hundimiento de embarcaciones y pescadores. Ríos caudalosos pueden arrastrar cuanto se interponga en el cauce. Los esteros presentan peligro por víboras, caimanes, arañas, alacranes y mosquitos. En presas son de peligro vientos

encontrados que pueden provocar volcaduras de pangas. Conviene traer siempre chalecos salvavidas y cuerdas para cualquier contingencia.

Con la lluvia, campos y cerros reverdecen; ríos, esteros y presas suben de nivel, cambiando a color tamarindo aguas continentales y mar. Larvas y huevecillos de varias especies marinas son arrastrados por la fuerza de las corrientes y dan vida a grandes cantidades de peces entre los lirios que flotan en la superficie del agua. Los lirios, con sus pequeñas flores hermosas color azul pastel, sirven de refugio a camarones, lisas, tilapias, mojarras, toros, birotanos, chopopos y sardinas que entran y salen al mar por las desembocaduras de ríos y esteros.

A veces, al salir el sol y bajar la marea, se observan lirios en cantidades enormes tapizando el agua de esteros y formando figuras flotantes de submarinos, barcos y animales que contrastan con las primeras luces y bruma del río y del estero; esto da a la mente inspiración, tranquilidad y calma. Pero hay que recordar que los mosquitos abundan en tiempos de lluvias en este tipo de ambientes. No hay que olvidar cerillos, lámpara, cuchillo, brújula de mano, impermeables, chamarra, botiquín de primeros auxilios y teléfono celular.



Fotografía 224. El pez vela campeón con grandes personalidades; Alfredo Villareal *El Güero Rummy* empresario, Salvador González hotelero, Juan de Dios de la Torre Valencia ingeniero constructor, Sr. Corcuera de Guadalajara y Óscar Rosales ex presidente municipal. Puerto Vallarta, Jalisco, 1958.



Fotografía 225. Capturando un pez vela.
Rogelio Moll Contreras. Las Iglesias de Cabo
Corrientes, 1989.



Fotografía 226. Capitán Antonio Moll Gil en
la pesca de pez vela en el
Torneo Internacional de Puerto Vallarta, 1989.



Fotografía 227. Socios del Club de Pesca en el Club de Yates de la Marina. Sentados, de izquierda a derecha, Juan Muro, Javier Sarmientos, Fernando Solórzano, Santiago Flores, José Antonio Camacho, una amiga del grupo, Salvador *Chavi* Covarrubias, Rogelio Moll y Antonio Covarrubias. De pie, de izquierda a derecha, amigo desconocido, Alfonso Uribe, Óscar Montiel, Andrés Famaña, Rubén Figueroa *El Chino*, Alberto Sánchez *El Pichi* y Federico Covarrubias.

Reflexiones de la pesca

Pregunto a capitanes y marineros de embarcaciones de pesca deportiva y comercial si creen que vale la pena conservar especies de pesca deportiva de dorado, atún, vela, marlín, pez espada, gallo y otras; si es importante obtener presas grandes y abundantes en cada esfuerzo de pesca y en consecuencia tener ingresos constantes; qué la distancia para pescar sea cada vez más corta para reducir el combustible y desgastar menos motores y equipo. Si tienen respuestas positivas, debemos unir esfuerzos entre pescadores comerciales, deportistas y autoridades para lograr un cambio en el estilo y forma de uso de las aguas continentales y marinas; el turismo internacional está consciente en preservar el ecosistema que se está acabando; las tallas de peces son cada día más pequeñas y escasas. Por estos motivos, vale la pena dar chance



Fotografía 228. Saludando a un gran campeón de marlín Alejandro Herrera, *El Médico*. Obtuvo el premio con un marlín de 322 kg de peso, el más pesado dentro de un torneo de pesca internacional en la Riviera Nayarit de Bahía de Banderas, 2007.

para que los peces se reproduzcan siguiendo un ritmo natural; que se respeten vedas; evitar el uso de chinchorros y cimbras de manera inapropiada en zonas no aptas para esa actividad.

La pesca deportiva es importante y más por ser atractiva para el turismo internacional que con mucho deja más divisas a Puerto Vallarta que la pesca comercial. Se debe multar a los depredadores de especies deportivas y no permitir la venta comercial de especies deportivas en expendios de pescado, lo cual es una burla para autoridades, pueblo y pescadores deportivos.

Es importante contar con tecnología moderna y suficiente para sembrar, producir y cosechar las tallas requeridas en especies de agua dulce y salada. Contar con avionetas, helicópteros, lanchas rápidas, carros y cuatrimotos para una buena vigilancia y control de pescaderos en playas y aguas continentales y marinas.

En la pesca comercial la captura se debe realizar con cuerdas de mano y anzuelo; barcos japoneses, americanos y los propios mexicanos, deben respetar las 200 millas para la pesca; ahora se está depredando todas las especies marinas de delfines, tortugas, tiburones y ballenas. Según National Geographic, el 90% de las especies de talla más grandes van a desaparecer en el año 2048.

Conclusión

Después de mi familia, trabajo y estudio, la pesca es prioritaria para mí. Lo es por gusto al deporte, esparcimiento y diversión; igual que otros aficionados, desde los 7 años he disfrutado y dedicado tiempo para vivirla. En los atardeceres, al ocultarse el sol, se observa la magia de la pesca. Es maravilloso cuando con anzuelo, carnada, señuelo y caña, pensar que va a picar ahorita, en un momento, en ese instante, al reventar la ola. Se pueden sacar peces grandes al amanecer, antes de que salga el sol; pero también compruebas que en noches de luna llena y nueva, el pez se acerca a la orilla y es más fácil capturarlo.

Es difícil empezar y terminar. Comencé escribiendo este laborioso libro y decidí enfatizar en mi pasado, revivir etapas de mi existencia en sucesos reales, experiencias, aventuras, sentimientos, alegrías, tristezas, triunfos, decepciones, amores, anécdotas, coincidencias, cambios, sugerencias, accidentes, desarrollos, sacrificios y evoluciones. Termino ahora con algo sencillo en extremo; quiero decir que esto y más es lo que viví y aún quiero disfrutar, por tiempo indefinido, hasta que Dios diga, ven, es tiempo de migrar, como los grandes picudos, a una dimensión distante. Soy un vallartense bendecido por Dios y me considero afortunado:

Viví una niñez extraordinaria, en el seno de una familia vallartense, con armonía y cariño, sin trabas en mi libertad, en un entorno natural de singular y exuberante belleza, con diversidad de paisajes, palmares, flora tropical, rica en maderas finas, profuso en exceso en especies terrestres, marinas, de ríos y propias de la transición entre mar y tierra. En ambiente terrestre vi aves canoras de vistosos colores, chachalacas, loros, guacamayas, gorriones, paloma de ala blanca, paloma morada, cococitas, codorniz, zopilotes, puma, venado, tigre, güinduris, gato de monte, armadillos, serpientes, tejones, tarántulas, iguanas negras y verdes, ranas y sapos. Me consta porque también observé, gran variedad de delfines, caguamas, ballenas, marlines, velas, numbos, zomites, garlopas,

atunes, dorados, meros, curvinas plateadas, birotanos, mojarra bacoca, rayada y plateada, robalos, pargo listoncillo, pargo colmillón, pargo coconaco, pargo alazán y muchos otros, botetes, lisas, ostiones de concha en piedra, lapas, canoítas, percebes, cayo de hacha, mejillones, abulones, almeja reina, caracol burro o cambute, jaiba roja, calamar de concha, pelícanos, tizeretas, gaviota de pico rojo, bobo. En los ríos, añoro volver a ver camarón guitarrero, mulitas, trucha arco iris, guevinas zapatonas, perro del agua, cien pies de ríos, roncodores, mojarras, pargos, chopopos, tecuejas y tepocates. En la transición martierra era frecuente ver, cocodrilos, garzas de varias especies, garzopetas, patos buzos, pato canadiense, gallinetas, ostión de raíz de mangle aglomerados en racimos, pata de mula, camarón muldeño, culebras de varias especies, chococos, tilapias, lisas, constantinos, jaiba de estero, cajo azul, medio pez, almejas, mejillones, barracudas y hasta tiburones.

Mi patio de juegos fue una ceja de playa de arenas color dorado dispuesta entre dos ambientes distintos. Hacia el Oeste un mar cuyos tonos cambian con la posición del sol en cielo, de azul intenso, verde, negro, plata a oro. Cuando un cúmulo de nubes se integran en el cielo, en un día soleado, forman en el mar, lunares negros con su sombra. Hacia el Este, un bosque tropical caducifolio con palmeras de coquito de aceite y de agua, capomo, primavera, amapa, mano de lión, chilte, tampisirán, palillo, papayillo, palo fierro, huanacastle, coapino-le, tamarindos, nances, gondo, aguilote, guamúchil, anona y papelillo. Igual que el mar, la carpeta vegetal cambia de color a través del año. Con el cambio de estaciones, se viste de muchos tonos de verde salpicada de morado, amarillo, rojo, blanco y naranja.

De la montaña, en mi infancia descendían hilos de aguas cristalinas cuyo caudal permanecía todo el año. Y ahí, al converger con el mar, la vida acuática era también plena y variada. En el estero El Salado, había vida acuática dispuesta en cadenas alimenticias que al combinarse integraban redes con depredadores y descomponedores en ambos extremos de cada trama. Lo mismo ocurría en el resto de los ambientes. Nosotros, los chiquillos de aquella época, no comprendíamos eso, sólo disfrutamos al máximo cada ecosistema. Me cautivó más el mar y sus ambientes que las montañas. Con el devenir del tiempo, tuve el privilegio de conocer todos y cada uno de los rincones de la Bahía de Banderas y más.

A la par con la lujuria y profusión de ambientes naturales, creció la población humana de forma exponencial. Se estableció una relación humana exitosa con el medio natural y se amasaron en el muy corto plazo, fortunas cuantiosas.

Hoy, con enorme anhelo quiero heredar a mis nietos y a las generaciones contemporáneas, la cultura de diversión sana que viví en mar, ríos, esteros y playas. Pero me falta un ingrediente. El escenario, el paisaje que yo viví, ha sido cambiado de manera deliberada, consciente y sistemáticamente por una agencia humana voraz, cruel e irreflexiva. Puentes, planchas de cemento, ríos putrefactos y una masa humana que como onda expansiva ha desplazado la mayoría de escenarios otrora magníficos y abundantes. Y, en donde aún quedan relictos, no es posible acceder porque están acaparados por compañías privadas.

En mis años mozos salí de Vallarta rumbo a Guadalajara. Allá fui, vi y vencí. Conquisté a la madre de mis hijos y la persuadí de volver conmigo a Vallarta para integrar acá una familia. En Vallarta reencontré a amigos de mi infancia e hice nuevas amistades. Es muy interesante destacar cómo aquellos que en verdad vivimos la *Época de Oro* de Puerto Vallarta, coincidimos en ideas y forma de ver el desgaste natural y aún social contemporáneo. Incluyo enseña, la síntesis del pensamiento de algunos vallartenses con denominación de origen que compartieron conmigo una experiencia de vida:

■ **José María Delgado Hernández, *Chupimpi*, pescador**

04.05.1935

Soy conocido de medio Puerto Vallarta, casado, 54 años, hoy viudo; fui hombre de mar y tierra. Aunque no lo creas, pescaba con pedacitos de tela blanca amarrados al anzuelo; en mis tiempos, casi con lo que pusieras al anzuelo, te jalaban los peces. Pescábamos de 300 a 400 kilos por viaje, sólo pescado de primera, pero había poco mercado; traía pargos, zomites, garlopas, meros, listoncillos, cabrillas, numbos, huachinangos. Hoy, el pescado se está acabando, casi no hay; los barcos camaroneros atrapan muchas especies que luego tiran al mar, no dejan que sigan su evolución de crecer. La pesca hay que regularla, protegerla de tanta depredación. En la *Época de Oro* de Puerto Vallarta, no existían fábricas de hielo, manteníamos el pescado en el fondo de madera de la canoa; cubríamos la pesca del día con palapa de coquito de aceite o de coco de agua. Para mí, la *Época de Oro* pasó como si nada; cierto, fue una época de abundancia pero no entiendo porqué estoy igual de jodido. Sólo tenía mucho trabajo; se acababa una chamba y conseguía otra. Fernando González Corona, me decía: *El dinero anda rondando por las calles de Vallarta a ver quién le atora para hacerse millonario*. No fui uno que me enriqueciera. Trabajé de todo menos de albañil. Fui pescador de canoa y vela, *flechero espadillero de remo*; había que echar los kilos remando para llegar al pescadero cuando no había viento. Tam-

bién le hice a la pesca de tiburón por ocho temporadas en la lancha *La Lupita*, la mejor embarcación de esos tiempos; vendíamos carne, aletas e hígado para aceite. Poníamos hasta dos cimbras de 100 anzuelos cada una y cada anzuelo con media sierra de carnada. Había mucho tiburón. Trabajé el cabotaje de los 17 a los 31 años; nos iba económicamente muy bien. En tiempos de lluvia se cerraba el puerto; e iniciábamos cargando mercancía de maíz, frijol, gasolina, gas, sal y muchos otros productos de Matanchén a Vallarta. Cuando fui estibador, pertenecí a la CROM. Cargaba fardos de 80 a 100 kilos de peso del camión a la canoa de carga y viceversa. Ganaba 15.00 pesos diarios, de lunes a viernes. Gastaba mi raya en mujeres, tuve hasta cuatro; iba a las casas de citas de la *Tigra* y la *Susana*; los sábados competíamos por las mujeres con albañiles que también ganaban buen dinero. Hoy vivo la vida con satisfacción como estoy, porque ninguno de mis hijos está echado a perder en el vicio. Mis anhelos e ideales eran vivir la vida como la viví; *las letras no entran si se tiene hambre, menos hacer negocio, no hay de otra más que chingarle.*

■ **Juan Gutiérrez Rizo, Juanito**

27.08.1941

A los 15 años vendía pescado fresco que colgaba de un remo de madera, balanceado por ambos extremos; al golpeteo del cuchillo sobre el remo, salía la gente a la calle a comprar; también lo vendía en bateas de madera hechas de primavera y amapa. Nombraban *Pata Salada* a pescadores y pobladores del Vallarta antiguo porque muchos caminaban siempre a *raiz* —descalzos; *El Rojo* hasta la fecha nunca ha usado calzado. La mayoría de los habitantes de la aldea de Las Peñas de Santa María de Guadalupe eran pescadores. Nos pagaban a ocho pesos la jornada de trabajo, de las 5 a.m. a las 9 ó 10 p.m. En aquellos ayerés, llegaba a Vallarta turismo con dinero; pero no solamente era el dinero sino la actitud de los visitantes y de los anfitriones la que era de admirar; no existían pichicaterías por parte de ninguno ni el afán de sacar ventaja uno de otro. No tuve niñez. A pesar de que éramos muchos hermanos, sólo teníamos trabajo y trabajo para sobrevivir. Fui pescador de canoa y vela con mi compadre *El Huico* en 1955. La pesca de antaño era muy diferente a la de ahora; había demasiada pesca en toda la Bahía de Banderas; frente de Vallarta, a no menos de 200 metros, se observaba brincar el pez vela, dorado y una que otra ballena. Nada más entraron chinchorros, cimbras y buceo con compresor, todo fue disminuyendo. En aquel tiempo, marineros y capitán recibíamos de propina en las embarcaciones deportivas, de 100 a 300 dólares, por cabeza. Pero así como entraba el dinero así lo gastábamos en casas de citas. Había también mucha camaradería

entre nosotros, sin clases sociales; los amigos preguntaban cómo nos fue, no cómo te fue. Mi padre Salvador Gutiérrez, me decía: *No te fíes de los amigos que te quieren joder con los dólares*. En la actualidad existen meses malos para la pesca. Los peores depredadores del mar son los barcos atuneros y camareros. Hoy trabajo en mi changarro en un local que compré con mis ahorros de pescador. Soy profesional en la peluquería.

■ **Marcos Joya Cruz**

23.11.1939

He sido capitán de mis propias lanchas; antes se ganaba mucho dinero; un año me fue muy bien, gané ochenta mil dólares que invertí en otra embarcación de pesca deportiva. En aquellos tiempos la pesca abundaba, ahora está muy vacía. La depredación de las especies marinas por los humanos es muy fuerte. La pesca la hacíamos en un máximo de una hora por lo abundante que era; desde hace 50 años, las nuevas tecnologías de pesca están acabando el recurso. Jefes de pesca, inspectores, pescadores y aun consumidores, deben unir esfuerzos para un mejor control de vedas y vigilancia; es necesario implementar captura y liberación en pesca deportiva; hay que cambiar de mentalidad a los marineros; seguir el ejemplo de otros países para que las especies proliferen de nuevo, para que el turista pescador regrese y deje buenas propinas para la manutención de nuestras familias. La pesca hoy en día es más distante, con más gasto de diesel y en máquinas; se dilata uno hasta ocho horas en ir y volver; con frecuencia llegas sin pescado, sin propinas, sólo con una buena borrachera.

■ **Raúl Puga, *El Huico***

28.11.1940

Me hice pescador de canoa y vela; las canoas se construían de parota o huacaxtle, con mástil al centro y remos de timón y espadilla de madera; empleamos remos al terminar el viento nocturnal de la bahía para llegar al pescadero El Estrecho, entre las islas Marietas y Punta de Mita; salíamos de la playa de Los Muertos a las 9.00 p.m.; se pescaba toda la noche y parte del día; emprendíamos el regreso cerca de las doce del día; el arribo a la playa de Los Muertos era a las 4.00 p.m. A esa hora ofrecíamos pescado fresco por las calles de Vallarta. Corría la década de 1960. Frecuentamos la pesca por la orilla del mar, atrapando toda clase de especies conocidas. La pesca en aquellos años era abundante, pero no había buen mercado. Los peces brincaban por todas partes, había mucha sardina; los tiburones se podían atrapar con la mano, jalándolos de la cola entre las olas, por la orilla, casi se varaban. La pesca de escama de

hoy con cuerda de mano y anzuelo, comparada con aquellos años, ha bajado en un ochenta por ciento. En sentido contrario, se han incrementado las cooperativas que contribuyen con una alta depredación de especies con el uso de chinchorros. La abundancia se extinguió; por eso debería haber regulación en la pesca, vedar unos años, tener mejor vigilancia en las costas —barcos atuneros y camaroneros penetran hasta las 10 millas marinas en las costas matando toda clase de especies marinas. La pesca de hoy es diferente, ya no como antes; los chinchorros han depredado las especies marinas por más de 50 años. Pero no todo era belleza en antaño; había campamentos tortugueros en San Pancho, Sayulita y Guayabitos que destazaban hasta 1,500 tortugas al día, cada uno; tiraban la carne y caparazones; conservaban la piel. En varias playas de Jalisco se sigue haciendo esto.

■ **Enrique Magdaleno Díaz Hernández, *El Guarache***

22.07.1944

Toda mi vida, desde la primaria, soy pescador —duré seis años en pasar de primero a segundo grado. Trabajaba y pescaba dándome mis mañas. Si quería pescar 20 robalos, 20 robalos pescaba; había demasiados. Siempre he sacado animales grandes. Aquella era la época de oro de la pesca. Le hago también a la buceada. Había muchos lugares de pesca, en El Salado sacábamos ostiones de raíz que se daban como racimos de coquito de aceite pegados a los manglares. La pesca ha disminuido un ochenta por ciento de los años setenta para acá; la depredación por chinchorros mata muchas crías. Antes había buenos inspectores de pesca como Mateo Gómez; también el Sr. Rosendo Torres, *El Grillo* López y Joaquín Cortez *El Ejote*. Con mi tío *Zácaro* fui caguamero por un tiempo, vendiendo carne, huevos y pescado por las calles de Vallarta desde 5, 10 y 15 pesos el pedazo; yo tenía 17 años, nadie nos decía nada por la venta, después me dediqué a atarrayar lisas en la boca del río Cuale; en aquellos años pescabas lo que quisieras con cuerda de mano y caña. Capturaba lisas en las mojoneras hasta donde llegaba el estero de El Salado, te estoy hablando de hace 50 años. Después con los años íbamos a Majahuas como forma de paseo, aunque no era necesario, pues en Vallarta había suficiente pesca. Nosotros fabricábamos en forma rústica nuestros señuelos utilizando plumas de gallina; colocamos el anzuelo y plumas amarrados con cáñamo impregnado con cera de abeja y un plomo aplastado; se nombraban de fabricación hechiza. Al pasar el tiempo fue bajando la pesca de todas las especies marinas, ríos, esteros, presas, lagunas; existe demasiada hambruna por todos lados. Anteriormente, vendía el pescado en la calle; hoy van a buscarme a mi casa para comprarme.

■ **María Guadalupe Sánchez Salazar**
Colima, 08.09.1928

Llegué a Vallarta un 12 de agosto de 1949, con apenas doce días de casada; siempre me ha gustado ayudar a los que menos tienen en obras sociales, lo he hecho toda mi vida. Vallarta ha evolucionado con cambios drásticos; en aquel tiempo, éramos una familia, compartíamos los tacos en la playa, no había gente extraña; ahora son pocas las gentes conocidas por las calles. Me han dado el título honorífico de personaje histórico de la vida social, religiosa, altruista y cultural de Vallarta por ser tataranieta de Guadalupe Sánchez, primer poblador de Puerto Vallarta, antes Las Peñas. El progreso no se puede detener y menos con esta belleza natural en la orilla del mar. Las casitas rústicas, empedrados, montañas, mar, clima y techos de teja roja, dio identidad a Vallarta, pero ya se está acabando. Las superestructuras de edificios con sus vidrios reflejantes no hacen armonía con la naturaleza, se la acaban. Las bellas artes están atrasadas aquí, no se han desarrollado como debería ser, no se asiste a eventos de teatro; es necesario motivar en las escuelas las bellas artes.

■ **Laura Elena Quiroz Buenrostro**
18.08.1942

Conocí a Manuel Lepe por sus obras en el estudio de Arte Primitivo Lepe que fue la primera galería profesional en Vallarta; con él y otros grandes pintores de aquella época, Edgar Star, Daniel Lechón, María Elena Rosalina López y Rivera Cobs, las artes se posicionaron en el corazón de Puerto Vallarta. *La noche de la iguana* dio publicidad a Vallarta internacionalmente. De chica escribía con Marquita Sandoval, reseñas de la Fiesta Brava con el seudónimo de Cesibon; hoy escribo en el *Vallarta Opina*, pero no percibo un sueldo. No estuve de acuerdo con la remodelación del malecón. A Vallarta le falta una casa de arte y cultura; en este aspecto está flaca; los talleres del Cuale no están diseñados para esto. Los pintores no están unidos para impulsar ideas; los artistas vallartenses han crecido en número pero requieren organización.

■ **Nelly Galván viuda de Barquet**
24.07.1924

Llegué a Vallarta a los 34 años de edad, en 1957. En la *Época de Oro* de Vallarta, el turismo rico buscaba lo original de los pueblos, aventuras que le dieran sabor a la vida. Formé en Vallarta la primer biblioteca cuando era presidente municipal José Baumgarten Joya, nunca asistió nadie a consultar mis libros. Se perdió la artesanía de ropa bordada a mano con el tiempo; sigo siendo al-

truista al cien por ciento; fui galardonada en Seattle por el presidente de la ciudad, por mi humanismo y relaciones sociales ante presidentes de la República, gobernadores, presidentes municipales; soy colaboradora por el bien de Vallarta. Mi primer esposo Guillermo Wulff Sein, fue gran promotor de la infraestructura y superestructura con estilo sabor a Vallarta. Mi segundo esposo Ramiz Barquet Ilandy fue escultor; dejó plasmado su arte en el malecón. Vallarta ha cambiado tanto como yo; fui joven, con energía desbordante; mira cómo estoy ahora.

Referencias bibliográficas

- Güereña, Eduardo (1997), *Testimonio vallartense. Eduardo Güereña platica con Roberto Rodríguez*. Zapopan: El Colegio de Jalisco.
- Meza Sendis, Martín (2005), *Crónica pitillalense*. Puerto Vallarta: Ediciones y Publicaciones Siete de Junio.
- Montes de Oca de Contreras, Catalina (2001), *Puerto Vallarta en mis recuerdos*. 2da. ed. Obra realizada y adaptada por Yolanda Contreras de Garduño. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de la Costa.
- Munguía Fregoso, Carlos (1994), *Carlos Munguía Fregoso platica con María José Zorrilla*. Zapopan: El Colegio de Jalisco.
- (1996), *Puerto Vallarta. El paraíso escondido*. Puerto Vallarta, Jalisco: Pro Biblioteca de Vallarta.
- (2000), *Recuerdos y sucesos de Puerto Vallarta. Carlos Munguía Fregoso. Cronista de la ciudad*. Puerto Vallarta, Jalisco.
- (2001), *Las Peñas en los últimos años del siglo XIX y primeros del siglo XX*. Puerto Vallarta, Jalisco. La fecha de este documento es aproximada pues el original, consultado por el editor, no está datado.
- (2003), *Panorama histórico de Puerto Vallarta y de la Bahía de Banderas*. Jalisco: Secretaría de Cultura.

Créditos

Fotografías

- Bancalari Organista, Carlos** / 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145
- De Alba, Juan Manuel** / 211, 219
- Díaz Hernández, Magdaleno Enrique** / 190
- Escobedo, Jesús** / 148, 207, 210
- Familia del autor** / 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 38, 39, 40, 41, 43, 44, 48, 64, 65, 97, 102, 103, 108, 109, 113, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 152, 176, 192
- Gutiérrez Rizo, Félix** / 175, 187, 188, 189, 191, 193, 214, 217, 218
- Guzmán Mejía, Rafael** / 30, 36, 105
- Herrera, Alejandro** / 228
- Medina Ascencio, familia de** / 96
- Mercurio Diario de Vallarta, Jesús Escobedo** / 172, 173, 205, 227
- Moll Contreras, Juan** / 83, 112, 114, 115, 116, 117, 119, 147, 167, 169, 170, 171, 174, 181, 194, 195, 206
- Moll Contreras, Julio** / 110, 111, 156
- Moll Contreras, Rogelio** / 12, 13, 14, 15, 23, 24, 31, 47, 51, 56, 58, 63, 66, 79, 80, 81, 82, 84, 85, 86, 88, 89, 90, 94, 92, 93, 98, 106, 127, 128, 129, 130, 132, 133, 134, 135, 146, 149, 150, 151, 153, 154, 155, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 164, 165, 166, 168, 177, 178, 179, 180, 182, 183, 184, 185, 186, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 208, 213, 212, 209, 216, 220, 221, 223, 225, 226
- Moll Pérez, Juan Pablo** / 222
- Pulido Islas, Rodolfo** / 68, 73
- Rosales, Óscar** / 25, 26, 28, 29, 35, 37, 45, 46, 49, 50, 54, 55, 57, 59, 60, 62, 61, 67, 69, 70, 71, 72, 74, 75, 76, 77, 78, 91, 95, 99, 100, 101, 215, 224
- Solórzano Vargas, Fernando** / 32, 33, 52, 107, 131

Stone Mexía, Juan Pablo / 118

The Historical Research Center Inc. / Escudo

Torres Serratos, Héctor / 27

Vallarta Opina La Razón / 87

Vázquez Pulido, Humberto / 34, 42, 53, 104, 163

Separadores de capítulo

1. **Niño con Caracol**, Jorge Daniel Lechón Vargas
2. **Venta de pescados en remo**, Óscar Rosales Rodríguez
3. **Las Peñas, hoy los Arcos**, Jorge Daniel Lechón Vargas
4. **Lavadora en piedra, río Cuale**, Jorge Daniel Lechón Vargas
5. **Lavadora con tina en la cabeza**, Jorge Daniel Lechón Vargas
6. **Dos alijadores con capucha**, Jorge Daniel Lechón Vargas
7. **Mujeres semidesnudas bañándose**, Jorge Daniel Lechón Vargas
8. **Cargador con costal en la espalda**, Jorge Daniel Lechón Vargas
9. **Pescadores con canoa y chinchorro**, Jorge Daniel Lechón Vargas
10. **Pescador sajando un pez**, Jorge Daniel Lechón Vargas

Glosario

- Arriscando:** barbarismo, doblando la manga o la orla del pantalón.
- Barañales:** barbarismo, restos de árboles y ramas las que aglomeradas, hacen difícil el acceso o paso de alguien.
- Bulinga:** de bule, recipiente de plástico con algún líquido.
- Verraco:** animal en celo.
- Cacheteo:** encuentro ocasional, en este caso lograr una captura.
- Choncho:** barbarismo, significa gordo, grueso, animal del campo.
- Chopopos:** chococo. Nombre regional aplicado a varias especies de peces que viven en charcos.
- Chirito:** canoa o embarcación pequeña.
- Callada:** remanse de las olas del mar.
- Cuscús:** miedo a algo.
- De pe a pa:** modismo, desde un extremo a otro.
- Enchúfese:** de enchufar, conectarse a algo.
- Huevos a la *moquin du*:** blanquillos revueltos con salsa mexicana.
- Líder de pesca:** monofilamento, cuerda o línea de pesca para colocar anzuelos.
- Meter el churro:** en la jerga de pescadores, dar avance a una embarcación.
- Mirrolure:** señuelo, curricán de pesca.
- Oz:** curva que dibuja una línea de pescar.
- Plumitas de pesca:** señuelos hechizos hechos a base de plomo, anzuelo y plumas de aves.
- Panga cimbrera:** navío descomunal de transporte para pesca de muchos anzuelos en una cuerda larga tendida en el mar.
- Pininos:** dar los primeros pasos, primeros intentos en la pesca.
- Pargo:** pez marino que vive a profundidades considerables entre las rocas. Hay de muchas variedades.
- Quihubo:** barbarismo de qué hubo.

Risión: lo que es objeto de risa o burla, mucha risa.

Torreta: torre de aluminio en embarcaciones de pesca.

Trepados: arriba de.

Triquero: triquitero, tilichero de objetos amontonadas en desorden.

Trasmayo: red para capturar peces, hecha a base de cuerdas, plomos y flotadores de corcho.

Vidaza: gozar la vida.

Yoyo: rueda de plástico o madera redondo donde se enreda una cuerda de pescar.

Índice

Agradecimientos	7
Proemio	9
<i>Rafael Guzmán Mejía</i>	
Prólogo	11
<i>Joaquín Humberto Famanía Ortega</i>	
Introducción	15
<i>Rogelio Moll Contreras</i>	
1. Mis orígenes	21
2. Mi tierra natal «pata salada»	43
3. Infancia -1949-1954-	59
4. Educación primaria -1955-1961-	77
5. Secundaria -1962-1965-	119
6. Preparatoria -1965-1968-	141
7. Universidad y servicio social -1968-1974-	181
8. Profesionista -desde 1974-	201
9. Cambios en mi vida	225
10. Viviendo en Vallarta	277
Conclusión	345
Referencias bibliográficas	353
Créditos	355
Glosario	357

Memorias de un pescador de sueños
se terminó de imprimir en junio de 2014
en los talleres de Ediciones de la Noche,
Madero 687, Colonia Centro,
44100, Guadalajara, Jalisco, México.
www.edicionesdelanoche.com

La edición consta de 500 ejemplares.

Composición tipográfica y
cuidado de la edición:
Laura Biurcos Hernández

Diseño de portada:
Juan José Lugo Sánchez
a partir de la pintura de *Ada Colorina*

Ilustrador:
Jorge Daniel Lechón Vargas

Fotógrafos:
Rafael Guzmán Mejía
Héctor Torres Serratos
Luis Reyes Brambila
Óscar Rosales Rodríguez



Memorias de un pescador de sueños es una historia de vida narrada por un vallartense pata salada (con denominación de origen), quien convive en un medio natural al desnudo, entre ríos, esteros y mares; sumergido en el deporte de la pesca desde los 7 años de edad. El presente libro describe la forma de vida en la costa de Jalisco durante la década de 1960.

En su relato refiere la abundante pesca de hace décadas, hoy en día escasa por la depredación de especies. Narra también la grata convivencia con los abuelos, tíos, padres, hermanos, esposa, hijos y nietos. Valora la amistad en todas las etapas de la vida.

Regresó a su tierra natal después de 30 años, con el objetivo de dejar un legado cultural para las generaciones futuras.

El Autor



Centro Universitario de la Costa

